



TAINÉ

HISTORIA
DE LA
LITERATURA
INGLESA

5

PR93

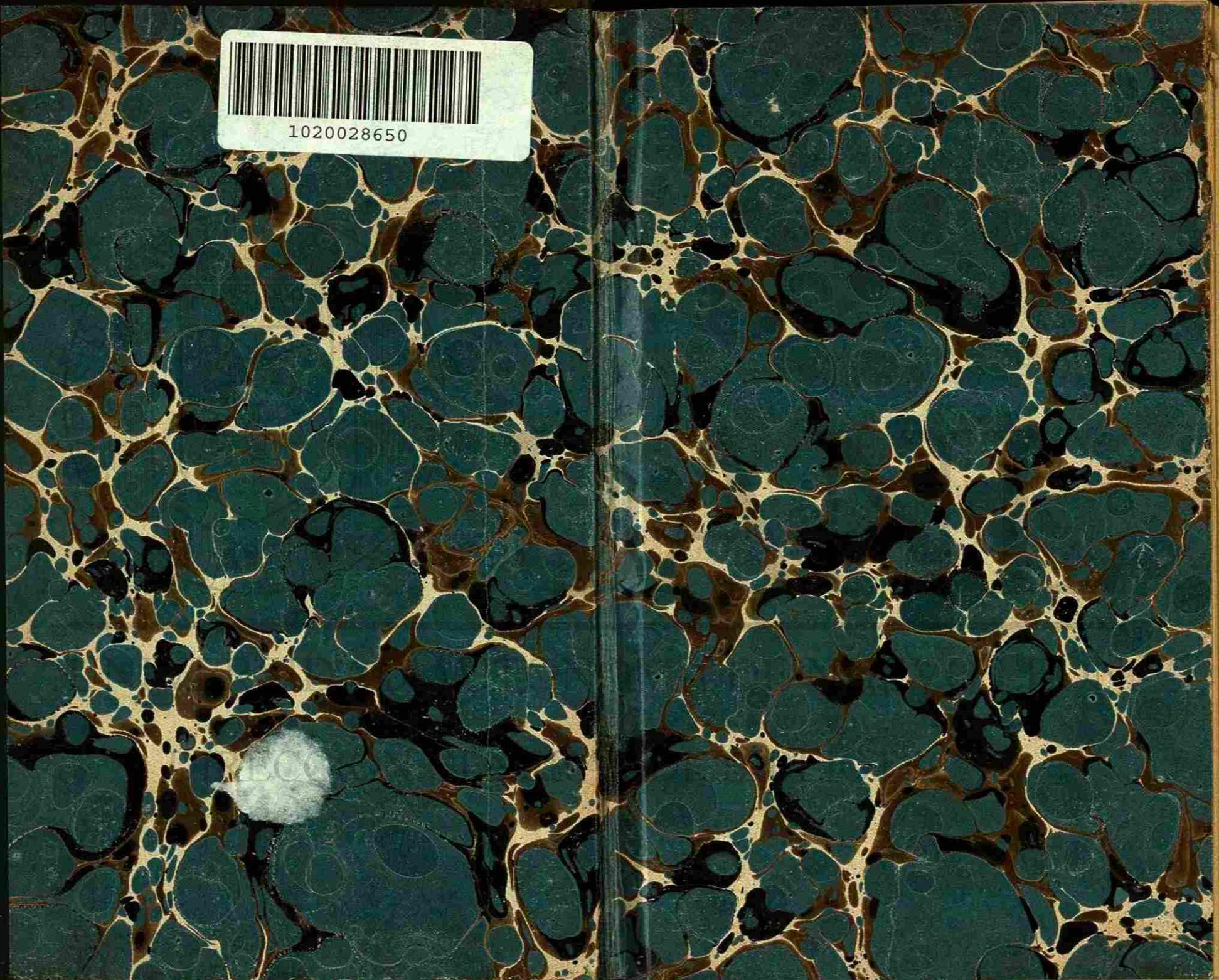
T28

v.5

PR93
T134h



1020028650



820.9
Núm. Autor 1134 n
Núm. Adg. 28557
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificación *Ma. M.* _____
Lugar _____



HISTORIA

DE LA

LITERATURA INGLESA CONTEMPORÁNEA



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

HISTORIA

DE LA

LITERATURA INGLESA

CONTEMPORÁNEA

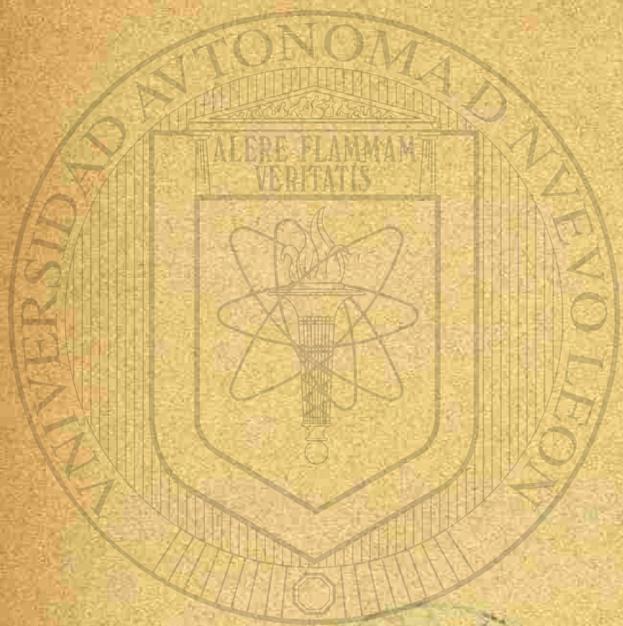
POR

H. TAINÉ

TRADUCCIÓN POR

JOSÉ DE CASO

Profesor en la Universidad de Madrid.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES" ®

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

100687

MADRID

LA ESPAÑA MODERNA

Cuesta Sto. Domingo, 16.

28557

Grote; al lado de Dickens y de Thackeray hay novelistas como Bulwer, Carlota Bronte, mistress Gaskell, Elliot y no sé cuántos más; al lado de Tennyson hay poetas como Isabel Browning; al lado de Stuart Mill hay filósofos como Hamilton, Bain y Spencer. Dejo á un lado el grandísimo número de hombres de talento que escriben, sin firmar, los artículos de las revistas, y que, como soldados de un ejército, manifiestan á veces más claramente que los generales las facultades y las inclinaciones de su tiempo y de su nación. Si se busca lo que hay de común en esa multitud de espíritus diversos, creo que se descubrirán los dos rasgos salientes que ya he señalado. Uno de esos rasgos es propio de la civilización inglesa; el otro, de la civilización del siglo XIX. El uno es nacional; el otro es europeo. Por una parte—y he aquí lo peculiar de este pueblo—esa literatura es una información abierta acerca del hombre, información completamente positiva, y, por tanto, medianamente bella ó filosófica; pero muy exacta, muy minuciosa, muy útil y muy moral por añadidura—tan moral, que la generosidad ó la pureza de sus aspiraciones la elevan á veces hasta una región que ningún artista ni filósofo han traspasado.—Por otra parte—y he aquí lo común á los diversos pueblos de nuestra edad—esa literatura subordina las creencias y las instituciones reinantes al examen personal y á los dictados de la ciencia; quiero decir: á ese tribunal irrecusable que se erige en la conciencia solitaria de cada hombre, y á esa autoridad universal que las diversas razones humanas, rectificadas unas por otras y contrapesadas por la práctica, reciben de los testimonios de la experiencia y de su propio acuerdo.

Fórmese el juicio que se quiera de tales tendencias

y doctrinas, creo que no se las podrá negar el mérito de ser espontáneas y originales. Son plantas vivas y plantas vivaces. Los seis escritores descritos en este volumen han expresado ideas eficaces y completas sobre Dios, la naturaleza, el hombre, la ciencia, la religión, el arte y la moral. Para producir tales ideas, no hay hoy en Europa más que tres naciones: Inglaterra, Alemania y Francia. Se verán aquí las de Inglaterra, ordenadas, discutidas y comparadas con las de los otros dos países pensadores.



CAPÍTULO PRIMERO

La novela. — Dickens.

§ 1.º—EL ESCRITOR

Conexión de las diversas partes de cada talento.—Importancia de la manera de imaginar.

I. Lucidez é intensidad de la imaginación de Dickens.—Audacia y vehemencia de su fantasía.—Cómo anima los objetos inanimados.—En qué linda su concepción con la visión.—En qué raya en monomanía.—Cómo pinta los alucinados y los locos.

A qué objetos aplica su entusiasmo.—Sus trivialidades y minuciosidad.—En qué se asemeja á los pintores de su país.—En qué difiere de Jorge Sand.—*Miss Ruth* y *Genoveva*.—*Un viaje en diligencia*.

II. Vehemencia de las emociones que debe producir este género de imaginación.—Su aspecto patético.—El obrero Esteban.—Su aspecto cómico.—Por qué llega á la bufonada y á la caricatura.—Transporte y exageración nerviosa de su alegría.

§ 2.º—EL PÚBLICO

La novela inglesa está obligada á ser moral.—Cómo modifica esa exigencia la idea del amor.—Comparación del amor en Jorge Sand y en Dickens.—Pinturas de la doncella y de la esposa.

Cómo modifica esa exigencia la idea de la pasión.—Comparación de las pasiones en Balzac y en Dickens.

Inconvenientes de ese pie forzado.—Cómo sustituyen á los per-

sonajes naturales las máscaras cómicas ú odiosas.—Comparación de Pecksniff y de Tartufo.—Por qué en Dickens la acción carece de conjunto.

§ 3.º—LOS PERSONAJES

Dos clases de personajes.—Los caracteres naturales é instintivos.—Los caracteres artificiales y positivos.—Preferencia de Dickens por los primeros.—Aversión de Dickens por los segundos.

I. El hipócrita.—Mr. Pecksniff.—En qué es inglés.—Comparación de Pecksniff y de Tartufo.—El hombre positivo.—Mr. Gradgrind.—El orgulloso.—Mr. Dombey.—En qué son ingleses esos personajes.

II. Los niños.—Faltan en la literatura francesa.—*Joas* y *David Copperfield*.—La gente del pueblo.

III. El hombre ideal según Dickens.—Cómo corresponde esa concepción á una necesidad pública.—Oposición de la cultura y de la naturaleza en Inglaterra.—Reacción de la sensibilidad y del instinto oprimido por el convencionalismo y la regla.—Éxito de Dickens.

Si Dickens hubiese muerto (1), se podría hacer su biografía. Al día siguiente del entierro de un hombre célebre, sus amigos y sus enemigos ponen manos á la obra; sus compañeros de colegio cuentan en los periódicos sus travesuras de muchacho; otro recuerda exactamente, y palabra por palabra, las conversaciones que tuvo con él veinticinco años atrás. El agente que corre con los negocios de testamentaria hace una lista de títulos y nombramientos, fechas y cifras, y revela á los lectores positivos la clase de colocaciones de sus fondos y la historia de su fortuna; los sobrinos segundos y los primos

(1) Murió siete años después de la publicación de estas páginas, y Taine no las reformó en las ediciones posteriores á la muerte del gran novelista.—(N. DEL T.)

terceros publican la descripción de sus testimonios de cariño y el catálogo de sus virtudes domésticas. Si no hay ningún genio literario en la familia, se busca un graduado de Oxford, hombre concienzudo, hombre docto, que trata al difunto como á un autor griego, amontona una infinidad de documentos, los sobrecarga con una infinidad de comentarios, corona el todo con una infinidad de disertaciones, y diez años después se presenta por Navidad, con corbata blanca y sonrisa serena, á ofrecer á la familia reunida tres volúmenes en cuarto de á ochocientas páginas, cuyo ligero estilo adormecería á un alemán de Berlín. Todos le abrazan con lágrimas en los ojos; le hacen sentarse; es el más bello ornato de la fiesta, y se envía su obra á la *Revista de Edimburgo*. Esta se estremece á la vista de aquel presente enorme, y destaca á un redactor joven é intrépido, el cual compone con el índice una vida aceptable. Otra ventaja de las biografías póstumas: el difunto no puede desmentir al biógrafo ni al doctor.

Desgraciadamente, Dickens vive aún, y desmiente las biografías que de él se hacen. Y lo peor es que se propone ser su propio biógrafo. Su traductor le pidió un día algunos datos, y respondió que los reservaba para sí. Cierta que *David Copperfield*, su mejor novela, tiene trazas de una confidencia; pero ¿en qué punto acaba la confidencia, y en qué medida adorna la ficción á la verdad? Todo lo que se sabe, ó, más bien, todo lo que se repite, es que Dickens nació en 1812; que es hijo de un taquígrafo; que también él fué taquígrafo en un principio; que ha sido pobre y desgraciado en su juventud, y que sus novelas, publicadas por entregas, le han conquistado una gran fortuna y una inmensa reputación. El lector es dueño de conjeturar lo demás; Dickens se lo dirá un día, cuando

escriba sus memorias. Hasta entonces cierra su puerta, y á la puerta deja á los curiosos que se empeñan en llamar. Está en su derecho. Por ser ilustre no se convierte un hombre en propiedad del público, no está condenado á las confidencias; continúa perteneciéndose; puede reservarse de sí propio lo que estime conveniente reservarse. Si entrega sus obras á los lectores, no les entrega su vida. Contentémenos con lo que Dickens nos ha dado. Cuarenta volúmenes bastan y sobran para conocer bien á un hombre; por otra parte, nos revelan todo lo que importa saber de él. Ese hombre no pertenece á la historia por los accidentes de su vida, sino por su talento, y su talento está en sus libros. El genio se parece á un reloj; tiene su estructura, y un muelle, un gran resorte, entre sus piezas. Buscad ese resorte; haced ver cómo comunica el movimiento á las otras piezas, y seguid ese movimiento, de unas en otras, hasta la manecilla á que conduce. Esa historia interior del genio no depende de la historia exterior del hombre, y bien puede trocarse por ella.

§ 1.º—EL ESCRITOR

La primera pregunta que debemos hacernos sobre un artista es ésta: ¿cómo ve los objetos? ¿Con qué limpidez, con qué nervio, con qué fuerza? La respuesta define de antemano toda su obra; porque á cada línea imagina, y conserva hasta el fin el sesgo que en un principio tomó. La respuesta define de antemano todo su talento; porque la imaginación es la facultad cardinal de un novelista; de ella dependen el arte de componer, el buen gusto, el sentido de la verdad; añadid un grado á su vehemencia, y esa adición trastorna su

estilo, altera los caracteres que produce, rompe los moldes en que se vacía. Considerad la de Dickens, y descubriréis la causa de sus defectos y de sus méritos, de su poder y de sus excesos.

I

Hay en él un pintor, y un pintor inglés. Yo creo que jamás hubo espíritu que se representase con mayor exactitud de pormenores y con mayor energía todas las partes y todos los colores de un cuadro. Leed la siguiente descripción de una borrasca; las imágenes parecen obtenidas por el daguerreotipo á la luz deslumbradora de los relámpagos: «Los ojos, tan rápidos como las explosiones de luz, divisaban á cada relámpago una multitud de objetos que en pleno medio día no hubiesen podido ver en un espacio de tiempo cincuenta veces mayor: campanas en sus campanarios, con la cuerda y la rueda que las movían; nidos destrozados en las cornisas y en los rincones; semblantes aturdidos en los carros entoldados que pasaban, con el ganado espantado, y moviendo un estruendo que ahogaba el estampido del trueno; arados y rastrillos abandonados en los campos; leguas y más leguas de un país dividido en setos, con su lejana franja de árboles tan visible como el espantajo que en el contiguo habar se erguía; en un instante de trémulo y vívido resplandor, todo aparecía claro y distinto; después la luz amarilla se teñía de rojo, pasaba

escriba sus memorias. Hasta entonces cierra su puerta, y á la puerta deja á los curiosos que se empeñan en llamar. Está en su derecho. Por ser ilustre no se convierte un hombre en propiedad del público, no está condenado á las confidencias; continúa perteneciéndose; puede reservarse de sí propio lo que estime conveniente reservarse. Si entrega sus obras á los lectores, no les entrega su vida. Contentémenos con lo que Dickens nos ha dado. Cuarenta volúmenes bastan y sobran para conocer bien á un hombre; por otra parte, nos revelan todo lo que importa saber de él. Ese hombre no pertenece á la historia por los accidentes de su vida, sino por su talento, y su talento está en sus libros. El genio se parece á un reloj; tiene su estructura, y un muelle, un gran resorte, entre sus piezas. Buscad ese resorte; haced ver cómo comunica el movimiento á las otras piezas, y seguid ese movimiento, de unas en otras, hasta la manecilla á que conduce. Esa historia interior del genio no depende de la historia exterior del hombre, y bien puede trocarse por ella.

§ 1.º—EL ESCRITOR

La primera pregunta que debemos hacernos sobre un artista es ésta: ¿cómo ve los objetos? ¿Con qué limpidez, con qué nervio, con qué fuerza? La respuesta define de antemano toda su obra; porque á cada línea imagina, y conserva hasta el fin el sesgo que en un principio tomó. La respuesta define de antemano todo su talento; porque la imaginación es la facultad cardinal de un novelista; de ella dependen el arte de componer, el buen gusto, el sentido de la verdad; añadid un grado á su vehemencia, y esa adición trastorna su

estilo, altera los caracteres que produce, rompe los moldes en que se vacía. Considerad la de Dickens, y descubriréis la causa de sus defectos y de sus méritos, de su poder y de sus excesos.

I

Hay en él un pintor, y un pintor inglés. Yo creo que jamás hubo espíritu que se representase con mayor exactitud de pormenores y con mayor energía todas las partes y todos los colores de un cuadro. Leed la siguiente descripción de una borrasca; las imágenes parecen obtenidas por el daguerreotipo á la luz deslumbradora de los relámpagos: «Los ojos, tan rápidos como las explosiones de luz, divisaban á cada relámpago una multitud de objetos que en pleno medio día no hubiesen podido ver en un espacio de tiempo cincuenta veces mayor: campanas en sus campanarios, con la cuerda y la rueda que las movían; nidos destrozados en las cornisas y en los rincones; semblantes aturdidos en los carros entoldados que pasaban, con el ganado espantado, y moviendo un estruendo que ahogaba el estampido del trueno; arados y rastrillos abandonados en los campos; leguas y más leguas de un país dividido en setos, con su lejana franja de árboles tan visible como el espantajo que en el contiguo habar se erguía; en un instante de trémulo y vívido resplandor, todo aparecía claro y distinto; después la luz amarilla se teñía de rojo, pasaba

al azul y brillaba por último con tal fulgor que no se veía más que luz; y luego la más densa y profunda oscuridad (1).»

Una imaginación tan lúcida y vigorosa debe animar sin esfuerzo los objetos inanimados; provoca en el espíritu donde actúa, emociones extraordinarias, y el autor derrama en las cosas que se figura algo de la pasión que se desborda de su seno. Para él, las piedras adquieren voz; los muros blancos se alargan á modo de fantasmas enormes, los pozos oscuros abren la boca horrible y misteriosamente en medio de las tinieblas; en el campo fantástico se arremolinan legiones de extraños seres; la naturaleza vacía se puebla; la materia inerte se agita. Pero las imágenes permanecen claras; en esa locura no hay vaguedad ni desorden; los objetos imaginarios se dibujan con contornos tan precisos y pormenores tan numerosos como los objetos reales: el ensueño iguala á la verdad.

Hay, entre otras, una caprichosa y enérgica descripción del viento de la noche, que recuerda ciertas páginas de *Nuestra Señora de París*. El manantial de esa descripción, como de todas las de Dickens, es la imaginación pura. El no describe, como Walter Scott, para ofrecer un mapa geográfico á los lectores y para hacer la topografía de su drama. No describe, como lord Byron, por amor á la naturaleza magnífica y para exhibir una espléndida serie de cuadros grandiosos. No se preocupa de conseguir la exactitud ni de escoger lo bello. Impresionado por un espectáculo cualquiera, se exalta, y prorrumpa en figuras imprevisas. Ya son las hojas amarillentas que, perseguidas por el viento, huyen espantadas y temblorosas, y se

(1) *Martin Chuzzlewit*, t. II, pág. 245. Ed. Tauchnitz.

atropellan en deshecha carrera, pegándose á los surcos, ahogándose en los fosos, encaramándose á los árboles (1). Aquí es el viento de la noche que gira en torno de una iglesia; que con su mano invisible tantea gimiendo puertas y ventanas; que se mete por las rendijas, y que, encerrado en su cárcel de piedra, aulla y clama por salir. «Después de rondar por las naves, de dar vueltas á los pilares y de probar el órgano sonoro, vuela, choca en el techo, intenta arrancar las vigas, y en fin cae desesperado sobre el atrio, y se abisma murmurando bajo las bóvedas. A veces vuelve furtivamente, y se arrastra á lo largo de los muros. Parece leer cuchicheando los epitafios de los muertos. Sobre algunos pasa con un ruido estridente como una carcajada; sobre otros grita y gime como si llorase (2).»—Hasta aquí no veis más que la imaginación sombría de un hombre del Norte. Un poco más lejos notáis la religión apasionada de un protestante revolucionario, cuando os habla de los fúnebres sonidos que profiere el viento, deteniéndose en el altar, de los acentos salvajes con que parece cantar los atentados que el hombre comete y los falsos dioses que el hombre adora. Pero al cabo de un instante el artista recobra la palabra: os lleva al campanario, y el tropel de palabras que acumula os produce la impresión de la tormenta aérea. El viento silba y trisca por los arcos, por las cornisas y por las campanas de la torre; se retuerce y enrosca por la escalera conmovida; zarandeando la veleta que rechina. Todo lo ha visto Dic-

(1) *Martin Chuzzlewit*, t. I, pág. 10.

(2) *La Voz del campanario*, pág. 5. (Con este título se ha traducido á nuestra lengua el «Cuento de Navidad» á que alude Taine. El título original es *Chimes*, á que corresponde exactamente el de la versión francesa: *Les Carillons*.—(N. DEL T.)

kens en el vetusto campanario: su pensamiento es un espejo, que no hace gracia del más minucioso ni del más feo de los pormenores. Ha contado los barrotes comidos de herrumbre; las planchas de plomo rugosas y abarquilladas, que crujen y se levantan atónitas al sentir el pie que las pisotea; los nidos desmoronados y amontonados entre las carcomidas vigas; las capas de polvo gris; las arañas pintadas, indolentes y bien lucidas á favor de una larga seguridad, que, colgadas de un hilo, se columpian perezosamente á impulso de las vibraciones de las campanas, y que, á la menor alarma repentina, trepan á modo de marineros por sus jarcias, ó se deslizan al suelo y se confían con presteza á sus ágiles patas como si fuesen á salvar una vida. Esa pintura alucina. Suspendidos á esas alturas entre las nubes que pasean sus sombras por la ciudad y las luces amortiguadas que apenas se distinguen en medio del vapor, experimentamos una especie de vértigo, y no estamos lejos de descubrir, como Dickens, un pensamiento y un alma en la metálica voz de las campanas que habitan aquel trémulo castillo.

Hace una novela sobre ellas, y no es la única de esa especie. Dickens es un poeta: se halla tan bien en el mundo imaginario como en el real. Aquí las campanas hablan con el pobre mozo de la esquina, un viejo á quien consuelan. Allí el grillo del hogar canta todas las alegrías domésticas, y evoca en la memoria del amo afligido las venturosas veladas, las pláticas íntimas, el bienestar, la tranquila alegría de que gozó y que ya no posee. En otra parte nos refiere la historia de un niño enfermo y precoz, que se siente morir, y que, durmiéndose en brazos de su hermana, oye la lejana canción de las olas murmurantes que le arru-

llaron. Los objetos adquieren para Dickens el color de los pensamientos de sus personajes. Su imaginación es tan viva, que todo lo arrastra consigo por la vía que toma. Si el personaje es feliz, es preciso que las piedras y las flores y las nubes lo sean también; si está triste, es necesario que lllore con él la naturaleza. Hasta las fementidas casas de las calles, todo habla. El estilo corre al través de un enjambre de visiones, se desborda hasta llegar á las más extrañas rarezas. He aquí una muchacha, guapa y honrada, que atraviesa el patio de las fuentes y el barrio de los legistas, para ir en busca de su hermano. ¿Hay cosa más sencilla y hasta más vulgar? Dickens se exalta, no obstante. Para festejarla, convoca á los pájaros, á los árboles, á las casas, á la fuente, á los escritorios, á los legajos de la curia y á otras muchas cosas más. Es una locura, y es casi un hechizo.

«Si había bastante vida en la pobre vegetación del patio de la fuente para que los ahumados arbustos pudiesen reconocer á la mujercita más noble y pura del mundo, cuestión es que incumbe á los jardineros y á los doctos en los amores de las plantas. Pero lo que no ofrece duda es que era una suerte para el patio eso de verse favorecido por una figurita tan delicada, y que parecía pasar como una sonrisa por las viejas y ennegrecidas casas y por las gastadas losas, dejándolas después más tristes, más sombrías, más austeras que antes. La fuente del Temple hubiera debido elevarse veinte pies para saludar esa fuente de esperanza y juventud que se deslizaba radiante por los secos y polvorientos canales de la ley; los parleros gorriones, criados en las grietas y en los agujeros del Temple, hubieran debido callarse para oír imaginarias alondras, en el momento de pasar aquella fresca criaturita;

las sombrías ramas, que no se encorvaban nunca sino á causa de su raquitismo, hubieran debido inclinarse amorosamente para derramar su bendición sobre la gentil cabeza; las antiguas cartas de amor encerradas en los vecinos escritorios dentro de cajas de hierro, y olvidadas entre los montones de papeles de familia donde se habian extraviado, hubieran debido temblar y agitarse al recuerdo fugitivo de sus añejas ternuras, cuando la joven se acercaba con paso leve. En fin, por amor á Ruth debiera haber sucedido algo, que no sucedió ni sucederá nunca (1).»

Todo eso es violento, ¿verdad? Vuestro gusto francés, siempre mesurado, se subleva contra esos accesos de afectación, contra ese desasosiego enfermizo. Y, sin embargo, esa afectación es natural. Dickens no busca las rarezas; le salen al paso. Esa imaginación excesiva es como una cuerda demasiado tirante: produce de suyo, y sin choque violento, sonidos que en ninguna otra parte se oyen.

Se va á ver cómo adquiere vuelo. Suponed una tienda—cualquiera, y de no muchos atractivos: un establecimiento de instrumentos de marina.—Dickens ve los barómetros, los cronómetros, los compases, los anteojos, las brújulas, los mapamundi, las bocinas y todo lo demás. Ve tantas cosas que se agolpan en su cerebro, y lo llenan y obstruyen; las ve tan claras; hay tantas ideas geográficas y náuticas dentro de las vitrinas, suspendidas del techo, colgadas á las paredes, y por tantos lados y con tal abundancia se desbordan sobre él, que pierde el juicio. La tienda se transfigura. «Parecía transformarse por contagio en una especie de buque que no esperaba más que un

(1) *Martin Chuzzlewit*, t. II, pág. 289.

viento favorable para hacerse á la mar y navegar tranquilamente en busca de alguna isla desierta (1).»

La diferencia entre un loco y un hombre de genio no es muy grande. Napoleón, que sabia á qué atenerse, se lo decía á Esquirol. La misma facultad nos lleva á la gloria ó nos precipita en una celda. La imaginación visionaria es quien forja los fantasmas del demente y quien crea los personajes del artista; así, las clasificaciones que sirven para el uno pueden servir para el otro. La imaginación de Dickens se parece á la de los monomaniacos. Engolfarse en una idea, abstraerse en ella, no ver ninguna cosa más, repetirla bajo cien formas, abultarla y llevarla, así agrandada, á los ojos del espectador, de modo que le deslumbre y le abrume y se le imprima tan tenaz y penetrantemente que no pueda ya arrancarla de su recuerdo: he ahí los rasgos generales de esa imaginación y de ese estilo. En esto, *David Copperfield* es una obra maestra. Jamás hubo objetos que quedaran más visibles y presentes en la memoria del lector que los que él describe. La casa vieja, la sala, la cocina, el barco de Peggotty, y sobre todo el patio de la escuela, son cuadros cuyo relieve, energía y precisión nada iguala. Dickens tiene la pasión y la paciencia de los pintores de su país: cuenta uno á uno los pormenores; nota los colores diferentes de los añosos troncos de árboles; ve el tonel rajado, las losas verduzcas y rotas, las grietas de los muros húmedos; distingue los singulares olores que de allí salen; observa el tamaño de las manchas de musgo; lee los nombres de colegiales escritos en la puerta, y se detiene en la forma de las letras. Y esa minuciosa descripción no tiene nada

(1) *Dombey é hijo*, t. I, pág. 41.

de fría; si es tan circunstanciada, es porque la contemplación era intensa: revela su pasión en su exactitud. Sentíamos esa pasión sin darnos cuenta de ello; la descubrimos de pronto al fin de la página; las temeridades del estilo la hacen visible, y la violencia de la frase atestigua la violencia de la impresión. Metáforas exageradas suscitan ante el espíritu desvarios estrambóticos. Se siente uno asediado de visiones extravagantes. Mr. Mell coge la flauta, y sopla—dice Copperfield—«hasta el punto de que yo acababa por creer que introduciría todo su ser por el agujero de arriba para hacerle salir por las llaves de abajo». Tomás Pinch, desengañado, descubre que su maestro Pecksniff es un bribón hipócrita. «Se había acostumbrado durante tanto tiempo á mojar en su te el Pecksniff de su imaginación, á oírle en su pan, á saborearle con su cerveza, que tuvo un almuerzo bastante pobre al día siguiente de su expulsión.» Piensa uno en los caprichos de Hoffmann; se apodera de nosotros una idea fija, y se nos va la cabeza. Esas excentricidades son el estilo de la enfermedad más que de la salud.

Por eso Dickens es admirable en la pintura de las alucinaciones. Se ve que experimenta las de sus personajes, que está obsediado por sus ideas, que se penetra de su locura. En su calidad de inglés y de moralista, ha descrito una porción de veces el remordimiento. Quizá se diga que hace de él un espantajo, y que un artista no debe transformarse en auxiliar del polizonte y del predicador. A pesar de eso, el retrato de Jonás Chuzzlewit es tan terrible, que se le puede perdonar ser útil. Jonás, saliendo á escondidas de su cuarto, mata á traición á su enemigo, y se promete respirar en paz en adelante; pero el recuerdo del asesinato desorganiza su espíritu insensiblemente. No es

ya dueño de sus ideas; le arrastran con el impetu de un caballo espantado. Piensa á todas horas, y estremeeciéndose, en el cuarto donde le creen dormido. Ve aquel cuarto; cuenta sus baldosas; se representa los largos pliegues de las oscuras cortinas, los hoyos de la cama que ha deshecho, la puerta á que pueden llamar. Cuanto más pugna por eludir aquella visión, más se abisma en ella: es una sima abrasada por donde rueda gritando y revolviéndose con sudores de angustia. Se figura acostado en aquella cama, como debería estar, y al cabo de un instante parece verse allí. Tiene miedo de ese otro él. La ilusión es tan viva, que duda si no se encuentra realmente en Londres. «Así viene á ser su propio espectro y su propio fantasma.» Y ese ser imaginario duplica, como un espejo, ante su conciencia, la imagen del asesinato y del castigo. Torna á la casa, y se desliza, palideciendo, hasta la puerta de su aposento. El, el hombre de negocios, calculador, máquina brutal de razonamientos positivos, desvaría como una mujer nerviosa. Se adelanta de puntillas, como si temiese despertar al hombre imaginario que supone acostado en la cama. En el momento de dar vuelta á la llave, le sobrecoge un terror monstruoso: ¡si fuese á surgir delante de él el hombre asesinado! Entra, por fin, y se sepulta en la cama, abrasado de fiebre. Se tapa los ojos con las sábanas para no ver el cuarto maldito, y le ve mejor aún. El roce de la colcha, el zumbido de un insecto, los latidos de su corazón, todo le grita: ¡Asesino! Clavado su espíritu en la puerta con una frenética atención, acaba por creer que la abren; la oye rechinar. Pervertidas sus sensaciones, no se atreve á desdeñarlas ni á prestarlas crédito. En medio de aquella pesadilla, que ahoga su razón sin dejar sobrenadar más que un caos de formas

horribles, lo único real que toca es la opresión incesante de su desesperación convulsiva. Todos sus pensamientos, todos sus peligros, el mundo todo desaparecen para él ante una sola idea: ¿cuándo encontrarán el cadáver en el bosque? Se esfuerza en apartar su pensamiento de aquella obsesión; pero el pensamiento sigue clavado allí como por una cadena de hierro. Cree siempre que va andando por el bosque; que se desliza calladamente, con paso furtivo, apartando las ramas; que se acerca y se acerca cada vez más, y que espanta «las espesas filas de moscas esparcidas por la carne como montones de grosellas secas». Y siempre va á parar á la idea del descubrimiento; espera la noticia, escuchando ansiosamente los gritos y los rumores de la calle, escuchando á los que salen y á los que entran, escuchando á los que bajan y á los que suben. Al mismo tiempo tiene siempre delante de los ojos aquel cadáver abandonado en el bosque, y le enseña mentalmente á todos los que ve, como para decirles: «¡Mirad! ¿conocéis esto? ¿Sospecháis de mí?» «El suplicio de coger en brazos el cadáver, y ponerle á los pies de todos los transeuntes para su identificación, no sería más lúgubre que la idea fija á que le ha condenado su conciencia.»

Jonás está á dos pasos de la locura. Otros están de lleno en ella. Dickens ha hecho tres ó cuatro retratos de locos, muy graciosos al primer golpe de vista, pero tan exactos, que en el fondo son horribles. Se necesitaba una imaginación desarreglada y extremada, como la suya, una imaginación capaz de ideas fijas, para poner en escena las enfermedades de la razón. Hay dos, sobre todo, que hacen reír y temblar: Augusto, el maniaco triste, que está á punto de casarse con miss Pecksniff, y el pobre Mr. Dick, semi-idiota y semi-

monomaniaco, que vive con miss Trotwood. Comprender esas exaltaciones repentinas, esas imprevistas tristezas, esos increíbles sobresaltos de la sensibilidad pervertida; reproducir esas paralizaciones del pensamiento, esas interrupciones del discurso, esa intervención de una palabra, siempre la misma, que corta la frase empezada y trastorna el juicio renaciente; ver la estúpida sonrisa, la vacía mirada, la fisonomía lela é inquieta de esos niños viejos desorientados que andan á tientas dolorosamente de unas ideas en otras, y chocan á cada instante en el umbral de la verdad sin poder franquearle, es una facultad que sólo Hoffmann tuvo en el mismo grado que Dickens. El juego de esas destrozadas razones se asemeja al chirrido de una puerta desquiciada: hace daño oírlo. Se nota allí, si se quiere, una carcajada discordante; pero se descubre mejor aún un gemido y una queja; y espanta el medir la lucidez, la rareza, la exaltación, la violencia de la fantasía que ha producido tales criaturas, que ha sabido sostenerlas hasta el fin sin flaquear, y que se ha encontrado en su centro, al imitar y reproducir su desvario.

¿A qué puede aplicarse esta fuerza? Las imaginaciones difieren, no sólo por su naturaleza, sino también por su objeto; después de medir su energía, hay que circunscribir su dominio; el artista, dentro del vasto mundo, se crea un mundo; involuntariamente elige una clase de objetos que prefiere; los demás le dejan frío, y no los ve. Dickens no ve las cosas grandes: he ahí la segunda nota de su imaginación. Se entusiasma con todo, particularmente con las cosas vulgares, con un tenducho de anticuallas, con una muestra, con un pregonero. Tiene vigor; no alcanza á la belleza. Su instrumento emite sonidos vibrantes; ca-

rece de sonidos armoniosos. Si describe una casa, la dibujará con una exactitud de geómetra; pondrá de relieve todos sus colores; descubrirá una fisonomía y un pensamiento en las contraventanas y en las canales; hará de la casa una especie de ser humano, gesticulante y enérgico, que saltará á los ojos y no se olvidará nunca; pero no verá la nobleza de las grandes líneas monumentales, la serena majestad de las sombras ampliamente cortadas por la blancura del enlucido, la alegría de la luz que las cubre y se hace palpable en las profundidades sombrías donde se interna, como para reposar y adormecerse. Si pinta un paisaje, verá las bayas que siembran de granitos rojos los setos desnudos, el vaporcillo que exhala un riachuelo lejano, los movimientos de un insecto entre la hierba; pero la gran poesía que hubiese descubierto el autor de *Valentina* y de *Andrés* se sustraerá á sus miradas. Se perderá, como los pintores de su país, en la observación minuciosa y apasionada de las cosas pequeñas; le faltará el amor á las bellas formas y á los bellos colores. No verá que el azul y el rojo, la línea recta y la línea curva bastan para componer conciertos inmensos, que, entre tanta diversidad de expresiones, conservan una serenidad grandiosa, y abren en lo más profundo del alma una fuente de salud y de felicidad. La felicidad es lo que le falta; su inspiración es un estro febril, que no elige los objetos, que reanima á la ventura las fealdades, las vulgaridades, las tonterías, y que, al comunicar á sus creaciones no sé qué especie de vida sacudida y violenta, les quita el bienestar y la armonía que hubiesen podido conservar en otras manos. Mís Ruth, una alhajita de ama de casa, se pone el delantal. ¡Qué tesoro ese delantal! Dickens le da vueltas y más vueltas

como un comerciante de novedades que quisiese venderle. La joven le tiene en las manos; después se le ajusta á la cintura, ata las cintas, le estira, le arregla para que siente bien. ¡Qué no hace con su delantal! ¡Y qué embeleso el de Dickens durante esas inocentes operaciones! Profiere exclamaciones de alegría picaresca: «¡Válgame Dios, qué tallecito tan tunante!» Apostrofa á la sortija, brinca alrededor de Ruth, palmorea de contento. Y no digo nada cuando Ruth confecciona el pudding; aquello es ya una escena entera, dramática y lírica, con exclamaciones, prótasis y peripecias, tan completa como una tragedia griega. Esas lindezas de cocina y esas travesuras de imaginación hacen pensar (por contraste) en los cuadros domésticos de Jorge Sand. ¿Recordáis el cuarto de la florista Genoveva? También fabrica, como Ruth, un objeto útil, muy útil, puesto que mañana lo venderá por diez sueldos; pero ese objeto es una rosa, cuyos delicados pétalos se arrollan á impulsos de sus dedos como á impulsos de los dedos de un hada, cuya fresca corola se tiñe de un carmín tan tierno como el de sus mejillas: delicada obra maestra nacida en una noche de poética emoción, durante la cual contempla la joven, desde su ventana, los penetrantes y divinos ojos de las estrellas, mientras murmura en su corazón virginal el primer soplo del amor. Dickens no necesita de semejante espectáculo para exaltarse: una diligencia le eleva al ditirambo; las ruedas, las salpicaduras, los silbidos del látigo, el estruendo de los caballos, de los arreos y de la máquina, he ahí lo suficiente para ponerle fuera de sí. Siente por simpatía el movimiento del coche; ese movimiento le arrolla consigo; oye el galope de los caballos en su cerebro, y se precipita lanzando esta oda, que parece salir de la trompeta del mayoral:

«¡Adelante, al través de la oscuridad creciente, sin hacer caso de las negras sombras de los árboles, y salvando las tinieblas, como si la luz de Londres, á una distancia de cincuenta millas, bastase con usura para alumbrar el camino! ¡Adelante, al través de la pradera del pueblo, donde se han quedado á deshora los jugadores de *cricket*, y donde cada impresión dejada en el césped por las palas, la pelota ó los pies de los jugadores difunde su perfume en medio de la noche! ¡Adelante, con cuatro caballos de refresco, dejando atrás la posada del *Ciervo sin astas*, á cuya puerta se agrupan los bebedores absortos, mientras el tiro precedente, con los tirantes colgando, se va á la ventura hacia el pantano, perseguido por la gritería de una docena de gargantas, y por los chiquillos que corren oficiosamente para echarle al camino! Ahora los cascos de los caballos retumban, arrancando chispas, por el vetusto puente de piedra. Luego otra vez en el camino sombrío, y atravesando el portazgo, y cada vez más lejos, más lejos de allí, en plena campiña. ¡Hurra!

»¡Hola! ¡allá atrás! para esa trompeta un momento; ven aquí, mayoral; agárrate á la vaca, y arriba. Te necesitamos para dar un tiento á esta cesta. No acortaremos por eso el paso del ganado; antes bien avivaremos su ardor para mayor celebridad del festín. ¡Ah!, hace mucho que esta botella de vino añejo no ha sentido el contacto del suave soplo de la noche, y por vida, que es un licor maravilloso para humedecer la garganta de un bocinero. Cátalo, Bill, y empina el codo sin miedo. Ahora toma aliento, y sopla en la trompeta. ¡Eso sí que es música! ¡Ahora sí que suena! «¡Oid el eco más allá de los montes, lejos, muy lejos!» ¡Bravo! Vea V. qué vivaracha anda esta noche la yegua asustadiza. ¡Hurra!, ¡hurra!

»¿Veis brillar la luna? ¡Qué alta ya, sin haberlo notado! A su luz la tierra refleja los objetos como el agua. Los setos, los árboles, los techos bajos de las cabañas, los campanarios, los añosos troncos secos, los jóvenes vástagos florecientes, se han vuelto vanidosos de pronto, y no desean más que contemplar sus bellas imágenes hasta la mañana. Allá los álamos se agitan para que sus trémulas hojas puedan verse en el suelo. No así la encina; no se ha hecho para ella el temblar. Firme y segura en su robusta corpulencia, vela sobre sí, sin mover una rama. La puerta del parque, tapizada de musgo, medio desprendida de sus rechinantes goznes, coja y decrépita, se balancea delante de su espejo como una viuda fantástica; y, en tanto, nuestro propio fantasma viaja con nosotros al través de zanjas y malezas, por la tersa tierra y por los campos labrados, por la escarpada ladera de los montes y por la superficie, más escarpada aún, de las murallas, como si fuese un espectro cazador.

»¡También nubes! ¡Y una niebla en la hondonada! No una espesa niebla que la oculte, sino un vapor tenue, aéreo, semejante á una gasa, que para nuestros ojos de admiradores modestos realza las bellezas ante las cuales se extiende, como siempre han hecho y como siempre harán las verdaderas gasas, pese á quien pese, y así fuésemos el Papa en persona. ¡Bravo!, ahora viajamos como la luna. Tan pronto ocultos en una arboleda, como en una nube de vapor; reapareciendo luego en plena luz para volver á ocultarnos, pero avanzando siempre; nuestro viaje es un trasunto del suyo. ¡Bravo! ¡Una competencia con la luna! ¡Magnífico! ¡Soberbio!

»Apenas saboreada la belleza de la noche, ya viene el día brincando. ¡Viva! Dos mudas más de tiro, y los

caminos campestres se tornan en una calle continua. ¡Bravo! , por delante de huertas, de filas de casas, de quintas de recreo, de terrados, de plazas, de coches, de carros, de carretas, de obreros madrugadores, de vagabundos rezagados, de borrachos, de vendedores en ayunas; por delante de todas las formas de ladrillo y argamasa; por encima del empedrado atronador, donde es ya un problema conservar una postura airoso en la imperial; al través de vueltas y revueltas sin fin, por un laberinto inextricable de calles, hasta que se llega al vetusto patio de una posada, y Tomasito Pindch, aturdido y atontado, se encuentra en Londres (1).»

¡Todo esto para decir que Tomasito Pindch llega á Londres! Ese acceso de lirismo donde de las vulgaridades más triviales surgen las más poéticas locuras, bien así como flores enfermizas nacidas en un tiesto roto, nos ofrece, en sus naturales y extraños contrastes, todos los aspectos de la imaginación de Dickens. Se tendrá su retrato, figurándose un hombre que, con una cacerola en una mano y un látigo de mayoral en la otra, se pusiese á profetizar.

II

El lector prevé ya las violentas emociones que va á producir una imaginación de ese género. La manera de concebir determina la manera de sentir. Cuando el

(1) *Martin Chuzzlewit*, t. II, pág. 155.

espíritu, poco atento, sigue los vagos contornos de una imagen esbozada, la alegría y el dolor pasan por él como rozándole imperceptiblemente. Cuando el espíritu, con una atención profunda, penetra en los pormenores minuciosos de una imagen precisa, la alegría y el dolor sacuden todo su ser. Dickens tiene esa atención y ve esos pormenores; por eso encuentra dondequiera motivos de exaltación. Nunca abandona el tono apasionado; nunca reposa en el estilo natural y en el relato sencillo; no hace más que burlarse ó llorar; no escribe más que sátiras y elegías. Tiene la sensibilidad febril de una mujer, que, ante el choque imprevisto del más ligero suceso, prorrumpie en una carcajada ó se deshace en llanto. Ese estilo vehemente posee extraordinario poder, y cabe atribuirle la mitad de la fama de Dickens. El común de los hombres no tiene más que emociones débiles. Trabajamos maquinalmente, y bostezamos mucho; las tres cuartas partes de los objetos nos dejan fríos; nos adormecemos en los hábitos, y concluimos por no reparar en las escenas domésticas, en los pormenores menudos, en los sucesos corrientes que constituyen el fondo de nuestra vida. De pronto viene un hombre que les presta interés; más aún: hace de ellos dramas, convirtiéndolos en objetos de admiración, de ternura y de espanto. Al amor de la lumbre ó dentro del ómnibus, nos encontramos temblando, con los ojos llenos de lágrimas, ó sacudidos por los accesos de una risa inextinguible. Nos hallamos transformados, como con una doble vida. Nuestra alma vejetaba, y ahora siente, ama, sufre. El contraste, la sucesión rápida, la multitud de los sentimientos aumentan todavía su alteración; durante doscientas páginas vamos arrastrados por un torrente de emociones nuevas, contrarias

caminos campestres se tornan en una calle continua. ¡Bravo! , por delante de huertas, de filas de casas, de quintas de recreo, de terrados, de plazas, de coches, de carros, de carretas, de obreros madrugadores, de vagabundos rezagados, de borrachos, de vendedores en ayunas; por delante de todas las formas de ladrillo y argamasa; por encima del empedrado atronador, donde es ya un problema conservar una postura airosa en la imperial; al través de vueltas y revueltas sin fin, por un laberinto inextricable de calles, hasta que se llega al vetusto patio de una posada, y Tomasito Pindch, aturdido y atontado, se encuentra en Londres (1).»

¡Todo esto para decir que Tomasito Pindch llega á Londres! Ese acceso de lirismo donde de las vulgaridades más triviales surgen las más poéticas locuras, bien así como flores enfermizas nacidas en un tiesto roto, nos ofrece, en sus naturales y extraños contrastes, todos los aspectos de la imaginación de Dickens. Se tendrá su retrato, figurándose un hombre que, con una cacerola en una mano y un látigo de mayoral en la otra, se pusiese á profetizar.

II

El lector prevé ya las violentas emociones que va á producir una imaginación de ese género. La manera de concebir determina la manera de sentir. Cuando el

(1) *Martin Chuzzlewit*, t. II, pág. 155.

espíritu, poco atento, sigue los vagos contornos de una imagen esbozada, la alegría y el dolor pasan por él como rozándole imperceptiblemente. Cuando el espíritu, con una atención profunda, penetra en los pormenores minuciosos de una imagen precisa, la alegría y el dolor sacuden todo su ser. Dickens tiene esa atención y ve esos pormenores; por eso encuentra dondequiera motivos de exaltación. Nunca abandona el tono apasionado; nunca reposa en el estilo natural y en el relato sencillo; no hace más que burlarse ó llorar; no escribe más que sátiras y elegías. Tiene la sensibilidad febril de una mujer, que, ante el choque imprevisto del más ligero suceso, prorrumpie en una carcajada ó se deshace en llanto. Ese estilo vehemente posee extraordinario poder, y cabe atribuirle la mitad de la fama de Dickens. El común de los hombres no tiene más que emociones débiles. Trabajamos maquinalmente, y bostezamos mucho; las tres cuartas partes de los objetos nos dejan fríos; nos adormecemos en los hábitos, y concluimos por no reparar en las escenas domésticas, en los pormenores menudos, en los sucesos corrientes que constituyen el fondo de nuestra vida. De pronto viene un hombre que les presta interés; más aún: hace de ellos dramas, convirtiéndolos en objetos de admiración, de ternura y de espanto. Al amor de la lumbre ó dentro del ómnibus, nos encontramos temblando, con los ojos llenos de lágrimas, ó sacudidos por los accesos de una risa inextinguible. Nos hallamos transformados, como con una doble vida. Nuestra alma vejetaba, y ahora siente, ama, sufre. El contraste, la sucesión rápida, la multitud de los sentimientos aumentan todavía su alteración; durante doscientas páginas vamos arrastrados por un torrente de emociones nuevas, contrarias

y crecientes, que comunican al espíritu su violencia, que aquí le extravía, allí le hace caer, y le arroja á la orilla avasallado y rendido. Es una embriaguez, cuyo influjo sería demasiado fuerte para un alma delicada; pero conviene al público, y el público la ha justificado.

Tal sensibilidad difícilmente tiene más que dos salidas: la risa y las lágrimas. Hay otras, pero no se alcanzan más que por la alta elocuencia: son el camino de lo sublime, y ya se ha visto que para Dickens está cerrado. Sin embargo, no hay escritor que mejor sepa conmover y enternecer: hace llorar, literalmente; antes de haberle leído, no sospechaba uno que encerrase tanta piedad su propio corazón. La pena de una niña que anhela el cariño de su padre y á quien su padre no quiere, el amor desesperado y la muerte lenta de un pobre joven medio imbécil, todas esas pinturas de dolores secretos dejan una impresión imborrable. Las lágrimas que derrama son sinceras, y tienen por fuente única la compasión. Balzac, Jorge Sand y Stendhal han contado también las miserias humanas. ¿Es posible escribir sin contarlas? Pero no las buscan; las encuentran; no se proponen ponerlas de manifiesto; iban á otra parte y las tropezaron en su camino. Aman al arte más bien que á los hombres. No se complacen sino en ver jugar los resortes de las pasiones, en combinar grandes sistemas de acontecimientos, en construir caracteres vigorosos; no escriben por simpatía hacia los miseros, sino por amor á lo bello. Cuando concluis la lectura de *Mauprat*, vuestro sentimiento no es la pura simpatía; experimentáis juntamente una admiración profunda por la grandeza y la generosidad del amor. Cuando acabáis el *Papá Goriot*, tenéis el corazón desgarrado por las torturas de aquella ago-

nia; pero la invención asombrosa, la acumulación de los hechos, la abundancia de las ideas generales, el vigor del análisis, os transportan al mundo de la ciencia, y vuestra dolorosa simpatía se calma ante el espectáculo de aquella fisiología del corazón. Dickens no calma jamás la nuestra; escoge los asuntos donde impera por sí sola y más que en ninguna otra parte: la larga opresión de los niños tiranizados y martirizados de hambre por su maestro de escuela; la vida del obrero Esteban, robado y deshonrado por su mujer, rechazado por sus compañeros, acusado de robo, agonizando seis días en el fondo de un pozo donde ha caído, herido, devorado por la fiebre, y muriendo cuando á la postre le encuentran. Allí está Raquel, su única amiga; y su extravío, sus gritos, el torbellino de desesperación en que Dickens envuelve á sus personajes, han preparado la dolorosa pintura de esa muerte resignada. El cubo sube un cuerpo que apenas tiene ya forma, y se ve el semblante pálido, extenuado, paciente, vuelto hacia el cielo, mientras la mano derecha, rota y colgando, parece pedir que otra mano vaya á sostenerla. Sonríe y dice débilmente: «¡Raquel!» Raquel se inclina hasta poner sus ojos entre los del herido y el cielo, porque él no puede volver los suyos para mirarla. Entonces, en palabras entrecortadas, le refiere su larga agonía. Desde que nació no ha experimentado más que miserias é injusticias. Es la regla: los débiles sufren, y están hechos para sufrir. Aquel pozo donde ha caído, ha matado centenares de hombres—padres, maridos, hijos, que sustentaban centenares de familias.—Los mineros han rogado y suplicado á los hombres del Parlamento, por amor de Cristo, que no permitieran que su trabajo fuese su muerte, y que mirasen por ellos en conside-

ración á sus mujeres y á sus hijos, á quienes aman tanto como los *señores* á los suyos. Todo ello inútilmente. Cuando el pozo funcionaba, mataba sin necesidad; abandonado, mata aún. Esteban dice eso sin cólera, dulce y sencillamente, como la verdad. Tiene delante á su calumniador, y no se indigna, no acusa á nadie; se limita á encargar al padre que desmienta la calumnia, después de muerto él. Su corazón está allá arriba, en el cielo, donde ha visto brillar una estrella. En medio de sus torturas, sobre su lecho de piedras, la ha contemplado, y la tierna y conmovedora mirada de la divina estrella calmó con su mística serenidad la angustia de su espíritu y de su cuerpo. «He visto más claro (dice), y mi último deseo es que los hombres puedan acercarse los unos á los otros un poco más que cuando yo, pobre de mí, estaba entre ellos.» Le levantaron, y tuvo una alegría al ver que le llevaban hacia la parte donde la estrella parecía conducirlos. Le transportaron con suma delicadeza por los campos y á lo largo de los senderos, al través de la dilatada campiña, llevando siempre Raquel su mano entre las suyas. Fué á poco un fúnebre cortejo. La estrella le había mostrado el camino que lleva al Dios de los pobres; y su humildad, sus miserias, su olvido de las injurias, le habían conducido al reposo de su redentor (1).

Ese mismo escritor es el más gracioso, el más cómico y el más burlón de todos los escritores ingleses. ¡Singular alegría, por supuesto! La única que puede avenirse con esa sensibilidad apasionada. Hay una risa próxima á las lágrimas. La sátira es hermana de la elegía; si la una aboga por los oprimidos, la otra

(1) *Tiempos difíciles*, pág. 345.

combate contra los opresores. Herido por los desafueros y los vicios, Dickens se venga con el ridículo. No los pinta, los castiga. Nada más tremendo que aquellos largos capítulos de ironía sostenida en que el sarcasmo se clava á cada línea, más sangriento y penetrante cada vez, en el corazón del adversario elegido. Hay cinco ó seis contra los americanos, contra sus periódicos vendidos, contra sus periodistas borrachos, contra sus especuladores charlatanes, contra sus mujeres autores, contra su grosería, su familiaridad, su insolencia y su brutalidad, capaces de regocijar á un absolutista y de justificar á aquel liberal que, de vuelta de Nueva York, abrazó, con las lágrimas en los ojos, al primer gendarme que topó en el puerto del Havre. Fundaciones de sociedades industriales, conferencias de un diputado con sus comitentes, instrucciones de un diputado á su secretario, ostentación de las grandes casas de banca, inauguración de un edificio, todas las ceremonias y todas las mentiras de la sociedad inglesa, aparecen grabadas con el donaire y la amargura de Hogarth. Hay pasajes en que lo cómico es tan violento, que tiene todas las apariencias de una venganza; por ejemplo, el retrato de Jonás Chuzzlewit.—La primera palabra que deletreó ese excelente joven fué «lucro»; la segunda «dinero». Esa soberbia educación tuvo dos inconvenientes: el uno fué que, acostumbrado por su padre á engañar á los demás, adquirió insensiblemente la afición á embaucar á su padre; el otro que, inducido á considerarlo todo como una cuestión de dinero, acabó por mirar á su padre como una especie de propiedad, que estaría muy bien colocada en la caja llamada ataúd. «Ya ronca mi padre—dijo Jonás.—Pecksniff, haga V. el favor de pisarle el pie. El de al lado de V. es el de la gota.» Con

esa atención entra en escena; juzgad de lo demás.— Dickens es triste en el fondo, como Hogarth; pero, como Hogarth, hace reír á carcajadas por lo burlesco de sus invenciones y la exageración de sus caricaturas. Extrema hasta lo absurdo, con una rara intrepidez, la pintura de sus personajes. Su Pecksniff inventa frases morales y acciones sentimentales tan grotescas, que resulta extravagante. Jamás se oyeron tales monstruosidades oratorias. Ya Sheridan pintó un hipócrita inglés, José Surface; pero este último se diferencia de Pecksniff tanto como un retrato del siglo XVIII de un grabado del *Punch*. La hipocresía que describe Dickens es tan disforme y tan enorme, que su hipócrita deja de parecer una persona, y se tomaría por una de esas figuras de fantasía con la nariz más grande que el cuerpo. Tal exageración de lo cómico dimana de la violencia de la imaginación. Dickens emplea por doquiera el mismo resorte. Para hacer ver mejor el objeto que enseña, se le mete al lector por los ojos; pero el lector se embelesa con aquella inventiva desordenada; el fuego de la composición le hace olvidar que la escena es inverosímil, y ríe á mandíbula batiendo al oír al dueño de una empresa funeraria, á Mr. Mould, enumerar los consuelos que la piedad filial, bien forrada de dinero, puede encontrar en su almacén. ¿Qué dolor no mitigarían los coches de cuatro caballos, los tapices de terciopelo, los cocheros con capotes de paño y botas de campana, las plumas de avestruz teñidas de negro y los acólitos á pie, muy uniformados y empuñando sus bastones con guarnición de cobre? ¡Oh! ¡no digamos que el oro es cieno vil, cuando puede comprar cosas como esas! «¡Cuántas bendiciones—exclama Mr. Mould—cuántas bendiciones he derramado sobre la humanidad, gracias á mis cuatro

caballos de larga cola, que no enjaezo yo nunca por menos de diez libras y diez chelines (1)!»

Por lo común, Dickens se mantiene serio al trazar sus caricaturas. El genio inglés consiste en decir chistes disparatados en estilo solemne. El tono y las ideas forman entonces contraste; todo contraste produce impresiones enérgicas. Dickens se complace en producir las, y su público en experimentarlas.

Si á veces se olvida de fustigar al prójimo, si trata de divertirse, si juguetea, no por eso es más feliz. El fondo del carácter inglés es la falta de felicidad. La ardiente y tenaz imaginación de Dickens se aferra con demasiada energía á las cosas para deslizarse ligera y alegremente sobre su superficie. Hace hincapié, penetra, hunde, cava; todas esas acciones violentas son esfuerzos, y todos los esfuerzos son sufrimientos. Para ser feliz, hay que ser ligero como un francés del siglo XVIII, ó sensual como un italiano del siglo XVI; es menester no preocuparse de las cosas ó gozar de ellas. Dickens se preocupa y no goza. Suponed un ligero incidente cómico de los que ocurren á lo mejor en la calle, una ráfaga de viento que levanta la ropa de un mozo de carga. Scaramuccio hará un gesto de buen humor; Lesage sonreirá como hombre regocijado; los dos pasarán adelante, sin volver á pensar en tal cosa. Dickens piensa en ello durante media página. Ve tan bien todos los efectos del viento, se pone en su lugar tan completamente, le atribuye una voluntad tan vehemente y tan precisa, da vueltas y más vueltas con tanta fuerza y durante tanto tiempo á la ropa del pobre hombre, transforma la ráfaga de viento en una tempestad y en una persecución tan grandes, que se

(1) *Martin Chuzzlewit*, pág. 349.

siente uno acometido de vértigo, y, riendo y todo, experimenta demasiada compasión para reír de buena gana.

«El sitio en que Tobias Veck se apostaba en invierno, era un sitio ventilado que amorataba las narices, que enrojecía los ojos, que ponía carne de gallina, que helaba los dedos de los pies, que hacía dar diente con diente; y Tobias Veck lo sabía de sobra. El viento llegaba arremolinado á la esquina, — principalmente el viento del Este, — como si hubiese partido de los confines del mundo para caer sobre Tobias. Y cualquiera hubiese creído á menudo que caía sobre él antes de lo que había pensado, porque, después de volver la esquina de un brinco, dejando atrás á Tobias, tornaba de repente girando, como si gritase: «¡Calla! ¡si está ahí!» Al punto se empingorotaba el delantal por encima de la cabeza, como la vestimenta de un chiquillo travieso, y se veía luchar y agitarse inútilmente en su mano el débil bastoncillo; las piernas experimentaban tremendas sacudidas, y el propio Tobias, hecho un arco, defendiéndose tan pronto por un lado como por otro, se veía tan azotado y golpeado, y molido, y sacudido, y zarandeado, y atropellado, y levantado del suelo, que era casi un milagro que no volase en carne y hueso por los aires, como ocurre á veces con una colonia de ranas ó de babosas ú otras criaturas portátiles, para caer después como llovido, con gran asombro de los indigenas, en algún rincón apartado del mundo donde fuesen desconocidos los mozos de cuerda (1).»

El que ahora quiera abrazar de una ojeada esa imaginación tan lúcida, tan impetuosa, tan porfiadamente

(1) *Repiques*, pág. 7.

fija en el objeto que escoge, tan profundamente afectada por las cosas pequeñas, tan exclusivamente apegada á los pormenores y á los sentimientos de la vida vulgar, tan fecunda en emociones incesantes, tan potente para despertar la compasión dolorosa, la burla sarcástica y la alegría nerviosa, no tiene más que figurarse una calle de Londres en una lluviosa noche de invierno. La luz llameante del gas quema los ojos, brota al través de los cristales de las tiendas, cae sobre las caras que pasan, y aquella claridad cruda, hundiéndose en las facciones contraídas, pone de relieve, con infinitos detalles y una energía que hierre, sus arrugas, sus deformidades, su atormentada expresión. Si entre aquella muchedumbre apiñada y enlodada, descubris el fresco semblante de una joven, aquella luz artificial le recarga de tonos violentos y falsos, haciendo que se destaque sobre la sombra lluviosa y fría con una aureola extraña. El espíritu se sobrecoge de asombro, pero el espectador se lleva la mano á los ojos para tapárselos; y, sin dejar de admirar la fuerza de esa luz, piensa involuntariamente en el verdadero sol del campo y en la serena belleza del día.

§ 2.—EL PÚBLICO

Plantad ese talento en tierra inglesa; la opinión literaria del país dirigirá su crecimiento y explicará sus frutos. Porque esa opinión pública es su opinión privada; no la sufre como una imposición exterior, la siente en sí como una convicción íntima; no le ata, sino que, antes bien, le desenvuelve, y no hace más que repetirle alto lo que se dice por lo bajo.

siente uno acometido de vértigo, y, riendo y todo, experimenta demasiada compasión para reír de buena gana.

«El sitio en que Tobias Veck se apostaba en invierno, era un sitio ventilado que amorataba las narices, que enrojecía los ojos, que ponía carne de gallina, que helaba los dedos de los pies, que hacía dar diente con diente; y Tobias Veck lo sabía de sobra. El viento llegaba arremolinado á la esquina, — principalmente el viento del Este, — como si hubiese partido de los confines del mundo para caer sobre Tobias. Y cualquiera hubiese creído á menudo que caía sobre él antes de lo que había pensado, porque, después de volver la esquina de un brinco, dejando atrás á Tobias, tornaba de repente girando, como si gritase: «¡Calla! ¡si está ahí!» Al punto se empingorotaba el delantal por encima de la cabeza, como la vestimenta de un chiquillo travieso, y se veía luchar y agitarse inútilmente en su mano el débil bastoncillo; las piernas experimentaban tremendas sacudidas, y el propio Tobias, hecho un arco, defendiéndose tan pronto por un lado como por otro, se veía tan azotado y golpeado, y molido, y sacudido, y zarandeado, y atropellado, y levantado del suelo, que era casi un milagro que no volase en carne y hueso por los aires, como ocurre á veces con una colonia de ranas ó de babosas ú otras criaturas portátiles, para caer después como llovido, con gran asombro de los indigenas, en algún rincón apartado del mundo donde fuesen desconocidos los mozos de cuerda (1).»

El que ahora quiera abrazar de una ojeada esa imaginación tan lúcida, tan impetuosa, tan porfiadamente

(1) *Repiques*, pág. 7.

fija en el objeto que escoge, tan profundamente afectada por las cosas pequeñas, tan exclusivamente apegada á los pormenores y á los sentimientos de la vida vulgar, tan fecunda en emociones incesantes, tan potente para despertar la compasión dolorosa, la burla sarcástica y la alegría nerviosa, no tiene más que figurarse una calle de Londres en una lluviosa noche de invierno. La luz llameante del gas quema los ojos, brota al través de los cristales de las tiendas, cae sobre las caras que pasan, y aquella claridad cruda, hundiéndose en las facciones contraídas, pone de relieve, con infinitos detalles y una energía que hierre, sus arrugas, sus deformidades, su atormentada expresión. Si entre aquella muchedumbre apiñada y enlodada, descubris el fresco semblante de una joven, aquella luz artificial le recarga de tonos violentos y falsos, haciendo que se destaque sobre la sombra lluviosa y fría con una aureola extraña. El espíritu se sobrecoge de asombro, pero el espectador se lleva la mano á los ojos para tapárselos; y, sin dejar de admirar la fuerza de esa luz, piensa involuntariamente en el verdadero sol del campo y en la serena belleza del día.

§ 2.—EL PÚBLICO

Plantad ese talento en tierra inglesa; la opinión literaria del país dirigirá su crecimiento y explicará sus frutos. Porque esa opinión pública es su opinión privada; no la sufre como una imposición exterior, la siente en sí como una convicción íntima; no le ata, sino que, antes bien, le desenvuelve, y no hace más que repetirle alto lo que se dice por lo bajo.

He aquí los consejos de ese gusto público, tanto más poderosos cuanto que concuerdan con su inclinación natural, y le impulsan en su propio sentido.

«Sé moral. Es menester que todas tus novelas puedan ser leídas por las jóvenes. Nosotros somos espíritus prácticos, y no queremos que la literatura corrompa la vida práctica. Profesamos la religión de la familia, y no queremos que la literatura pinte las pasiones que atacan la vida de familia. Somos protestantes, y conservamos algo de la severidad de nuestros padres contra la alegría y las pasiones. La peor de éstas es el amor. Guárdate de asemejarte en este punto á la más ilustre de nuestras vecinas. El amor es el héroe de todas las novelas de Jorge Sand. Casado ó no, poco importa; á ella le parece bello, santo y sublime por sí mismo, y lo dice. No lo creas, y, si lo crees, no lo digas. Es un mal ejemplo. El amor, así presentado, se antepone al matrimonio. Conduce á él ó le disuelve, según las circunstancias; pero, de todos modos, le trata como inferior; no le concede más santidad que la que él le presta, y le juzga impío si se encuentra excluido de él. La novela, así concebida, es un alegato en favor del corazón, de la imaginación, del entusiasmo y de la naturaleza; pero es muchas veces un alegato contra la sociedad y contra la ley, y nosotros no toleramos que se toque, ni de cerca ni de lejos, á la sociedad ni á la ley. Presentar un sentimiento como divino, inclinar ante él todas las instituciones, pasearle al través de una serie de acciones generosas, cantar con una especie de inspiración heroica los combates que empeña y los asaltos que sostiene, enriquecerle con todas las fuerzas de la elocuencia, coronarle con todas las flores de la poesía, es pintar la vida que produce como más bella y más alta que las demás; es asentarle, muy

por encima de todas las pasiones y de todos los deberes, en una región sublime, sobre un trono donde brilla como una luz, como un consuelo, como una esperanza, y atrae hacia sí todos los corazones. Quizá ese mundo es el de los artistas, pero no el del común de los hombres. Quizá es conforme á la naturaleza, pero nosotros subordinamos la naturaleza al interés de la sociedad. Jorge Sand pinta mujeres apasionadas; pintanos mujeres honradas. Jorge Sand inspira el deseo de enamorarse; inspiranos el deseo de casarnos.

»Esto tiene sus inconvenientes, es verdad; si en ello gana el público, el arte padece; si tus personajes dan mejores ejemplos, tus obras serán de menos valía. No importa. Habrás de resignarte, considerando que eres moral. Tus enamorados serán insípidos, porque el único interés que ofrece su edad es la violencia de la pasión, y tú no puedes pintar la pasión. En *Nicolás Nickleby* presentarás dos jóvenes honrados, semejantes á todos los jóvenes, casándose con dos muchachas honradas, semejantes á todas las muchachas; en *Martin Chuzzlewit* presentarás asimismo dos jóvenes honrados, completamente semejantes á los dos primeros, casándose también con dos muchachas honradas, completamente semejantes á las dos primeras; en *Dombey é hijo* no habrá más que un joven honrado y una muchacha honrada; aparte de eso, ninguna diferencia. Y así sucesivamente. El número de tus matrimonios es asombroso, y bastante para poblar á Inglaterra. Lo más curioso aún es que todos son desinteresados, y que los jóvenes desprecian el dinero con la misma sinceridad que en la Opera Cómica. Insistirás hasta la saciedad sobre la pudorosa turbación de las novias, sobre las lágrimas de las madres, sobre el llanto de toda la concurrencia, sobre las escenas alegres y con-

movedoras de la comida; trazarás una multitud de cuadros de familia, todos enternecedores, y casi tan agradables como pinturas de mamparas. El lector se conmoverá; pensará ver los amores inocentes y el donaire virtuoso de un niño y de una niña de diez años. Le darán ganas de decirles: Vaya, amiguitos, que si-gáis tan juiciosos.—Pero quien encontrará mayor interés son las jóvenes, que aprenderán la solicitud, no reñida con el decoro, con que debe hacerles la corte un pretendiente. Si te arriesgas á hablar de una seducción, como en *Copperfield*, no contarás el progreso, el ardor y las embriagueces del amor; no pintarás más que los infortunios, la desesperación y el remordimiento. Si en *Copperfield* y en el *Grillo del Hogar* nos presentas alterada la armonía de un matrimonio, y una mujer de quien se sospecha, te apresurarás á devolver la paz al matrimonio y la inocencia á la mujer, y harás, por su boca, un elogio tan magnífico del matrimonio, que podría servir de modelo á Emilio Augier. Si en los *Tiempos difíciles* la esposa llega hasta el borde de la falta, se detendrá en el borde. Si en *Dombey é hijo* huye del domicilio conyugal, permanecerá pura; no cometerá más que la apariencia de la falta, y tratará á su amante de tal suerte que se desearía ser el marido. Si, por último, en *Copperfield*, cuentas las impresiones y las locuras del amor, te burlarás de ese pobre amor, pintarás sus pequeñeces, parecerás pedir al lector que te disculpe. Jamás te permitirás dejar oír el soplo ardiente, generoso, indisciplinado de la pasión omnipotente; harás de ella un juguete de niños honrados ó una linda joya de matrimonio. Pero el matrimonio te dará compensaciones. Tu genio de observador y tu afición á los pormenores hallarán campo donde ejercitarse en las escenas de la

vida doméstica: pintarás magistralmente el reposo al amor de la lumbre, una plática de familia, niños sobre las rodillas de su madre, un marido que vela á la luz de la lámpara cerca de su mujer dormida, con el corazón lleno de gozo y de ardimiento, porque sabe que trabaja por los suyos. Encontrarás retratos deliciosos ó serios de mujeres: el de Dora, que permanece niña en el matrimonio, y cuyas travesuras, donaires, puerilidades y risas alegran la casa como el gorjeo de un pájaro; el de Ester, sobre cuya perfecta bondad y divina inocencia nada pueden las pruebas ni los años; el de Inés, tan apacible, tan paciente, tan sensata, tan pura, tan digna de respeto, verdadero dechado de esposa, capaz de conquistar por si sola al matrimonio el respeto que pedimos para él. Y cuando al fin haya que demostrar la belleza de esos deberes, la grandeza de esa amistad conyugal, la profundidad del sentimiento que han ahondado diez años de confianza, de atenciones y de abnegación recíprocas, encontrarás en tu sensibilidad, tanto tiempo reprimida, discursos tan patéticos como las palabras más enérgicas del amor (1).

»No son las peores las novelas que le glorifican. Hay que habitar al otro lado del estrecho para atreverse á lo que se han atrevido nuestros vecinos. Entre nosotros hay algunos que admiran á Balzac, pero nadie querría tolerarle. Algunos pretenderán que no es inmoral; pero todo el mundo habrá de convenir en que, siempre y en todo, hace abstracción de la moral. Jorge Sand no ha celebrado más que una pasión; Balzac las ha celebrado todas. Las ha considerado como fuerzas, y, juzgando que la fuerza es bella, las ha apoyado en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

(1) *David Copperfield*, escena del doctor y su mujer.

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1606 MONTERREY, MEXICO

28557

sus causas, las ha rodeado de sus circunstancias, las ha desenvuelto en sus efectos, las ha extremado y agrandado hasta hacer de ellas monstruos sublimes, más sistemáticos y verdaderos que la verdad. Nosotros no pasamos porque un hombre se limite á no ser más que un artista. Nosotros no queremos que se separe de su conciencia y pierda de vista la práctica. Nosotros no nos avendremos nunca á reconocer que tal es el rasgo dominante de nuestro Shakespeare: no admitiremos que, como Balzac, lleve sus héroes al crimen y á la monomanía, y que, como él, habite en el país de la pura lógica y de la pura imaginación. Hemos cambiado mucho desde el siglo XVI, y condenamos hoy lo que en otro tiempo aprobábamos. No queremos que el lector se interese por un avaro, por un ambicioso, por un libertino. Y se interesa por él, cuando el escritor, sin alabar ni censurar, explica el temperamento, la educación, la forma de inteligencia y los hábitos de espíritu que han ahondado en su alma esa inclinación primitiva; hace palpable la necesidad de sus efectos; la sigue al través de todos sus períodos; patentiza el mayor poderío que le prestan la edad y la satisfacción, y expone la caída irresistible que precipita al hombre en la locura ó en la muerte. El lector, subyugado por esa lógica, admira la obra que ha hecho, y no se indigna contra el personaje que ha creado; dice: ¡soberbio avaro!, y no piensa en los males que la avaricia produce. Se hace filósofo y artista, y no se acuerda ya de que es hombre honrado. Acuérdate siempre de que lo eres, y renuncia á las bellezas que pueden florecer sobre ese suelo corrompido.

Entre éstas, la primera es la grandeza. Hay que interesarse por las pasiones para comprender toda su extensión, para contar todos sus resortes, para descri-

bir todo su curso. Son enfermedades; el que se contenta con maldecirlas no las conocerá; si no es fisiólogo, si no se enamora de ellas, si no las toma por héroes, si no se estremece de gozo en presencia de un magnífico rasgo de avaricia como á la vista de un síntoma precioso, no puede desarrollar su vasto sistema ni poner de manifiesto su fatal grandeza. Tú no tendrás ese mérito inmoral, ni cuadra tampoco á la indole de tu genio. Tu extraordinaria sensibilidad y tu propensión á la ironía necesitan satisfacerse; no tienes bastante calma para penetrar hasta el fondo de un carácter; prefieres compadecerte ó burlarte de él; tomas parte en pro ó en contra suya, te tornas su amigo ó su adversario, y le haces aborrecible ó amable; no le pintas; eres demasiado apasionado, y no lo bastante curioso. Por otra parte, la tenacidad de tu imaginación, la violencia y la fijeza con que clavas tu pensamiento en el detalle que quieres recoger, limitan tu conocimiento, te detienen en un rasgo único, te impiden visitar todas las partes de un alma y sondear sus profundidades. Tienes imaginación demasiado viva, pero no bastante vasta. He aquí, pues, los caracteres que has de trazar. Sorprenderás un personaje en una actitud; no verás de él más que esa actitud, y se la impondrás desde el principio hasta el fin. Su semblante tendrá siempre la misma expresión, y esa expresión será casi siempre un gesto. Tendrán una especie de resabio, y no lo perderán nunca. Miss Mercy se reirá á cada palabra; Marcos Tapley pronunciará á cada instante su «jovialmente»; mistress Gamp hablará continuamente de Mad. Harris; el doctor Chilip no dará un solo paso que no sea tímido; Mr. Micawber pronunciará durante tres volúmenes el mismo género de frases enfáticas, y pasará quinientas ó seis-

cientas veces de la alegría al dolor, con una brusquedad cómica. Cada uno de tus personajes será un vicio, una virtud, una ridiculez encarnada, y la pasión que le atribuirás será tan frecuente, tan invariable, tan absorbente, que no parecerá ya un hombre vivo, sino una abstracción vestida de hombre. Los franceses tienen un Tartufo como tu Pecksniff; pero la hipocresía que despliega no ha destruido el resto de su ser; si se presta á la comedia por su vicio, pertenece á la humanidad por su naturaleza. Amén de su gesto, tiene un carácter y un temperamento; es recio, fornido, colorado, brutal, sensual; el vigor de su sangre le hace osado; su audacia le hace sereno; su audacia, su serenidad, la prontitud de su decisión y su desprecio de los hombres, hacen de él un gran político. Cuando ha ocupado al público durante cinco actos, todavía ofrece más de una cosa que estudiar al psicólogo y al médico. Tu Pecksniff no ofrecerá nada al médico ni al psicólogo. No servirá más que para instruir y entretener al público. Será una sátira viva de la hipocresía, y nada más. Si le das la afición al aguardiente, será de una manera gratuita; en el temperamento que le atribuyes nada lo exige: se encuentra tan engolfado en la tartufería, en la melosidad, en las frases literarias, en la moralidad tierna, que el resto de su naturaleza ha desaparecido: es una máscara, y no ya un hombre. Pero esa máscara es tan grotesca y tan enérgica, que será útil al público y disminuirá el número de los hipócritas. Ese es nuestro objeto; ese es el tuyo, y tu colección de caracteres producirá el efecto de un libro de sátiras más bien que el de una galería de retratos.

»Por la misma razón, esas sátiras, aunque reunidas, quedarán realmente desligadas, y no formarán un verdadero conjunto. Comenzaste por ensayos, y tus

grandes novelas no son más que ensayos cosidos los unos al lado de los otros. El único medio de componer un todo natural y sólido es hacer la historia de una pasión ó de un carácter: tomarlos en su nacimiento; verlos crecer, alterarse y destruirse; comprender la exigencia interior de su desarrollo. Tú no sigues ese desarrollo; mantienes siempre tu personaje en la misma actitud, es avaro, ó hipócrita, ó bueno hasta el fin, y siempre del mismo modo; no tiene, pues, historia. No puedes hacer más que modificar las circunstancias en que se encuentra; á él no le modificas: permanece inmóvil, y á cada choque que experimenta emite el mismo sonido. La diversidad de los acontecimientos que inventas no es, pues, más que una fantasmagoría entretenida: no tienen lazo, no forman un sistema, no son más que un montón. No escribirás más que vidas, aventuras, memorias, bosquejos, colecciones de escenas, y no sabrás componer una acción. Pero si el gusto literario de tu nación, unido á la dirección natural de tu genio, te impone intenciones morales, y te veda la gran pintura de caracteres y la composición de conjuntos, en cambio ofrece á tu observación, á tu sensibilidad y á tu sátira una serie de figuras originales, peculiarísimas de Inglaterra, que, dibujadas por tu mano, formarán una galería única, y que, juntamente con la imagen de tu genio, ofrecerán la de tu país y de tu tiempo.»

§ 3. — LOS PERSONAJES

Quitad los personajes grotescos que no figuran más que para ocupar puesto y para hacer reír, y veréis que todos los caracteres de Dickens se comprenden en

cientas veces de la alegría al dolor, con una brusquedad cómica. Cada uno de tus personajes será un vicio, una virtud, una ridiculez encarnada, y la pasión que le atribuirás será tan frecuente, tan invariable, tan absorbente, que no parecerá ya un hombre vivo, sino una abstracción vestida de hombre. Los franceses tienen un Tartufo como tu Pecksniff; pero la hipocresía que despliega no ha destruido el resto de su ser; si se presta á la comedia por su vicio, pertenece á la humanidad por su naturaleza. Amén de su gesto, tiene un carácter y un temperamento; es recio, fornido, colorado, brutal, sensual; el vigor de su sangre le hace osado; su audacia le hace sereno; su audacia, su serenidad, la prontitud de su decisión y su desprecio de los hombres, hacen de él un gran político. Cuando ha ocupado al público durante cinco actos, todavía ofrece más de una cosa que estudiar al psicólogo y al médico. Tu Pecksniff no ofrecerá nada al médico ni al psicólogo. No servirá más que para instruir y entretener al público. Será una sátira viva de la hipocresía, y nada más. Si le das la afición al aguardiente, será de una manera gratuita; en el temperamento que le atribuyes nada lo exige: se encuentra tan engolfado en la tartufería, en la melosidad, en las frases literarias, en la moralidad tierna, que el resto de su naturaleza ha desaparecido: es una máscara, y no ya un hombre. Pero esa máscara es tan grotesca y tan enérgica, que será útil al público y disminuirá el número de los hipócritas. Ese es nuestro objeto; ese es el tuyo, y tu colección de caracteres producirá el efecto de un libro de sátiras más bien que el de una galería de retratos.

»Por la misma razón, esas sátiras, aunque reunidas, quedarán realmente desligadas, y no formarán un verdadero conjunto. Comenzaste por ensayos, y tus

grandes novelas no son más que ensayos cosidos los unos al lado de los otros. El único medio de componer un todo natural y sólido es hacer la historia de una pasión ó de un carácter: tomarlos en su nacimiento; verlos crecer, alterarse y destruirse; comprender la exigencia interior de su desarrollo. Tú no sigues ese desarrollo; mantienes siempre tu personaje en la misma actitud, es avaro, ó hipócrita, ó bueno hasta el fin, y siempre del mismo modo; no tiene, pues, historia. No puedes hacer más que modificar las circunstancias en que se encuentra; á él no le modificas: permanece inmóvil, y á cada choque que experimenta emite el mismo sonido. La diversidad de los acontecimientos que inventas no es, pues, más que una fantasmagoría entretenida: no tienen lazo, no forman un sistema, no son más que un montón. No escribirás más que vidas, aventuras, memorias, bosquejos, colecciones de escenas, y no sabrás componer una acción. Pero si el gusto literario de tu nación, unido á la dirección natural de tu genio, te impone intenciones morales, y te veda la gran pintura de caracteres y la composición de conjuntos, en cambio ofrece á tu observación, á tu sensibilidad y á tu sátira una serie de figuras originales, peculiarísimas de Inglaterra, que, dibujadas por tu mano, formarán una galería única, y que, juntamente con la imagen de tu genio, ofrecerán la de tu país y de tu tiempo.»

§ 3. — LOS PERSONAJES

Quitad los personajes grotescos que no figuran más que para ocupar puesto y para hacer reír, y veréis que todos los caracteres de Dickens se comprenden en

dos clases: los seres sensibles y los seres que no lo son. Opone las almas que forma la naturaleza á las que deforma la sociedad. Una de sus últimas novelas, los *Tiempos difíciles*, es un resumen de todas las otras. Prefiere allí el instinto al razonamiento, la intuición del corazón á la ciencia positiva; ataca la educación fundada en la estadística, en las cifras y en los hechos; colma de desgracias y de ridículo al espíritu positivo y mercantil; combate el orgullo, la dureza, el egoísmo del negociante y del noble; maldice las ciudades de fábricas, de humo y de lodo, que aprisionan el cuerpo en una atmósfera artificial, y el espíritu en una vida ficticia. Busca pobres obreros, barqueros, un niño expósito, y abruma con su sano sentido, su generosidad, su delicadeza, su valor y su dulzura la falsa ciencia, la falsa felicidad y la falsa virtud de los ricos y de los poderosos que los desprecian. Escribe sátiras contra la sociedad opresora; escribe elegías á la naturaleza oprimida; y su genio elegíaco, como su genio satírico, encuentra á propósito, en la sociedad inglesa que le rodea, el campo que ha menester para desplegarse.

I

DIRECCIÓN GENERAL DE

El primer fruto de la sociedad inglesa es la hipocresía. Madura allí á favor del doble soplo de la religión y de la moral, cuya popularidad y cuyo señorío allende el estrecho conoce todo el mundo. En un país donde

es escandaloso reír en domingo, donde el triste puritanismo conserva algo de su antigua animosidad contra la alegría, donde los críticos que estudian la historia antigua intercalan disertaciones sobre el grado de virtud de Nabucodonosor, se comprende que la apariencia de la moralidad sea útil. Es una moneda que conviene tener; los que no poseen la buena, la fabrican falsa, y cuanto más preciosa la declara la opinión pública, tanto más se falsifica. De ahí que ese vicio sea inglés. En Francia no puede encontrarse un Mr. Pecksniff: nos repugnarían sus frases. Si existe afectación entre nosotros, no es la de la virtud, sino la del vicio; el que quiera acertar no hablará de sus principios; gusta más confesar las flaquezas, y, si hay charlatanes, son fanfarrones de inmoralidad. Hemos tenido nuestros hipócritas, pero cuando era popular la religión. Después de Voltaire, no es posible un Tartufo. No se intenta ya afectar una piedad que no engaña á nadie ni conduce á nada. La hipocresía viene, se va y cambia, según el estado de las costumbres, de la religión y de los espíritus. Ved, si no, cuán conforme es la hipocresía de Pecksniff á las disposiciones de su país. La religión inglesa es poco dogmática y completamente moral. Pecksniff no ensarta, como Tartufo, frases teológicas; se explaya por entero en retahilas de filantropía. Ha marchado con el siglo. Se ha hecho filósofo humanitario. Ha dado á sus hijas los nombres de Mercedes y de Caridad. Es cariñoso, es bueno, se abandona á las efusiones de familia. Cuando van á verle, ofrece inocentemente el espectáculo de encantadoras escenas domésticas; ostenta un corazón de padre, los sentimientos de un esposo, la benevolencia de un buen amo. Hoy están en boga las virtudes de familia, y hay que rebozarse en ellas. En otro tiempo decía Orgon,

con Voltaire y con el siglo para haber un hipócrita más moderno

aleccionado por Tartufo: «Así pereciesen padres, hijos y mujer, se me daría tanto como esto.»

La virtud moderna y la piedad inglesa piensan de otro modo: no hay que desdeñar este mundo por mirar al otro; hay que mejorarlo mirando al otro. Tartufo hablará de su cilicio y de sus disciplinas; Pecksniff, de su cómoda salita, del encanto de la intimidad, de las bellezas de la naturaleza. Procurará establecer la concordia entre los hombres. Tendrá todas las trazas de un miembro de la *Sociedad de la paz*. Expondrá las consideraciones más conmovedoras sobre los beneficios y la hermosura de la armonía. Será imposible escucharle sin enternecerse. Hoy los hombres son refinados; han leído muchas poesías elegiacas; su sensibilidad es más viva; ya no es posible engañarlos con el grosero descoco de Tartufo. Por eso Mr. Pecksniff tendrá ademanes de longanimidad sublime, sonrisas de compasión inefable, fervores, condescendencias, abandonos, perdones, ternuras, que seducirán á los más exigentes y embelesarán á los más delicados. Los ingleses, en sus parlamentos, en sus *meetings*, en sus asociaciones y en sus ceremonias públicas, han aprendido la frase oratoria, los términos abstractos, el estilo de la economía política, del periodismo y de los prospectos. Mr. Pecksniff hablará como un prospecto, con su misma oscuridad, con su misma jerga y con su mismo énfasis. Parecerá cernerse, por encima del mundo, en la región de las ideas puras, en el seno de la verdad. Tendrá las apariencias de un apóstol educado en la redacción del *Times*. Insertará ideas generales á cuento de todo. Encontrará una lección moral en el *beefsteak* que acaba de comerse. El *beefsteak* ha pasado, el mundo pasará también: acordémonos de nuestra fragilidad y de las cuentas que tendre-

mos que rendir un día. Al doblar la servilleta, se remontará á grandiosas consideraciones: «La economía de la digestión, al decir de algunos amigos míos anatómicos, es una de las obras más maravillosas de la naturaleza. No sé lo que experimentan los demás; pero, para mí, es una gran satisfacción pensar que, cuando gozo de mi humilde comida, pongo en movimiento la más bella máquina conocida. En tales instantes creo realmente cumplir una función pública.— Cuando he dado cuerda á este reloj interior, si puedo emplear tales palabras (dice Mr. Pecksniff con una sensibilidad exquisita), y cuando sé que anda, reconozco que la lección que da á los hombres hace de mí uno de los bienhechores de mi especie.»—Veis aquí un nuevo género de hipocresía. Los vicios cambian en cada siglo al mismo tiempo que las virtudes.

El espíritu práctico, como el espíritu moral, es inglés; á fuerza de comerciar, de trabajar y de gobernarse, ese pueblo ha adquirido el gusto y el talento de los negocios; por eso nos mira como niños y locos. El exceso de tales disposiciones es la destrucción de la imaginación y de la sensibilidad. El hombre se convierte por ese camino en máquina de especulación, donde se alinean cifras y hechos; niega la vida del espíritu y los goces del corazón; no ve ya en el mundo más que pérdidas y ganancias; se hace duro, codicioso, avaro; trata á los hombres como rodajes; un día se encuentra transformado totalmente en negociante y banquero; ha dejado de ser hombre. Dickens ha multiplicado los retratos del hombre positivo: Rodolfo Nickleby, Scroogs, Antonio Chuzzlewit, Jonás, el alderman Cute, Mr. Murdstone y su hermana, Bounderby, Tomás Gradgrind; los hay en todas sus novelas. Unos lo son por educación, otros por natura-

leza; pero todos son odiosos, porque todos ponen empeño en ridiculizar y destruir la bondad, la simpatía, la compasión, los sentimientos desinteresados, las emociones religiosas, el entusiasmo de la imaginación, todo lo bello que hay en el hombre. Oprimen á los niños, maltratan á las mujeres, condenan á los pobres al hambre, insultan á los desgraciados. Los mejores son autómatas de acero que cumplen metódicamente sus deberes legales y no saben que hacen sufrir á los demás.—En nuestro país no se ve esa clase de gente. Su rigidez no se compagina con nuestro carácter. En Inglaterra los produce una escuela que tiene su filosofía, sus grandes hombres, su fama, y que jamás ha arraigado entre nosotros. Cierta que nuestros escritores han pintado más de una vez avaros, negociantes y mercachifles; Balzac está lleno de ellos. Pero los explica por su imbecilidad, ó los presenta como monstruos curiosos, á ejemplo de Grandet y de Gobseck. Los de Dickens forman una clase real y representan un vicio nacional. Leed el siguiente pasaje de los *Tiempos difíciles*, y ved si Mr. Gradgrind no es todo un inglés en cuerpo y alma:

«Ahora bien: lo que yo necesito son hechos. No enseñe V. á estos niños más que hechos; hechos es lo único que hace falta en la vida. No siembre V. en los niños otra cosa, y desarraigue todo lo demás. V. no puede formar el espíritu de un animal racional más que con hechos; ninguna otra cosa podrá servirle nunca para nada. Con arreglo á ese principio educo yo á mis propios hijos, y con arreglo á él quiero que los niños se eduquen. ¡Aténgase V. á los hechos!»

«La escena pasa en una escuela de paredes desnudas, rasas y monótonas; y el dedo cuadrado del orador daba autoridad á sus observaciones, subrayando cada

frase en la manga del maestro de escuela. Realzaba esa autoridad la frente del orador, especie de muro cuadrado que tenía por base las cejas y sumía en la oscuridad las dos sombrías cavernas donde cómodamente se alojaban sus ojos. Todavía acrecentaba esa autoridad la boca del orador, una boca grande, delgada y severa. Aumentaba también esa autoridad la voz del orador, una voz inflexible, seca y dictatorial. Aumentaba asimismo esa autoridad el pelo del orador, que brotaba erizado á los lados de la calva cabeza, á guisa de plantación de pinos destinada á guarecer del viento la lustrosa superficie, cuajada de protuberancias, á modo de costra de pastel de ciruelas, como si aquella cabeza hubiese sido un almacén insuficiente para encerrar la dura masa de hechos acumulados en su interior. La actitud obstinada del orador, su levita cuadrada, sus piernas cuadradas, sus hombros cuadrados, su corbata misma, que le agarrotaba el cuello con su rígido nudo, como un hecho tenaz, todo contribuía á acentuar aquella energía.»

«En esta vida no necesitamos más que hechos, nada más que hechos!»

El orador, el maestro y la tercera persona adulta, allí presentes, retrocedieron un poco y recorrieron con la vista el plano inclinado de los cantaritos colocados en orden y dispuestos á recibir la lluvia de hechos que iban á derramar en ellos hasta que rebosasen (1).

«¡Tomás Gradgrind, caballero! El hombre de la realidad; el hombre de los hechos y del cálculo; el hombre que parte del principio de que dos y dos son cuatro, y nada más que cuatro, y á quien nadie hará afirmar otra cosa. ¡Tomás Gradgrind! ¡Tomás! ¿oye V.?»

(1) *Tiempos difíciles*, pág. 1.

Tomás Gradgrind con una regla y un par de balanzas y la tabla de multiplicar en el bolsillo, dispuesto siempre á pesar y á medir cualquier partícula de la naturaleza humana, y á decirle á V. exactamente lo que vale. Es una pura cuestión de cifras, un simple caso de aritmética. V. podría lisonjearse de insinuar cualquier otra creencia absurda en la cabeza de Jorge Gradgrind, ó de Augusto Gradgrind, ó de Juan Gradgrind, ó de José Gradgrind (todos ellos sujetos ficticios, no reales); pero lo que es en la cabeza de Tomás Gradgrind, ¡eso no, señor!»

«En tales términos se presentaba siempre Mr. Gradgrind mentalmente, ya en el círculo de sus relaciones particulares, ya al público en general. En tales términos, sin duda, sin más que sustituir la palabra «caballero» con la palabra «niños», hacía Tomás Gradgrind en aquel momento la presentación de Tomás Gradgrind á los cantaritos alineados delante de él, y á quienes había que llenar de hechos hasta la boca (1).»

Otro de los defectos que produce la costumbre de dominar y de luchar es el orgullo. Abunda en un país de aristocracia, y nadie ha ridiculizado más duramente á una aristocracia que Dickens. Todos sus retratos son sarcasmos: lo es el de Santiago Harthouse, petimetre aburrido de todo, especialmente, y con justa razón, de sí mismo; lo es el de sir Frederick, mentecato burlado, embrutecido por el vino, que no sabe más que mirar fijamente á las personas royendo el puño del bastón; lo es el de lord Feenix, especie de máquina de frases parlamentarias, pero máquina descompuesta y casi incapaz de concluir los ridículos períodos en que se enreda; lo es el de mistress Skewton, horrible vieja

(1) *Tiempos difíciles*, pág. 4.

arruinada, coqueta hasta la tumba, que pide cortinas de color de rosa para su lecho de agonía, y pasea á su hija por todos los salones de Inglaterra para venderla á algún marido vanidoso; lo es el de sir Chester, malvado de buenas formas, que, por temor de comprometerse, se niega á salvar á su hijo natural, y se niega con afabilidad suma, acabando de tomar el chocolate. Pero la pintura más completa y más inglesa del espíritu aristocrático es el retrato de un negociante de Londres, de Mr. Dombey.

No buscaríamos ahí en Francia nuestros tipos; pero Inglaterra los tiene, dentro de esa clase, tan enérgicos como en nuestros más orgullosos palacios. Mr. Dombey, á imitación de un noble, ama su casa tanto como á sí mismo. Si desdeña á su hija, y desea un hijo, es para perpetuar el antiguo nombre de su banca. Tiene sus antepasados en el comercio, y quiere tener sus descendientes. Lo que él sostiene son tradiciones; lo que continúa es un poder. A esa altura de opulencia y con esa extensión de acción, es un príncipe, y, así como tiene la posición de un príncipe, tiene sus sentimientos. Veis aquí un carácter que no podía producirse más que en un país cuyo comercio abraza el mundo, donde los negociantes son potentados, donde una compañía de traficantes ha explotado continentes, sostenido guerras, derrocado reinos y fundado un imperio de cien millones de hombres. El orgullo de tal personaje no es cualquier cosa; es terrible: es tan tranquilo y tan altanero que, para encontrar algo parecido, hay que releer las *Memorias* de Saint-Simon. Mr. Dombey ha mandado siempre, y no concibe la posibilidad de ceder á nadie ni á nada. Recibe la lisonja como un tributo á que tiene derecho, y ve los hombres debajo de él, á una distancia inmensa, como se-

res nacidos para implorarle y obedecerle. Su segunda mujer, la altiva Edit Skewton, le hace frente y le desprecia; el orgullo del negociante choca con el orgullo de la joven noble, y las explosiones reprimidas de esa enemistad creciente revelan una intensidad de pasión que sólo podían contener almas así nacidas y alimentadas. Edit, para vengarse, huye en el aniversario de su matrimonio, y ofrece las apariencias del adulterio. Entonces es cuando se yergue en toda su altivez el inflexible orgullo. Mr. Dombey echa á su hija, á quien cree cómplice de su mujer; prohíbe á todo el mundo ocuparse de la una ni de la otra; impone silencio á su hermana y á sus amigos; recibe á sus huéspedes con el mismo tono y con la misma frialdad. Desesperado interiormente, devorado por el ultraje, por la conciencia de su derrota, por la idea de ser la irrisión pública, permanece tan firme, tan altanero, tan sereno como nunca. Activa más audazmente sus negocios y su ruina; va á matarse. Hasta aquí todo iba bien: la columna de bronce se había conservado íntegra é invencible; pero las exigencias de la moral pública perverten la idea del libro. En el momento crítico aparece su hija, le ruega, y se enternece. La hija se le lleva consigo; él se transforma en el mejor de los padres, y echa á perder una hermosa novela.

II

Volvamos la hoja. En oposición á esos caracteres ficticios y malos que producen las instituciones nacionales, encontráis seres buenos, tales y como los hace la naturaleza, y en primer término los niños.

Nosotros no los tenemos en nuestra literatura. El Joas de Racine no ha podido nacer más que en una obra compuesta para Saint-Cyr; además, la pobre criatura habla como hijo de príncipes, con frases nobles y aprendidas, como si recitase el catecismo. Hoy no se ven entre nosotros retratos de esa especie más que en los libros de Navidad, escritos para ofrecer modelos á los niños juiciosos.—Dickens ha pintado los suyos con una complacencia particular; no soñaba en edificar al público, y le ha cautivado. Todos los suyos tienen una sensibilidad extraordinaria; quieren mucho, y sienten necesidad de ser queridos. Para comprender esa complacencia del pintor y esa elección de caracteres, hay que considerar el tipo físico de las criaturas. Tienen una encarnación tan fresca, una tez tan delicada, una carne tan transparente, y ojos azules tan puros que parecen bellas flores. No es asombroso que un novelista los quiera, que atribuya á su alma la sensibilidad y la inocencia que brillan en sus miradas, que piense que esas delicadas y encantadoras rosas han de romperse entre las rudas manos que intentan doblegarlas. Hay que atender también á los hoga-

res nacidos para implorarle y obedecerle. Su segunda mujer, la altiva Edit Skewton, le hace frente y le desprecia; el orgullo del negociante choca con el orgullo de la joven noble, y las explosiones reprimidas de esa enemistad creciente revelan una intensidad de pasión que sólo podían contener almas así nacidas y alimentadas. Edit, para vengarse, huye en el aniversario de su matrimonio, y ofrece las apariencias del adulterio. Entonces es cuando se yergue en toda su altivez el inflexible orgullo. Mr. Dombey echa á su hija, á quien cree cómplice de su mujer; prohíbe á todo el mundo ocuparse de la una ni de la otra; impone silencio á su hermana y á sus amigos; recibe á sus huéspedes con el mismo tono y con la misma frialdad. Desesperado interiormente, devorado por el ultraje, por la conciencia de su derrota, por la idea de ser la irrisión pública, permanece tan firme, tan altanero, tan sereno como nunca. Activa más audazmente sus negocios y su ruina; va á matarse. Hasta aquí todo iba bien: la columna de bronce se había conservado íntegra é invencible; pero las exigencias de la moral pública pervierten la idea del libro. En el momento crítico aparece su hija, le ruega, y se enternece. La hija se le lleva consigo; él se transforma en el mejor de los padres, y echa á perder una hermosa novela.

II

Volvamos la hoja. En oposición á esos caracteres ficticios y malos que producen las instituciones nacionales, encontráis seres buenos, tales y como los hace la naturaleza, y en primer término los niños.

Nosotros no los tenemos en nuestra literatura. El Joas de Racine no ha podido nacer más que en una obra compuesta para Saint-Cyr; además, la pobre criatura habla como hijo de príncipes, con frases nobles y aprendidas, como si recitase el catecismo. Hoy no se ven entre nosotros retratos de esa especie más que en los libros de Navidad, escritos para ofrecer modelos á los niños juiciosos.—Dickens ha pintado los suyos con una complacencia particular; no soñaba en edificar al público, y le ha cautivado. Todos los suyos tienen una sensibilidad extraordinaria; quieren mucho, y sienten necesidad de ser queridos. Para comprender esa complacencia del pintor y esa elección de caracteres, hay que considerar el tipo físico de las criaturas. Tienen una encarnación tan fresca, una tez tan delicada, una carne tan transparente, y ojos azules tan puros que parecen bellas flores. No es asombroso que un novelista los quiera, que atribuya á su alma la sensibilidad y la inocencia que brillan en sus miradas, que piense que esas delicadas y encantadoras rosas han de romperse entre las rudas manos que intentan doblegarlas. Hay que atender también á los hoga-

res donde crecen. Cuando el negociante y el empleado dejan á las cinco su oficina y sus negocios, tornan presurosos al lindo *cottage*, sobre cuyo césped han estado jugando sus hijos todo el día. Aquel hogar donde van á pasar la velada es un santuario, y los afectos de familia son la única poesía que han menester. Un niño privado de ese bienestar y de esos afectos, parecerá privado del aire que se respira, y el novelista no tendrá bastante con un volumen para explicar su desgracia. Dickens la ha contado en diez volúmenes, y ha acabado por escribir la historia de David Copperfield. David cuenta con el cariño de su madre y de una excelente criada, Peggotty; juega con ella en el jardín; la mira coser; la lee la historia natural de los cocodrilos; tiene miedo de las gallinas y de los gansos que se pasean por el corral con una facha terrible; es completamente feliz. Su madre vuelve á casarse, y todo cambia. El padrastro, Mr. Murdstone, y su hermana Juana son seres desabridos, metódicos y glaciales. El pobre Davidin oye á cada paso palabras duras. No se atreve á hablar ni á moverse; teme besar á su madre; siente pesar sobre sí, como una losa de plomo, la fria mirada de los dos nuevos huéspedes. Se concentra en sí mismo; estudia como una máquina las lecciones que le señalan; no puede aprenderlas: tal es el miedo que tiene de no saberlas. Le pegan, y le encierran á pan y agua en un cuarto retirado. Se espanta de la oscuridad; tiene miedo de sí mismo. Se pregunta si no será realmente malo, y llora. Ese terror incesante, sin esperanza y sin remedio; el espectáculo de aquella sensibilidad que se martiriza y de aquella inteligencia que se embrutece; las vigiliás, la soledad del pobre niño preso, su deseo ardiente de besar á su madre y de llorar sobre el corazón de su Peg-

gotty, todo eso lastima. Esos dolores infantiles son tan profundos como las penas de un hombre. Es la historia de una frágil planta que florecía en un ambiente cálido, vivificada por un suave sol, y que, transportada de pronto en medio de la nieve, se deshoja y marchita.

Las personas del pueblo, al modo de los niños, son seres dependientes, poco cultos, próximos á la naturaleza y expuestos á la opresión. No hay que decir que Dickens las exalta. Eso en Francia no es nuevo: los novelas de Eugenio Sue nos han dado más de un ejemplo, y la tesis se remonta á Rousseau; pero en manos del escritor inglés ha adquirido una fuerza notable. Sus héroes tienen admirables delicadezas y abnegaciones. Lo único propio del pueblo que poseen es la pronunciación; todo lo restante es pura nobleza y generosidad. Veis á un barquero abandonar á su hija, su única alegría, por temor de perjudicarla en algo. Una joven se sacrifica por salvar á la mujer indigna del hombre que la ama y á quien ella ama; ese hombre muere, y ella, por pura abnegación, sigue cuidando á la criatura degradada. Un pobre carretero, que cree infiel á su mujer, la declara muy alto inocente, y por toda venganza no piensa más que en colmarla de cariño y de bondades. Según Dickens, nadie siente tan vivamente como ellos la felicidad de amar y de ser amado, las alegrías puras de la vida de familia. Nadie tiene tanta compasión por esos pobres seres deformes y enfermizos que tan frecuentemente echan al mundo, y que no parecen nacer más que para morir. Nadie tiene un sentido moral más recto y más inflexible. Confieso también que los héroes de Dickens tienen la desgracia de parecerse á los padres indignados de nuestros melodramas: cuando el viejo Peggotty sabe

que su sobrina ha sido seducida, se pone en camino, con un palo en la mano, y recorre Francia, Alemania é Italia, para buscarla y volverla á la senda del deber. Pero, por encima de todo, tienen un sentimiento inglés, que á nosotros nos falta: son cristianos. No son sólo, como aquí, las mujeres las que se refugian en la idea de otro mundo; los hombres piensan en él. En ese país, donde hay tantas sectas y donde todo el mundo elige la suya, cada uno cree en la religión que se ha forjado, y ese sentimiento tan noble eleva aún el trono en que los colocan la rectitud de su voluntad y la delicadeza de su corazón.

En el fondo, todas las novelas de Dickens se resumen en una frase, y es ésta: Sed buenos y amad; no hay verdadera alegría más que en las emociones del corazón; la sensibilidad es todo el hombre. Dejad la ciencia á los sabios, el orgullo á los nobles, el lujo á los ricos; tened compasión de las miserias humildes; el ser más pequeño y más menospreciado puede valer tanto como millares de seres poderosos y soberbios. Cuidad de no herir á las almas delicadas que florecen en todas las condiciones, bajo todas las vestiduras, en todas las edades. Creed que la humanidad, la piedad y el perdón son lo más hermoso que hay en el hombre; creed que la intimidad, las expansiones, el cariño, las lágrimas, son lo más dulce que hay en el mundo. No es nada vivir; es poco ser poderoso, sabio, ilustre; no es bastante ser útil. Sólo ha vivido y es hombre el que ha llorado al recuerdo de un beneficio hecho ó recibido.

III

No opinamos que ese contraste entre los débiles y los fuertes, ni que esa reclamación contra la sociedad en favor de la naturaleza, sean el capricho de un artista ó el azar de un momento. Remontándose lejos en la historia del genio inglés, se encuentra que su fondo primitivo era la sensibilidad apasionada, y que su expresión natural fué la exaltación lírica. Una y otra procedían de Germania, y componen la literatura que vivió antes de la conquista. Después de un intermedio, volvéis á encontrarlas en el siglo XVI, luego que pasó la literatura francesa importada de Normandía; son el alma misma de la nación. Pero la educación de esa alma fué contraria á su genio; su historia ha contradicho su naturaleza, y su inclinación primitiva ha tropezado contra todos los grandes acontecimientos que ha realizado ó sufrido. El azar de una invasión victoriosa y de una aristocracia impuesta, fundando el ejercicio de la libertad política, ha impreso en el carácter hábitos de lucha y de orgullo. El azar de una posición insular, la necesidad del comercio, la posesión abundante de las materias primeras de la industria, han desarrollado las facultades prácticas y el espíritu positivo. La adquisición de esos hábitos, de esas facultades y de ese espíritu, unida al azar de una hostilidad antigua contra Roma y de añejos resentimientos contra una Iglesia opresora, ha dado origen

á una religión orgullosa y razonadora, que sustituye la sumisión con la independencia, la teología poética con la moral práctica, y la fe con la discusión. La política, los negocios y la religión, como tres máquinas potentes, han formado, por encima del hombre antiguo, un hombre nuevo. La dignidad rígida, el imperio sobre sí, la necesidad de mandar, la dureza en el mando, la moral estricta sin piedad ni contemplaciones, la afición á la cifras y al razonamiento seco, la aversión hacia los hechos que no son palpables y hacia las ideas que no son útiles, la ignorancia del mundo invisible, el menosprecio de las debilidades y ternuras del corazón: he ahí las disposiciones que la corriente de los hechos y el ascendiente de las instituciones tienden á establecer en las almas. Pero la poesía y la vida de familia prueban que no lo logran más que á medias. La antigua sensibilidad, oprimida y pervertida, vive y se agita aún. Bajo el puritano, bajo el comerciante, bajo el hombre de Estado, subsiste el poeta. El hombre social no ha destruido al hombre natural. Esa envoltura helada, esa tiesura insociable, esa actitud rígida, ocultan á menudo un ser bueno y afectuoso. Es la máscara inglesa de una cabeza alemana; y cuando un escritor de talento, que es frecuentemente un escritor de genio, llega á tocar la sensibilidad oprimida ó sepultada bajo la educación y las instituciones nacionales, remueve al hombre en su fondo más íntimo, y se hace dueño de todos los corazones.

CAPÍTULO II

La novela (continuación).—Thackeray.

Abundancia y excelencia de la novela de costumbres en Inglaterra.—Superioridad de Dickens y de Thackeray.—Comparación de Dickens y de Thackeray.

§ 1.º—EL SATÍRICO.

- I. Sus intenciones morales.—Sus disertaciones morales.
- II. Comparación de la burla en Francia y en Inglaterra.—Diferencia de los dos temperamentos, de los dos gustos y de los dos espíritus.
- III. Superioridad de Thackeray en la sátira amarga y grave.—La ironía seria.—*Los snobs literarios; Miss Blanca Amory.*—La caricatura seria.—*Mistress Hoggarthy.*
- IV. Solidez y precisión de esa concepción satírica.—Semejanza de Thackeray y de Swift.—*Los Deberes de un embajador.*—Misantrópia de Thackeray.—Ñoñería de sus heroínas.—Ñoñería del amor.—Vicio íntimo de las generalidades y de las exaltaciones humanas.
- V. Sus tendencias igualitarias.—Defecto de los caracteres y de la sociedad en Inglaterra.—Sus aversiones y sus predilecciones.—El *snob* y el aristócrata.—Retratos del rey, del gran señor de corte, del noble rural, del burgués ennoblecido.—Ventajas de esa institución aristocrática.—Exceso de esa sátira.

§ 2.º—EL ARTISTA.

- I. Idea del arte puro.—Cómo perjudica al arte la sátira.—Cómo amengua el interés.—Cómo falsea los personajes.—Comparación

á una religión orgullosa y razonadora, que sustituye la sumisión con la independencia, la teología poética con la moral práctica, y la fe con la discusión. La política, los negocios y la religión, como tres máquinas potentes, han formado, por encima del hombre antiguo, un hombre nuevo. La dignidad rígida, el imperio sobre sí, la necesidad de mandar, la dureza en el mando, la moral estricta sin piedad ni contemplaciones, la afición á la cifras y al razonamiento seco, la aversión hacia los hechos que no son palpables y hacia las ideas que no son útiles, la ignorancia del mundo invisible, el menosprecio de las debilidades y ternuras del corazón: he ahí las disposiciones que la corriente de los hechos y el ascendiente de las instituciones tienden á establecer en las almas. Pero la poesía y la vida de familia prueban que no lo logran más que á medias. La antigua sensibilidad, oprimida y pervertida, vive y se agita aún. Bajo el puritano, bajo el comerciante, bajo el hombre de Estado, subsiste el poeta. El hombre social no ha destruido al hombre natural. Esa envoltura helada, esa tiesura insociable, esa actitud rígida, ocultan á menudo un ser bueno y afectuoso. Es la máscara inglesa de una cabeza alemana; y cuando un escritor de talento, que es frecuentemente un escritor de genio, llega á tocar la sensibilidad oprimida ó sepultada bajo la educación y las instituciones nacionales, remueve al hombre en su fondo más íntimo, y se hace dueño de todos los corazones.

CAPÍTULO II

La novela (continuación).—Thackeray.

Abundancia y excelencia de la novela de costumbres en Inglaterra.—Superioridad de Dickens y de Thackeray.—Comparación de Dickens y de Thackeray.

§ 1.º—EL SATÍRICO.

- I. Sus intenciones morales.—Sus disertaciones morales.
- II. Comparación de la burla en Francia y en Inglaterra.—Diferencia de los dos temperamentos, de los dos gustos y de los dos espíritus.
- III. Superioridad de Thackeray en la sátira amarga y grave.—La ironía seria.—*Los snobs literarios; Miss Blanca Amory.*—La caricatura seria.—*Mistress Hoggarthy.*
- IV. Solidez y precisión de esa concepción satírica.—Semejanza de Thackeray y de Swift.—*Los Deberes de un embajador.*—Misantrópia de Thackeray.—Ñoñería de sus heroínas.—Ñoñería del amor.—Vicio íntimo de las generalidades y de las exaltaciones humanas.
- V. Sus tendencias igualitarias.—Defecto de los caracteres y de la sociedad en Inglaterra.—Sus aversiones y sus predilecciones.—El *snob* y el aristócrata.—Retratos del rey, del gran señor de corte, del noble rural, del burgués ennoblecido.—Ventajas de esa institución aristocrática.—Exceso de esa sátira.

§ 2.º—EL ARTISTA.

- I. Idea del arte puro.—Cómo perjudica al arte la sátira.—Cómo amengua el interés.—Cómo falsea los personajes.—Comparación

ción de Thackeray y de Balzac.—*Valeria Marneffe* y *Rebeca Sharp*.

- II. Hallazgo del arte puro. Retrato de *Enrique Esmond*.—Talento histórico de Thackeray.—Concepción del hombre ideal.
 III. La literatura es una definición del hombre.—Cuál es esa definición en Thackeray.—Cómo difiere de la verdadera.

En Inglaterra pululan las novelas de costumbres; y se explica por varias razones. En primer término, han nacido allí, y toda planta prospera en su patria. En segundo término, son un desahogo: los ingleses no tienen la música como los alemanes, ni la conversación como los franceses; los que necesitan pensar y sentir encuentran en la novela de costumbres un medio de sentir y de pensar. Por otra parte, las mujeres, en aquella sociedad donde es nula la galantería y fría la religión, se interesan mucho por esa literatura, que da pábulo á la fantasía y á los ensueños. En fin, tales novelas, con sus pormenores minuciosos y sus consejos prácticos, ofrecen alimento al espíritu preciso y moralista. Así el crítico se encuentra como anegado en medio de esa abundancia; tiene que elegir para abarcar el conjunto, y reducirse á unos cuantos para abrazarlos á todos.

Entre esa muchedumbre han aparecido dos hombres de un talento superior, original y opuesto, igualmente populares, servidores de la misma causa, moralistas en la comedia y en el drama, defensores de los sentimientos naturales contra las instituciones sociales, y que, por la precisión de sus pinturas, por la profundidad de sus observaciones, por la continuidad y la rudeza de sus ataques, han reanimado, con otras miras y otro estilo, el antiguo espíritu militante de Swift y de Fielding.

El uno, más fogoso, más expansivo, abandonado

por completo al vuelo de la fantasía, pintor apasionado de cuadros crudos y deslumbradores, prosista lírico, omnipotente en la risa y en las lágrimas, se ha entregado á la invención caprichosa, á la sensibilidad dolorosa, á la burla violenta, y por las temeridades de su estilo, por el exceso de sus emociones, por la familiaridad grotesca de sus caricaturas, ha puesto de manifiesto todas las fuerzas y todas las flaquezas de un artista, todas las audacias, todos los éxitos y todas las rarezas de la imaginación.

El otro, más contenido, más instruido y más sólido, amigo de disertaciones morales, consejero del público, especie de predicador laico, menos dado á defender á los pobres, más dado á censurar al hombre, ha puesto al servicio de la sátira un sano sentido constante, un gran conocimiento del corazón, una habilidad consumada, un razonamiento potente, un tesoro de odio meditado, y ha perseguido el vicio con todas las armas de la reflexión. Merced á ese contraste, el uno completa al otro, y se forma una idea exacta del gusto inglés, añadiendo el retrato de Guillermo Thackeray al retrato de Carlos Dickens.

§ 1.º—EL SATÍRICO.

No es extraño que un novelista escriba sátiras en Inglaterra. Un hombre triste y reflexivo propende á ellas por su temperamento, y las costumbres se encargan de impulsarle más por esa pendiente. No se le permite contemplar las pasiones como potencias poéticas; se le manda que las aprecie como cualidades morales. Sus pinturas se tornan sentencias; es consejero más bien que observador, y justiciero más bien

ción de Thackeray y de Balzac.—*Valeria Marneffe* y *Rebeca Sharp*.

- II. Hallazgo del arte puro. Retrato de *Enrique Esmond*.—Talento histórico de Thackeray.—Concepción del hombre ideal.
 III. La literatura es una definición del hombre.—Cuál es esa definición en Thackeray.—Cómo difiere de la verdadera.

En Inglaterra pululan las novelas de costumbres; y se explica por varias razones. En primer término, han nacido allí, y toda planta prospera en su patria. En segundo término, son un desahogo: los ingleses no tienen la música como los alemanes, ni la conversación como los franceses; los que necesitan pensar y sentir encuentran en la novela de costumbres un medio de sentir y de pensar. Por otra parte, las mujeres, en aquella sociedad donde es nula la galantería y fría la religión, se interesan mucho por esa literatura, que da pábulo á la fantasía y á los ensueños. En fin, tales novelas, con sus pormenores minuciosos y sus consejos prácticos, ofrecen alimento al espíritu preciso y moralista. Así el crítico se encuentra como anegado en medio de esa abundancia; tiene que elegir para abarcar el conjunto, y reducirse á unos cuantos para abrazarlos á todos.

Entre esa muchedumbre han aparecido dos hombres de un talento superior, original y opuesto, igualmente populares, servidores de la misma causa, moralistas en la comedia y en el drama, defensores de los sentimientos naturales contra las instituciones sociales, y que, por la precisión de sus pinturas, por la profundidad de sus observaciones, por la continuidad y la rudeza de sus ataques, han reanimado, con otras miras y otro estilo, el antiguo espíritu militante de Swift y de Fielding.

El uno, más fogoso, más expansivo, abandonado

por completo al vuelo de la fantasía, pintor apasionado de cuadros crudos y deslumbradores, prosista lírico, omnipotente en la risa y en las lágrimas, se ha entregado á la invención caprichosa, á la sensibilidad dolorosa, á la burla violenta, y por las temeridades de su estilo, por el exceso de sus emociones, por la familiaridad grotesca de sus caricaturas, ha puesto de manifiesto todas las fuerzas y todas las flaquezas de un artista, todas las audacias, todos los éxitos y todas las rarezas de la imaginación.

El otro, más contenido, más instruido y más sólido, amigo de disertaciones morales, consejero del público, especie de predicador laico, menos dado á defender á los pobres, más dado á censurar al hombre, ha puesto al servicio de la sátira un sano sentido constante, un gran conocimiento del corazón, una habilidad consumada, un razonamiento potente, un tesoro de odio meditado, y ha perseguido el vicio con todas las armas de la reflexión. Merced á ese contraste, el uno completa al otro, y se forma una idea exacta del gusto inglés, añadiendo el retrato de Guillermo Thackeray al retrato de Carlos Dickens.

§ 1.º—EL SATÍRICO.

No es extraño que un novelista escriba sátiras en Inglaterra. Un hombre triste y reflexivo propende á ellas por su temperamento, y las costumbres se encargan de impulsarle más por esa pendiente. No se le permite contemplar las pasiones como potencias poéticas; se le manda que las aprecie como cualidades morales. Sus pinturas se tornan sentencias; es consejero más bien que observador, y justiciero más bien

que artista. He ahí por qué mecanismo ha transformado Thackeray en sátira la novela.

Abro al azar sus tres grandes obras: *Pendennis*, *La feria de las vanidades* y los *Newcomes*. Cada escena pone de relieve una verdad moral; el autor quiere que á cada página pronunciemos un juicio sobre el vicio y sobre la virtud; censura ó aprueba de antemano, y los diálogos ó los retratos no son sino medios que pone en juego para unir nuestra aprobación á su aprobación, nuestra censura á su censura. Lo que nos da son lecciones, y al través de los sentimientos que describe y de los acontecimientos que refiere descubrimos siempre preceptos de conducta é intenciones de reformador.

En la primera página de *Pendennis* veis el retrato de un mayor, hombre de mundo, egoísta y vanidoso, cómodamente sentado en su club, al lado de la lumbre y de la ventana, buscando en las reseñas de las fiestas aristocráticas su nombre gloriosamente intercalado entre los de convidados ilustres. Recibe una carta de familia. Naturalmente, la deja á un lado, y la lee con indiferencia después de todas las otras. Profiere una exclamación de horror: su sobrino quiere casarse con una actriz. Manda encargar asientos en la diligencia (á cuenta de la familia), y corre á salvar al trastuelo. Con un casamiento de ese jaez, ¿qué sería de sus invitaciones?—Conclusión evidente: no seamos egoístas, ni vanidosos, ni glotones, como el mayor.

Capítulo segundo: Pendennis, padre del joven, fué en sus tiempos boticario, pero descendía de una buena familia, y se dolía de haberse rebajado á ese oficio. Hace dinero; se las da de médico; se casa con una parienta de un noble, y trata de insinuarse en el círculo de las grandes familias. Se alaba durante toda

su vida de haber sido invitado por lord Ribstone. Compra una hacienda; procura enterrar al boticario, y se pavonea en su nueva posición de propietario territorial.—Cada uno de esos pormenores es un sarcasmo disimulado ó visible, que dice al lector: «Amigo mío, conténtate con ser Juan García á secas, y por amor á tu hijo y á ti mismo no te empeñes en echarle las de personaje.»

Muere el viejo Pendennis. Su hijo, noble heredero de la hacienda, «gran duque de Pendennis, sultán de Fair Oaks», empieza á imperar sobre su madre, sobre su prima y sobre la servidumbre. Manda poesías deplorables á los periódicos del condado; principia un poema épico, una tragedia en que mueren diez y seis personas, una historia fulminante de los jesuitas, y defiende, á fuer de tory leal, á la Iglesia y al rey. Suspira por el ideal, y se enamora de la actriz en cuestión, mujer de treinta y dos años, loro de teatro, ignorante y estúpida hasta dejárselo de sobra.—Jóvenes, queridos míos, todos vosotros sois afectados, pretensiosos, juguetes de vosotros mismos y de los demás. Aguardad á ver el mundo para juzgarle, y no os creáis maestros cuando sois niños de escuela.

La instrucción continúa y dura tanto como la vida de Arturo. A ejemplo de Lesage en *Gil Blas*, á ejemplo de Balzac en el *Papá Goriot*, el autor de *Pendennis* pinta un joven de algún talento, de buenos sentimientos y hasta generoso, que quiere elevarse y se amolda á las máximas del mundo; pero Lesage no quiso más que divertirnos, y Balzac no quiso más que apasionarnos; Thackeray se afana, desde el principio hasta el fin, por corregirnos.

Esa intención se hace más visible aún cuando se examina en detalle uno de sus diálogos y una de sus

pinturas. No veréis allí el genio indiferente, atento á copiar la naturaleza, sino la reflexión detenida, preocupada en transformar en sátira las cosas, las palabras y los sucesos. Se rebuscan y pesan todas las frases del personaje para que resulten odiosas y ridículas. El hombre se acusa á sí propio, se encarga de evidenciar su vicio, y al través de su voz se oye la voz del escritor que le juzga, le desenmascara y le castiga.—Miss Crawley, una vieja rica, cae enferma (1), y corre á salvarla, y á salvar la herencia, una parienta suya, mistress Bute. Se trata de excluir del testamento á un sobrino, al capitán Rawdon, antiguo favorito y legatario presunto de la solterona. Ese Rawdon es un soldado estúpido, poste de fumaderos, jugador demasiado listo, duelista y perseguidor de muchachas. ¡Juzgad de la ocasión que se presenta á mistress Bute, respetable madre de familia, digna esposa de un eclesiástico, acostumbrada á componer los sermones de su marido! Aborrece al capitán Rawdon por pura virtud, y no consentirá que tan buen dinero caiga en tan malas manos. Por otra parte, ¿no somos fiadores de nuestras familias? ¿No es de nuestra incumbencia publicar las faltas de nuestros parientes? Es nuestro deber estricto, y mistress Bute cumple el suyo á conciencia. Hace acopio de historias edificantes sobre el sobrino, y edifica con ellas á la tía. Ha arruinado á éste; ha perdido á aquélla. Ha estafado á tal comerciante; ha matado á tal marido. Y, por remate de todo, ¡el infame se ha burlado de su tía! Aquella generosa tía, ¿seguirá abrigando á tal víbora? ¿Tolerará que la paguen sus sacrificios sin cuento con

(1) *Feria de las vanidades.*

esa ingratitud y esas burlas? Ya os figuraréis la elocuencia eclesiástica de mistress Bute. Sentada á los pies de la cama, vigila á la enferma, la llena de potingues, la entretiene con terribles sermones y está de centinela á la puerta contra la invasión del heredero presunto. El asedio era fuerte; la herencia tan porfiadamente atacada debía rendirse; los diez dedos virtuosos de la matrona creían ya hundirse en la masa sustanciosa de escudos que veía relucir. Y, sin embargo, un espectador exigente hubiera podido encontrar algunos defectos en su maniobra. La matrona se excedía. Olvidaba que una mujer asediada á sermones, manejada como un fardo, regulada como un reloj, podía renegar de una autoridad tan fatigosa. Y, lo que es peor, olvidaba que una vieja medrosa, confinada en su aposento, abrumada á predicaciones, envenenada con pildoras, podía morir antes de haber reformado su testamento, y dejarlo todo ¡ay! al bandido de su sobrino. ¡Ejemplo instructivo y terrible! Mistress Bute, la honra de su sexo, la consoladora de los enfermos, la consejera de su familia, después de minar su salud por cuidar á su querida hermana política y conservar la preciosa herencia, estaba á punto de meter á su hermana política en el ataúd y de poner la herencia en manos de su sobrino, gracias á su ejemplar abnegación.

Llega el boticario Clump; tiembla por su querida cliente, que le vale doscientas guineas al año, y está decidido á salvar aquella vida preciosa, en lucha con mistress Bute. Mistress Bute le corta la palabra. «Amigo mío, yo me he sacrificado. La ha matado su sobrino, y yo vengo á salvarla. El es el que la ha traído á este lecho de dolor, y yo la que vengo á asistirle. Yo no soy egoísta; no me niego nunca á inmolarle por los

demás; daría mi vida por mi deber; la daría por salvar á una parienta de mi marido.» El boticario vuelve á la carga heroicamente. La matrona torna á insistir de firme: la elocuencia fluye de sus labios como de un cántaro que rebosa. Mistress Bute grita desde el fondo de su cabeza: «Mientras la naturaleza me sostenga, jamás desertaré del puesto en que mi deber me encadena. Como madre de familia, como mujer de un eclesiástico inglés, puedo afirmar que mis principios son puros, y seré fiel á ellos hasta mi postrer suspiro. Cuando mi Santiaguito tuvo las viruelas, ¿permití yo que le cuidase ninguna mercenaria? No.» El paciente Clump se deshace en cumplidos melosos, y prosiguiendo en su tema entre las interrupciones, las protestas, los ofrecimientos de sacrificio y las declamaciones contra el sobrino, acaba por hacer pie. Insinúa delicadamente que habría que sacar á la enferma á respirar el aire libre. Entonces mistress Bute deja escapar el gato del egoísmo del saco del disimulo: «La vista de su horrible sobrino, si le encontrase en el parque, donde dicen que el miserable se pasea con la cómplice sin entrañas de sus crímenes, le causaría tal impresión, que tendríamos que volverla á la cama. No debe salir, señor Clump; no saldrá mientras yo esté aquí para velar por ella. Y en cuanto á mi salud, ¿qué importa? La sacrificio con gusto, caballero; la inmolo en el altar de mi deber.» Es manifiesto que el autor la toma con mistress Bute y con todos los salteadores de herencias. La atribuye ademanes ridículos, frases pomposas, una hipocresía transparente, burda y vocinglera. A compás que habla, el lector la mira con aversión y odio. Quisiera desenmascararla; se alegra de verla estrechada, acorralada, cogida por las maniobras corteses de su adversario, y se huelga con el autor, cuando

éste la arranca, subrayándola, la confesión vergonzosa de su maulería y su codicia.

Llegada á este punto, la reflexión satírica se despoja de la forma literaria. Para explayarse mejor, se presenta sola. Thackeray va á atacar el vicio en su propio nombre. No hay autor más fecundo en disertaciones; se interponen á cada paso en su narración para fustigarnos ó instruirnos; á la moral en acción añade la moral teórica. Podrían sacarse de sus novelas uno ó dos volúmenes de ensayos á la manera de La Bruyère ó de Addison. Los hay sobre el amor, sobre la vanidad, sobre la hipocresía, sobre la bajeza, sobre todas las virtudes, sobre todos los vicios; volviendo algunas páginas, se encontrará otro sobre las comedias de herencias y sobre los parientes demasiado solícitos.

«¡Qué dignidad da á una vieja una cuenta abierta en casa de su banquero! ¡Con qué cariñosa indulgencia miramos sus imperfecciones, si es parienta nuestra! ¡Y ojalá tenga cada lector veinte parientas así! ¿Quién de nosotros no la juzga una vieja bonísima, excelente? ¡Cómo sonríe el nuevo asociado de Hobs y Dobs al acompañarla á su blasonado coche, con su cochero asmático! ¡Qué bien sabemos nosotros, cuando nos visita, buscar una ocasión para decir á nuestros amigos la posición que ocupa en el mundo! Les decimos (y con la más cabal sinceridad): «Desearia tener la firma de miss Mac-Whirter para una letra de cinco mil libras. —Eso no sería nada para ella (observa vuestra mujer). —Es mi tía (respondéis vosotros con tono indiferente, cuando el amigo os pregunta si no sería por casualidad alguna parienta). Vuestra mujer la envía á cada instante testimonios de afecto; vuestras niñas la hacen infinidad de canastillas, almohadones y taburetes de

tapicería. ¡Qué buen fuego en su cuarto, cuando os visita, mientras vuestra mujer se ata el corsé sin ninguno! La casa, durante esa visita, adquiere un aspecto limpio, agradable, cómodo, alegre, que no tiene en otras ocasiones. V. mismo, amigo mío, olvida su acostumbrada siesta después de comer, y se encuentra V. de pronto enamorado del *whist* (aunque pierda V. invariablemente). ¡Qué buenas comidas ofrece V.! Caza todos los días, madera, malvasía, y, por lo regular, pescado de Londres. La misma gente de la cocina toma parte en la prosperidad general. No sé cómo es, pero, durante la estancia del cochero de miss MacWhirter, la cerveza es mucho más fuerte, y en el cuarto de los niños (donde come su muchacha) no se tasa el consumo del té y del azúcar. ¿Es ó no verdad? Apelo á las clases medias. ¡Ah, potencias celestiales! ¡envíadme una tía vieja—una tía soltera—una tía con coche de escudo y un frontispico de pelo de color café claro! ¡Cuánto bolso de labor la bordarían mis hijas! ¡Cómo la mimaríamos mi Julia y yo! ¡Dulce... dulce visión! ¡Vano sueño! (1).»

No hay modo de engañarse. El lector más refractario á las advertencias se encuentra advertido. Cuando tengamos una tía muy rica, estimaremos en su justo valor nuestras atenciones y nuestro cariño. El autor ha ocupado el puesto de nuestra conciencia, y la novela, transformada por la reflexión, se convierte en escuela de costumbres.

(1) *Feria de las vanidades*, tomo II, pág. 121.

II

En esa escuela se fustiga de firme; es la afición inglesa. No hay que disputar sobre gustos; pero, sin disputar, pueden explicarse, y el medio más seguro de comprender el gusto inglés es oponerle al gusto francés.

Entre nosotros, veo en un salón de gente culta ó en un taller de artistas, veinte personas. Tienen necesidad de divertirse: es su fondo. Podéis hablarlas de la perversidad humana, pero á condición de divertir las. Si os irritáis, las causará extrañeza; si sermoneáis, bostezarán. Reid—esa es aquí la regla—reid, no cruelmente y por enemistad ostensible, sino de buen humor y por agilidad de espíritu. Ese espíritu tan ágil quiere obrar; para él el hallazgo de una gran simpleza es el hallazgo de una fortuna. Como ligera llama, se desliza y brinca por la superficie de los objetos rozándolos. Contentadle imitándole: para agradar á gente alegre, sed alegres.—Sed corteses: es el segundo mandamiento, de todo punto semejante al otro. Habláis con personas sociables, delicadas, vanidosas, á quienes hay que contemplar y lisonjear. Las heriríais si trataseis de conquistar su convicción á la fuerza, á embites repetidos de argumentos contundentes, con alardes de elocuencia y de indignación. Hacedlas el honor de suponer que os entienden á media palabra, que el esbozo de una sonrisa vale para ellas

lo que un silogismo, que una fina alusión, cogida al vuelo, las impresiona más que la pesada invasión de una imponente sátira geométrica. Considerad, en fin (esto entre nosotros), que en política, como en religión, se las ha gobernado mucho, demasiado, desde hace mil años; que, cuando uno está muy sujeto, desea no estarlo más; que una prenda demasiado estrecha salta por los codos y por otras partes. Son rebeldes; las gusta insinuar las cosas prohibidas, y muchas veces, por abuso de lógica, por irse del seguro, por viveza, por mal humor, apuntando al gobierno, dan á la sociedad, y apuntando á la religión, dan á la moral. Son escolares que han estado mucho tiempo bajo la férula; al abrir las puertas, rompen los vidrios. No os exhortaré á complacerlos; me limito á advertir que, para complacerlos, no está de más una puntita de propensión sediciosa.

Salvo siete leguas de mar, y heme en un salón severo, lleno de bancos, adornado de mecheros de gas, barrido, regular, círculo de controversias ó templo de sermones. Allí hay quinientas caras alargadas, tristes, rígidas; desde el primer momento salta á los ojos que no han ido á divertirse. En ese país, un temperamento más tosco, recargado de una alimentación más pesada y más fuerte, ha quitado á las impresiones su rápida movilidad; y el pensamiento, menos fácil y pronto, ha perdido con su viveza su alegría. Si bromeáis delante de ellos, tened en cuenta que habláis á hombres reflexivos, concentrados, capaces de sensaciones duraderas y profundas, incapaces de emociones variables y repentinas. Aquellos semblantes inmóviles y contraídos quieren conservar la misma actitud: son refractarios á las semisonrisas fugitivas; no saben distenderse; su risa es una convulsión tan rígida como su gravedad.

No toquéis de soslayo las cuestiones; deteneos. No os deslicéis; ahondad. No jugueteéis; herid. Considerad que debéis remover violentamente pasiones violentas, y que, para poner en acción aquellos nervios, hacen falta sacudidas. Considerad también que vuestros sujetos son espíritus prácticos, amantes de lo útil; que van allí para instruirse; que debéis darles verdades sólidas; que su sano sentido, un poco estrecho, no se aviene á improvisaciones aventuradas ni á indicaciones arriesgadas; que exigen refutaciones desenvueltas y explicaciones cumplidas, y que, si han pagado su billete de entrada, es para escuchar consejos aplicables y sátiras razonadas. Su temperamento os pide emociones fuertes, su inteligencia os pide demostraciones precisas. Para satisfacer su temperamento, no basta rasguñar al vicio, hay que ajusticiarle. Para satisfacer su inteligencia, no hay que burlarse con agudezas, sino con razonamientos. Una palabra más: mirad allá, en medio del concurso, aquel libro dorado, magnífico, posado regiamente sobre un almohadón de terciopelo. Es la Biblia; en torno de ella hay cincuenta moralistas que recientemente se citaron en el teatro, y echaron á patatazos á un actor por ser amante de una mujer casada. Si, con todas las salvedades y rebozos del mundo, tocáis con la punta del dedo una sola de las hojas sagradas ó la más mínima de las conveniencias morales, al punto veréis aferradas al cuello de vuestra levita cincuenta manos que os plantarán á la puerta. En presencia de los ingleses, hay que ser inglés; al par que su pasión y su espíritu sesudo, tomad sus andadores. Encerrada así dentro de las verdades admitidas, vuestra sátira se hará más contundente, y á la presión de la lógica y á la fuerza del resentimiento agregará el peso de la creencia pública.

III

No hubo escritor con más dotes que Thackeray para ese género de sátira, y es que para ese género de sátira no hay facultad más á propósito que la reflexión. La reflexión es la atención concentrada, y la atención concentrada centuplica la fuerza y la duración de las emociones. El que se absorbe en la contemplación del vicio siente odio por el vicio, y la intensidad de su odio tiene por medida la intensidad de su contemplación. La cólera, en el primer momento, es un vino generoso que embriaga y exalta; conservada y encerrada, tórnase en licor que quema todo lo que toca y corroe hasta el vaso que la contiene. Thackeray es el más tétrico de todos los satíricos, después de Swift. Sus mismos compatriotas (1) le han censurado por pintar la sociedad más fea de lo que es. Sus sentimientos comunes son la indignación, el dolor, el desdén, el disgusto. Cuando se aparta de ellos é imagina almas afectuosas, exagera la sensibilidad de esas almas para hacer más odiosa su opresión; el egoísmo que las tortura parece horrible, y su dulce resignación es un ultraje mortal contra sus tiranos: el mismo odio ha calculado la bondad de las víctimas y la dureza de los perseguidores (2).

(1) En la *Revista de Edimburgo*.

(2) Papel de Amelia en la *Feria de las vanidades*.—Papel del coronel Newcome en *Los Newcomes*.

Esa cólera, exasperada por la reflexión, se halla además armada por la reflexión. Se ve que Thackeray no se arrebata por una indignación ó una piedad pasajeras. Se domina antes de hablar. Ha pesado varias veces la bribonada que va á describir. Conoce sus motivos, su especie, sus consecuencias, como un naturalista sus clasificaciones. Está seguro de su juicio, y lo ha madurado. Castiga como hombre convencido, que tiene sobre la mesa un legajo de pruebas, que no afirma nada sin un documento ó un razonamiento, que ha previsto todas las objeciones y refutado todas las excusas, que no perdonará jamás, que tiene razón para ser inflexible, que tiene conciencia de su justificación y que apoya su sentencia y su venganza con todas las fuerzas de la meditación y de la equidad. El efecto de ese odio justificado y contenido es abrumador. Cuando se acaba de leer las novelas de Balzac, se experimenta el placer de un naturalista paseando por un museo al través de una hermosa colección de ejemplares y de monstruos. Cuando se acaba de leer á Thackeray, se experimenta el sobrecogimiento de la persona profana á quien ponen delante del colchón del anfiteatro el día en que se cauteriza ó se hacen las amputaciones.

En semejante caso, el arma más natural es la ironía sería, porque atestigua un odio reflexivo: el que la usa suprime su primer movimiento; finge hablar contra sí mismo, y se domina hasta ponerse de parte del adversario. Esa actitud penosa y deliberada es signo de excesivo desprecio; la protección aparente que se otorga al enemigo es el peor de los insultos. Parece que se le dice: «Me da vergüenza atacarte; eres tan débil, que, aun con apoyo, caes; tus razones son tu oprobio y tus disculpas tu condena.» Así, cuanto más

grave es la ironía, más fuerza tiene; cuanto más empeño se pone en defender al enemigo, más se le envilece; cuanto más se aparenta ayudarle, más se le aplasta. Por eso es tan terrible el sarcasmo serio de Swift: se cree que agasaja, y mata; su aprobación es una flagelación. Thackeray es el primero de sus discípulos. Varios capítulos del *Libro de los Snobs* (1)—por ejemplo: el de los *snobs* literarios—son dignos de *Gulliver*. El autor acaba de pasar revista á todos los *snobs* de Inglaterra: ¿qué va á decir de sus hermanos los *snobs* literarios? ¿Se atreverá á hablar de ellos? Seguramente. Querido y buen lector, ¿no sabes que Bruto mandó cortar la cabeza á sus propios hijos? Mala opinión tendrías de la literatura moderna y de los modernos literatos si creyese que uno solo de nosotros vacilaría en hundir un puñal en el cuerpo de su colega, caso de necesidad pública.

«Pero el hecho es que en la profesión de literato no hay *snobs*. Recorred con la vista toda la asamblea de los escritores ingleses, y os desafío á que señaléis un solo ejemplo de vulgaridad, ó de envidia, ó de presunción. Hombres y mujeres, todos, que yo sepa, son de porte modesto, de elegantes modales, de intachable vida y de honrada conducta, tanto entre sí como respecto del mundo. Quizá no es imposible que por acaso oigan Vds. á un literato hablar mal de su hermano. Pero ¿por qué? ¿Por malicia? Ni por pienso. ¿Por envidia? De ninguna manera. Pura y simplemente por amor á la verdad y por deber público. Suponed, v. gr., que yo, con la mejor buena fe, señalo un defecto en la persona de mi amigo Mr. Punch, y

(1) *Snob*, voz de jerga intraductible con que se designa al hombre «que admira bajamente cosas bajas».

que digo que Mr. P... es jorobado, que su nariz y su barba son más ganchudas que la nariz y la barba de Apolo ó de Antinoo. ¿Significa eso que yo quiera mal á Mr. Punch? Ni por asomo. Es deber del crítico señalar los defectos lo mismo que los méritos, y cumple invariablemente su deber con la más completa sinceridad y la más perfecta dulzura. Siempre he admirado el sentimiento de la igualdad y de la fraternidad entre los autores como una de las más hermosas cualidades distintivas del gremio. Por lo mucho que nos apreciamos y nos respetamos los unos á los otros, por eso nos respeta tanto el mundo, por eso ocupamos tan excelente puesto en la sociedad, y por eso nos conducimos en él de una manera tan intachable. De tal predicamento goza la literatura en Inglaterra, que todos los años se destina una suma de unas mil doscientas libras esterlinas á pensionar á las personas de esa profesión. Es un gran honor para ellas, y también una prueba de que su posición es generalmente próspera y floreciente. Por lo común, son tan ricas y tan económicas, que apenas hace falta dinero para ayudarlas (1).»

No hay que llamarse á engaño. Para entender ese pasaje ha de tenerse presente que, en una sociedad aristocrática y mercantil, entregada al culto del dinero y á la adoración del rango, el talento pobre y plebeyo es tratado con arreglo á su condición pobre y plebeya (2). Lo que da más fuerza aún á esas ironías es su duración; las hay que se prolongan en el curso entero de una novela. Un francés no podría prolongar tanto tiempo el sarcasmo. Haría sus escapatorias á un

(1) *El Libro de los snobs*, pág. 201.

(2) «El talento y el genio pierden un venticinco por ciento de su valor al arribar á Inglaterra.» (Stendhal.)

lado ó á otro, cediendo á emociones diferentes; cambiaria de cara, y no conservaria una actitud tan fija, indicio de una animosidad tan decidida, tan calculada y tan amarga. Hay caracteres que Thackeray desarrolla durante tres volúmenes—como Blanca Amory, Rebeca Sharp—y de los cuales no habla nunca sin insultarlos; las dos son dos bribonas, y jamás las presenta sin colmarlas de requiebros: ¡La querida Rebeca! ¡La tierna Blanca! La tierna Blanca es una muchacha sentimental y literata, obligada á vivir con parientes que no la comprenden. Sufre de tal manera, que los ridiculiza sin empacho delante de todo el mundo; se ve tan oprimida por la sandez de su madre y de su padre político, que no pierde ocasión de refregarles su estupidez. ¿Puede hacer otra cosa en conciencia? ¿No sería falta de sinceridad afectar una alegría que no siente, ó un respeto que no puede sentir? Se comprende que la pobre muchacha tenga sed de simpatía; al dejar las muñecas, aquel corazón amante empieza por prendarse de Trenmor, de Stenio, del príncipe Djalma y otros héroes de los novelistas franceses. ¡Ay! El mundo imaginario no basta á las almas heridas, y el deseo del ideal se rebaja al fin, para saciarse, hasta los seres de la tierra. A los once años la señorita Blanca sintió inclinación hacia un saboyanito que tocaba el organillo en París, y á quien creyó un joven príncipe robado; á los doce años agitó su virginal corazón un maestro de dibujo, viejo y horrible; en el colegio de madama de Caramel se carteó con dos jóvenes alumnos del colegio Carlomagno. Tierna alma abandonada, sus delicados pies se han herido ya en los senderos de la vida; día por día se deshojan sus ilusiones, é inútil es que las consigne en versos en un librito forrado de terciopelo azul con broche de oro: titulado: *Mis lágrimas*

mas ¿Qué hacer en tal aislamiento? Se entusiasma por las jóvenes que conoce; siente á su vista una atracción magnética; se hace su hermana, sin perjuicio de dejarlas á un lado mañana, como un vestido viejo: no mandamos en nuestros sentimientos, y nada más hermoso que la naturalidad. Por lo demás, como la amable niña posee mucho gusto, viva imaginación y una inclinación poética por el cambio, tiene afanada á su doncella Pincott día y noche. Como persona delicada, verdadera *dilettante* de lo bello, la riñe por tener turbia la mirada y pálido el semblante. Luego, para animarla, la dice con sus miramientos habituales y su franqueza de siempre: «Pincott, yo la despediría á V., porque está V. demasiado débil, y le falta la vista, y siempre anda gimiendo y llorando y llamando al médico; pero sé que sus padres necesitan de su salario; y la tengo á V. por consideración á ellos.—Pincott, me dan jaqueca esa facha de miseria y esos modales tan serviles que tiene V. Acabaré por hacer que la pongan á V. colorete.—Pincott, sus padres de V. se mueren de hambre; pero si me tira á V. así de los pelos, será cosa de que les escriba diciéndoles que no necesito los servicios de V.» Esa simplona de Pincott no aprecia su suerte. ¿Cabe estar triste, cuando se sirve á un ser tan superior como la señorita Blanca? ¿Qué gozo suministrarla asuntos de estilo! Porque, hay que confesarlo, la señorita Blanca no se ha desdeñado de escribir una deliciosa composición en verso sobre la criadita arrancada al paterno hogar, «triste desterrada en extranjera tierra.» ¡Ay! El acontecimiento más insignificante basta para herir ese corazón demasiado sensible. A la menor emoción, corren sus lágrimas y se estremecen sus sentimientos como delicada mariposa que aplastamos con sólo tocarla. Vedla pasar,

aérea, con los ojos dirigidos al cielo, con una débil sonrisa posada en sus labios sonrosados, conmovedora sílfide, tan consoladora para cuantos la rodean que todos desean verla en el fondo de un pozo.

La ironía sería, cuando se eleva un grado, produce la caricatura seria. Aquí, como antes, el autor defiende la causa del prójimo, con la sola diferencia de que la defiende con demasiado ardimiento: es insulto sobre insulto. Thackeray menudea ese insulto. Algunos de sus personajes grotescos son enormes; por ejemplo: M. Alcides de Mirobolan, cocinero francés, artista en salsas, que declara su pasión á la señorita Blanca por medio de tartas simbólicas, y se cree un *gentleman*; la señora mariscala O'Dowd, especie de granadero con cofia, la más pomposa y parlanchina de las irlandesas, embebida en gobernar el regimiento y en casar á los solteros, quieras que no quieras; miss Briggs, dueña quintañona, nacida para devorar afrentas, enjaretar frases y derramar lágrimas; el Doctor, que prueba á sus alumnos, malos latinistas, que la costumbre de los barbarismos conduce al cadalso. Esas deformidades calculadas no excitan más que una risa triste. Siempre se trasluce al través de la carátula del personaje la expresión sardónica del pintor, y se viene á parar en la idea de la bajeza y de la estupidez del género humano. Hay otras figuras que, aunque menos exageradas, no son más naturales. Se ve que el autor las precipita expresamente en necedades visibles y en contradicciones manifiestas. Tal es miss Crawley, solterona inmoral y librepensadora, que alaba los matrimonios desproporcionados, y tiene un ataque de convulsiones cuando, á la página siguiente, contrae uno así su sobrino; que llama á Rebeca su igual, y en el mismo momento la pide que lleve las tenazas; que,

al saber la partida de su favorita, exclama con desesperación: «¡Santo cielo!, y ahora ¿quién me va á hacer el chocolate?» Son escenas de comedia, y no pinturas de costumbres. Hay una porción semejantes. Veis á una excelente tía, mistress Hoggarthy, imponerse en la casa de su sobrino Titmarsh, precipitarle en grandes gastos, perseguir á su mujer, echar á sus amigos, acibarar su matrimonio. El pobre diablo arruinado es reducido á prisión. Ella le denuncia á los acreedores con una indignación verdadera y le hunde con la mejor fe del mundo. El miserable ha sido el verdugo de su tía. El la sacó de su casa; él la tiranizó; él la robó, y su mujer la ultrajó. Ella ha visto prodigar la manteca como agua, derrochar el carbón, despilfarrar las velas. «¡Y ahora, encarcelado como está V., y precisamente por sus crímenes, tiene el atrevimiento de suplicarme que pague sus deudas! No, señor; ya es bastante que su madre viva á costa de su parroquia, y que su mujer de V. vaya á barrer las calles. Por lo que hace á mí, estoy al abrigo de sus perfidias de V. El ajuar de la casa es mío, y puesto que V. quiere que su señora mujer duerma en el arroyo, le prevengo que mañana me llevaré los muebles. Mr. Smithers le dirá que yo estaba decidida á dejarle á V. toda mi fortuna. Esta mañana, en su presencia, he roto solemnemente mi testamento, y en esta carta renuncio á toda relación con V. y con su familia de mendigos. Abrigué una víbora en mi seno, y me ha picado.» Esa mujer justa y compasiva encuentra su igual, un hombre piadoso, John Brough, *esquire*, miembro del parlamento, «director de la Compañía independiente de seguros contra incendios y sobre la vida, del Diddlessex oriental.» Ese virtuoso cristiano husmea de lejos el apetitoso olor de sus tierras, casas,

Historia.

capitales y otros valores muebles é inmuebles. Corre tras la bonita fortuna de mistress Hoggarthy, afligido de ver que apenas da cuatro por ciento á mistress Hoggarthy, y decidido á doblar las rentas de mistress Hoggarthy. La encuentra en el hotel con la cara hinchada. (Toda la noche se la habían estado comiendo las pulgas.) «¡Santo cielo! (exclama John Brough, *esquire*). ¡Una señora de su alcurnia de V. sufrir semejante cosa! ¡La excelente parienta de mi querido amigo Titmarsh! No se dirá nunca que mistress Hoggarthy puede verse expuesta á tan horrible humillación, mientras John Brough tenga una casa que ofrecerla, una casa humilde, feliz, cristiana, señora, aunque acaso inferior al esplendor de aquellas á que ha estado V. acostumbrada en su ilustre vida. ¡Isabel, amor mio! ¡Belinda! Hablad á mistress Hoggarthy. Decidla que la casa de John Brough es suya, desde el desván hasta el sótano. Lo repito, señora: desde el sótano hasta el desván. Deseo, suplico, ordeno que se lleve ahora mismo á mi coche el equipaje de mistress Hoggarthy.» Este estilo hace reir, si se quiere, pero tristemente. Se acaba de saber que el hombre es hipócrita, injusto, tiránico. Se vuelve uno, afligido, hacia el autor, y no ve en sus labios más que sarcasmos, ni en su frente más que pena.

IV

Escudriñemos bien; quizá en asuntos menos graves encontremos alguna ocasión de franca risa. Consideremos, no ya una infamia, sino un percance: una infamia subleva; un percance puede divertir. Nada de eso. Hasta en un pasatiempo conserva aquí la sátira su fuerza, porque conserva la reflexión su intensidad. Hay en la gracia inglesa una seriedad, un esfuerzo, una aplicación asombrosa, y los dilates cómicos se componen con tanto estudio como los sermones. El poder de la atención descompone el objeto en todas sus partes, y le reproduce con una minuciosidad y un relieve que producen verdadera ilusión. Swift describe el país de los caballos parlantes, la política de Lilliput, los inventores de la Isla Volante, con pormenores tan precisos y congruentes como un viajero experto, explorador exacto de las costumbres y del país. Así sostenidos, lo monstruoso y lo extravagante entran en la vida real, y el fantasma de la imaginación adquiere la consistencia de los objetos que tocamos. Thackeray aplica á la farsa esa gravedad imperturbable, esa solidez de concepción y ese arte de ilusionar.—Ved una de sus tesis morales: quiere probar que en el mundo hay que amoldarse á los usos corrientes, y transforma ese lugar común en una anécdota oriental. Notad los detalles de costumbres, de geografía, de cronología y de cocina, la designación

capitales y otros valores muebles é inmuebles. Corre tras la bonita fortuna de mistress Hoggarthy, afligido de ver que apenas da cuatro por ciento á mistress Hoggarthy, y decidido á doblar las rentas de mistress Hoggarthy. La encuentra en el hotel con la cara hinchada. (Toda la noche se la habían estado comiendo las pulgas.) «¡Santo cielo! (exclama John Brough, *esquire*). ¡Una señora de su alcurnia de V. sufrir semejante cosa! ¡La excelente parienta de mi querido amigo Titmarsh! No se dirá nunca que mistress Hoggarthy puede verse expuesta á tan horrible humillación, mientras John Brough tenga una casa que ofrecerla, una casa humilde, feliz, cristiana, señora, aunque acaso inferior al esplendor de aquellas á que ha estado V. acostumbrada en su ilustre vida. ¡Isabel, amor mio! ¡Belinda! Hablad á mistress Hoggarthy. Decidla que la casa de John Brough es suya, desde el desván hasta el sótano. Lo repito, señora: desde el sótano hasta el desván. Deseo, suplico, ordeno que se lleve ahora mismo á mi coche el equipaje de mistress Hoggarthy.» Este estilo hace reir, si se quiere, pero tristemente. Se acaba de saber que el hombre es hipócrita, injusto, tiránico. Se vuelve uno, afligido, hacia el autor, y no ve en sus labios más que sarcasmos, ni en su frente más que pena.

IV

Escudriñemos bien; quizá en asuntos menos graves encontremos alguna ocasión de franca risa. Consideremos, no ya una infamia, sino un percance: una infamia subleva; un percance puede divertir. Nada de eso. Hasta en un pasatiempo conserva aquí la sátira su fuerza, porque conserva la reflexión su intensidad. Hay en la gracia inglesa una seriedad, un esfuerzo, una aplicación asombrosa, y los dilates cómicos se componen con tanto estudio como los sermones. El poder de la atención descompone el objeto en todas sus partes, y le reproduce con una minuciosidad y un relieve que producen verdadera ilusión. Swift describe el país de los caballos parlantes, la política de Lilliput, los inventores de la Isla Volante, con pormenores tan precisos y congruentes como un viajero experto, explorador exacto de las costumbres y del país. Así sostenidos, lo monstruoso y lo extravagante entran en la vida real, y el fantasma de la imaginación adquiere la consistencia de los objetos que tocamos. Thackeray aplica á la farsa esa gravedad imperturbable, esa solidez de concepción y ese arte de ilusionar.—Ved una de sus tesis morales: quiere probar que en el mundo hay que amoldarse á los usos corrientes, y transforma ese lugar común en una anécdota oriental. Notad los detalles de costumbres, de geografía, de cronología y de cocina, la designación

matemática de cada objeto, de cada persona y de cada gesto, la lucidez de imaginación, la profusión de verdades locales, y comprenderéis por qué os produce su burla una impresión tan original y tan penetrante; encontraréis el mismo grado de estudio, la misma energía de atención que en las ironías y en las exageraciones precedentes: su jovialidad es tan reflexiva como su odio; ha cambiado de actitud, pero no de facultad.

«Siento aversión natural contra el egoísmo, y detesto infinitamente el hábito de alabarse uno á sí propio; pero no puedo menos de contar aquí una anécdota que ilustra el punto en cuestión, y en la cual me parece que obré con notable presencia de espíritu.

«Estando en Constantinopla hace algunos años, con una misión delicada (los rusos llevaban un doble juego, y nosotros tuvimos que enviar un negociador suplementario), Leckerbiff, bajá de Rumelia, entonces primer *galeongi* de la Puerta, dió un banquete diplomático en su palacio de verano de Bukjedere. Yo estaba á la izquierda del *galeongi*, y el agente ruso, el conde Diddlof, á su derecha. Diddlof es un pisaverde que se desmayaba con el perfume un poco subido de una rosa. Tres veces intentó que me asesinaran en el curso de la negociación; pero, naturalmente, en público éramos muy amigos, y nos saludábamos con el mayor agrado y cordialidad.

«El *galeongi* es, ó, más bien era (porque ¡ay! le apretaron el *gaznate*) un fiel sectario en política de la añeja escuela turca. Comimos con los dedos, y tuvimos por vajilla pedazos de pan. La única innovación que admitía era el uso de los licores europeos, á que hacía honor con gran deleite. Comía de un modo descomunal. Entre los platos que sirvieron, sacaron uno

enorme, que colocaron delante de él: un cordero aderezado con su lana, cargado de ajos, de asafétida, de pimienta y otros condimentos, la mixtura más endemoniada que jamás olfateó ó saboreó ningún mortal. El *galeongi* engulló una ración disparatada; según la costumbre oriental, se desvivía por servir á sus amigos á derecha é izquierda, y cuando topaba con una tajada bien cargada de especias, la hundía con sus propios dedos hasta el mismísimo *gaznate* de los convidados.

«Jamás olvidaré la mirada del pobre Diddlof, cuando Su Excelencia, haciendo una bola con un cumplido tasajo de aquella mezcolanza, y gritando *tuk, tuk* (está muy bueno), administró al tal Diddlof la tremenda píldora. En el momento de recibirla, giraron espantosamente los ojos del ruso. La tragó haciendo un gesto que anunciaba una convulsión inminente, y asiendo de una botella que á su lado había y que creyó de Sauterne, pero que resultó de aguardiente francés, se bebió cerca de una pinta antes de caer en su engaño. Aquel trago acabó con él. Le sacaron medio muerto del comedor, y le dejaron al fresco en un pabellón de verano á orillas del Bósforo.

«Cuando me llegó á mi la vez, me zampé el condimento sonriendo, dije *Bismillah*, y me relami en señal de gusto; después, cuando sirvieron el plato siguiente, yo mismo hice una bola con tanta destreza y se la introduje en el *gaznate* al rancio *galeongi* con tal donaire, que cautivé su corazón. Desde aquel punto y hora Rusia perdió la partida, y se firmó el tratado de *Kabobanópolis*. En cuanto á Diddlof, todo había acabado para él; fué llamado á San Petersburgo, y sir Roderick Murchison le vió trabajando en las minas de Siberia con el número 3967 (1).»

(1) *Los Snobs de Inglaterra*, pág. 146.

La anécdota es auténtica á todas luces; y cuando De Foe contaba la aparición de mistress Veal, no imitaba mejor el estilo de un sumario.

Esa reflexión tan atenta es una fuente de tristeza. Para recrearse con las pasiones humanas, hay que considerarlas, á fuer de curiosos, como móviles *marrionetas*; ó á fuer de sabios, como ajustados rodajes; ó á fuer de artistas, como poderosos resortes. Si no las observáis más que como virtuosas ó viciosas, vuestras ilusiones perdidas os condenarán á negros pensamientos, y no encontraréis en el hombre más que flaqueza y fealdad. He ahí por qué rebaja Thackeray nuestra naturaleza entera. Hace en la novela lo que hizo Hobbes en filosofía. Cuando describe bellos sentimientos, casi siempre los deriva de una fuente vil. La ternura, la bondad y el amor de sus personajes son efectos de los nervios, del instinto ó de una enfermedad moral. Amelia Sedley, su favorita y una de sus obras maestras, es una pobreta Horicona, incapaz de reflexión y resolución, ciega adoradora exaltada de un marido egoísta y grosero, sacrificada siempre por su voluntad y por su culpa; una mujer cuyo amor es una mezcla de necedad y de debilidad, frecuentemente injusta, acostumbrada á ver falso, y más digna de compasión que de respeto. Lady Castlewood, tan buena y tan afectuosa, se prenda, como Amelia, de un zafio borracho é imbécil, y sus salvajes celos, exasperados á la menor sospecha, implacables contra su marido, desahogados violentamente en crueles palabras, demuestran que su amor no es virtud, sino obra del temperamento. Elena Pendennis, el dechado de las madres, es una gazmoña provinciana, algo simple, de educación estrecha, celosa también, y cuyos celos ostentan toda la dureza del puritanismo y de la pasión. Se desmaya

al saber que su hijo tiene una amante: es una acción «odiosa, abominable, horrible»; quisiera que «su hijo se hubiese muerto antes que cometer ese crimen». Siempre que la hablan de Paquita, «su semblante adquiere una expresión cruel é inexorable». Al encontrarse con Paquita á la cabecera del joven enfermo, la echa como una prostituta y como una criada. Su amor materno, como el de todas las otras, es una ceguera incurable: su hijo es su dios; á fuerza de adorarle, consigue hacerle insoportable y desgraciado. En cuanto al amor de los hombres por las mujeres, si ha de juzgársele por las pinturas del autor, no puede inspirar más que compasión ni considerarse sino como una cosa ridícula. A cierta edad (1), según Thackeray, habla la naturaleza; se topa con alguien, y, tonto ó listo, bueno ó malo, se le adora: es una fiebre. Los perros tienen su enfermedad á los seis meses; el hombre tiene la suya á los veinte años. Si se ama, no es porque la persona sea amable, sino porque se siente necesidad de amar. «¿Creéis que beberíais si no tuvieseis sed, ó que comeríais si no tuvieseis hambre?» Cuenta la historia de esa hambre y de esa sed con amargo humorismo. No parece sino un hombre desembriagado que se burla de la embriaguez. Explica circunstanciadamente, con un tono semisarcástico, las tonterías que hace el mayor Dobbin por Amelia: cómo compra los vinos malos del padre de Amelia; cómo acosa á los postillones, despierta á los criados y persigue á sus amigos, para volver á ver á Amelia más pronto; cómo, después de diez años de sacrificios, de cariño y de favores, se ve pospuesto al retrato de un marido infel, grosero, egoísta y difunto. El más triste de esos rela-

(1) *Pendennis*, tomo III, pág. 111.

tos es el del primer amor de Pendennis: miss Fotheringay, la actriz á quien adora, mujer positiva, excelente ama de gobierno, tiene la inteligencia y la instrucción de una Maritornes. Habla al mancebo del buen tiempo que hace y del pudding que va á preparar. Pendennis descubre en esas dos frases una profundidad asombrosa de talento y una majestad de abnegación sobrehumana. Pregunta á miss Fotheringay, que acaba de representar el papel de Ofelia, si Ofelia está enamorada de Hamlet. «¡Yo enamorada de ese comiquillo de la lengua encanijado, de Bingley!» Pen indica que se trata de la Ofelia de Shakespeare. «Bien, no hay ofensa; pero por Bingley no daría yo este vaso de ponche.» Y se bebe el vaso lleno. Pen la pregunta acerca de Kotzebue. «¡Kotzebue! ¿quién es?—El autor de la obra en que ha representado V. tan admirablemente.—No sabía; el nombre que hay al principio es Thompson.» Pen se extasia con esa encantadora sencillez: «¡Pendennis! ¡Pendennis! ¡Cómo ha dicho este nombre!... ¡Emilia! ¡Emilia! ¡Qué buena, qué noble, qué hermosa, qué perfecta es!» Todo el primer volumen gira sobre ese contraste; parece que Thackeray dice á sus lectores: «Queridos hermanos en humanidad, de cada cincuenta días somos unas buenas piezas los cuarenta y nueve; el quincuagésimo, si nos limpiamos de orgullo, de vanidad, de maldad, de egoísmo, es porque nos da un tabardillo; nuestra abnegación es hija de nuestra locura.»

V

Sin embargo, á menos de ser Swift, hay que amar alguna cosa: no es posible estar hiriendo y destruyendo siempre; el corazón, fatigado de menosprecio y de odio, necesita descansar en el elogio y el afecto. Por otra parte, censurar una falta es alabar el mérito contrario, y no se inmola una víctima sin erigir un altar. Las circunstancias designan la una; las circunstancias erigen el otro; y el moralista que combate el vicio dominante de su país y de su siglo predica la virtud contraria al vicio de su siglo y de su país. En una sociedad aristocrática y mercantil ese vicio es el egoísmo y el orgullo; Thackeray exaltará, pues, la dulzura y la ternura. Poes le importa que el amor y la bondad sean ciegos, instintivos, irracionales, ridículos; tales y como son, los adora, y no hay contraste más notable que el de sus protagonistas y de su admiración. Crea tontas, y se arrodilla delante de ellas. El artista y el comentador se contradicen: el primero es irónico, y el segundo panegirista; el primero pone en evidencia las niñerías amorosas, y el segundo las ensalza; el principio de la página es una sátira en acción, y el fin una serie de ditirambos. Los elogios que prodiga á Amelia Sedley, á Elena Pendennis, á Laura, son infinitos; jamás hubo autor que hiciese la corte á sus heroínas de una manera más visible y porfiada: les inmola los hombres, no una, sino cien veces. «Es

tos es el del primer amor de Pendennis: miss Fotheringay, la actriz á quien adora, mujer positiva, excelente ama de gobierno, tiene la inteligencia y la instrucción de una Maritornes. Habla al mancebo del buen tiempo que hace y del pudding que va á preparar. Pendennis descubre en esas dos frases una profundidad asombrosa de talento y una majestad de abnegación sobrehumana. Pregunta á miss Fotheringay, que acaba de representar el papel de Ofelia, si Ofelia está enamorada de Hamlet. «¡Yo enamorada de ese comiquillo de la lengua encanijado, de Bingley!» Pen indica que se trata de la Ofelia de Shakespeare. «Bien, no hay ofensa; pero por Bingley no daría yo este vaso de ponche.» Y se bebe el vaso lleno. Pen la pregunta acerca de Kotzebue. «¡Kotzebue! ¿quién es?—El autor de la obra en que ha representado V. tan admirablemente.—No sabía; el nombre que hay al principio es Thompson.» Pen se extasia con esa encantadora sencillez: «¡Pendennis! ¡Pendennis! ¡Cómo ha dicho este nombre!... ¡Emilia! ¡Emilia! ¡Qué buena, qué noble, qué hermosa, qué perfecta es!» Todo el primer volumen gira sobre ese contraste; parece que Thackeray dice á sus lectores: «Queridos hermanos en humanidad, de cada cincuenta días somos unas buenas piezas los cuarenta y nueve; el quincuagésimo, si nos limpiamos de orgullo, de vanidad, de maldad, de egoísmo, es porque nos da un tabardillo; nuestra abnegación es hija de nuestra locura.»

V

Sin embargo, á menos de ser Swift, hay que amar alguna cosa: no es posible estar hiriendo y destruyendo siempre; el corazón, fatigado de menosprecio y de odio, necesita descansar en el elogio y el afecto. Por otra parte, censurar una falta es alabar el mérito contrario, y no se inmola una víctima sin erigir un altar. Las circunstancias designan la una; las circunstancias erigen el otro; y el moralista que combate el vicio dominante de su país y de su siglo predica la virtud contraria al vicio de su siglo y de su país. En una sociedad aristocrática y mercantil ese vicio es el egoísmo y el orgullo; Thackeray exaltará, pues, la dulzura y la ternura. Poes le importa que el amor y la bondad sean ciegos, instintivos, irracionales, ridículos; tales y como son, los adora, y no hay contraste más notable que el de sus protagonistas y de su admiración. Crea tontas, y se arrodilla delante de ellas. El artista y el comentador se contradicen: el primero es irónico, y el segundo panegirista; el primero pone en evidencia las niñerías amorosas, y el segundo las ensalza; el principio de la página es una sátira en acción, y el fin una serie de ditirambos. Los elogios que prodiga á Amelia Sedley, á Elena Pendennis, á Laura, son infinitos; jamás hubo autor que hiciese la corte á sus heroínas de una manera más visible y porfiada: les inmola los hombres, no una, sino cien veces. «Es

muy verosímil que los pelicanos gocen en que los de sangre el pico egoísta de sus polluelos. De lo que no cabe duda es de que las mujeres tienen ese goce. En el dolor del sacrificio debe existir una especie de placer que los hombres no comprenden... No desdeñemos esos instintos porque no podamos sentirlos. Las mujeres, señores, han sido creadas para nuestra satisfacción y recreo, como toda la turba de los animales inferiores. Trátese de un marido gandul, de un hijo disipador ó de una alhajita de hermano, ¡cuán prontos se hallan sus corazones á derramar sobre él sus tesoros de ternura! ¡Y qué dispuestos estamos nosotros por nuestra parte á proporcionarlas esa especie de goce! Apenas habrá uno de mis lectores que no haya propinado placer en esa forma á sus mujeres, y no las haya deparado la satisfacción de perdonarle.» Cuando el autor penetra en el aposento de una buena madre ó de una muchacha honrada, baja los ojos como si llegase á la puerta de un santuario. En presencia de la piadosa y resignada Laura se detiene. «Así como ella cumplía su deber en silencio, y rezaba siempre sola y lejos de todas las miradas, á fin de tener fuerzas para cumplirle, así también nosotros debemos guardar silencio sobre virtudes á que ofende la luz, como rosas que no podrían florecer en un salón de baile.» Al igual de Dickens, tiene el culto de la familia, de los sentimientos tiernos y sencillos, de las puras y tranquilas satisfacciones que se experimentan en el hogar doméstico entre un hijo y una madre. Una expansión filial ó un dolor materno hieren en el sitio sensible á ese misántropo tan reflexivo y tan adusto, y entonces hace llorar, como Dickens (1).

(1) Véase en *El Diamante de los Hoggarthy*, pág. 121, la muerte del niño, y en *El Libro de los snobs*, la última línea:

El hombre tiene enemigos porque tiene amigos, y siente aversiones porque siente preferencias. Si se prefiere la bondad y los afectos tiernos, se toma aversión á la arrogancia y la dureza; la causa del amor es también la causa del odio, y el sarcasmo, como la simpatía, es la crítica de una forma social y de un vicio público. He ahí por qué las novelas de Thackeray son una guerra contra la aristocracia. Como Rousseau, ha alabado las costumbres sencillas y afectuosas; como Rousseau, aborrece la distinción de jerarquías.

Ha escrito sobre el particular un libro entero, especie de folleto moral y semi-político, *El Libro de los snobs*. Nosotros no tenemos esa palabra, porque no tenemos lo que expresa. El *snob* es un hijo de las sociedades aristocráticas; subido en su peldaño de la gran escala, respeta al hombre del peldaño superior y desprecia al del peldaño inferior, sin enterarse de lo que valen, sino únicamente por el puesto que ocupan; le parece naturalísimo besar las suelas del primero y dar puntapiés al segundo. Thackeray enumera punto por punto las consecuencias de esa costumbre. Oid la conclusión.

«¡No puedo soportar por más tiempo esta invención diabólica de las costumbres nobiliarias, que mata la bondad natural y la honrada amistad! Justo orgullo, ¿no es eso? Jerarquía y prioridad, naturalmente. El cuadro de las jerarquías y de las distinciones es una mentira y debería arrojarse al fuego. Organizar jerarquías y prioridades! Eso era bueno para los maestros de ceremonias de las pasadas edades. Ahora hace falta un gran mariscal que organice la igualdad (1).»

«Buena es la broma; mejor aún la verdad, y el amor mejor que nada.»

(1) *El Libro de los snobs*, pág. 322.

Luego añade sensatamente, con una rudeza y una familiaridad completamente inglesas:

«Si alguna vez nuestros primos los Smigmags me invitasen al mismo tiempo que á lord Orejudo, aprovecharía una ocasión, después de comer, para decirle con la mayor afabilidad del mundo:—Caballero, la fortuna se ha servido regalar á V. varios miles de libras esterlinas al año. La inefable sabiduría de nuestros ascendientes le ha colocado á V. sobre mí, como jefe y legislador hereditario. Nuestra admirable Constitución (orgullo de los ingleses y envidia de las vecinas naciones) me obliga á ver en V. mi senador, mi superior y mi tutor. Su primogénito de V., Fitz-Hi-Han, tiene asegurado un puesto en el Parlamento. Sus otros hijos, los de Bray, se resignarán á ser capitanes de navío y tenientes coroneles, á representarnos en las cortes extranjeras y á aceptar buenos beneficios cuando la ocasión los depare. Nuestra admirable Constitución (orgullo de los ingleses y envidia, etc.) declara que tiene V. derecho á esas ventajas, sin consideración á su imbecilidad, á sus vicios, á su egoísmo ó á su incapacidad y á su absoluta extravagancia. Por imbécil que sea V. (y tenemos tanto derecho á suponer que milord es una acémila como á pasar porque es un patriota ilustrado), por imbécil que sea V., repito, nadie podrá creerle tan monstruosamente loco que fuese V. indiferente á su fortuna y sintiese la menor veleidad de renunciar á ella. No; y por patriotas que seamos Smith y yo, si fuésemos duques, no niego que seríamos partidarios de nuestra casta: pero Smith y yo no somos condes todavía. No creemos conveniente para el ejército de Smith que el joven de Bray sea coronel á los veinticinco años, ni para las relaciones diplomáticas de Smith que lord

Orejudo sea embajador en Constantinopla, ni para nuestra política que ningún Orejudo meta en ella su pata hereditaria. No podemos dejar de ver, Sr. Orejudo, que valemos tanto como V. Hasta sabemos la ortografía mejor que V.; podemos razonar no menos acertadamente, y no queremos tenerle por amo más tiempo, ni limpiarle más las botas (1).»

Esa opinión del político no hace más que resumir las observaciones del moralista. Si odia á la aristocracia es, más que porque oprime al hombre, porque le corrompe; deformando la vida social, deforma la privada; instituyendo injusticias, instituye vicios; después de haber monopolizado el Estado, envenena el alma, y Thackeray descubre su huella en la perversidad y en la mentecatez de todas las clases y de todos los sentimientos.

El rey inaugura esa galería de retratos vengadores. Es Jorge IV «el primer noble del mundo». Ese gran monarca, tan justamente sentido, supo cortar patrones, guiar un coche tan bien como un cochero de Brighton, y tocar el violín. En el vigor de la juventud y en el primer fuego de la invención, inventó el ponche de marrasquino, una hebilla de calzado y un pabellón chino, la construcción más horrible del mundo. «¡Le hemos visto en el teatro de Drury-Lane, hemos visto al único!, ¡al rey! Sí, al rey. Estaba allí. Delante del augusto palco se hallaban los estaferos. El marqués de Steyne y otros altos funcionarios del Estado permanecían en pie detrás del sillón en que estaba sentado él..., en que estaba sentado él, con su cara tan colorada y tan fresca, con su abundante cabellera rizada y sacando hacia adelante el noble vien-

(1) *El Libro de los snobs*, pág. 322.

tre. ¡Qué manera de gritar, de aplaudir, de agitar los pañuelos! Las señoras lloraban; las madres abrazaban á sus hijos. Algunas se desmayaron. Sí; le hemos visto. Ahora ya el destino no puede privarnos de esa alegría. Otros han visto á Napoleón. Sea nuestro justo orgullo ante la posteridad haber contemplado á Jorge el Bueno, á Jorge el Magnífico, á Jorge el Grande.»

¡Caro príncipe! La virtud que emanaba de su heroico trono se difundía en el corazón de todos los cortesanos. ¿Quién ofreció nunca ejemplo más hermoso que el marqués de Steyne? Ese señor, rey en su casa, ha querido probar que lo era. Obliga á su mujer á sentarse á la mesa al lado de muchachas perdidas, concubinas suyas. Como verdadero príncipe, tiene por enemigo principal á su primogénito, heredero presunto del marquesado, á quien deja ayunar y á quien impulsa á contraer deudas. En este momento corteja á una mujer encantadora, á mistress Rebeca Crawley, á quien ama por su hipocresía, su sangre fría y su insensibilidad sin igual. El marqués, á fuerza de envilecer y de tiranizar á los que le rodean, ha acabado por odiar y despreciar al hombre; no le gustan ya más que los malvados perfectos. Esa mujer le despierta; un día llega á transportarle de entusiasmo. Representaba á Clitemnestra, y su marido á Agamenón; ella corre hacia el lecho, con los ojos inflamados, con la espada preparada y con tal ademán que todos se estremecen: «¡Brava! ¡brava!—grita el viejo Steyne con voz estridente.—¡Por Dios, lo haría!» Se ve que el hombre tiene el sentimiento del deber conyugal. En su conversación despliega una franqueza arrebatadora: «No puedo despedir á mi pobre Brigs—le dice Rebeca.—¿La debe V. su salario?—Mucho

más: la he arruinado.—¿Arruinado? Entonces, ¿por qué no la despide V.?» Aparte de eso, *gentleman* cumplido y de una dulzura atractiva: trata á sus mujeres á lo bajá, y sus palabras equivalen á varazos. Recomendando al lector la escena doméstica en que manda invitar á mistress Rebeca Crawley. Lady Gaunt, su hija política, dice que no asistirá á la comida, y se quedará en sus habitaciones. «¡Muy bien! Allí encontrará V. á los alguaciles; eso me dispensará de prestar á sus parientes y de ver la prosopopeya trágica de V. ¿Quién es V. para mandar aquí? V. no tiene dinero, V. no tiene mollera. V. estaba aquí para tener hijos, y no los tiene. Gaunt está harto de V. Su cuñada de V. es la única de la familia que no desea verla muerta, porque, si V. se muriese, Gaunt volvería á casarse. ¡Vaya con la gazmoña! ¡Por Dios! ¿Quiere V. que la cuente algunas anécdotas sobre milady Bareacres, su mamá de V.?» Lo demás por el mismo estilo. Sus hijas políticas, no pudiendo resistir más, dicen que quisieran morir. Esa declaración le llena de alborozo, y concluye afirmando: «Este templo de la virtud me pertenece; y, si convido á todo Newgate ó á todo Bedlam, ¡por Dios, que serán bien recibidos!» El hábito del despotismo crea los déspotas, y el mejor medio de tener tiranos en las familias es conservar nobles en el Estado.

Detengámonos á contemplar el noble rural. La inocencia de los campos, los respetos hereditarios, las tradiciones de familia, la práctica de la agricultura y el ejercicio de las magistraturas locales han debido producir allí hombres probos, sensatos, llenos de bondad y de honradez, protectores de su condado y servidores de su país. Sir Pitt Crawley les ofrece un modelo; tiene cien mil pesetas de renta, y dos puestos en el Parlamento.

Verdad es que los dos puestos se los dan distritos venales, y que él vende el segundo por mil quinientos doblones al año. Es una hormiguita, y desuella tan bien á sus colonos, que no encuentra por arrendatarios más que quebrados. Empresario de diligencias, proveedor del gobierno, concesionario de minas, paga tal mal á sus agentes y escatima tanto el gasto, que sus minas se inundan, sus caballos se mueren de hambre, y le rechazan sus provisiones. Hombre popular, prefiere siempre el trato de un chalán á la compañía de un *gentleman*. Jura, bebe, bromea con las mozas de posada, toma un vaso de vino á la mesa de un colono á quien echa al día siguiente, ríe con un cazador furtivo á quien manda deportado á Australia dos días después. Tiene el acento de un provinciano, el meollo de un lacayo, los modales de un patán. En la mesa, donde le sirven en plata maciza tres criados y un sumiller, pide cuenta de los platos y de los animales de que proceden. «¿Qué carnero era este, Horrock, y cuándo le han matado Vds.?—Uno de los escoceses de cabeza negra, sir Pitt. Le matamos el jueves.—¿Quién compró la carne?—Steel de Mudbury se llevó la espalda y las piernas, sir Pitt...—¿Y las chuletas?» El diálogo continúa en el mismo tono: después del carnero de Escocia, el cerdo negro de Kent; sir Pitt se interesa tanto por esos animales, que parecen su familia.—A sus hijas, en cambio, las deja gandulear en la caseta del jardinero, para que recojan la educación que encuentren. A su mujer la pega de vez en cuando. A la servidumbre no le perdona un *farthing* (1) en las cuentas. «Un *farthing* al día hace siete chelines al año; siete chelines al año son el interés de siete guineas.

(1) Como si dijéramos «una blanca».—N. DEL T.

Tenga ojo con los *farthings*, Tinker, y no le faltarán guineas.—En su vida ha dado un *farthing*, dice la vieja refunfuñando.—En la vida, y jamás le daré: es contra mis principios.» Es insolente, brutal, grosero, sórdido, redomado, extravagante. Lo cual no impide que, cortejado por los ministros, honrado por todo el mundo, hecho gran *sherif*, arrastre carretela y sea una potencia, uno de los pilares del Estado.

Esos son ricos; probablemente los ha corrompido el dinero. Busquemos un noble pobre, exento de tentaciones; su gran alma, entregada á sí misma, dejará ver toda su nativa hermosura: en este caso se halla sir Francis Clavering. Ha jugado, bebido y comido hasta quedarse por puertas. Ha estafado dinero en su regimiento, y después de recorrer todos los billares de Europa, se ha visto metido en la cárcel por acreedores descorteses. Para salir de allí, se casa con una viuda criolla que ultraja á la ortografía, y cuya fortuna no es de origen muy limpio. La arruina; se pone de hinojos delante de ella para sacarla dinero y obtener su perdón; jura por la Biblia no contraer más deudas, y, al salir, corre á casa del prestamista. Es el más innoble de todos los pillos que los novelistas han puesto en escena. No tiene seso ni carácter; es un perdido. Se traga las afrentas como quien bebe agua; llora, pide perdón y vuelve á las andadas. Se humilla, se prosterna, y al minuto echa pestes y juramentos, para tornar al abatimiento y á la más superlativa cobardía. Implora, amenaza, y un instante después toma al hombre amenazado por confidente íntimo y amigo del alma. «¿No es cosa fuerte, Altamont, que milady no quiera confiarme ya una sola cuchara? Eso no es propio de una lady, Altamont. ¡Es demasiada crueldad no demostrarme mayor confianza! ¡Y los tunos de los

criados empiezan á reirse! No responden ya cuando llamo. Pues ¡y mi criado, que estaba la otra noche en el Vauxhall, con una de mis camisas y con mi chaleco de terciopelo! ¡Conoci mi chaleco perfectamente. ¡Si será insolencia la de ese miserable! ¡Se puso á bailar delante de mis barbas! ¡Cáfila de tunos los tales criados!» Su conversación es un tejido de juramentos, de lamentaciones y de chocheos; no es ya un hombre, sino el desecho de un hombre: no quedan en él más que restos discordes de pasiones viles, á modo de trozos de una serpiente aplastada, y que, no pudiendo morder, se refriegan y retuercen en medio de la baba y el cieno. La vista de un billete de Banco le hace precipitarse á ciegas en un cúmulo de súplicas y de mentiras. Para él ha desaparecido el porvenir; no ve más que el presente. Firmará un pagaré de veinte doblones para un plazo de tres meses por tener veinte pesetas en el momento. Su embrutecimiento se ha tornado imbecilidad; tiene cerrados los ojos; no ve que sus protestas inspiran desconfianza, que sus mentiras repugnan, que á fuerza de bajeza pierde el fruto de sus bajezas; y esto hasta el punto de que, al verle entrar, dan tentaciones de agarrar del cuello al noble *baronet*, miembro del Parlamento, augusto habitante de una mansión histórica, para tirarle por la escalera como una espuerta de basura.

Hay que detenerse; no bastaría un volumen para agotar la lista de las perfecciones que descubre Thackeray en la aristocracia inglesa. Ahí está el marqués de Farintosh, vigésimo quinto de ese nombre, ilustre imbecil, muy orondo y satisfecho de sí, á quien miran todas las mujeres y saludan todos los hombres; ahí está lady Kew, mujer de mundo, vieja tiránica y corrompida, que hace la guerra á su hija y anda á caza de

matrimonios; ahí está sir Barnes Newcome, uno de los seres más mandrias, más aviesos, más embusteros, más escarnecidos y más maltratados que han sonreído en un salón ó perorado en un parlamento. No veo más que uno estimable, un personaje secundario, lord Kew, á quien, después de mil majaderías y desórdenes, toca en el corazón su anciana madre, una mujer puritana, logrando que se arrepienta. Pero esos retratos son la misma dulzura al lado de las disertaciones; el comentador es más acerbo aún que el artista; hiere más hablando, que dejando hablar. Hay que leer sus punzantes diatribas contra los matrimonios de conveniencia y el sacrificio de las hijas, contra la desigualdad de las herencias y la envidia de los segundones, contra la educación de los nobles y sus tradiciones de insolencia, contra la compra de grados en el ejército, contra el aislamiento de las clases, contra todos los atentados á la naturaleza y á la familia inventados por la sociedad y la ley. Tras esa filosofía se extiende una segunda galería de retratos tan insultantes como los primeros: porque la desigualdad, corruptora de los grandes á quienes exalta, es corruptora también de los pequeños á quienes rebaja, y el espectáculo de la envidia ó de la bajeza en los pequeños es tan feo como el espectáculo de la insolencia ó del despotismo en los grandes. Según Thackeray, la sociedad inglesa es una mezcla de adulaciones y de intrigas, por cuya virtud se esfuerza cada uno en empinarse un escalón y rechazar á los que suben. Ser recibido en la corte, ver su nombre en los periódicos formando parte de una lista de convidados ilustres, ofrecer en la casa propia una taza de te á algún ilustre par lelo y abotagado, tal es la meta suprema de la ambición y la felicidad humanas. Para un amo hay siempre cien criados. El ma-

por Pendennis, hombre resuelto, de sangre fría y hábil, ha contraído esa lepra. Hoy su dicha es saludar á un lord. No se encuentra á gusto más que en un salón ó en un parque aristocrático. Necesita ser tratado con esa humillante benevolencia con que los grandes abruman á sus inferiores. Aguanta perfectamente las desatenciones y se sienta con cara de pascuas á una mesa ilustre, adonde le invitan dos veces en tres años para llenar un hueco. Deja á un hombre de genio ó á una mujer de talento para hablar con un mentecato que ostenta título ó con un lord beodo. Más le gusta ser tolerado en casa de un marqués, que respetado en la de un burgués. Habiendo erigido en principio esas bellas inclinaciones, se las inculca á su sobrino, á quien quiere, y, para hacerle lado en la sociedad, le ofrece en matrimonio una fortuna estafada y la hija de un *convict*. Otros se deslizan en los salones augustos, no ya merced á costumbres de parásitos, sino á favor de dinero contante y sonante. En Francia antiguamente los señores con escudos plebeyos estercolaban sus tierras; hoy en Inglaterra los burgueses ennoblecen su dinero con un matrimonio noble. Mediante cien mil libras dadas al padre, Pump, el mercachifle, se casa con lady Blanca Cuello-Tieso, la cual sigue siendo lady, á pesar de ser su mujer. Naturalmente, ella le desprecia como plebeyo, y además le aborrece por haberla hecho medio plebeya. El no se atreve á recibir á los amigos en su casa: son gente demasiado baja para su mujer. No se atreve á visitar á los amigos de su esposa: son gente demasiado alta para él. Es el sumiller de su cara mitad, el hazmereir de su suegro, el criado de su hijo, y se consuela esperando que sus nietos, convertidos en barones Pump, se avergonzarán de él y no querrán jamás pronunciar su nombre. — Un tercer

modo de entrar en la nobleza es arruinarse y no ver á nadie. Ese ingenioso medio emplea en el campo la mariscalca Punto. Tiene para sus hijas un aya incomparable, que cree que Dante se llamaba Alighieri, porque era de Argel (1), pero que ha educado á dos marqueses y á una condesa. «Esta soledad es muy triste (le dice uno); podría V. recibir al abogado. — ¡Una familia como la nuestra, amigo mío! ¡Cómo es posible! — ¿El médico? — El quizá; pero su mujer y sus hijos... ¡Dios me valga! — ¿Y los de aquella gran casa de allí? — ¿Allí? ¿El palacio Indiana? ¡Un fabricante de paños retirado! — ¿El ministro? — ¡Horror! Predica con sobrepelliz, amigo mío; es un puseista.» Esa sensata familia bosteza á sus solas durante seis meses, y el resto del año goza de la glotonería de los hidalgos pelones á quienes agasaja y de los sofiones de los grandes lores á quienes visita. El hijo, oficial de húsares, necesita lujo para codearse con sus señores camaradas, y su sastre se lleva al año trescientas guineas de noventa y cinco que constituyen la renta de toda la familia. — No acabaría si refriese todas las infamias y todas las miserias que Thackeray atribuye al espíritu aristocrático: la división de las familias; la altivez de la hermana ennoblecida; la envidia de la hermana plebeya; el rebajamiento de los caracteres, acostumbrados desde la escuela á venerar á los lores en ciernes; la degradación de las muchachas que quieren echar el gancho á maridos nobles; la rabia de las vanidades contrariadas; la cobardía de las complacencias, el triunfo de la sandez, el menosprecio del talento, la consagración de la injusticia, la dureza de corazón, la perversión de las costumbres. Ante ese cuadro de pasmosa verdad y

(1) *Algiers* en inglés. — (N. DEL T.)

genio asombroso, conviene no perder de vista que esa desigualdad irritante es la causa de una libertad saludable; que la iniquidad social produce la prosperidad política; que una clase de grandes hereditarios es una clase de hombres de Estado hereditarios; que en siglo y medio ha tenido Inglaterra ciento cincuenta años de buen gobierno; que en siglo y medio Francia ha tenido ciento veinte años de mal gobierno; que todo se paga, y que se pueden pagar caros jefes capaces, una política continuada, elecciones libres y la fiscalización del gobierno por el país. Conviene también no perder de vista que un talento fundado en la reflexión intensa y concentrado en las preocupaciones morales, ha debido transformar la pintura de las costumbres en sátira sistemática y militante, exasperar la sátira hasta la animosidad calculada é implacable, ennegrecer la naturaleza humana, y cebarse, con odio refinado, redoblado y natural, contra el vicio principal de su país y de su tiempo.

§ 2.—EL ARTISTA.

En literatura, como en política, no se puede tener todo. Los talentos se excluyen, como las dichas; cualquiera que sea su constitución, un pueblo es siempre algo desgraciado; cualquiera que sea su genio, un escritor es siempre algo impotente. No podemos sostener á la vez más que una actitud. Transformar la no-

vela es deformarla: el que, como Thackeray, la atribuye por objeto la sátira, deja de atribuirla el arte por regla, y todas las fuerzas del satírico son flaquezas del novelista.

¿Qué es un novelista? A mi juicio, es un psicólogo, un psicólogo que, natural é involuntariamente, pone la psicología en acción; no es más ni otra cosa. Le gusta representarse sentimientos, con sus inclinaciones, precedentes y consecuencias; y se procura ese placer. A sus ojos, son fuerzas que tienen direcciones y magnitudes diferentes. De su justicia ó injusticia se cura poco. Los reúne en caracteres; concibe la cualidad dominante; percibe las huellas que esa cualidad deja en las otras; nota las influencias contrarias ó concordantes del temperamento, de la educación, de la profesión, y procura manifestar el mundo invisible de las inclinaciones y disposiciones interiores en el mundo visible de las palabras y de las acciones exteriores. A eso se reduce su obra. Le importa poco qué inclinaciones sean esas. Un verdadero pintor mira con placer un brazo bien plantado y músculos vigorosos, así sirviesen para aporrear á un hombre. Un verdadero novelista goza, por contemplación, de la grandeza de un sentimiento nocivo ó del mecanismo ordenado de un carácter pernicioso. Tiene por talento la simpatía, porque es la única facultad que copia exactamente la naturaleza; poseído de las emociones de sus personajes, no piensa más que en marcar su vigor, su especie y sus repercusiones. Nos las representa tales como son, íntegras, sin censurarlas, sin castigarlas, sin mutilarlas; las transporta á nosotros intactamente, dejándonos el derecho de juzgarlas como nos convenga. Todo su esfuerzo consiste en hacerlas visibles, en desentrañar los tipos oscurecidos y alterados por los acciden-

genio asombroso, conviene no perder de vista que esa desigualdad irritante es la causa de una libertad saludable; que la iniquidad social produce la prosperidad política; que una clase de grandes hereditarios es una clase de hombres de Estado hereditarios; que en siglo y medio ha tenido Inglaterra ciento cincuenta años de buen gobierno; que en siglo y medio Francia ha tenido ciento veinte años de mal gobierno; que todo se paga, y que se pueden pagar caros jefes capaces, una política continuada, elecciones libres y la fiscalización del gobierno por el país. Conviene también no perder de vista que un talento fundado en la reflexión intensa y concentrado en las preocupaciones morales, ha debido transformar la pintura de las costumbres en sátira sistemática y militante, exasperar la sátira hasta la animosidad calculada é implacable, ennegrecer la naturaleza humana, y cebarse, con odio refinado, redoblado y natural, contra el vicio principal de su país y de su tiempo.

§ 2.—EL ARTISTA.

En literatura, como en política, no se puede tener todo. Los talentos se excluyen, como las dichas; cualquiera que sea su constitución, un pueblo es siempre algo desgraciado; cualquiera que sea su genio, un escritor es siempre algo impotente. No podemos sostener á la vez más que una actitud. Transformar la no-

vela es deformarla: el que, como Thackeray, la atribuye por objeto la sátira, deja de atribuirla el arte por regla, y todas las fuerzas del satírico son flaquezas del novelista.

¿Qué es un novelista? A mi juicio, es un psicólogo, un psicólogo que, natural é involuntariamente, pone la psicología en acción; no es más ni otra cosa. Le gusta representarse sentimientos, con sus inclinaciones, precedentes y consecuencias; y se procura ese placer. A sus ojos, son fuerzas que tienen direcciones y magnitudes diferentes. De su justicia ó injusticia se cura poco. Los reúne en caracteres; concibe la cualidad dominante; percibe las huellas que esa cualidad deja en las otras; nota las influencias contrarias ó concordantes del temperamento, de la educación, de la profesión, y procura manifestar el mundo invisible de las inclinaciones y disposiciones interiores en el mundo visible de las palabras y de las acciones exteriores. A eso se reduce su obra. Le importa poco qué inclinaciones sean esas. Un verdadero pintor mira con placer un brazo bien plantado y músculos vigorosos, así sirviesen para aporrear á un hombre. Un verdadero novelista goza, por contemplación, de la grandeza de un sentimiento nocivo ó del mecanismo ordenado de un carácter pernicioso. Tiene por talento la simpatía, porque es la única facultad que copia exactamente la naturaleza; poseído de las emociones de sus personajes, no piensa más que en marcar su vigor, su especie y sus repercusiones. Nos las representa tales como son, íntegras, sin censurarlas, sin castigarlas, sin mutilarlas; las transporta á nosotros intactamente, dejándonos el derecho de juzgarlas como nos convenga. Todo su esfuerzo consiste en hacerlas visibles, en desentrañar los tipos oscurecidos y alterados por los acciden-

tes y las imperfecciones de la vida real, en poner de relieve las grandes pasiones humanas, en exaltarse con la grandeza de los seres que reanima y exaltarnos á nosotros con el vigor de sus creaciones. Reconocemos el arte en ese poder creador, indiferente y universal como la naturaleza, más libre y más poderoso que la naturaleza, que se apodera de la obra esbozada ó desfigurada de su rival para corregir sus defectos y llevar á cabo sus concepciones.

Con la ingerencia de la sátira cambia todo, y en primer término el papel del autor. Cuando éste habla por sí en la novela pura, es para hacer comprender un sentimiento ó indicar la causa de una facultad; cuando lo hace en la novela satírica, es para darnos consejos morales. Ya se ha visto cuántas lecciones nos obliga á sufrir Thackeray. Que sean buenas, nadie lo discute; pero lo menos que puede decirse es que ocupan el puesto de las explicaciones útiles. El tercio del volumen, empleado en advertencias, es perdido para el arte. Requeridos á meditar sobre nuestras faltas, conocemos menos el personaje. El autor descuida deliberadamente mil delicados matices que hubiese podido descubrir y revelarnos. El personaje, menos completo, es menos vivo; el interés, menos concentrado, es menos intenso. Apartados de él, en vez de ser atraídos hacia él, nuestros ojos se desorientan y le olvidan; en vez de absorbernos, nos distraemos. Y lo que es más y bastante peor: acabamos por aburrirnos un poco. Aquellos sermones son verdaderos, pero suenan á cosa trillada. Nos parece oír instrucciones de colegio ó leer manuales de seminario. Se encuentra algo parecido en los libros dorados, con tapas historiadas, que se da de aguinaldo á los niños. ¿Os entusiasma mucho oír que los matrimonios de conveniencia tienen sus inconve-

nientes; que se murmura del amigo en su ausencia; que hay hijos que afligen á sus madres con sus desórdenes; que el egoísmo es un defecto deplorable? Todo eso es verdad, pero verdad hartó sabida; y cuando escuchamos á un hombre, es para oír cosas nuevas. Esas añejas sentencias, aunque útiles y bien dichas, trascienden á sermón de dómíne, de ese pedante pagado, tan común en Inglaterra, del eclesiástico de corbata blanca, plantado como un palo en el centro de su mesa, para dirigir amonestaciones diarias á los jóvenes *gentlemen*, metidos allí como en una estufa por sus padres.

Esa presencia constante de una intención moral daña á la novela como al novelista. Preciso es confesarlo: hay volúmenes de Thackeray que tienen la fatal desgracia de repetir las novelas de miss Edgeworth ó los cuentos del canónigo Schmidt. No hay sino ver cómo nos presenta fracasando vergonzosamente en los exámenes al orgulloso, al manirroto, al casquivano y al haragán de Pendennis, y saliendo airosos, á la inversa, sus condiscípulos, chicos aplicados, aunque de menos disposiciones. Ese contraste edificante nos deja fríos: no tenemos ganas de volver á la escuela; cerramos el libro, y lo recomendamos como una píldora á nuestro primito. Hay otras puerilidades de menos bulto, pero que acaban también por cansar: no nos llena aquel prolongado contraste entre el buen coronel Newcome y sus malos parientes. Ese coronel da dinero y tortas á todos los niños, dinero y cachemiras á todas las primas, dinero y buenas palabras á los criados; y todos los favorecidos le responden con frialdades y groserías. Desde la primera página es patente que el autor quiere exhortarnos á ser afables, y nosotros nos rebelamos contra esa invitación tan descubierta; no nos hace gracia que nos reprendan en una

novela; nos pone de mal humor esa invasión de la pedagogía. Queríamos ir al teatro; nos ha engañado el cartel, y refunfuñamos entre dientes al vernos en el sermón.

Consolémonos: los personajes salen tan mal librados como nosotros; el autor los estropea al predicarnos; los sacrifica, como á nosotros mismos, á la sátira. No son seres que anima, sino muñecos que mueve (1). No combina sus acciones más que para que aparezcan ridículos, odiosos ó chasqueados. Al cabo de algunas escenas se descubre ese resorte, y en adelante se prevé siempre, y sin error, que va á funcionar. Esa previsión quita al personaje una parte de su verdad, y al lector una parte de su ilusión. Las sandeces perfectas, los reveses completos, las maldades consumadas, son una rareza. Los sucesos y los sentimientos de la vida real no se arreglan de modo que formen contrastes tan calculados y combinaciones tan hábiles. La naturaleza no inventa esos juegos escénicos; por eso nota uno en seguida que está delante de un escenario, enfrente de actores, con la cara pintada, que pronuncian las palabras escritas y hacen la mímica acotada.

Para representarse exactamente esa alteración de la verdad y del arte, es preciso comparar punto por punto dos caracteres. Hay un personaje que unánimemente se reputa como la obra maestra de Thackeray: Rebeca Sharp, intrigante y cortesana, pero mujer superior y de buenas formas. Comparémosla con un personaje semejante que presenta Balzac en *Los Pariantes pobres*, con Valeria Marneffe. La diferencia de las dos obras indicará la diferencia de las dos literaturas.

(1) Son sus propias palabras. (Prólogo de la *Feria de las Vanidades*.)

Toda la ventaja que llevan los ingleses como moralistas y satíricos la llevan los franceses como artistas y novelistas.

Balzac está encariñado con su Valeria: por eso la explica y la agranda. No se esfuerza en hacerla odiosa, sino inteligible. La da una educación de cortesana y un marido «depravado como un presidio»; es despreocupada, pródiga y aficionada al lujo; tiene nervios de mujer, aversiones de mujer guapa y temple de artista. Nacida y educada de esa suerte, su corrupción es natural. La elegancia es para ella una necesidad, como el aire, y la busca dondequiera, sin remordimiento, como se bebe el agua del primer río que se encuentra. No es peor que su oficio: tiene todas sus disculpas, innatas y adquiridas, de temperamento, de tradición, de circunstancias, de necesidad; tiene todas sus fuerzas, el abandono, la gracia, la alegría loca, las alternativas de trivialidad y de elegancia, la audacia repentina, las invenciones cómicas, la magnificencia y el éxito. Es perfecta en su género, á modo de soberbio y peligroso corcel, admirado al par que temido. Balzac se complace en pintarla sin otro objeto que pintarla. La viste, la pone lunares, despliega sus faldas, se estremece ante sus movimientos de bailarina. Detalla sus ademanes con tanta fruición y tanta verdad como si el hombre hubiese sido doncella. Su curiosidad de artista encuentra un alimento en los mínimos pormenores de carácter y de costumbres. Al fin de una escena violenta se detiene sobre un momento vacío, y nos la presenta indolente, echada en los divanes, como una gata que bosteza y se estira al sol: como fisiólogo, sabe que los nervios de la bestia rapaz se relajan, y que la bestia no deja de saltar más que para dormir. Pero ¡qué saltos! Deslumbra, fascina,

hace frente, una tras otra, á tres acusaciones probadas; refuta la evidencia; alternativamente se humilla, se vanagloria, se burla, adora, demuestra, cambiando veinte veces en el mismo instante de tono, de ideas y de expedientes. Un viejo mercachifle, acorazado contra las emociones por el oficio y por la avaricia, se estremece oyéndola: «Me pisotea el corazón, me aplasta, me aturde. ¡Ah! ¡qué mujer! Cuando me mira friamente, me remueve como un cólico... ¡Cómo bajaba la escalera iluminándola con sus miradas!» El fuego, la energía, la atrocidad, encubren por doquiera la fealdad y la corrupción. Atacada en su fortuna por una mujer honrada, improvisa una comedia incomparable, representada con la elocuencia y la exaltación de un gran poeta, é interrumpida de pronto por la carcajada y la cruda trivialidad de una cómica. El estilo y las acciones se elevan hasta la grandeza de la epopeya. «Al oír decir Hulot y doscientos mil francos, Valeria lanzó una mirada que pasó por entre sus dos largos párpados como el fogonazo del cañón envuelto en su humo.» Un poco más lejos, sorprendida en flagrante delito por uno de sus amantes, brasileño y capaz de matarla, se doblega un momento; pero, rehecha en el mismo segundo, se secan sus lágrimas. «Se dirigió hacia él, y le miró tan ferozmente, que sus ojos centellearon como puñales.» El peligro la crece y la inspira, y sus nervios tensos envían al cerebro á oleadas el genio y el valor. Para acabar de pintar esa naturaleza impetuosa, superior y móvil, Balzac la hace arrepentirse en el último instante. Para equiparar su fortuna á su vicio, la conduce triunfante al través de la ruina, la muerte ó la desesperación de veinte personas, y en el momento supremo la anonada con una caída tan tremenda como su éxito.

Ante esa pasión y esa lógica, ¿qué es Rebeca Sharp? Una intrigante sesuda, juiciosa, de un temperamento frío, antigua pasanta con hábitos de parsimonia, verdadero hombre de negocios, siempre correcta, siempre activa, desnuda del carácter femenino, de la voluptuosa molicie y del arranque diabólico que pueden dar brillo á su carácter y gracia á su oficio. No es una cortesana; es un abogado con faldas y sin corazón. Nada más á propósito para inspirar aborrecimiento. El autor no desperdicia una ocasión de atestiguarla el suyo; en el curso de tres volúmenes la acosa á sarcasmos y á reveses; no la atribuye más que palabras falsas, acciones pérfidas, sentimientos repulsivos. Ya al entrar en escena, á los diez y siete años, acogida con la más rara bondad por una familia honrada, miente desde la mañana hasta la noche, y trata de pescar allí un marido con provocaciones groseras. Para abrumarla más, el mismo Thackeray hace resaltar todas sus bajezas, todas sus mentiras y todas sus faltas de decoro. Rebeca ha estrechado afectuosamente la mano de Josepón. «Era una indirecta, y, en tal concepto, algunas señoras de tono y de educación esmerada condenarán la acción como inmodesta; pero considerad que la pobrecilla Rebeca tenía que hacerlo todo por sí misma. Cuando una persona es demasiado pobre para sostener una criada, no tiene más remedio que barrerse su cuarto, por elegante que sea. Si una muchacha no cuenta con una querida mamá que arregle el asunto con los jóvenes, forzoso es que le arregle por sí misma.» Aya en casa de sir Pitt, se granjea la amistad de sus discípulas leyendo con ellas á Créillon menor y á Voltaire. «La mujer del rector (escribe) me ha dirigido mil elogios por los adelantos de mis discípulas, creyendo sin duda

halagarme. ¡Pobre y sencillota campesina! ¡Como si á mí me importasen un ardite mis alumnas!» Esa frase es una imprudencia, poco natural en una persona tan reflexiva, y que el autor añade al papel para hacerle odioso. Un poco más adelante, Rebeca es groseramente adulatora y vil con la vieja miss Crawley; y sus palabras pomposas, visiblemente falsas, en vez de excitar admiración, son repulsivas. Es egoísta y embustera con su marido, y, mientras él está en el campo de batalla, ella no piensa más que en hacer hucha. Thackeray insiste deliberadamente sobre el contraste: el oficialote cuenta todo lo que posee, antes de marcharse, calculando lo que podrá producir á su mujer; para morir económicamente, se pone el uniforme más viejo y más raído. «Sus labios parecían formular algo como una oración por la que abandonaba. La alzó del suelo, y la estrechó un minuto contra su corazón, que latía violentamente. Al dejarla en el suelo, tenía encendida la cara y húmedos los ojos. En cuanto á Rebeca, como hemos dicho, había tomado la sabia resolución de no ceder á un sentimentalismo inútil. «Estoy horrible»—dijo, mirándose al espejo.—«¡Qué cara hace este traje de color rosa!» En esto se quitó el traje color de rosa; puso su ramo de baile en un vaso de agua; se metió en la cama, y se durmió tranquilamente.» Por estos ejemplos, juzgad de lo demás; Thackeray no se preocupa más que de degradar á Rebeca. La hace reo de dureza hacia su hijo, de robo contra sus proveedores, de impostura contra todo el mundo. Para colmar la medida, la presenta como juguete de sus propios artificios; haga lo que quiera, nada consigue. Comprometida por las insinuaciones que ha prodigado al imbécil José, espera de minuto en minuto una proposición matrimonial. Llega una carta anun-

ciando que José se ha marchado á Escocia, y ofrece sus respetos á miss Rebeca. Tres meses después se ha casado en secreto con el capitán Rawdon, un majadero pobre. Sir Pitt, padre de Rawdon, se echa á sus plantas, provisto de cien mil libras de renta, y se ofrece por marido. Rebeca, consternada, llora de desesperación. «¡Casada, casada, casada ya!», he ahí su exclamación, capaz de traspasar las almas sensibles. Más tarde trata de conquistar el corazón de su cuñada, dándose por buena madre. «¿Por qué me besas aquí, mamá!—la dice su hijo.—En casa no me besas nunca.» Descrédito completo; otra vez se encuentra perdida. Lord Steyne, su amante, la presenta en sociedad, la colma de alhajas y billetes de banco, y hace que nombren á su marido gobernador de una isla oriental. El marido vuelve inoportunamente; abofetea á lord Steyne; restituye los diamantes, y echa á Rebeca. Esta, errante por el continente, trata cinco ó seis veces de hacerse rica y de parecer honrada, y siempre la abate el azar en el momento crítico. Thackeray se divierte con ella, como un niño con un abejorro, dejándola trepar penosamente á lo alto de la escala, para tirarla del pie y hacerla caer vergonzosamente. Al cabo la arrastra por tabernas y entre bastidores, y nos señala de lejos con el dedo aquella mujer borracha y jugadora, sin querer volver á tocarla. En la última página nos la presenta viviendo holgadamente, gracias á una fortuna estafada por maniobras oscuras, y la deja desacreditada, inútilmente hipócrita, relegada al *demi-monde*. Con esa lluvia de ironías y de fracasos, la protagonista se empequeñece, la ilusión se debilita, el interés disminuye, el arte sufre menoscabo, desaparece la poesía, y el personaje, si es más útil, es menos verdadero y menos bello.

II

Suponed que un feliz acaso descarta esas causas de flaqueza y abre esas fuentes de talento. Entre todas esas novelas alteradas aparecerá una novela verdadera, elevada, conmovedora, sencilla, original: la historia de Enrique Esmond. Nada ha escrito Thackeray menos popular ni más bello.

Ese libro comprende las memorias ficticias del coronel Esmond, contemporáneo de la reina Ana, que, después de una vida agitada en Europa, se retiró con su mujer á Virginia, y se hizo allí plantador. Habla Esmond, y la exigencia de supeditar el tono al personaje suprime el estilo satirico, la ironía continua, el sarcasmo sangriento, las escenas dispuestas para ridiculizar la necesidad, los acontecimientos combinados para anonadar al vicio. Desde entonces entramos en el mundo real, nos entregamos á la ilusión, gozamos de un variado espectáculo, desenvuelto sencillamente, sin pretensiones morales. Ya no os veis perseguidos de consejos personales; permanecéis en vuestro puesto, tranquilos, seguros, sin que ningún actor alce el dedo hacia vuestra cara para advertiros en el momento interesante que la obra se dirige á vosotros, á fin de conseguir vuestra salvación. Al mismo tiempo, y sin pensarlo, os sentís satisfechos. Al salir de la sátira encarnizada, la pura narración os cautiva; reposáis dando tregua al odio. Vuestra situación es

como la de un físico de regimiento que, después de un día de combates y operaciones, se sentase en un otero y contemplase el movimiento del campamento, el desfile de los bagajes y los lejanos horizontes suavizados por las pardas tintas del anochecer.

Por otra parte, las largas reflexiones, que, saliendo de la pluma del escritor, parecían triviales y espontáneas, tórnanse naturales y atractivas en boca del personaje. Esmond es un viejo que escribe para sus hijos, y les comenta su experiencia. Tiene el derecho de juzgar la vida; sus máximas corresponden á su edad; convertidas en rasgos de costumbres, pierden sus aires doctorales; se escuchan con complacencia, y, al volver la página, se percibe la serena y triste sonrisa que las ha dictado.

Juntamente con las reflexiones, se toleran los detalles. En otro sitio, las descripciones minuciosas suelen parecer pueriles; nosotros censurábamos que el autor se detuviese, con la escrupulosidad de un pintor inglés, en aventuras de escuela, en escenas de diligencia, en incidentes de posada; juzgábamos que esa intensa atención, no pudiendo concentrarse en los grandes asuntos artísticos, se rebajaba encadenándose á observaciones de microscopio y á pormenores de fotografía. Aquí todo cambia. Un autor de memorias tiene el derecho de contar sus impresiones de la infancia. Sus lejanos recuerdos, restos mutilados de una vida olvidada, tienen encanto sumo: volvemos á hacernos niños con él. Una lección de latín, un paso de tropa, un viaje á la grupa, Hegan á ser sucesos importantes que la distancia embellece: disfruta uno con aquel placer tan tranquilo y tan íntimo del autor, y experimenta, como él, grandísima dulzura en ver renacer tan suavemente, y en una luz tan llena, los

fantasmas familiares del pasado. El detalle minucioso aumenta el interés, aumentando la naturalidad. Los relatos de campañas, los juicios diseminados sobre los libros y los sucesos de la época, cien escenas menudas, mil hechos ínfimos, visiblemente inútiles, contribuyen, por eso mismo, á la ilusión. Olvida uno al autor; se encuentra transportado á cien años de distancia, y tiene la satisfacción tan grande y tan rara de creer lo que lee.

Al par que el asunto suprime los defectos ó los trueca en excelencias, ofrece el más bello campo á las dotes del autor. Esa reflexión poderosa descompone y reproduce las costumbres del tiempo con una fidelidad sorprendente. Thackeray conoce á Swift, Steele, Addison, Saint-John y Marlborough tan profundamente como el historiador más diligente ó instruido. Pinta sus trajes, su casa y conversación como el mismo Walter Scott, y hace lo que Walter Scott no sabe hacer: imita su estilo hasta el punto de no distinguirse frases auténticas intercaladas en su texto. Esa perfecta imitación no se circunscribe á algunas escenas escogidas; se extiende á todo el volumen. El coronel Esmond escribe como en 1700. La proeza—el rasgo de genio, iba á decir—es tan grande como el esfuerzo y el éxito de Courier al reproducir el estilo de la antigua Grecia. El de Esmond tiene la medida, la exactitud, la sencillez y la solidez de los clásicos. Nuestras modernas temeridades, nuestra prodigalidad de imágenes, nuestro tropel de figuras, nuestra manía de gesticular, nuestro afán de producir efecto, todos nuestros malos hábitos literarios han desaparecido. Para que la copia se acerque tanto al original, Thackeray ha tenido que remontarse al sentido primitivo de las palabras, desenterrar giros olvidados, recons-

tituir un estado de inteligencia extinguido y una especie de ideas perdida. La misma imaginación de Dickens hubiera fracasado en ese empeño. Para intentarle y darle cima, ha sido menester toda la sagacidad, toda la calma y toda la fuerza de la ciencia y de la meditación.

Peró la obra maestra del libro es el carácter de Esmond. Thackeray le ha dotado de esa tierna bondad, de esa bondad casi femenina, que sobrepone siempre á las demás virtudes humanas, y de ese imperio de sí que es consecuencia de la reflexión habitual. Son las más bellas prendas de su almacén psicológico; cada una realza, por el contraste, el valor de la otra. Vemos un héroe, pero original y nuevo, inglés por su fría voluntad, moderno por la delicadeza y la sensibilidad de su corazón.

Enrique Esmond es un pobre niño, bastardo presunto de un lord Castlewood, y recogido por los herederos del nombre. Desde la primera escena se siente uno penetrado de la noble y moderada emoción que conservará hasta el fin del volumen. Lady Castlewood, al ir por primera vez al castillo, le ve en la gran biblioteca. Informada por el ama de gobierno, se sonroja y se aleja. Poco después vuelve, aguijada por el remordimiento. «Dirigiéndole una mirada de infinita ternura, le coge de la mano, poniéndole la otra sobre la cabeza y diciéndole algunas palabras tan cariñosas y con una voz tan dulce, que el niño, que jamás había visto antes criatura tan bella, sintió como el contacto de un ser superior ó de un ángel, que le hacia inclinarse hasta el suelo, y besó la bella mano protectora, hincando una rodilla. Hasta la última hora de su vida recordará Esmond las miradas y la voz de la dama, las sortijas de sus bellas manos, el perfume de su ves-

tido, el destello de sus ojos iluminados por la bondad y la sorpresa, la sonrisa que entreabría sus labios, y el sol que circundaba sus cabellos de una aureola de oro... En cada ademán y en cada mirada de esa hermosa criatura pareciale ver al niño una dulzura angélica, una luz de bondad. Quieta ó moviéndose, era igualmente seductora. El acento de su voz, por triviales que fuesen sus palabras, le producía un placer rayano casi en angustia. No puede llamarse amor á lo que sentía un niño de doce años, casi un criado, por dama tan elevada y señora suya; era adoración.» Ese sentimiento tan noble y tan puro se revela en una serie de actos de abnegación, narrados con extraordinaria sencillez. En las menores palabras, en el giro de una frase, en una conversación indiferente, se trasluce un gran corazón, penetrado de gratitud, incansable para inventar beneficios ó servicios, consolador, amigo, consejero, defensor de la honra de la familia y de la fortuna de los hijos. Dos veces se ha interpuesto Esmond entre lord Castlewood y el duelista lord Mohun; no ha dependido de él el que la espada del matador no encontrase su pecho. Cuando lord Castlewood, moribundo, le revela que no es bastardo, que el título y la fortuna le pertenecen, quema, sin decir nada, la confesión que podría sacarle de la pobreza y de la humillación en que tanto tiempo ha vivido. Ultrajado por su señora, enfermo á consecuencia de una herida que recibió al lado de su señor, acusado de ingratitud y de cobardía, persiste en callarse, teniendo su justificación en las manos. «Cuando acabó el combate en su alma, la inundó un rayo de pura alegría, y con lágrimas de reconocimiento dió gracias á Dios por haberle concedido fuerzas para adoptar aquel partido.» Más adelante, enamorado de otra mujer,

seguro de no poder casarse con ella mientras quede aquella mancha sobre su nacimiento á los ojos del mundo, en paz con su bienhechora á cuyo hijo ha salvado, é instado por ella á recobrar el nombre que le corresponde, sonríe dulcemente y contesta con voz grave:

«Las cosas quedaron ya arregladas hace doce años, junto al lecho de mi querido lord. Los niños no deben saber nada. Franck y sus herederos llevarán nuestro nombre. Le pertenece legítimamente; yo no tengo siquiera la prueba del matrimonio de mis padres (1), aunque mi pobre lord me dijo en su lecho de muerte que el Padre Holt había traído tal prueba á Castlewood. No he querido buscarla: cuando estaba en el continente, fui á ver la tumba de mi pobre madre en su convento. ¿Qué le importa ahora? Por mi sola palabra, ningún tribunal despojaría de su título á milord vizconde para dármelo á mí. Yo soy el jefe de la casa, querida lady; pero Franck sigue siendo vizconde de Castlewood, y antes que molestarle me metería fraile ó me marcharía á América.

»Como hablase así á su señora, por quien hubiera dado la vida ó hecho todo linaje de sacrificios, la afectuosa criatura se puso de hinojos delante de él y le besó las dos manos con tal transporte de apasionado amor y de gratitud, que enterneció su corazón, y le hizo sentirse muy orgulloso y muy reconocido porque Dios le hubiese dado el poder de demostrar su amor hacia ella y de probárselo con algún pequeño sacrificio de su parte. Ser capaz de derramar beneficios y venturas sobre aquellos á quienes se ama es la mayor bendición concedida á un hombre. ¿Y qué título ó ri-

(1) La tiene.

queza, qué satisfacción de vanidad ó de ambición hubiese podido compararse al placer que Esmond sentía entonces por poder atestiguar algún afecto á sus mejores y más queridos amigos?

«Queridísima santa (dijo), alma purísima, que tanto ha tenido que sufrir, que colmó al pobre huérfano abandonado de tan gran tesoro de cariño, yo soy el que debo arrodillarme, yo soy el que debo dar gracias por poder hacerla dichosa. ¡Bendito sea Dios, que me permite servirla (1)!»

Estas efusiones tan nobles parecen más conmovedoras aún por el contraste de las acciones que las rodean. Esmond hace la guerra; sirve á un partido; vive en medio de los peligros y los negocios, juzgando con alteza las revoluciones y la política; es hombre de experiencia, instruido, previsor, capaz de grandes empeños, dotado de valor y de prudencia, asediado de penas y preocupaciones, siempre triste y siempre viril. Acaba por llevar á Inglaterra al pretendiente, hermano de la reina Ana, y le tiene disfrazado en Castlewood, esperando el instante en que la reina moribunda le declare heredero del trono. Ese joven príncipe, verdadero Estuardo, hace la corte á la hija de lord Castlewood, Beatriz, á quien ama Esmond, y se escapa de noche para reunirse con ella. Esmond, que le espera, ve perdida la corona y deshonrada su casa. Su honor insultado y su amor ultrajado estallan en un soberbio y terrible arranque. Pálido, apretando los dientes, con el cerebro febril á consecuencia de cuatro noches de ansiedad y de vigiliás, conserva la lucidez de su razón, su tono mesurado. y explica al príncipe en estilo de etiqueta, con la frialdad respetuosa de un

(1) *Enrique Esmond*, tomo II, pág. 119.

relator oficial, la sandez que ha cometido y la cobardía que ha querido cometer. Hay que leer la escena para comprender la superioridad y la pasión que delatan aquella calma y aquella amargura.

«El príncipe murmuró la palabra *guet-apens*.

—»La celada, señor, no es nuestra. No somos nosotros los que os hemos llamado. Nosotros hemos venido para vengar, no para consumir la deshonra de nuestra familia.

—»¡Deshonra!—dijo el príncipe poniéndose como la grana.—¡Pardiez! ¿qué deshonra? Todo se ha reducido á una humorada inocente.

—»Que debía tener un fin serio.

—»Juro, milores,—gritó el príncipe imperiosamente—por mi honor de caballero...

—»Que hemos llegado á tiempo. No ha habido daño todavía, Franck—dijo el coronel Esmond, volviéndose hacia el joven Castlwood.—Mirad: he aquí un papel en que Su Majestad se ha dignado empezar algunos versos en honor ó para deshonra de Beatriz. Ved: *madame y flamme, cruelle y rebelle, amour y jour*, con la letra y la ortografía reales. Si el augusto amante hubiese sido más afortunado, no hubiese pasado el tiempo en suspirar.

—»Señor—dijo el príncipe encendido de ira.—¿He venido aquí para recibir insultos?

—»Para inferirlos, si le parece á Vuestra Majestad—respondió el coronel haciendo una gran reverencia—y los caballeros de nuestra familia han venido á dar las gracias á Vuestra Majestad.

—»¡Maldición!—exclamó el joven, con lágrimas de cólera impotente y de mortificación.—¿Qué queréis de mí, señores?

—»Si Vuestra Majestad tiene á bien pasar al apo-

sento inmediato—dijo Esmond con el mismo tono grave—quisiera someter á vuestra consideración algunos papeles; y con vuestro permiso voy á acompañaros.

»A esto, cogiendo el hachón, y haciéndose atrás con gran ceremonia, Mr. Esmond pasó al cuartito del capellán.

—»Franck, haced el favor de dar un asiento á Su Majestad—dijo el coronel; y, abriendo el secreto de encima de la chimenea, sacó los papeles guardados allí tanto tiempo hacia.

—»Con la venia de Vuestra Majestad—dijo—he aquí el título de marqués, enviado desde Saint-Germain por vuestro real padre al vizconde de Castlewood, mi padre. He aquí la certificación del matrimonio de mis padres, de mi nacimiento y mi bautismo. Fui bautizado en la religión de que dió tan brillante ejemplo, durante toda su vida, vuestro piadoso padre. He aquí mis títulos, querido Franck, y he aquí lo que hago con ellos. Al fuego bautismo y matrimonio, y el marquesado, y la augusta firma con que vuestro predecesor se dignó honrar á nuestro linaje.

»Y diciendo y haciendo, echó los papeles á la lumbre. Luego continuó:

—»Señor, os dignaréis recordar que nuestra familia se ha arruinado por ser fiel á la vuestra; que mi abuelo gastó su fortuna y dió su sangre y la sangre de su hijo por vuestro servicio; que el abuelo de mi querido lord—porque ahora sois lord, Franck, por derecho y por título también—murió por la misma causa; que mi pobre parienta, la segunda mujer de mi padre, después de sacrificar su honor á vuestra casta perversa y perjura, ha enviado toda su fortuna al rey, obteniendo en cambio ese precioso título, que está ahí reducido á

cenizas, y esta inestimable cinta azul. La pongo á vuestros pies y la pisoteo; saco esta espada, y la rompo, y reniego de vos. Y si hubieseis consumado el ultraje que meditabais contra nosotros, ¡por el cielo! que os hubiese atravesado el corazón con ella, y que así hubiese pensado en perdonaros como vuestro padre en perdonar á Monmouth (1).»

Dos páginas después habla como sigue de su matrimonio con lady Castlewood:

«Esta felicidad no puede describirse con palabras. Es sagrada y secreta por su naturaleza. No es posible hablar de ella, á pesar de sentir tanta gratitud, salvo á Dios y á un solo corazón, al ser querido, á la más fiel, á las más tierna, á la más pura de las mujeres que jamás fué concedida á un hombre. Y cuando pienso en la inmensa felicidad que me estaba reservada, en la profundidad y en la intensidad de ese amor que se me ha prodigado durante tantos años, confieso que siento un transporte de asombro y de gratitud por tal favor. Si: agradezco el tener un corazón capaz de conocer y de apreciar la belleza y la gloria inmensa del don que Dios me ha hecho. Seguramente el amor *vincit omnia*, se eleva á cien mil leguas sobre toda ambición, es más precioso que la riqueza, es más noble que la gloria. El que le desconoce, desconoce la vida; el que no ha gozado de él no ha sentido la facultad más alta del alma. Al escribir el nombre de mi mujer, escribo el ápice de toda esperanza y el colmo de toda dicha. Tener tal amor es la bendición única. A su lado, todo goce terreno es nulo. Pensar en ella es aladar á Dios (2).»

(1) *Enrique Esmond*, tomo II, pág. 303.

(2) *Idem*, id., pág. 310.

Un carácter capaz de tales contrastes es una gran obra. Recordando que Thackeray no ha hecho otra, se lamenta que las intenciones morales hayan desviado de su fin esas bellas facultades literarias, y se deplora que la sátira haya arrebatado al arte semejante talento.

¿Qué es y qué vale esa literatura, uno de cuyos príncipes es Thackeray?—En el fondo, es, como toda literatura, una definición del hombre, y, para juzgarla, hay que compararla con el hombre. Podemos hacerlo al presente: acabamos de estudiar un espíritu, el mismo Thackeray; hemos considerado sus facultades, notando las conexiones, las consecuencias y el grado de las mismas; tenemos á la vista un ejemplar de la naturaleza humana. Podemos juzgar de la copia por el ejemplar, y confrontar la definición que sus novelas exponen con la definición que ofrece su carácter.

Las dos definiciones son contrarias, y su retrato es la crítica de su talento. Se ha visto que, en él, las mismas facultades producen lo bello y lo feo, la fuerza y la debilidad, el éxito y el fracaso; que la reflexión moral, después de proveerle de todos los poderes satíricos, le rebaja en el arte; que, después de difundir por sus novelas contemporáneas un tinte de vulgaridad y de falsedad, eleva su novela histórica á la al-

tura de las obras más bellas; que la misma constitución de espíritu le enseña, así el estilo sarcástico y violento como el estilo templado y sencillo, así el encarnizamiento y la acerbidad del odio como las efusiones y delicadezas del amor. Lo malo y lo bueno, lo bello y lo feo, lo repulsivo y lo agradable, no son, pues, en él, más que efectos remotos, de importancia subalterna, engendrados por el concurso de circunstancias variables, cualidades derivadas y fortuitas, no esenciales y primitivas; formas diversas que orillas diversas pintan en la misma corriente. Lo mismo pasa con los restantes hombres. Las cualidades morales son de primer orden, sin duda: constituyen el motor de la civilización y la nobleza del individuo; la sociedad no subsiste sino por ellas, y el hombre no es grande más que por ellas. Pero, si son el más bello fruto de la planta humana, no son la raíz; nos dan nuestro valor, pero no constituyen nuestro fondo. Ni los vicios ni las virtudes del hombre son su naturaleza; alabarle ó censurarle no es conocerle; ni la aprobación ni la desaprobación le definen; los nombres de bueno y malo no nos dicen nada de lo que es. Poned á Cartouche en una corte italiana del siglo xv, y será un gran hombre de Estado. Transportad á ese noble tacaño y de espíritu estrecho á una tienda, y será un comerciante ejemplar. Tal hombre público, de una probidad inflexible, es un vanidoso inaguantable en su salón. Aquel padre de familia tan humano es un político imbécil. Cambiad de medio una virtud, y se trueca en vicio; cambiad de medio un vicio, y se trueca en virtud. Mirad la misma cualidad por dos lados: por el uno es un defecto; por el otro es un mérito. La esencia del hombre yace escondida profundamente á gran distancia de esas etiquetas morales. Estas últimas no indican

más que el efecto útil ó nocivo de nuestra constitución interior; pero no revelan nuestra constitución interior. Son faroles de seguridad ó de aviso, aplicados á nuestro nombre para invitar al pasajero á apartarse ó aproximarse; no son la carta explicativa de nuestro ser.—Nuestra verdadera esencia consiste en las causas de nuestras buenas ó malas cualidades, y esas causas se encuentran en el temperamento, en la especie y el grado de imaginación, en la cantidad y velocidad de atención, en la magnitud y dirección de las pasiones primitivas. Un carácter es una fuerza, como la gravedad ó el vapor de agua, capaz de efectos perniciosos ó provechosos, según las circunstancias, y que debe definirse de otro modo que atendiendo á la cantidad de peso que levanta ó á la entidad de los daños que origina. Es, pues, desconocer al hombre reducirle, como hace Thackeray y como hace la literatura inglesa, á un conjunto de virtudes ó de vicios; es no ver más que su superficie exterior y social, desatendiendo el fondo natural é íntimo. El mismo defecto encontraréis en la crítica del país: crítica siempre moral, jamás psicológica; crítica preocupada en medir exactamente el grado de honradez de los hombres, olvidando el mecanismo de nuestros sentimientos y de nuestras facultades. Encontraréis el mismo defecto en su religión, que no es más que un sentimiento ó una disciplina; en su filosofía, huérfana de metafísica; y, si os remontáis á la fuente, según la regla que hace derivar los vicios de las virtudes y las virtudes de los vicios, veréis derivar todos esos flacos de su energía nativa, de su educación práctica y de esa especie de instinto poético religioso y severo que los hizo en otros días protestantes y puritanos.

CAPÍTULO III

La crítica y la historia.—Macaulay.

Puesto y papel de Macaulay en Inglaterra.

§ 1.º—ENSAYOS CRÍTICOS É HISTÓRICOS.

- I. Sus *Ensayos*.—Atractivo y utilidad del género.—Sus opiniones.—Su filosofía.—Cómo es inglesa y práctica.—Su *Ensayo sobre Bacon*.—Cuál es, según él, el verdadero objeto de las ciencias.—Comparación entre Bacon y los antiguos.
Su crítica.—Sus preocupaciones morales.—Comparación de la crítica en Francia y en Inglaterra.—Por qué es religioso.—Conexión de la religión y del liberalismo en Inglaterra.—Liberalismo de Macaulay.—*Ensayo sobre la Iglesia y el Estado*.
Su pasión por la libertad política.—Cómo es el orador y el historiador del partido whig.—*Ensayos sobre la Revolución y los Estuardos*.
- II. Su talento.—Su afición á la demostración.—Su afición á los desarrollos.—Carácter oratorio de su espíritu.—En qué se diferencia de los oradores clásicos.—Su estima de los hechos particulares, de las experiencias sensibles y de los recuerdos personales.—*Ensayos sobre Warren Hastings y sobre Clive*.
Caracteres ingleses de su talento.—Su rudeza.—Su burla.—Su poesía.

más que el efecto útil ó nocivo de nuestra constitución interior; pero no revelan nuestra constitución interior. Son faroles de seguridad ó de aviso, aplicados á nuestro nombre para invitar al pasajero á apartarse ó aproximarse; no son la carta explicativa de nuestro ser.—Nuestra verdadera esencia consiste en las causas de nuestras buenas ó malas cualidades, y esas causas se encuentran en el temperamento, en la especie y el grado de imaginación, en la cantidad y velocidad de atención, en la magnitud y dirección de las pasiones primitivas. Un carácter es una fuerza, como la gravedad ó el vapor de agua, capaz de efectos perniciosos ó provechosos, según las circunstancias, y que debe definirse de otro modo que atendiendo á la cantidad de peso que levanta ó á la entidad de los daños que origina. Es, pues, desconocer al hombre reducirle, como hace Thackeray y como hace la literatura inglesa, á un conjunto de virtudes ó de vicios; es no ver más que su superficie exterior y social, desatendiendo el fondo natural é íntimo. El mismo defecto encontraréis en la crítica del país: crítica siempre moral, jamás psicológica; crítica preocupada en medir exactamente el grado de honradez de los hombres, olvidando el mecanismo de nuestros sentimientos y de nuestras facultades. Encontraréis el mismo defecto en su religión, que no es más que un sentimiento ó una disciplina; en su filosofía, huérfana de metafísica; y, si os remontáis á la fuente, según la regla que hace derivar los vicios de las virtudes y las virtudes de los vicios, veréis derivar todos esos flacos de su energía nativa, de su educación práctica y de esa especie de instinto poético religioso y severo que los hizo en otros días protestantes y puritanos.

CAPÍTULO III

La crítica y la historia.—Macaulay.

Puesto y papel de Macaulay en Inglaterra.

§ 1.º—ENSAYOS CRÍTICOS É HISTÓRICOS.

- I. Sus *Ensayos*.—Atractivo y utilidad del género.—Sus opiniones.—Su filosofía.—Cómo es inglesa y práctica.—Su *Ensayo sobre Bacon*.—Cuál es, según él, el verdadero objeto de las ciencias.—Comparación entre Bacon y los antiguos.
Su crítica.—Sus preocupaciones morales.—Comparación de la crítica en Francia y en Inglaterra.—Por qué es religioso.—Conexión de la religión y del liberalismo en Inglaterra.—Liberalismo de Macaulay.—*Ensayo sobre la Iglesia y el Estado*.
Su pasión por la libertad política.—Cómo es el orador y el historiador del partido whig.—*Ensayos sobre la Revolución y los Estuardos*.
- II. Su talento.—Su afición á la demostración.—Su afición á los desarrollos.—Carácter oratorio de su espíritu.—En qué se diferencia de los oradores clásicos.—Su estima de los hechos particulares, de las experiencias sensibles y de los recuerdos personales.—*Ensayos sobre Warren Hastings y sobre Clive*.
Caracteres ingleses de su talento.—Su rudeza.—Su burla.—Su poesía.

§ 2.º—EL HISTORIADOR.

Su obra.—Armonía de su talento, sus opiniones y su obra.—Universalidad, unidad é interés de su historia.—Pintura de los *Highlands*.—*Jacobo II en Irlanda*—*El acta de Tolerancia*.—*La matanza de Glencoe*.—Huellas de amplificación y de retórica.

Comparación de Macaulay y de los historiadores franceses.—En qué es clásico.—En qué es inglés.—Posición intermedia de su espíritu entre el espíritu latino y el espíritu germánico.

No me propongo escribir aquí la vida de lord Macaulay; esa vida no podrá contarse hasta dentro de veinte años, cuando sus amigos hayan reunido sus recuerdos. Lo que hoy es público me parece ocioso recordarlo. Todos saben que tuvo por padre un filántropo abolicionista; que hizo los más completos y brillantes estudios clásicos; que á los veinticinco años adquirió celebridad con su ensayo sobre Milton; que á los treinta entró en el Parlamento y se distinguió entre los primeros oradores; que marchó á la India á reformar la ley, y á la vuelta fué nombrado para altos puestos; que un día, sus opiniones liberales en materia de religión le enajenaron los votos de sus electores, que le reeligieron con aplauso universal; que fué el publicista más célebre y el escritor más consumado del partido whig, y que por ello la gratitud de su partido y la admiración pública le hicieron lord y par de Inglaterra al fin de su vida. ¡Hermoso relato el de esa vida reverenciada y feliz, consagrada á nobles ideas y ocupada en empresas viriles, literaria por excelencia, pero bastante llena de acción y bastante aplicada á los asuntos prácticos para dar sustancia y solidez

á la elocuencia y al estilo, para formar el observador al lado del artista, y el pensador al lado del escritor! Yo no quiero describir ahora más que ese pensador y ese escritor. Dejo su vida; cojo sus libros, y abordo sus *Ensayos*.

§ 1.º—ENSAYOS CRÍTICOS É HISTÓRICOS.

I

Son una colección de artículos, y confieso que me agrada esta clase de obras. Por el pronto, se puede dejar el volumen al cabo de veinte páginas; se puede empezar por el fin ó por el medio; allí no es uno servidor, sino amo; puede tratarse el libro como un diario, y, en efecto, es el diario de un espíritu. En segundo lugar, es variado: de una página á otra, pasáis del Renacimiento al siglo XIX, de la India á Inglaterra; esa diversidad sorprende y agrada. En fin, allí, involuntariamente, el autor es indiscreto; se descubre á nosotros, sin reservar nada de sí mismo: es una conversación íntima, y ninguna como la del más gran historiador de Inglaterra. Nos interesa observar los orígenes de ese potente y generoso espíritu; descubrir las facultades que han alimentado su talento y las investigaciones que han formado su saber, sus opiniones sobre la filosofía, sobre la religión, sobre el Estado y sobre las letras; conocer lo que era y lo que ha venido á ser, lo que quiere y lo que cree.

§ 2.º—EL HISTORIADOR.

Su obra.—Armonía de su talento, sus opiniones y su obra.—Universalidad, unidad é interés de su historia.—Pintura de los *Highlands*.—*Jacobo II en Irlanda*—*El acta de Tolerancia*.—*La matanza de Glencoe*.—Huellas de amplificación y de retórica.

Comparación de Macaulay y de los historiadores franceses.—En qué es clásico.—En qué es inglés.—Posición intermedia de su espíritu entre el espíritu latino y el espíritu germánico.

No me propongo escribir aquí la vida de lord Macaulay; esa vida no podrá contarse hasta dentro de veinte años, cuando sus amigos hayan reunido sus recuerdos. Lo que hoy es público me parece ocioso recordarlo. Todos saben que tuvo por padre un filántropo abolicionista; que hizo los más completos y brillantes estudios clásicos; que á los veinticinco años adquirió celebridad con su ensayo sobre Milton; que á los treinta entró en el Parlamento y se distinguió entre los primeros oradores; que marchó á la India á reformar la ley, y á la vuelta fué nombrado para altos puestos; que un día, sus opiniones liberales en materia de religión le enajenaron los votos de sus electores, que le reeligieron con aplauso universal; que fué el publicista más célebre y el escritor más consumado del partido whig, y que por ello la gratitud de su partido y la admiración pública le hicieron lord y par de Inglaterra al fin de su vida. ¡Hermoso relato el de esa vida reverenciada y feliz, consagrada á nobles ideas y ocupada en empresas viriles, literaria por excelencia, pero bastante llena de acción y bastante aplicada á los asuntos prácticos para dar sustancia y solidez

á la elocuencia y al estilo, para formar el observador al lado del artista, y el pensador al lado del escritor! Yo no quiero describir ahora más que ese pensador y ese escritor. Dejo su vida; cojo sus libros, y abordo sus *Ensayos*.

§ 1.º—ENSAYOS CRÍTICOS É HISTÓRICOS.

I

Son una colección de artículos, y confieso que me agrada esta clase de obras. Por el pronto, se puede dejar el volumen al cabo de veinte páginas; se puede empezar por el fin ó por el medio; allí no es uno servidor, sino amo; puede tratarse el libro como un diario, y, en efecto, es el diario de un espíritu. En segundo lugar, es variado: de una página á otra, pasáis del Renacimiento al siglo XIX, de la India á Inglaterra; esa diversidad sorprende y agrada. En fin, allí, involuntariamente, el autor es indiscreto; se descubre á nosotros, sin reservar nada de sí mismo: es una conversación íntima, y ninguna como la del más gran historiador de Inglaterra. Nos interesa observar los orígenes de ese potente y generoso espíritu; descubrir las facultades que han alimentado su talento y las investigaciones que han formado su saber, sus opiniones sobre la filosofía, sobre la religión, sobre el Estado y sobre las letras; conocer lo que era y lo que ha venido á ser, lo que quiere y lo que cree.

Sentados en un sillón, con los pies á la lumbre, á medida que volvemos las hojas, vemos dibujarse poco á poco, como sobre oscuro lienzo, una fisonomía animada é inteligente; ese rostro adquiere expresión y relieve; sus diversas facciones se explican y se aclaran unas á otras; á poco el autor revive para nosotros y delante de nosotros; penetramos las causas y la generación de todos sus pensamientos; prevemos lo que va á decir; sus modos de ser y de hablar nos son tan familiares como los de un hombre á quien vemos todos los días; sus opiniones corrigen y modifican las nuestras; toma su parte en nuestro pensamiento y en nuestra vida; está á doscientas leguas de nosotros, y su libro imprime en nosotros su imagen como la luz reflejada va á pintar en el confin del horizonte el objeto de donde parte. Tal es el encanto de esos libros que remueven todos los asuntos, que dan la opinión del autor sobre todas las cosas, que nos pasean por todas las partes de su pensamiento, y, por decirlo así, nos permiten dar la vuelta á su espíritu.

Macaulay trata la filosofía á la manera de los ingleses, como hombre práctico. Es discípulo de Bacon, y le pone por encima de todos los filósofos. Opina que la verdadera ciencia data de él; que las especulaciones de los pensadores antiguos no son más que juegos intelectuales; que durante dos mil años la inteligencia humana ha seguido un falso camino; que, hasta Bacon, no descubrió el fin hacia el cual debía tender y el método por el cual puede conseguirlo. Ese fin es lo útil. El objeto de la ciencia no es la teoría, sino la aplicación. El objeto de las matemáticas no es la satisfacción de una curiosidad ociosa, sino la invención de máquinas destinadas á aliviar el trabajo del hombre, á aumentar su poder para dominar la naturaleza, á ha-

cer la vida más segura, más cómoda y más feliz. El objeto de la astronomía no es suministrar materia para inmensos cálculos y para cosmogonías poéticas, sino servir á la geografía y dirigir la navegación. El objeto de la anatomía y de las ciencias zoológicas no es sugerir elocuentes sistemas sobre la naturaleza de la organización ó exponer á la vista el orden de los animales mediante una clasificación ingeniosa, sino guiar la mano del cirujano y las previsiones del médico. El objeto de toda investigación y de todo estudio es disminuir el dolor, aumentar el bienestar, mejorar la condición del hombre; las leyes teóricas no valen más que por sus usos prácticos; los trabajos de laboratorio y de gabinete no alcanzan su sanción y valor sino por el empleo que de ellos hacen los talleres y las fábricas; el árbol de la ciencia no debe estimarse más que por sus frutos. Si se quiere juzgar una filosofía, hay que mirar á sus resultados; sus obras no son sus libros, sino sus efectos. La de los antiguos produjo bellos escritos, frases sublimes, disputas infinitas, divagaciones hueras, sistemas derrocados por sistemas, y dejó el mundo tan ignorante, tan desgraciado y tan malo como le encontró. La de Bacon ha producido observaciones, experiencias, descubrimientos, máquinas, artes é industrias enteras. «Ha alargado la vida, ha disminuido el dolor, ha extinguido enfermedades, ha acrecentado la fecundidad del suelo, ha iluminado la noche con todo el esplendor del día, ha extendido el alcance de la vista humana, ha acelerado el movimiento y anulado las distancias, ha hecho al hombre capaz de penetrar en las profundidades del Océano, de remontarse al aire, de atravesar la tierra en vehículos que ruedan sin caballos, y el mar en naves que recorren diez nudos por hora contra el viento.» La una se consumió en desci-

frar enigmas indescifrables, en forjar los retratos de un sabio imaginario, en encaramarse de hipótesis en hipótesis, en precipitarse de absurdos en absurdos; prometió lo irrealizable, y, por desconocer los límites del espíritu humano, ignoró su poder. La otra, midiendo nuestra fuerza y nuestra debilidad, nos ha apartado de las vías cerradas para nosotros, á fin de dirigirnos á las abiertas; ha conocido los hechos y sus leyes, porque se ha resignado á no conocer su esencia ni sus principios; ha hecho al hombre más feliz, porque no ha pretendido hacerle perfecto; ha descubierto grandes verdades y producido grandes frutos, porque ha tenido el valor y la cordura de estudiar objetos pequeños y eternizarse en experimentos vulgares; se ha hecho gloriosa y potente, porque ha tenido á bien hacerse humilde y útil. La ciencia, antiguamente, no formaba más que pretensiones vanidosas y concepciones quiméricas, cuando se mantenía aparte, lejos de la vida práctica, y se presumía soberana del hombre. La ciencia hoy posee verdades, la esperanza de descubrimientos más altos, y una autoridad que va en continuo aumento, porque ha penetrado en la vida activa, y se ha declarado servidora del hombre. Que se encierre en sus nuevas funciones, que no intente penetrar en el dominio de lo invisible, que renuncie á lo que hay que ignorar. No tiene su objeto en sí misma; no es más que un medio; el hombre no está hecho para ella, sino ella para el hombre; se parece á esos termómetros y á esas pilas que construye para sus experimentos: toda su gloria, todo su mérito, todo su oficio es ser un instrumento.

«Un discípulo de Epicteto y un discípulo de Bacon, compañeros de camino, llegan á un pueblo donde acaba de declararse la viruela. Encuentran cerradas

las casas, suspendidas las comunicaciones, abandonados los enfermos, y á las madres sobrecogidas de terror y llorando por sus hijos. El estoico asegura á la población afligida que la viruela no tiene nada de malo, y que para el sabio la enfermedad, la deformidad, la muerte, la pérdida de los amigos no son males. El baconiano saca su lanceta y empieza á vacunar.—Ven consternada de espanto una cuadrilla de mineros. Una explosión de vapores deletéreos ha matado á varios de los que trabajaban, y los supervivientes no se atreven á entrar en la caverna. El estoico les asegura que tal accidente no es más que un simple ἀποπροηγμένον. El baconiano, que no tiene á su disposición palabristan bellas, se contenta con fabricar una lámpara de seguridad.—Encuentran en la costa un negociante náufrago que se retuerce las manos. Su embarcación acaba de zozobrar con un cargamento de un precio enorme, y en un instante se ve caer de la opulencia á la miseria. El estoico le exhorta á no buscar la felicidad en cosas que están fuera de él mismo, y le recita todo el capítulo de Epicteto: *A los que temen la pobreza*. El baconiano construye una campana de buzo, se mete en ella, baja y vuelve con los objetos más preciosos del cargamento. Tal es la diferencia entre la filosofía de las palabras y la filosofía de las obras (1).»

Yo no tengo que discutir esas opiniones; al lector corresponde censurarlas ó alabarlas, si lo estima oportuno; yo no quiero juzgar doctrinas, sino pintar un hombre; y en verdad, nada más saliente que ese menosprecio absoluto de la especulación y ese amor

(1) *Ensayos críticos é históricos*, tomo III, pág. 118. Edición Tauchnitz.

absoluto á la práctica. Tal disposición de espíritu es completamente conforme con el genio de la nación; en Inglaterra un barómetro se llama todavía un instrumento filosófico; así, la filosofía es cosa desconocida allí. Se ven moralistas y psicólogos, pero no metafísicos; si se encuentra uno, como por ejemplo Hamilton, es escéptico en metafísica; no ha leído á los filósofos alemanes más que para refutarlos; mira la filosofía especulativa como una extravagancia de cerebros vacíos, y solicita la indulgencia de sus lectores por lo extraño del asunto, cuando procura hacerles comprender algo de las concepciones de Hegel. Los ingleses, hombres positivos y prácticos, excelentes para la política, la administración, la guerra y la acción, no son más dispuestos que los antiguos romanos para las abstracciones de la dialéctica sutil y de los sistemas grandiosos; y también Cicerón se disculpaba cuando trataba de exponer á su auditorio de senadores y de hombres públicos las profundas y audaces deducciones de los estoicos.

La única parte de la filosofía que agrada á los hombres de ese carácter es la moral, porque es también enteramente práctica y no se ocupa más que de acciones. No se estudiaba otra cosa en Roma, y todo el mundo sabe la parte que tiene en la filosofía inglesa: Hutcheson, Price, Ferguson, Wollaston, Adam Smith, Bentham, Reid y tantos otros llenaron el siglo último de disertaciones y discusiones sobre la regla que fija nuestros deberes y sobre la facultad que los descubre; los *Ensayos* de Macaulay son un nuevo ejemplo de esa inclinación nacional dominante; sus biografías, más que retratos, son juicios. Cuál es á punto fijo el grado de honradez y de falta de honradez del personaje, he ahí la cuestión importante á sus ojos; á ella refiere

todas las otras; no se preocupa dondequiera más que de justificar ó disculpar, acusar ó condenar. Ora hable de lord Clive, de Warren Hastings, de sir William Temple, de Addison, de Milton, ó de cualquier otro, atiende ante todo á medir exactamente el número y la magnitud de sus defectos ó de sus virtudes; en medio de una narración se detiene para examinar si el hecho que relata es justo ó injusto; le considera como jurista y como moralista, según la ley positiva y según la ley natural; tiene en cuenta, al juzgar á su autor, el estado de la opinión pública, los ejemplos que le rodeaban, los principios que profesaba, la educación que había recibido; apoya su opinión en casos análogos de la vida común, de la historia de todos los pueblos, de la legislación de todos los países; aduce tantas pruebas, hechos tan ciertos, argumentos tan concluyentes, que el mejor abogado podría tomarle por modelo; y cuando al fin pronuncia la sentencia, se cree oír el resumen del presidente de un tribunal. Si analiza una literatura, por ejemplo, la de la Restauración, instituye ante los lectores, para juzgarla, una especie de jurado. La hace comparecer, y lee la acusación; luego presenta la defensa, que trata de disculpar sus ligerezas y demasías; por último, toma la palabra á su vez y prueba que los razonamientos expuestos no se aplican al caso en cuestión, que los escritores acusados contribuyeron efectiva y premeditadamente á corromper las costumbres; que, no sólo usaron palabras inconvenientes, sino que, con designio y propósito deliberado, representaron cosas inconvenientes; que siempre se esforzaron en borrar la odiosidad del vicio, en hacer ridícula la virtud, en incluir el adulterio entre las gracias y las proezas obligadas de un hombre de gusto; que esa intención

es tanto más manifiesta, cuanto que estaba en el espíritu del tiempo, y tales escritores lisonjaban un extravío de su siglo.

Si yo me atreviese, como Macaulay, á emplear comparaciones religiosas, diría que su crítica se parece al juicio final, donde la diversidad de talentos, caracteres, categorías y empleos habrá de desaparecer ante la consideración de la virtud y del vicio, y donde ya no habrá artistas, sino un juez entre justos y pecadores.

La crítica en Francia es más libre, se halla menos supeditada á la moral y se parece más al arte. Cuando nosotros nos proponemos referir la vida ó representar el carácter de un hombre, le consideramos como un simple objeto de pintura ó de ciencia; no pensamos más que exponer los diversos sentimientos de su corazón, el enlace de sus ideas y la necesidad de sus acciones; no le juzgamos; no queremos más que representarle ante los ojos y hacerle comprensible á la razón. Somos curiosos y nada más. Nos importa poco que Juan ó Pedro fuese un pícaro; eso allá sus contemporáneos, que padecían con sus vicios, y no debían pensar más que en despreciarle y condenarle. Hoy estamos fuera de su alcance, y ha desaparecido el odio con el peligro. A esta distancia y en la perspectiva histórica, yo no veo en él más que una máquina espiritual, provista de determinados resortes, puesta en acción por un impulso primitivo y contrarrestada por circunstancias diversas: calculo el juego de sus motores, siento con ella el embate de los obstáculos y veo de antemano la curva que va á describir su movimiento; no me inspira aversión ni repulsión; he dejado esos sentimientos á la puerta de la historia, y saboreo el placer profundísimo y purí-

simo de ver obrar un alma según una ley definida, en un medio determinado, con toda la variedad de las pasiones humanas, con el orden y el encadenamiento que la construcción interior del hombre impone al desarrollo exterior de sus pasiones.

En un país donde tanto preocupa la moral y tan poco la filosofía, hay mucha religión. A falta de una teología natural, los espíritus se atienen á la teología positiva, y piden á la Biblia la metafísica que no da la razón (1). Macaulay es protestante, y, aunque hombre de un espíritu muy abierto y liberal, conserva á veces las preocupaciones inglesas contra la religión católica. El papismo pasa siempre en Inglaterra por una idolatría impía y por una servidumbre degradante. Desde las dos revoluciones, el protestantismo, asociado á la libertad, ha parecido la religión de la libertad, y el catolicismo, asociado al despotismo, ha parecido la religión del despotismo: las dos doctrinas han tomado el nombre de la causa que sostuvieron. Se ha concentrado en la primera el amor y la veneración que inspiraban los derechos que defendía; se ha convertido á la segunda el desprecio y el odio acumulados contra la servidumbre que quería introducir; las pasiones políticas han inflamado las creencias religiosas; el protestantismo se ha confundido con la patria victoriosa, y el catolicismo con el enemigo vencido; la preocupación ha subsistido después de cesar la lucha, y hoy aún los protestantes ingleses no tienen para las doctrinas de los católicos la benevolencia ó la imparcialidad que los católicos de Francia tienen para las doctrinas de los protestantes.

Pero en Macaulay el fervoroso amor á la justicia

(1) Tomo IV, pág. 102.

templa esas opiniones inglesas. Es liberal en el sentido más amplio y más hermoso de la palabra. Pide que todos los ciudadanos sean iguales ante la ley, que se declare capaces de todas las funciones públicas á los hombres de todas las sectas, que los católicos y los judíos puedan sentarse en el Parlamento, como los luteranos, los anglicanos y los calvinistas. Refuta á Mr. Gladstone y á los partidarios de las religiones de Estado con un ardor de elocuencia, una abundancia de pruebas y un vigor de razonamiento inquebrantables; demuestra hasta la evidencia que el Estado no es más que una asociación laica, que su fin es completamente temporal, que su único objeto es proteger la vida, la libertad y la propiedad de los ciudadanos; que, confiándole la defensa de los intereses espirituales, se trastorna el orden de las cosas, y que atribuirle una creencia religiosa es lo mismo que si un hombre, no satisfecho de andar con los pies, confiase á los pies al propio tiempo la función de ver y de oír. Muchas veces se ha tratado en Francia esta cuestión y se trata aún; pero nadie lo ha hecho con más acierto, con razones más prácticas y argumentos más palpables. Macaulay saca la discusión de la región metafísica; la trae á la tierra, la hace accesible á todos los espíritus; busca sus pruebas y sus ejemplos en los hechos más conocidos de la vida ordinaria; se dirige al comerciante, al industrial, al artista, al sabio, á todo el mundo; enlaza la verdad que demuestra con las verdades familiares é íntimas que nadie puede menos de admitir, y á que se asiente con toda la fuerza de la experiencia y del hábito; arroja y sojuzga la creencia con razones tan sólidas, que sus adversarios le agradecerán el haberles convencido; y si por azar algunos de entre nosotros necesitasen

una lección de tolerancia, deberían buscarla en ese *Ensayo*.

Tal amor á la justicia tórnase pasión, cuando se trata de la libertad política; es el punto sensible, y, al tocarlo, se pone el dedo en el corazón del escritor. Macaulay la ama por interés, porque es la única garantía de los bienes, de la felicidad y de la vida de los particulares. La ama por orgullo, porque es la honra del hombre. La ama por patriotismo, porque es una herencia legada por las generaciones precedentes; porque desde hace doscientos años viene defendiéndola contra todos los ataques y salvándola de todos los peligros una serie de hombres honrados y de grandes hombres; porque es la fuerza y la gloria de Inglaterra; porque, enseñando á los ciudadanos á querer y á juzgar por sí mismos, acrece su dignidad y su inteligencia; porque, asegurando la paz interior y el progreso continuo, preserva al país de las revoluciones sangrientas y de la decadencia tranquila. Todos esos bienes están perpetuamente presentes á sus ojos; y quienquiera que ataque la libertad que los funda se hace al punto su enemigo. No puede ver con calma la opresión del hombre; todo atentado contra la voluntad humana le hiere como un ultraje personal. A cada paso se le oyen palabras amargas; y las bajas adulaciones de los cortesanos con que tropieza traen á sus labios sarcasmos tanto más violentos cuanto más merecidos. Pitt, dice, hizo en el colegio versos latinos á la muerte de Jorge I. «En esa composición pide á las Musas que lloren sobre la urna de César, porque César, según el poeta, amaba á las musas—César, que no era capaz de leer un verso de Pope, y que no amaba más que el ponche y las mujeres gruesas.» Otra vez, en la biografía de miss Burney, cuenta cómo la

pobre joven, célebre por sus dos primeras novelas, recibió en recompensa, y por gran favor, un puesto de camarista de la reina Carlota; cómo, extenuada por las vigiliias, enferma, casi moribunda, pidió por merced el permiso de marcharse; cómo la «dulce reina» se indignó por esa impertinencia, no pudiendo comprender que hubiese quien se negase á morir á su servicio y por servirla, ó que una literata prefiriese la salud, la vida y la gloria al honor de doblar los vestidos de su majestad. Pero cuando Macaulay llega á la historia de la revolución, entonces es cuando toma justicia y venganza de los que violaron los derechos del público, de los que odiaron ó hicieron traición á la causa nacional, de los que atentaron á la libertad. No habla como historiador, sino como contemporáneo; parece que están en juego su honor y su vida, que aboga por sí mismo, que es miembro del Parlamento Largo, que oye á la puerta los mosquetes y las espadas de los guardias enviados para detener á Pym y Hampden. M. Guizot ha narrado la misma historia; pero en su libro descubris el juicio sereno y el sentimiento imparcial de un filósofo. No condena las acciones de Strafford ni de Carlos; las explica. Muestra en Strafford el carácter imperioso, el genio dominante que se siente nacido para mandar y quebrantar la resistencia, y á quien una inclinación invencible subleva contra la ley ó el derecho que le ata; hombre que oprime por una especie de necesidad interior, y que está hecho para gobernar, como una espada para herir. Muestra en Carlos el respeto innato de la realeza, la creencia en el derecho divino, la convicción arraigada de que toda representación ó reclamación es un insulto á su corona, un atentado á su propiedad, una sedición criminal é impía: desde ese instante no veis

ya en la lucha del rey y del Parlamento más que la lucha de dos doctrinas; dejáis de interesaros por la una ó por la otra, para interesaros por las dos; sois espectadores de un drama; no sois ya jueces de un proceso. Un proceso instruye ante nosotros Macaulay; toma partido en él; su relato es una requisitoria, y la más violenta, la más severa, la más razonada que se ha escrito. Aprueba la condena de Strafford; honra y admira á Cromwell; exalta el carácter de los puritanos; elogia á Hampden hasta igualarle con Washington; no tiene palabras bastante despreciativas é insultantes para Laud, y lo más terrible es que justifica cada uno de sus juicios con tantas citas, autoridades, precedentes históricos, razonamientos y pruebas concluyentes como podría acumular la vasta erudición de Hallam ó la serena dialéctica de Mackintosh. Júzguese de esa pasión arrebatada y de esa lógica contundente por un solo pasaje:

«Durante más de diez años el pueblo había visto hollados sus derechos—los derechos que le pertenecían á título de herencia inmemorial y á título de compra reciente—por el pérfido rey que los había reconocido. Por fin, las circunstancias obligaban á Carlos á convocar un nuevo Parlamento: era otra ocasión que se ofrecía á nuestros padres. ¿Debian desperdiciarla como habían desperdiciado la primera? ¿Debian dejarse burlar otra vez por un *le roi le veut*? ¿Debian anticipar otra vez su dinero fiándose en promesas violadas un día y otro día? ¿Debian ir á depositar una segunda petición de derechos á los pies del trono, prodigar por segunda vez subsidios á cambio de una segunda ceremonia vana, y despedirse luego, hasta que, al cabo de otros diez años de fraude y de opresión, su príncipe solicitase un nuevo subsidio y le pagase con un

nuevo perjurio? Tenían que optar entre fiarse de un tirano ó derrocarlo. Creemos que eligieron cuerda y noblemente.

»Los abogados de Carlos, como los abogados de otros malhechores contra los cuales se aducen pruebas abrumadoras, evitan comúnmente toda discusión sobre los hechos, y se contentan con apelar á los testimonios consignados sobre su carácter. ¡Tenía tantas virtudes privadas! ¿Por ventura no tenía virtudes privadas Jacobo II? ¿No las tenía Oliverio Cromwell, aun juzgado por sus más acérrimos enemigos? Y, después de todo, ¿cuáles son esas virtudes atribuidas á Carlos? Un celo religioso, no más sincero que el de su hijo, y no menos estrecho y pueril, y un corto número de esas cualidades domésticas que la mitad de las piedras tumulares reclaman en nuestro país para los muertos que bajo ellas reposan. ¡Buen padre! ¡Buen esposo! ¡Soberbia apología sin duda para quince años de persecución, de tiranía y de mentira!

»Nosotros le imputamos haber violado el juramento de su coronación, y se nos responde que ¡cumplió su juramento matrimonial! Le acusamos de haber entregado su pueblo á las severidades despiadadas de los prelados más fanáticos y más duros, y su disculpa es ¡qué puso á su niño sobre las rodillas para besarle! Le reconvenimos el haber violado los artículos de la petición de derechos, después de haber prometido respetarlos, á cuenta de buenas y sólidas compensaciones, y se nos dice que ¡tenía la costumbre de ir á oír rezar desde las seis de la mañana! A consideraciones como estas, juntamente con su traje Van Dick, su cara agraciada y su barba puntiaguda, á eso debe—sinceramente lo creemos—la mayor parte de la popularidad de que goza en nuestra generación.

»Por nuestra parte, no comprendemos esta frase trivial: hombre de bien, pero mal rey. Es lo mismo que si se nos dijese: hombre de bien, y padre desnaturalizado; hombre de bien, y amigo desleal. Al apreciar el carácter de un individuo, no podemos hacer abstracción, en el examen de su conducta, del oficio más importante del hombre; y si en ese oficio nos aparece egoísta, cruel y falso, nos tomaremos la libertad de llamarle un mal hombre, á pesar de toda su templanza en la mesa y de toda su puntualidad en la capilla (1).»

Eso en cuanto al padre. Ahora va el hijo. El lector comprenderá, por el furor de la invectiva, el exceso de rencor que ha dejado el gobierno de los Estuardos en el corazón de un patriota, de un whig, de un protestante y de un inglés:

«Vinieron entonces aquellos días, que nunca pueden recordarse sin sonrojo, días de servidumbre sin fidelidad, de sensualidad sin amor, de talentos imperceptibles y de vicios gigantescos, el paraíso de los corazones fríos y de los espíritus estrechos, la edad de oro de los cobardes, de los mogigatos y de los esclavos. El rey se arrastró delante de su rival para obtener los medios de pisotear á su pueblo, descendió hasta ser el virrey de Francia, y se guardó, con una infamia complaciente, sus degradantes insultos y su oro, más degradante aún. Las caricias de las prostitutas y las bromas de los bufones rigieron la política del Estado; el gobierno tuvo la habilidad estrictamente necesaria para engañar, y la religión estrictamente necesaria para perseguir; los principios de la libertad fueron la irrisión de todo arlequín de corte y el anatema de

(1) *Ensayos críticos é históricos*, tomo 1, pág. 36.

todo monaguillo. En todos los altos lugares se rindió culto y homenaje á Carlos y á Jacobo, á Belial y á Moloch; é Inglaterra aplacó á esos obscenos y crueles idolos con la sangre de los mejores y más valientes de sus hijos. Vinieron crímenes tras crímenes, vergüenzas tras vergüenzas, hasta que la raza maldita de Dios y de los hombres fué expulsada por segunda vez para errar por la haz de la tierra, para servir de proverbio á los pueblos y para ser señalada con el dedo por las naciones (1).»

No he podido traducir todas las metáforas bíblicas de este pasaje, que ha conservado algo del acento de Milton y de los profetas puritanos. Basta, con todo, para indicar hacia dónde se dirigen las diversas tendencias de ese gran espíritu, cuál es su pendiente, cómo el espíritu práctico, la ciencia y el talento histórico, la atención continúa á las ideas morales y religiosas y el amor á la patria y á la justicia concurren á hacer de él el historiador de la libertad.

II

A ello contribuyó su talento: porque sus opiniones son de la misma familia que su talento.

Lo que llama la atención en él ante todo es la extraordinaria solidez de su espíritu. Prueba todo lo que dice con una fuerza y una autoridad asombrosas. Está

(1) *Ensayos críticos é históricos*, tomo I, pág. 46.

uno casi seguro de no extraviarse nunca siguiéndole. Si utiliza un testimonio, empieza por medir la veracidad y la competencia de los autores que cita, y por corregir los errores que pueden haber cometido por negligencia ó parcialidad. Si formula un juicio, se apoya en los hechos más ciertos, en los principios más claros, en las deducciones más sencillas y más lógicas. Si desenvuelve un razonamiento, jamás se pierde en una digresión; tiene siempre el objeto delante de los ojos, y se dirige á él por el camino más seguro y más recto. Si se eleva á consideraciones generales, sube paso á paso todos los grados de la generalización, sin omitir uno solo; sondea el terreno á cada instante; no añade ni quita nada á los hechos; quiere llegar á la verdad exacta al precio de todas las precauciones é investigaciones. Sabe infinidad de pormenores de toda especie; posee grandísimo número de ideas filosóficas y de todos linajes, pero su erudición es de tan buena ley como su filosofía, y una y otra constituyen una moneda digna de ser aceptada por todos los espíritus que piensan. Se ve que no cree nada sin razón; que, si se pusiese en tela de juicio alguno de los hechos que anticipa ó alguna de las ideas que sugiere, se vería llegar al instante una multitud de documentos auténticos y una apiñada legión de argumentos convincentes. En Francia y en Alemania estamos demasiado acostumbrados á recibir hipótesis con el nombre de leyes históricas, y anécdotas dudosas con el nombre de sucesos comprobados. Vemos con harta frecuencia fundarse sistemas enteros de la noche á la mañana, á medida del capricho de un escritor: especies de castillos fantásticos cuya disposición regular simula la apariencia de los verdaderos edificios, y que se deshacen de un soplo, al intentar tocarlos. Todos hemos fabri-

todo monaguillo. En todos los altos lugares se rindió culto y homenaje á Carlos y á Jacobo, á Belial y á Moloch; é Inglaterra aplacó á esos obscenos y crueles idolos con la sangre de los mejores y más valientes de sus hijos. Vinieron crímenes tras crímenes, vergüenzas tras vergüenzas, hasta que la raza maldita de Dios y de los hombres fué expulsada por segunda vez para errar por la haz de la tierra, para servir de proverbio á los pueblos y para ser señalada con el dedo por las naciones (1).»

No he podido traducir todas las metáforas bíblicas de este pasaje, que ha conservado algo del acento de Milton y de los profetas puritanos. Basta, con todo, para indicar hacia dónde se dirigen las diversas tendencias de ese gran espíritu, cuál es su pendiente, cómo el espíritu práctico, la ciencia y el talento histórico, la atención continúa á las ideas morales y religiosas y el amor á la patria y á la justicia concurren á hacer de él el historiador de la libertad.

II

A ello contribuyó su talento: porque sus opiniones son de la misma familia que su talento.

Lo que llama la atención en él ante todo es la extraordinaria solidez de su espíritu. Prueba todo lo que dice con una fuerza y una autoridad asombrosas. Está

(1) *Ensayos críticos é históricos*, tomo I, pág. 46.

uno casi seguro de no extraviarse nunca siguiéndole. Si utiliza un testimonio, empieza por medir la veracidad y la competencia de los autores que cita, y por corregir los errores que pueden haber cometido por negligencia ó parcialidad. Si formula un juicio, se apoya en los hechos más ciertos, en los principios más claros, en las deducciones más sencillas y más lógicas. Si desenvuelve un razonamiento, jamás se pierde en una digresión; tiene siempre el objeto delante de los ojos, y se dirige á él por el camino más seguro y más recto. Si se eleva á consideraciones generales, sube paso á paso todos los grados de la generalización, sin omitir uno solo; sondea el terreno á cada instante; no añade ni quita nada á los hechos; quiere llegar á la verdad exacta al precio de todas las precauciones é investigaciones. Sabe infinidad de pormenores de toda especie; posee grandísimo número de ideas filosóficas y de todos linajes, pero su erudición es de tan buena ley como su filosofía, y una y otra constituyen una moneda digna de ser aceptada por todos los espíritus que piensan. Se ve que no cree nada sin razón; que, si se pusiese en tela de juicio alguno de los hechos que anticipa ó alguna de las ideas que sugiere, se vería llegar al instante una multitud de documentos auténticos y una apiñada legión de argumentos convincentes. En Francia y en Alemania estamos demasiado acostumbrados á recibir hipótesis con el nombre de leyes históricas, y anécdotas dudosas con el nombre de sucesos comprobados. Vemos con harta frecuencia fundarse sistemas enteros de la noche á la mañana, á medida del capricho de un escritor: especies de castillos fantásticos cuya disposición regular simula la apariencia de los verdaderos edificios, y que se deshacen de un soplo, al intentar tocarlos. Todos hemos fabri-

cado teorías, discutiendo al amor de la lumbre, cuando, faltos de razones en abono de nuestra causa, necesitamos echar mano de un argumento postizo, bien así como esos generales chinos, que para asustar al enemigo colocan entre sus tropas monstruos formidables de cartón pintado. Hemos juzgado á los hombres al vuelo, por la impresión del instante, por un hecho suelto, por un documento aislado, y los hemos dotado de vicios ó de virtudes, de sandez ó de genio, sin contrapesar por la lógica ni por la crítica las decisiones aventuradas á que nos arrastraba nuestra precipitación. Así es que se experimenta una satisfacción profunda y una especie de paz interior, al dejar á un lado tantas doctrinas aderezadas al minuto en nuestras revistas ó en nuestros libros, para seguir la marcha segura de un guía tan penetrante, tan reflexivo, tan instruido, tan capaz de dirigirnos bien. Se comprende por qué los ingleses acusan de ligeros á los franceses, y de quiméricos á los alemanes. Macaulay aplica á las ciencias morales ese espíritu de circunspección, esa necesidad de certidumbre y ese instinto de la verdad que forman el sentido práctico, y que desde Bacon constituyen en las ciencias el mérito y el poder de su nación. Si con ello pierden el arte y la belleza, ganan la verdad y la certidumbre; y, por ejemplo, nadie se atreve á tomarle en cuenta el haber insertado la demostración siguiente en la vida de Addison:

«Pope quería refundir su poema sobre el *Rizo robado*. Addison procuró disuadirle, y Pope declaró más adelante que aquel consejo insidioso le hizo adivinar por primera vez la deslealtad del que le había dado. Hoy no puede caber duda de que el plan de Pope era muy ingenioso y de que le ejecutó con una habilidad

y un éxito grandísimos. Pero ¿se desprende de aquí necesariamente que fuese malo el consejo de Addison? Y, caso de ser malo, ¿se desprende necesariamente que le diese con malas intenciones? Supongamos que un amigo nos pregunta si le aconsejamos que arriesgue toda su fortuna en una lotería donde no tiene más que una probabilidad en pro contra diez en contra; haríamos cuanto estuviese en nuestra mano por impedirle jugar semejante albur. Aunque tuviese la suerte de ganar el premio de treinta mil guineas, no pasaríamos por que fuese malo nuestro consejo, y nos parecería, á buen seguro, el colmo de la injusticia si el amigo nos acusara de haber procedido aviesamente. Nosotros creemos que el consejo de Addison era un buen consejo. Tenía en su apoyo un sólido principio, fruto de una larga y vasta experiencia. Indudablemente, la regla general es que, cuando una obra de imaginación ha salido bien, no debe refundirse. En este instante no podemos recordar un solo caso en que se haya infringido con fortuna esa regla, salvo el caso del *Rizo*. Tasso refundió su *Jerusalén*. Akenside refundió sus *Placeres de la imaginación* y su *Epístola á Curión*; el mismo Pope, animado sin duda por el éxito con que había retocado el *Rizo*, hizo la misma prueba con la *Dunciada*. Todos esos ensayos fracasaron. ¿Quién podía prever que Pope sería capaz de hacer, una vez en su vida, lo que él mismo no pudo hacer una segunda, y lo que nunca ha hecho ningún otro?

»El consejo de Addison era bueno. Pero, aunque hubiese sido malo, ¿por qué habríamos de reputarlo desleal? Walter Scott nos dice que uno de sus mejores amigos pronosticaba un fracaso para su *Waverley*. Herder instó á Goethe á no tomar un asunto tan desfavorable como *Fausto*. Hume quiso disuadir á Robert-

son de escribir la *Historia de Carlos Quinto*. Más aún: Pope mismo era de los que predecían que *Catón* no prosperaría nunca en las tablas, y exhortó á Addison á imprimirle sin aventurar una representación. Pero Walter Scott, Goethe, Robertson y Addison tuvieron la cordura y la generosidad de atribuir á sus consejeros intenciones puras. Pope no tenía un corazón como el de ellos (1).»

¿Qué opina el lector de ese dilema y de esa doble serie de inducciones? La demostración no sería más detenida y rigurosa si se tratase de probar una ley de física.

Acrecienta ese arte de demostrar el arte de exponer. Macaulay lleva la luz á los espíritus distraídos, como lleva la convicción á los espíritus rebeldes; hace ver de igual modo que hace creer, y difunde tanta evidencia sobre las cuestiones oscuras como certidumbre sobre los puntos dudosos. Es imposible no comprenderle; aborda el asunto por todos lados, le da vueltas en todos sentidos, parece que se ocupa de todos los espectadores, y procura hacerse entender de cada uno en particular; calcula el alcance de cada inteligencia, y busca la forma de exposición conveniente para cada cual; nos coge á todos de la mano, y nos lleva por turno al fin que se ha propuesto. Parte de los datos más sencillos, descendiendo á nuestro nivel, se pone al igual con nuestro espíritu, nos ahorra la molestia del más ligero esfuerzo; luego nos conduce, allanándonos siempre el camino; nosotros subimos poco á poco sin darnos cuenta de la pendiente, y al fin nos encontramos en lo alto, después de haber andado tan cómodamente como por una llanura. Cuando es oscura la ma-

(1) *Ensayos críticos é históricos*, tomo v, pág. 144.

teria, no se contenta con una primera explicación, sino que da una segunda y una tercera; proyecta la luz profusamente, la trae de todos lados, va á buscarla á todas las partes de la historia, y lo maravilloso es que jamás es difuso. Al leerle, se siente uno en su elemento: ve que ha nacido para comprender, se extraña de haber tomado tanto tiempo la media luz por la luz, goza en ver salir y brotar á oleadas aquella copiosa claridad. Estilo exacto, antítesis de ideas, construcciones simétricas, párrafos opuestos con arte, resúmenes enérgicos, enlace ordenado de los pensamientos, comparaciones frecuentes: no hay una página donde no brillen el don y la necesidad de explicar que caracterizan al orador. Era miembro del Parlamento, y, según se dice, hablaba tan bien que se le escuchaba sólo por el gusto de oírle. El hábito de la tribuna es quizá la causa de esa incomparable lucidez. Para convencer á una gran asamblea, hay que dirigirse á todos sus miembros; para conservar la atención de hombres distraídos y fatigados, hay que ahorrarles toda fatiga; es menester que comprendan de sobra para que comprendan lo suficiente. Hablar en público es vulgarizar las ideas, es sacar la verdad de las alturas en que habita con algunos pensadores para hacerla descender en medio de la multitud, es ponerla al nivel de los espíritus comunes que, sin esa intervención, jamás la hubiesen divisado más que de lejos y muy por encima de ellos. Así, cuando los grandes oradores se deciden á escribir, son los escritores de más pujanza; tornan popular la filosofía; hacen subir un grado á todos los espíritus, y parecen agrandar la inteligencia del género humano. En manos de Cicerón pierden sus espinas los dogmas de los estoicos y la dialéctica de los académicos. Los sutiles razonamientos de los griegos truécense en cosa llana

y fácil; los difíciles problemas de la providencia, de la inmortalidad y del supremo bien pasan al dominio público. Los senadores, hombres de negocios, los jurisconsultos, pagados de las formas y actuaciones, las obtusas y estrechas inteligencias de los publicanos, comprenden las deducciones de Crisipo; y el libro *De los deberes* ha vulgarizado la moral de Panecio. Hoy M. Thiers, en sus dos grandes historias, ha puesto al alcance de todo el mundo las cuestiones más embrolladas de estrategia y de hacienda; si quisiese explicar un curso de economía política al mozo de la esquina, tengo por seguro que se haría entender; y alumnos de «segunda» han podido leer la *Historia de la civilización* de M. Guizot.

Cuando, juntamente con la facultad de probar y explicar, se siente el deseo de hacerlo, se llega á la vehemencia. Todos esos múltiples y rigurosos razonamientos dirigidos á un mismo fin, esos embates repetidos de lógica que á cada momento, y uno tras otro, vienen á quebrantar al adversario, comunican al estilo calor y pasión. Rara vez hubo elocuencia más avasalladora. Macaulay posee el soplo oratorio, todas sus frases tienen un acento; se ve que quiere dirigir los espíritus, que le irrita la oposición, que combate disertando. En sus libros, la discusión arrebatada y arrastra siempre á los lectores; avanza con movimiento igual, con fuerza creciente, en línea recta, al modo de esos grandes ríos de América, tan impetuosos como un torrente y tan anchos como un mar. Esa exuberancia del pensamiento y del estilo, esa multitud de explicaciones, de ideas y de hechos, esa enorme mole de ciencia histórica rueda, precipitada por la pasión interior, arrollando á su paso las objeciones, y aumentando el ímpetu de la elocuencia con la fuerza

irresistible de su masa y de su peso. Puede decirse que la historia de Jacobo II es un discurso en dos volúmenes, pronunciado de un aliento, sin flaquear nunca la voz. Se ve empezar, crecer y extenderse la opresión y el descontento; se ve á los partidarios de Jacobo abandonarle uno á uno; se ve nacer, afirmarse y consolidarse en todos los corazones la idea de la revolución; se ven marchar los preparativos, acercarse el acontecimiento, hacerse inminente, y luego desplomarse de pronto sobre el ciego é injusto monarca, y barrer su trono y su linaje con la violencia de una tempestad prevista y fatal. La verdadera elocuencia es la que completa así el razonamiento con la emoción; la que reproduce, merced á la unidad de la pasión, la unidad de los sucesos; la que repite el movimiento y el encadenamiento de los hechos á favor del movimiento y el encadenamiento de las ideas. Es la verdadera imitación de la naturaleza; es más completa que el puro análisis; reanima los seres; su fuego y su vehemencia forman parte de la ciencia y de la verdad. Trate la cuestión que quiera—economía política, moral, filosofía, literatura, historia—Macaulay se apasiona siempre por su asunto. La corriente que arrastra las cosas excita en él, en cuanto la descubre, una corriente que arrastra su pensamiento. No expone su opinión; la defiende. Tiene ese tono enérgico, sostenido y vibrante que hacer cejar las oposiciones y conquista las creencias. Su pensamiento es una fuerza activa, se impone al oyente, se presenta con tal ascendiente, con tan gran cortejo de pruebas, con una autoridad tan palmaria y tan legítima, con bríos tan poderosos, que nadie sueña en resistir: domina el corazón con su vehemencia, al par que con su evidencia domina la razón.

Todos esos dones son comunes á los oradores: se encuentran, en proporciones y grados diferentes, en hombres como Cicerón y Tito Livio, como Bourdaloue y Bossuet, como Fox y Burke. Esos bellos y poderosos espíritus forman una familia natural, y los unos, como los otros, tienen por principal distintivo el hábito y el arte de pasar de las ideas particulares á las ideas generales, con orden y enlace continuo, como se sube una escalera poniendo el pie alternativamente en cada peldaño. El inconveniente de este arte es el empleo del lugar común. Los hombres que le practican no pintan los objetos con precisión; caen fácilmente en la retórica vaga. Tienen á mano procesos discursivos ya hechos, á modo de escalas portátiles que se aplican de igual suerte á las dos fases contrarias de la misma cuestión y de toda cuestión. Suelen cernerse en una región media, entre frases y argumentos de abogado, con mediano conocimiento del corazón y un número respetable de ampliaciones sobre lo útil y lo justo. En Francia y en Roma, en las razas latinas, sobre todo en el siglo XVII, acostumbran á remontarse sobre la tierra, reclusándose en el dominio de las expresiones elevadas ó de las consideraciones generales, empleando el estilo de salón y de academia. No descienden hasta los hechos de pormenor, hasta los detalles comprobantes, hasta los ejemplos circunstanciados de la vida vulgar. Se inclinan más á abogar que á demostrar: Macaulay se separa de ellos en este punto. Su principio es que un hecho particular tiene más fuerza sobre el espíritu que una reflexión general. Sabe que, para dar á los hombres una idea clara y viva, es menester remitirlos á su experiencia personal. Afirma que el único medio de que comprendan una tempestad es recordarles tal tempestad que vie-

ron con sus ojos, que oyeron con sus oídos, que llena aún su memoria, y que zumba aún de rechazo en todos sus sentidos. Practica en su estilo la filosofía de Bacon y de Locke. Según él, como según ellos, el principio de toda idea es una sensación. Todo razonamiento complicado, toda concepción general tiene por único apoyo algunos hechos particulares: verdad que se aplica á toda armazón de ideas como á toda teoría científica. Bajo los largos cálculos, la fórmulas algébricas, las deducciones sutiles, los volúmenes escritos que contienen las combinaciones y las elaboraciones de los cerebros sabios, hay dos ó tres experiencias sensibles, dos ó tres hechos menudos que se os hace tocar con el dedo: la vuelta de una rueda en una máquina, la incisión que hace el escalpelo en un cuerpo vivo, la coloración imprevista de un líquido. Esos son los *specimens decisivos*. En ellos se contiene toda la sustancia de la teoría, toda la fuerza de la prueba. Allí está la verdad como la nuez en su cáscara; la discusión laboriosa é ingeniosa nada añade; no hace más que extraer la nuez. Por lo mismo, cuando se quiere probar bien, ante todo hay que presentar esos *specimens*, insistir sobre ellos, hacerlos visibles y tangibles al lector hasta donde lo consientan las palabras. Es difícil, porque las palabras no son las cosas. El único recurso del escritor es emplear palabras que pongan las cosas delante de los ojos. Para ello hay que apelar á la observación personal del lector, partir de su experiencia, comparar los objetos desconocidos que se le muestran con los objetos conocidos que ve todos los días, parangonar los acontecimientos antiguos con los acontecimientos contemporáneos. Macaulay tiene siempre delante de los ojos imaginaciones inglesas, llenas de imágenes inglesas,

es decir: por el recuerdo detallado y presente de una calle de Londres, de una bodega, de una barriada de pobres, de una tarde en Hyde-Park, de un paisaje húmedo y verde, de una casa blanca y tapizada de hierba en el campo, de un *clergyman* de corbata blanca, de un marinero con gorra de cuero. A esos recuerdos se dirige; los hace más precisos aún mediante pinturas y estadísticas; señala los colores y las cualidades; es apasionado por la exactitud: sus descripciones son dignas á la vez de un pintor y de un geógrafo: escribe como hombre que ve el objeto físico y sensible, y que al propio tiempo le clasifica y aquilata. Le veréis aplicar sus números hasta á los valores morales y literarios, asignar á una virtud, á una acción, á un libro, á un talento, su casilla y su rango en la escala, con tal claridad y tal relieve, que le parece á uno estar en un museo, no de pieles rellenas de paja, sino de animales sensibles y vivos.

Nótense, por ejemplo, estas frases con que procura sensibilizar para un público inglés los acontecimientos de la India: «En tiempo de Warren Hastings (dice), el gran negocio de un servidor de la Compañía era sacar á los indigenas cien ó doscientas mil libras esterlinas en el menos tiempo posible, á fin de volver á Inglaterra antes de que se resintiese del clima su constitución, para casarse con la hija de un par, comprar distritos venales en el Cornualles, y dar bailes en Saint-James square... Había aún un nabab de Bengala que representaba, con respecto á los dominadores ingleses de su país, el mismo papel que Augústulo con respecto á Odoacro, ó los últimos Merovingios con respecto á Carlos Martel y Pipino el Breve. Vivía en Moorshedabab, con magnífico y regio boato. Se le trataba con muestras exteriores de respeto, y su

nombre figuraba en los actos oficiales. Pero, tocante al gobierno del país, tenía menos parte que el último amanuense al servicio de la Compañía...» En cuanto á Nuncomar, el ministro indígena de la Compañía, «es difícil dar una idea de él á los que no conozcan la naturaleza humana más que por los caracteres bajo los cuales se presenta en nuestra isla; lo que el italiano es al inglés, lo que el indio es al italiano, lo que el bengalí es á los otros indios, eso era Nuncomar con respecto á los otros bengalíes. La organización física del bengalí es tan débil que raya en afeminada. Vive en un baño perpetuo de vapor. Sus ocupaciones son sedentarias; sus miembros, delicados; sus movimientos, lánguidos. Durante varios siglos le han pisoteado hombres de raza más animosa y emprendedora. El valor, el espíritu de independencia y la veracidad son prendas á que se prestan poco su constitución y su situación. Su espíritu guarda notable analogía con su cuerpo. Es débil hasta el punto de abandonarse cuando hace falta una resistencia viril; pero su flexibilidad y su tacto excitan en los hijos de climas más rudos una admiración no exenta de desdén. Todos los artificios que constituyen la defensa natural del débil son más familiares á esa raza sutil que al jonio del tiempo de Juvenal ó al judío de la Edad Media. La astucia y la perfidia son para el bengalí lo que los cuernos para el búfalo, lo que la garra para el tigre, lo que el aguijón para la abeja, lo que la belleza, según la antigua canción griega, para la mujer. Muchas promesas, disculpas melosas, tejidos de mentiras complicadas, de embrollos, de perjurios y falsedades: tales son las armas defensivas y ofensivas de los pobladores del Ganges inferior. Pero, como usureros, cambistas y procuradores redomados, no hay

quien pueda sostener la comparación con ellos...»— Esos hombres y esos asuntos eran los que iban á suministrar á Burke la más brillante materia de elocuencia; y cuando Macaulay describe el talento propio del gran orador, describe el suyo de rechazo.

«Poseía en grado supremo la magnífica facultad que permite al hombre vivir en el pasado y en el porvenir, en el mundo de lo distante y de lo imaginario. La India y sus habitantes no eran para él, como para la mayoría de los ingleses, simples nombres, abstracciones, sino un país real y hombres reales. El sol ardoroso, la extraña vegetación de cocoteros y de palmeras, el arrozal, el aljibe, los árboles enormes, más viejos que el imperio mongol, bajo los cuales se reúnen las muchedumbres de aldeanos; el techo de paja de la cabaña del campesino; los ricos arabescos de la mezquita donde ora el imán, con el rostro vuelto hacia la Meca; los tambores y las banderas; los ídolos ostentosos; el santón balanceándose en el aire; la agraciada doncella bajando los escalones del río con su cántaro en la cabeza; las caras negras, las barbas largas, las listas amarillas de los sectarios, los turbantes y los ropajes flotantes, las lanzas y las mazas de plata; los elefantes con sus pabellones de gala; el lujoso palanquín del príncipe y la cerrada litera de la dama doble: todas esas cosas eran para él como los objetos entre los cuales había pasado su vida, como los objetos que existen en el camino entre Beaconsfield y Saint-James Street. Ante los ojos de su espíritu estaba presente la India entera, desde las salas donde los suplicantes depositan oro y perfumes á los pies de los monarcas hasta el agreste marjal donde se instala el campamento de gitanos; desde los bazares poblados de un rumor de colmena con la muchedumbre de vendedo-

res y compradores hasta el junglar donde el correo solitario agita su manojo de anillos de hierro para ahuyentar á las hienas. Tenía una idea tan viva de la insurrección de Benarés como de la insurrección de lord Jorge Gordon, y de la ejecución de Nuncomar como de la ejecución del doctor Dodd. Para él, la opresión en Bengala era lo mismo que la opresión en las calles de Londres.»

Otras partes de ese talento son más peculiarmente inglesas. Macaulay tiene la mano pesada; cuando da, aplasta.

Entre nosotros, decía Béranger:

*Chez nous point,
Point de ces coups de poing
Qui font tant d'honneur à l'Angleterre.*

Y el lector francés se quedaría atónito, si oyese á un gran historiador tratar á un ilustre poeta del modo que sigue:

«En todas las obras donde Mr. Southey ha abandonado la narración y ha querido tratar cuestiones morales y políticas, su caída ha sido completa é ignominiosa. En esos casos lo único que ha salvado á sus escritos del supremo desdén y de la mayor irrisión ha sido la belleza y la pureza del lenguaje. Su inglés, lo confesamos, tiene tal atractivo para nosotros, que aunque escriba absurdos, le leemos con gusto generalmente, excepto cuando quiere ser gracioso. Jamás existió bufón más insoportable. Muy á menudo se esfuerza en ser humorista, y, sin embargo, no recordamos una sola vez en que haya conseguido ser más que afectada y petulantemente insípido. Un hombre sensato puede decir tonterías como esas al amor de la lumbre; pero que un ser humano, después de ensartar

semejantes chocarrerías, las escriba, las copie, las transmita al impresor, corrija las pruebas y las lance á la publicidad, es para abochornarnos de nuestra especie (1).»

Ya se comprende que no será más blando con los muertos que con los vivos. Por ejemplo, si se trata del arzobispo Laud:

«El castigo más severo que hubiesen podido imponerle las dos Cámaras era dejarle en libertad y enviarle á Oxford. Allí hubiera podido permanecer, torturado por su temperamento diabólico, hambriento de empicotar y descuartizar protestantes, atormentando á los «caballeros», á falta de otros, con su necedad y su acritud; haciendo genuflexiones y aspavientos en la catedral; continuando aquel diario incomparable que no miramos nunca sin que la imbecilidad de su inteligencia nos haga olvidar los vicios de su corazón; apuntando minuciosamente sus sueños, contando las gotas de sangre que echaba por la nariz, espiondo la dirección en que caía la sal y escuchando los gritos del mochuelo. Una compasión desdeñosa era la única venganza que debió tomar el Parlamento de aquel moigigato viejo y ridículo (2).»

Cuando se burla, permanece serio, como casi todos los escritores de su país. El *humour* consiste en decir en tono solemne cosas extremadamente cómicas, y en conservar el estilo elevado y la frase amplia en el momento mismo en que se hace reír á todos los oyentes. Tal es el comienzo de un artículo sobre un nuevo historiador de Burleigh:

«La obra del doctor Nares (dice) nos ha causado un

(1) *Ensayos críticos é históricos*, t. I, pág. 215.

(2) *Idem id.*, t. I, pág. 165.

asombro semejante al que experimentó el capitán Lemuel Gulliver, cuando arribó por vez primera á Brobdingnag, y vió trigos tan altos como encinas, dedales tamaños como cubos, y reyezuelos como pavos. La obra y todas sus partes componentes se hallan trazadas á una escala gigantesca. El título es tan largo como un prólogo común; el prólogo llenaría un libro ordinario, y el libro contiene tanta materia como una biblioteca. No podemos resumir mejor los méritos de esa prodigiosa masa de papel sino diciendo que forma unas dos mil páginas en cuarto, de letra menuda; que ocupa en volumen mil quinientas pulgadas cúbicas, y que pesa sesenta libras bien cumplidas: Antes del diluvio, tal libro hubiese parecido una lectura fácil á Hilpa y Shalum. Pero hoy desgraciadamente la vida del hombre no pasa de setenta años, y no podemos menos de mirar como una falta de consideración del doctor Nares el pedirnos una parte tan amplia de una existencia tan corta (1).»

Esa comparación, tomada de Swift, es una burla á estilo de Swift. Las matemáticas son en manos de los ingleses un excelente medio de zumba: recuérdese cómo el ingenioso deán, comparando con cifras la generosidad romana y la generosidad inglesa, anadaba á Marlborough con una suma. El *humour* emplea contra las personas hechos positivos, argumentos de comerciante, contrastes raros, tomados de la vida vulgar. Eso sorprende y desconcierta de pronto al lector; se cae bruscamente en algún detalle familiar y extrafalarario; el choque es violento, y rompe uno á reír sin gran alegría; la descarga es tan repentina y tan dura que parece un mazazo. Vaya un ejem-

(1) *Ensayos críticos é históricos*, t. II, p. 81.

plo: Macaulay refuta á los que no quieren que se impriman los autores clásicos indecorosos.

«Nos cuesta trabajo creer que, en un mundo tan lleno de tentaciones como éste, un hombre, que hubiera sido virtuoso, si no hubiese leído á Aristófanes y á Juvenal, se haga vicioso por haberlos leído. El que, expuesto á todas las influencias de un estado social como el nuestro, teme exponerse á las influencias de algunos versos griegos y latinos, se asemeja mucho al reo que pidiese permiso á los jefes para taparse con un paraguas desde la puerta de Newgate hasta la horca, porque la mañana estaba lluviosa y temia constiparse (1).»

El sarcasmo, la ironía, la burla de índole más amarga son familiares para los ingleses: desgarran, cuando arañan. El que quiera convencerse de ello, compare la maledicencia francesa, tal y como la representa Molière en el *Misántropo*, y la maledicencia inglesa, tal y como la representa Sheridan imitando á Molière y el *Misántropo*. Célimène pincha, pero no hiere; los amigos de lady Sneerwell hieren y dejan huellas sangrientas en todas las reputaciones que tocan. La burla que voy á traducir es de las más suaves de Macaulay:

«Los ministros dieron el mando á lord Galway, veterano experto, que era en la guerra lo que los doctores de Molière en medicina, que le parecía más honroso fracasar con sujeción á las reglas que salir airoso con innovaciones, y que se hubiese avergonzado de sí mismo si hubiera tomado á Montjuich por los medios singulares que empleó Peterborough. Ese gran general dirigió la campaña de 1707 de la manera más

(1) *Ensayos críticos é históricos*, t. v, p. 146.

científica. Encontró el ejército de los Borbones en la llanura de Almansa. Dispuso sus tropas con arreglo á los métodos prescritos por los mejores escritores, y en pocas horas perdió diez y ocho mil hombres, ciento veinte banderas, todo su bagaje y toda su artillería.»

Esas crudezas son tanto más rudas cuanto más noble y serio es el tono ordinario.

Hasta aquí no se ha visto más que al pensador, al sabio, al orador y al hombre de ingenio; pero en Macaulay hay además un poeta; y, aunque no se hubiesen leído sus *Cantos de la antigua Roma*, bastaría para adivinarle leer algunos de esos períodos en que la imaginación, largo tiempo refrenada por la severidad de la demostración, prorrumpe de repente en magníficas metáforas y en espléndidas comparaciones, dignas de una epopeya por su grandiosidad.

«Ariosto (dice) cuenta la historia de un hada que, por ley misteriosa de su naturaleza, estaba condenada á aparecer en ciertas épocas bajo la forma de una horrible y venenosa serpiente. Los que la maltrataban durante el período de su metamorfosis quedaban excluidos para siempre de los beneficios que prodigaba á los hombres. Pero, en cuanto á aquellos que, á pesar de su aspecto repulsivo, la tenían lástima y la protegían, se revelaba más tarde á sus ojos bajo su bella y celeste forma natural, seguía sus pasos, satisfacía todos sus deseos, colmaba sus casas de riquezas, y los hacía afortunados en amores y en la guerra. Así es esa diosa que se llama Libertad. A veces toma la forma de un odioso reptil: se arrastra, silba y muerde. Pero ¡ay de los que, llevados de aversión, intenten aplastarla! ¡Y dichosos los hombres que, habiéndose decidido á acogerla bajo su forma

degradada y espantosa, se vean al fin recompensados en los tiempos de su belleza y esplendor (1)!»

Esas generosas palabras salen del corazón; su manantial rebosa; no haya miedo que se seque, por mucho que fluya; en cuanto el escritor habla de la causa predilecta, en cuanto ve surgir ante él la Libertad, la Humanidad y la Justicia, al punto nace en su alma la poesía para ceñir su corona en las sienes de sus nobles hermanas.

«La Reforma (dice en otra parte) es un hecho consumado hace tiempo; se agotó la furia del volcán; los inmensos estragos de la erupción yacen en el olvido. Los mojones que arrolló han sido restablecidos; las casas arruinadas se han reparado. La lava cubre con una costra fecunda los campos que en otros días devastó, y, después de convertir un rico y hermoso vergel en un desierto, ha vuelto á transformar el desierto en un vergel más rico y más hermoso. La segunda erupción no ha terminado todavía. Las huellas de sus estragos persisten en torno nuestro; aún están calientes las cenizas que pisan nuestros pies. En algunas direcciones aún continúa extendiéndose ese diluvio de fuego. Con todo, la experiencia autoriza á creer con certidumbre que esa explosión, como la precedente, fertilizará el suelo devastado. Ya en las partes que más cruelmente sufrieron comienzan á elevarse en medio de la soledad opulentos cultivos y tranquilas habitaciones. Cuanto más leemos la historia de las edades pasadas y observamos los signos de nuestra época, tanto más sentimos llenarse y henchirse nuestros corazones de esperanzas lisonjeras en los futuros destinos del género humano (2).»

(1) Tomo I, pág. 40.

(2) Tomo II, pág. 92.

Al concluir este análisis, quizá debería indicar las imperfecciones que son consecuencia de esos grandes méritos; cómo á esa elocuencia viril, á esa poderosa razón, á esa ardiente dialéctica le faltan desenvoltura, gracia, donaire, variedad, sencillez, jovialidad; por qué no siempre se encuentran en ese hombre de partido, que combate desde la tribuna, el arte de escribir y la pureza clásica; en resolución: por qué un inglés no es un francés ni un ateniense. Prefiero traducir otro pasaje, cuya solemnidad y magnificencia darán alguna idea de las serias y ricas galas con que viste su relato: especie de vegetación poderosa, flores de brillante púrpura, como las que brotan á cada página del *Paraiso Perdido* ó de *Childe Harold*. Llegaba de la India Warren Hastings, y acababa de decretarse su acusación.

«El 13 de Febrero de 1788 dieron principio las sesiones del tribunal. Se han visto espectáculos más deslumbradores para los ojos, más resplandecientes de pedrerías y de paños de oro, más seductores para hombres niños; pero quizá no los hubo nunca mejor dispuestos para impresionar á un espíritu reflexivo y á una imaginación culta. Todas las clases de interés que pertenecen al pasado y al presente, á las cosas próximas y á las remotas, se juntaban en un mismo lugar y á una hora misma. Todos los talentos y todas las facultades que la libertad y la civilización desenvuelven desplegábanse en aquel momento, con todas las ventajas que podían obtener de su alianza y su contraste. Cada paso del proceso trasladaba el espíritu, ora hacia atrás, al través de varios siglos, hasta los días en que se echaron los cimientos de nuestra constitución, ora á gran distancia del espacio, por encima de los mares y de los desiertos sin límites, hasta

las bronceadas naciones que moran bajo estrellas extrañas, que adoran extraños dioses, y que escriben en extraños caracteres de derecha á izquierda. El alto tribunal del Parlamento iba á reunirse según las formas transmitidas desde los días de los Plantagenets, y á juzgar á un inglés acusado de haber ejercido la tiranía sobre el soberano de la santa ciudad de Benarés y sobre las damas de la casa regia de Oude.

»El sitio era digno de tal juicio. Era el salón de Guillermo el Rojo: el salón donde habían retumbado tantas aclamaciones al advenimiento de treinta reyes; el salón que había presenciado la justa condena de Bacon y la justa absolución de Somers; el salón donde la elocuencia de Strafford confundió é impresionó por un instante á un partido victorioso inflamado de justo resentimiento; el salón donde Carlos hizo frente al alto tribunal de justicia, con aquel valor sereno que ha redimido en parte su nombre. No faltaban al espectáculo la pompa militar ni la civil. En las inmediaciones formaban los granaderos; la caballería mantenía despejadas las calles. Heraldos, á las órdenes del rey de armas, colocaban á los pares, vestidos de oro y armiño. Los jueces, en su atavío oficial, asistían para emitir su opinión sobre las cuestiones legales. Cerca de ciento setenta lores, las tres cuartas partes de la Cámara alta, se dirigían solemnemente al tribunal desde el asiento ordinario de su asamblea. Dirigía el cortejo el más joven de los barones, Jorge Elliot, lord Heathfield, recientemente ennoblecido por su memorable defensa de Gibraltar contra las flotas y los ejércitos de Francia y España. Cerraban la larga procesión el duque de Norfolk, conde mariscal del reino, los grandes dignatarios, los hermanos é hijos del rey. En último término iba el príncipe de Gales, notable por la

belleza de su persona y por su noble porte. Los viejos muros grises estaban tapizados de escarlata; las largas galerías se hallaban atestadas de un auditorio como rara vez le hubo para excitar el temor ó la emulación de los oradores. Allí se habían congregado, de todos los puntos de un imperio vasto, libre, ilustrado y próspero, la gracia y la amabilidad femeninas, el ingenio y el saber, los representantes de toda ciencia y de todo arte. Allí estaban sentadas en torno de la reina las jóvenes princesas de la casa de Brunswick, con sus rubios cabellos; allí los embajadores de grandes reyes y de grandes repúblicas contemplaban con admiración un espectáculo que ningún otro país podía ofrecerles. Allí Siddons, en la flor de su majestuosa belleza, miraba con emoción una escena que superaba á todas las imitaciones del teatro. Allí el historiador del Imperio romano pensaba en los días en que Cicerón defendía la causa de Sicilia contra Verres, y en que Tácito tronaba contra el opresor de Africa, ante un Senado que conservaba todavía alguna apariencia de libertad. Allí se veía sentados, uno junto á otro, al más gran pintor y al más gran erudito de la época. Aquel espectáculo impulsó á Reynold á dejar el caballete que nos ha conservado las frentes pensativas de tantos escritores y hombres de Estado, y las dulces sonrisas de tantas nobles damas. Aquel espectáculo indujo á Parr á suspender sus tareas en aquella sombría y profunda mina de donde había extraído tan vasto tesoro de erudición, tesoro sepultado á veces en la tierra, á veces exhibido ostentosamente, sin criterio y sin gusto, pero, sin embargo, precioso, macizo y espléndido. Allí lucían los voluptuosos atractivos de aquella á quien secretamente había jurado fe el heredero del trono; allí estaba también aquella hermosa madre de un linaje

tan hermoso, la santa Cecilia, cuyas facciones delicadas, iluminadas por el amor y la música, han sido sustraídas por el arte á la común destrucción; allí estaban los miembros de aquella brillante tertulia que criticaba y discretaba bajo los ricos tapices de plumas de pavo real que adornaban la mansión de mistress Montague; allí, en fin, en torno de Georgiana, duquesa de Devonshire, brillaban aquellas damas cuyos labios, más persuasivos que los del mismo Fox, ganaron la elección de Westminster contra el palacio y la tesorería.»

Esta evocación de la historia, del esplendor y de la constitución nacional forma un cuadro de un género único. La especie de patriotismo y de poesía que revela es el resumen del talento de Macaulay, y el talento, como el cuadro, es completamente inglés.

§ 2.

Así preparado, acometió la historia de Inglaterra, eligiendo la época que más convenia á sus opiniones políticas, á su estilo, á su pasión, á su saber, al gusto de su nación y á la simpatía de Europa. Ha referido el establecimiento de la Constitución inglesa, y concentrado todo el resto de la historia alrededor de ese acontecimiento único, «el más hermoso que hubo en el mundo (1)», á los ojos de un inglés y de un político. Ha empleado en esa obra un método nuevo, de gran belleza y suma eficacia; el éxito fué extraordinario.

(1) *Sic rerum facta est pulcherrima Roma.*

Cuando apareció el segundo volumen, había pedidos ya treinta mil ejemplares. Tratemos de describir esa historia, ligándola á ese método, y ese método á ese género de espíritu.

Es una historia universal, sin ningún carácter fragmentario. Comprende toda clase de acontecimientos, y los lleva de frente. Unos han contado la historia de las razas; otros la de las clases; otros la de los gobiernos; otros la de los sentimientos, de las ideas y las costumbres. Macaulay las cuenta todas: «Cumpliría muy imperfectamente la tarea que he emprendido, si no hablase más que de batallas y sitios, de la subida y caída de los gobiernos, de las intrigas pelaciagas y de los debates parlamentarios. Me esforzaré en narrar, así la historia del pueblo como la del gobierno; en señalar los progresos de las bellas artes y de las artes útiles; en describir la formación de las sectas religiosas y las variaciones del gusto literario; en pintar las costumbres de las generaciones sucesivas, sin omitir ni aun las revoluciones que han transformado los trajes, los mobiliarios, las comidas y las diversiones públicas. Soportaré con gusto la censura de haber descendido por debajo de la dignidad de la historia, si logro poner ante los ojos de los ingleses del siglo XIX un cuadro verdadero de la vida de sus antepasados (1).» Ha cumplido su palabra: nada ha segregado ni omitido. Con la narración se mezclan los retratos. Veis los de Danby, de Nottingham, de Shrewsbury y de Howe, en la historia de una sesión, entre dos decisiones del Parlamento. Anécdotas curiosas, pormenores domésticos, la descripción de un mobiliario, cortan, sin romperla, la exposición de una gue-

(1) *Historia de Inglaterra*, t. 1, pág. 3: ed. Tauchnitz.

tan hermoso, la santa Cecilia, cuyas facciones delicadas, iluminadas por el amor y la música, han sido sustraídas por el arte á la común destrucción; allí estaban los miembros de aquella brillante tertulia que criticaba y discretaba bajo los ricos tapices de plumas de pavo real que adornaban la mansión de mistress Montague; allí, en fin, en torno de Georgiana, duquesa de Devonshire, brillaban aquellas damas cuyos labios, más persuasivos que los del mismo Fox, ganaron la elección de Westminster contra el palacio y la tesorería.»

Esta evocación de la historia, del esplendor y de la constitución nacional forma un cuadro de un género único. La especie de patriotismo y de poesía que revela es el resumen del talento de Macaulay, y el talento, como el cuadro, es completamente inglés.

§ 2.

Así preparado, acometió la historia de Inglaterra, eligiendo la época que más convenia á sus opiniones políticas, á su estilo, á su pasión, á su saber, al gusto de su nación y á la simpatía de Europa. Ha referido el establecimiento de la Constitución inglesa, y concentrado todo el resto de la historia alrededor de ese acontecimiento único, «el más hermoso que hubo en el mundo (1)», á los ojos de un inglés y de un político. Ha empleado en esa obra un método nuevo, de gran belleza y suma eficacia; el éxito fué extraordinario.

(1) *Sic rerum facta est pulcherrima Roma.*

Cuando apareció el segundo volumen, había pedidos ya treinta mil ejemplares. Tratemos de describir esa historia, ligándola á ese método, y ese método á ese género de espíritu.

Es una historia universal, sin ningún carácter fragmentario. Comprende toda clase de acontecimientos, y los lleva de frente. Unos han contado la historia de las razas; otros la de las clases; otros la de los gobiernos; otros la de los sentimientos, de las ideas y las costumbres. Macaulay las cuenta todas: «Cumpliría muy imperfectamente la tarea que he emprendido, si no hablase más que de batallas y sitios, de la subida y caída de los gobiernos, de las intrigas pelaciagas y de los debates parlamentarios. Me esforzaré en narrar, así la historia del pueblo como la del gobierno; en señalar los progresos de las bellas artes y de las artes útiles; en describir la formación de las sectas religiosas y las variaciones del gusto literario; en pintar las costumbres de las generaciones sucesivas, sin omitir ni aun las revoluciones que han transformado los trajes, los mobiliarios, las comidas y las diversiones públicas. Soportaré con gusto la censura de haber descendido por debajo de la dignidad de la historia, si logro poner ante los ojos de los ingleses del siglo XIX un cuadro verdadero de la vida de sus antepasados (1).» Ha cumplido su palabra: nada ha segregado ni omitido. Con la narración se mezclan los retratos. Veis los de Danby, de Nottingham, de Shrewsbury y de Howe, en la historia de una sesión, entre dos decisiones del Parlamento. Anécdotas curiosas, pormenores domésticos, la descripción de un mobiliario, cortan, sin romperla, la exposición de una gue-

(1) *Historia de Inglaterra*, t. 1, pág. 3: ed. Tauchnitz.

rra. Dejando la narración de los grandes sucesos, se ven con gusto las aficiones holandesas del rey Guillermo, el museo chino, las grutas, los laberintos, las pajareras, los estanques, los jardines geométricos con que afeaba á Hampton-Court. Al relato de una batalla precede ó sigue una disertación política; otras veces el autor se hace *turista* ó psicólogo antes de hacerse político ó táctico. Describe las montañas de Escocia, semi-papistas y semi-paganas; los videntes envueltos en una piel de buey, aguardando la hora de la inspiración; hombres bautizados ofreciendo libaciones de leche y de cerveza á los demonios del lugar; las mujeres embarazadas y las mozas de diez y ocho años labrando un mísero campo de avena, mientras sus maridos ó sus padres, hombres atléticos, se calientan al sol; los salteamientos y salvajismos, mirados como grandes acciones; la gente asesinada por la espalda ó quemada viva; las comidas repugnantes, la avena de caballo y las tortas de sangre de vaca viva, ofrecidas á los huéspedes por cortesía y agasajo; las chozas infectas, donde las personas se acostaban en medio del fango, y se despertaban medio asfixiadas, medio ciegas y medio leprosas. Poco después se detiene para consignar un cambio del gusto público: el horror que se experimentaba entonces por esas guaridas de facinerosos, por ese país de breñas agrestes y estériles landas, y la admiración que hoy se siente por esa patria de guerreros heroicos, por ese país de grandiosas montañas, de hervorosas cascadas y pintorescos desfiladeros. Ve las causas de esa revolución moral en los progresos del bienestar físico, y opina que, si alabamos las montañas y la vida salvaje, es porque estamos saciados de seguridad. Es alternativamente economista, literato, publicista, artista, historiador, bió-

grafo, y hasta filósofo. Con esa diversidad de papeles iguala á la diversidad de la vida humana, y presenta á los ojos, al corazón, á la mente, á todas las facultades del hombre, la historia completa de la civilización de su país.

Otros, como Hume, han procurado ó procuran hacerlo. Ponen aquí las cuestiones religiosas, un poco más allá los sucesos políticos, después detalles literarios, y al fin consideraciones generales sobre los cambios de la sociedad y del gobierno, creyendo que una colección de historias es la historia, y que miembros yuxtapuestos son un cuerpo. Macaulay no lo ha creído, y ha hecho bien. Aunque inglés, tiene el espíritu de la síntesis. La multitud de hechos que él acumula forman, no un total, sino un todo. Explicaciones, relatos, disertaciones, anécdotas, pinturas, comparaciones, alusiones á los acontecimientos modernos, todo se enlaza en su libro. Es que todo se enlaza en su inteligencia. Tiene una intuición vivísima de las causas, y las causas son las que ligan los hechos. Por ellas se juntan los acontecimientos dispersos en un acontecimiento único; ellas los unen, porque ellas los producen, y el historiador que las indaga todas no puede menos de descubrir ó comprender la unidad que resulta de su acción. Leed, por ejemplo, el viaje del rey Jacobo á Irlanda: no hay pintura más interesante; pero ¿es sólo una pintura interesante? Al llegar á Cork no encuentra caballos que le lleven. El país es un desierto. No hay industria, no hay cultivo, no hay civilización, desde que se expulsó, robó y mató á los colonos ingleses y protestantes. Le reciben entre dos hileras de facinerosos medio desnudos, armados de cuchillos y de palos; los cascotes de su caballo pisan, á guisa de alfombra, capotes de lienzo basto, como los

que llevan los vagabundos y los pastores. Le ofrecen guirnalda de tronchos de coles, á manera de coronas de laurel. En un extenso distrito no se encuentra en junto más que dos carros. El palacio del *lord lieutenant* está tan mal construido, que la lluvia anega las habitaciones. Van á Ulster, y los oficiales franceses creen «viajar por las soledades de Arabia». El conde de Avaux escribe á su corte que, para encontrar un haz de heno, hay que correr cinco ó seis millas. En Charlemont, con gran trabajo, y como muestra de gran favor, proporcionan á la embajada francesa un saco de harina de avena. Los oficiales superiores se acuestan en cubiles que les hubiesen parecido demasiado sucios para sus perros. Los soldados irlandeses son merodeadores semisalvajes, que no saben más que gritar, degollar y desbandarse. Mal alimentados de patatas y leche agria, se abalanzan famélicos sobre los grandes rebaños de los protestantes. Desgarran á mordiscos la carne de los bueyes y de los carneros, y se la tragan chorreando sangre y medio podrida. A falta de calderas, la cuecen en la piel. Cuando llega la cuaresma, dejan de engullir la carne, pero no de matar los animales. Un campesino sacrifica una vaca para hacerse un par de zapatos. A veces una partida degüella de golpe cincuenta ó sesenta reses, se lleva las pieles y deja los cuerpos envenenando el aire. Según el embajador de Francia, en seis semanas se mataron cincuenta mil reses vacunas, que se pudrieron en el suelo. De carneros y ovejas se calcularon en trescientos ó cuatrocientos mil el número de los degollados. ¿No se ve de antemano el éxito de la revuelta? ¿Qué esperar de aquellos siervos glotones, estúpidos y salvajes? ¿Que podría sacarse de un país devastado y poblado de devastadores? ¿A qué disciplina se podría

someter á aquellos merodeadores y carniceros? ¿Qué resistencia harán en el Boyne, cuando vean á los agueridos regimientos de Guillermo, á los furiosos escuadrones de los refugiados franceses, á los irritados é insultados protestantes de Londonderry y de Enniskillen, lanzarse al río y correr blandiendo la espada contra sus mosquetes? Huirán, con el rey á la cabeza; y las minuciosas anécdotas diseminadas en el relato de las recepciones, de los viajes y de las ceremonias habrán anunciado la victoria de los protestantes. Así se enlaza la historia de las costumbres con la historia de los acontecimientos; las unas causan los otros, y la descripción explica el relato.

No basta ver causas; hay que ver muchas. Todo suceso tiene una multitud. Para comprender la acción de Marlborough ó de Jacobo, ¿me basta recordar una disposición ó cualidad que la explica? No, porque, como tiene por causa toda una situación y todo un carácter, es menester que yo vea, de una sola ojeada y en compendio, todo el carácter y toda la situación que la han producido. El genio concentra. Se mide por el número de recuerdos y de ideas que reúne en un solo punto. El que reúne Macaulay es enorme. Yo no sé de historiador que tenga una memoria más segura, ni mejor surtida y ordenada. Cuando cuenta las acciones de un hombre ó de un partido, vuelve á ver, en un minuto, todos los sucesos de su historia y todas las máximas de su conducta; tiene presentes todos los detalles; á cada momento acuden á él profusamente. No ha olvidado nada; los recorre de un modo tan fácil, tan completo y tan seguro, como el día en que los enumeró y escribió. Nadie ha enseñado ni sabido tan bien la historia. Está tan penetrado de ella como sus personajes. El whig ó el tory vehemente, experto, ave-

zados á los negocios, que se levantaba y agitaba la Cámara, no tenía argumentos más numerosos, más oportunos, más precisos. No conocía mejor el fuerte y el flaco de su causa; no estaba más familiarizado con las intrigas, los rencores, las variaciones de los partidos, las vicisitudes de la lucha, los intereses de los particulares y del público. Los grandes novelistas penetran en el alma de sus personajes; toman sus sentimientos, sus ideas, su lenguaje; parece que Balzac ha sido comisionista, portera, meretriz, solterona, poeta, y que ha empleado su vida en ser cada uno de esos personajes: su ser es múltiple, y su nombre legión. Con un talento diferente, Macaulay tiene el mismo poder. Abogado incomparable, defiende un número infinito de causas, y posee cada una de esas causas tan plenamente como su cliente. Tiene respuestas para todas las objeciones, aclaraciones para todos los puntos oscuros, razones para todos los tribunales. Está preparado á cada momento, y en todas las partes de su causa.

Parece que ha sido whig, tory, puritano, miembro del consejo privado, embajador. No es poeta como M. Michelet; no es filósofo como M. Guizot; pero de tal suerte posee todas las facultades oratorias, acumula y ordena tantos hechos, los tiene tan firmemente en su mano, los maneja con tanta soltura y vigor, que logra recomponer la trama entera y continua de la historia, sin omitir un hilo ni separar los hilos. El poeta reanima los seres muertos; el filósofo formula las leyes creadoras; el orador conoce, expone y defiende causas. El poeta resucita almas; el filósofo ordena un sistema; el orador rehace cadenas de razones; pero los tres van al mismo fin por caminos diferentes, y el orador, como sus rivales, aunque por otros me-

dios que sus rivales, reproduce en su obra la unidad y la complejidad de la vida.

Un segundo carácter de esa historia es la claridad. Es popular; nadie explica mejor ni explica tanto como Macaulay. No parece sino que hace una apuesta con el lector, y que le dice: «Puedes ser todo lo distraído, todo lo torpe y todo lo ignorante que quieras. Por distraído que estés, has de escuchar; por torpe que andes, has de entender; por ignorante que seas, has de aprender. Repetiré la misma idea bajo tantas formas, la haré sensible con ejemplos tan familiares y tan precisos, la anunciaré tan claramente al comienzo, la resumiré tan cuidadosamente al fin, seguiré tan exactamente el orden de las ideas, demostraré tan gran deseo de ilustrarte y convencerte, que no podrás menos de quedar ilustrado y convencido.» De seguro pensaba así, cuando preparaba este pasaje sobre la ley que por vez primera concedió á los disidentes el ejercicio de su culto.

«De todas las leyes emanadas de un Parlamento, el Acta de Tolerancia es quizá la que mejor denuncia los vicios particulares y la excelencia particular de la legislación inglesa. La ciencia de la política se asemeja en ciertos sentidos á la ciencia de la mecánica. El matemático puede demostrar fácilmente que cierta fuerza, aplicada por medio de cierta palanca ó de cierto sistema de poleas, bastará para elevar cierto peso. Pero su demostración parte de la hipótesis de que la máquina es tal que ninguna carga la hará doblarse ni romperse. Si el mecánico que debe levantar una gran mole de granito por medio de maderos reales y de cuerdas reales, se fiase sin reservas de la proposición que lee en los tratados de dinámica, sin tener en cuenta la imperfección de sus materiales, todo su

aparato de palancas, de ruedas y de cuerdas se desplomaría bien pronto, y, con toda su ciencia geométrica, se le juzgaría muy inferior en el arte de construir á aquellos bárbaros embadurnados de ocre que, sin haber oído hablar jamás del paralelogramo de las fuerzas, supieron apilar las piedras de Stonehenge. Lo que el mecánico es al matemático, lo es el hombre de Estado práctico al hombre de Estado especulativo. Muy importante es, sin duda, que los legisladores y los administradores sean versados en la filosofía del gobierno, bien así como es muy importante que el arquitecto que ha de poner un obelisco sobre su pedestal ó suspender un puente tubular sobre la desembocadura de un río, se halle versado en la filosofía del equilibrio y del movimiento. Pero, así como el que quiere construir efectivamente debe tener en cuenta muchas cosas que jamás fueron apuntadas por D'Alembert ni Euler, así el que quiere gobernar efectivamente debe guiarse de continuo por consideraciones de que no se encontrará el menor vestigio en las obras de Adam Smith y de Jeremías Bentham. El perfecto legislador es un intermediario exacto entre el hombre de pura teoría, que no ve nada más que principios generales, y el hombre de pura práctica, que no ve nada más que circunstancias particulares. El mundo, durante estos ochenta últimos años, ha sido notablemente fecundo en legisladores, en quienes predominaba el elemento especulativo con exclusión del elemento práctico. A su sabiduría han debido Europa y América docenas de Constituciones abortadas, Constituciones que han vivido lo estrictamente necesario para hacer un mísero ruido, y que han perecido en medio de convulsiones. Pero en la legislatura inglesa ha predominado siempre el elemento práctico, y predomi-

nado con exceso, más de una vez, sobre el elemento especulativo. No preocuparse nada de la simetría, y preocuparse mucho de la utilidad; no suprimir nunca una anomalía, sólo porque es una anomalía; no innovar nunca sino cuando se deja sentir algún inconveniente, y no innovar entonces sino lo indispensable para suprimir el inconveniente; no establecer nunca una proposición más amplia que el caso particular que se remedia: tales son las reglas que desde la época de Juan hasta la época de Victoria han presidido generalmente á las deliberaciones de nuestros doscientos cincuenta Parlamentos (1).»

¿Es aún oscura ó dudosa la idea? ¿Necesita aún de pruebas ó ilustraciones? ¿Se quiere algo más? Vosotros decís que no; Macaulay dice que sí. Después de la explicación general viene la explicación particular; después de la teoría, la aplicación; después de la demostración teórica, la demostración práctica. Vosotros queríais deteneros; él prosigue:

«El Acta de Tolerancia se acerca mucho al ideal de una gran ley inglesa. Para un jurista versado en la teoría de la legislación, pero que no conociese á fondo las disposiciones de los partidos y de las sectas en que Inglaterra se hallaba dividida en el tiempo de la Revolución, ese acta no sería más que un caos de absurdos y de contradicciones. No resiste el examen, si se juzga según principios generales sólidos. Más aún: no resiste el examen, si se juzga con arreglo á un principio, sólido ó no. El principio sólido es evidentemente que el simple error teológico no debe ser castigado por el magistrado civil. El Acta de Tolerancia, no sólo no reconoce, sino que rechaza positivamente ese princi-

(1) *Historia de Inglaterra*, tomo iv, pág. 84.

pio. No se deroga ni una sola de las leyes crueles promulgadas contra los no conformistas por los Tudores y Estuardos. La persecución continúa siendo la regla general; la tolerancia es la excepción. No es eso todo. La libertad concedida á la conciencia se le concede de la manera más caprichosa. Un cuáquero, que hace una declaración de fe en términos generales, obtiene el pleno beneficio del acta, sin suscribir uno solo de los treinta y nueve artículos; un ministro independiente, que está dispuesto á hacer la declaración pedida al cuáquero, pero que tiene dudas sobre seis ó siete artículos, queda bajo el peso de las leyes penales. Howe está expuesto á castigos, si predica antes de haber declarado solemnemente que se adhiere á la doctrina anglicana tocante á la Eucaristía. Penn, que rechaza en absoluto la Eucaristía, obtiene completa libertad de predicar sin hacer declaración de ninguna índole sobre ese punto.

»He ahí algunos de los defectos que no pueden menos de saltar á la vista de toda persona que examine el Acta de Tolerancia según las leyes de la razón comunes á todos los países y á todas las edades. Pero esos defectos parecerán quizá méritos, si se atiende á las pasiones y á los prejuicios de aquellos para quienes se compuso el Acta de Tolerancia. Esa ley, llena de contradicciones que puede descubrir el último estudiante de filosofía política, hizo lo que no hubiese podido hacer una ley compuesta con toda la ciencia de los más grandes maestros de filosofía política. Que los artículos resumidos hace poco son embarazosos, pueriles, incompatibles entre sí, ó incompatibles con la verdadera teoría de la libertad religiosa, cualquiera puede reconocerlo. Todo lo que cabe decir en su defensa es que han suprimido una gran masa de males sin chocar

con una gran masa de prejuicios; que, de un solo golpe, y para siempre, sin la menor división en ninguna de las dos Cámaras, sin un solo motín en las calles, sin casi un solo murmullo, ni aun en las clases más profundamente impregnadas de fanatismo, pusieron término á una persecución que se había desencadenado durante cuatro generaciones, que había desgarrado un número infinito de corazones, que había desolado un número infinito de hogares, que había llenado las prisiones de hombres de que no era digno el mundo, que había expulsado millares de esos labradores y de esos artesanos honrados, activos, religiosos, que son la verdadera fuerza de las naciones, y los había obligado á buscar un refugio más allá del Océano entre los *wigwams* de los indios rojos y las guaridas de las panteras. Tal defensa quizá parezca débil á teóricos estrechos. Pero probablemente la juzgarán completa los hombres de Estado (1).»

Por mi parte, lo que juzgo completo aquí es el arte de exponer. Esas antítesis de ideas sostenidas por antítesis de palabras, esas frases simétricas, esas expresiones repetidas deliberadamente para atraer la atención, ese modo de apurar la prueba, ponen de manifiesto el talento de abogado y de orador que reconocíamos hace poco en el arte de defender todas las causas, de poseer un número infinito de recursos, de poseerlos todos y siempre en cada incidente del proceso. Lo que acaba de manifestar este género de espíritu son las faltas á que le arrastra su talento. A fuerza de desenvolver, alarga. Sus explicaciones son más de una vez lugares comunes. Prueba lo que todo el mundo concede. Aclara lo que es claro. Tal pasaje sobre la necesi-

(1) *Historia de Inglaterra*, tomo iv, pág. 86.

dad de las reacciones parece la amplificación de un buen alumno. Tal otro, excelente y nuevo, no puede leerse con gusto más de una vez. A la segunda parece demasiado evidente; se ha visto todo desde el primer momento, y se aburre uno. He omitido un tercio del pasaje sobre el Acta de Tolerancia, y los espíritus vivos dirán que hubiese debido omitir otro tercio.

La última característica de esa historia, la más singular, la menos inglesa, es que es interesante. Macaulay ha escrito cinco volúmenes de Ensayos en la *Revista de Edimburgo*; y todo el mundo sabe que el primer mérito de un *reviewer* ó de un periodista es hacerse leer. Un recio volumen tiene el derecho de molestar; para algo es recio; su tamaño reclama anticipadamente la atención del que le abre. La sólida encuadernación, el índice simétrico, el prólogo, los capítulos sustanciales alineados como soldados en batalla, todo os ordena coger un sillón, embutiros en una bata, arrimar los pies al fuego y estudiar; es lo menos que debéis al hombre grave que se presenta á vosotros armado de seiscientas páginas de texto y de tres años de reflexión. Pero un periódico que se recorre en un café, una revista que se hojea en un salón por la noche, antes de sentarse á la mesa, necesitan atraer los ojos, vencer la distracción, conquistar á sus lectores. Macaulay se hizo á esa necesidad en tal ejercicio, y ha conservado en la historia los hábitos que adquirió en los periódicos. Emplea todos los medios de conservar la atención, buenos ó discutibles, dignos ó indignos de un gran talento; entre otros, la alusión á las circunstancias actuales. Sabida es la frase del director de una revista á quien Pierre Leroux proponía un artículo sobre Dios. «¡Dios! ¡eso no es de actualidad!» Macaulay aprovecha esa lección. Si nombra un regi-

miento, indica en algunas líneas las acciones de brillo en que ha tomado parte desde su institución hasta nuestros días; y caten Vds. á los oficiales de ese regimiento, acampado en Crimea, en Malta ó en Calcuta, obligados á leer su historia. Cuenta la recepción de Schomberg por la Cámara. ¿A quién le interesa Schomberg? Pero el autor añade al punto que, cien años más tarde, Wellington fué recibido en semejantes circunstancias con un ceremonial copiado del primero y ¿qué inglés no se interesa por Wellington?—Refiere el sitio de Londonderry; designa el lugar que ocupan los antiguos baluartes en la ciudad moderna, el campo en donde se extendía el campamento irlandés, el pozo donde bebían los sitiadores. ¿Qué habitante de Londonderry podrá eximirse de comprar su libro? Al hablar de cualquier ciudad, señala los cambios que ha sufrido, las nuevas calles añadidas, los edificios reparados ó construidos, el aumento del comercio, la introducción de nuevas industrias: he ahí á todos los aldermen y á todos los negociantes obligados á subscribirse á su obra. En otros puntos encontramos una anécdota sobre un actor ó sobre una actriz; y, como los superlativos interesan, empieza por decir que Guillermo Mountford era «el cómico más agradable», que Ana Bracegirdle era «la actriz más popular» del tiempo. Si introduce un hombre de Estado, le anuncia siempre con alguna expresión llamativa: era «el más insinuante», ó «el más equitativo», ó «el más instruido», ó bien «el más furibundo y relajado» de todos los políticos de entonces. Pero sus grandes cualidades le sirven para el caso no menos bien que esos artificios, un tanto visibles, prodigados y burdos. La asombrosa multitud de pormenores, la mezcla de disertaciones psicológicas y morales, de descripciones, juicios, defensas, retratos,

y, por encima de todo, la buena composición y la corriente continua de elocuencia, ocupan y cautivan la atención hasta el fin. Cuesta trabajo acabar un volumen de Lingard y de Robertson; costaría trabajo no acabar un volumen de Macaulay.

He aquí una narración que revela muy bien y en compendio los medios de interesar que emplea y el gran interés que excita. Se trata de la matanza de Glencoe. Empieza por describir el sitio, como viajero que le ha visitado, y le ofrece á la atención de las partidas de *turistas* y aficionados, historiadores y anticuarios, que van de Londres anualmente.

«Mac-Ian residía á la entrada de un barranco situado cerca de la orilla meridional de Lochleven. Próximas á la casa había dos ó tres aldehuelas habitadas por su tribu. La población que gobernaba no excedía de doscientas almas, según se dice. En la inmediación de ese grupito de aldeas había algo de monte bajo y algunos pastos; pero, remontando un poco el desfiladero, no se veía ningún signo de habitación ni de cultivo. Glencoe significa en lengua gaélica valle de las lágrimas; y, en efecto, es el más melancólico y desolado de todos los desfiladeros escoceses. Es realmente el valle de la Sombra de la Muerte (1). Nieblas y tormentas pesan sobre él durante la mayor parte de los más hermosos estios; y aun en los raros días en que brilla el sol, cuando no hay ni una nube en el cielo, la impresión que deja el paisaje es triste y opresora. El sendero costea un riachuelo que sale del más sombrío y lúgubre estanco de montaña. Por uno y otro lado amenazan grandes muros de roca. Aun en Julio pueden

(1) Alusión á un libro popular: *La Marcha de los peregrinos*, por Bunyan.

distinguirse con frecuencia listas de nieve en las hendeduras, cerca del remate. Montones de ruinas marcan en todas las laderas el furioso curso de los torrentes. En vano busca el viajero con los ojos, milla tras milla, el humo de una choza ó alguna forma humana envuelta en un plaid; en vano escucha para oír los ladridos de un perro de pastor ó el balido de un cordeiro. Milla tras milla, el único sonido que delata la vida es el grito indistinto de un ave de rapiña, posada en alguna almena de roca batida por la tempestad. El progreso de la civilización, que ha trocado tantos yerros en campos dorados de mieses ó animados por las flores de los manzanos, no ha servido más que para aumentar la desolación de Glencoe. Toda la ciencia y toda la industria de una edad pacífica no pueden sacar nada útil de ese desierto; pero, en una edad de violencia y de rapiña, el desierto mismo tornábase útil por el abrigo que ofrecía al bandido y á su botín (1).»

La descripción, aunque muy bella, está escrita en estilo demostrativo. La explica la antítesis final; el autor la ha hecho para mostrar que los habitantes de Glencoe eran los mayores facinerosos del país.

El conde de Stairs, que representaba á Guillermo en Escocia, fundándose en que Mac-Ian no había prestado el juramento de fidelidad en el día señalado, quiso exterminar al jefe y á su clan. No le impulsaba un odio hereditario ni un interés privado; era hombre fino, cortés y amable. Cometió ese crimen por humanidad, convencido de que no había otro medio de pacificar las tierras altas. En esto Macaulay inserta una disertación de cuatro páginas, muy bien escrita, llena de

(1) Tomo VII, pág. 4.

interés y de erudición, cuya diversidad nos sirve de reposo, haciéndonos viajar al través de toda clase de ejemplos históricos y de toda clase de lecciones morales.

«Todos los días vemos hombres que hacen por su partido, por su secta, por su país, por sus proyectos favoritos de reforma política y social, lo que no querrian hacer por enriquecerse ó vengarse á si mismos. Ante una tentación directa de nuestra codicia ó de nuestra animosidad privadas, se alarma nuestra virtud. Pero la misma virtud contribuye á la caída del que, violando alguna regla moral importante, cree poder hacer un gran servicio á una Iglesia, á un Estado, á la humanidad. Ese hombre acalla las objeciones de su conciencia, y endurece su corazón contra los más conmovedores espectáculos, repitiéndose á si mismo que sus intenciones son puras, que su objeto es noble, y que hace un pequeño mal por un gran bien. Gradualmente llega á olvidar del todo la infamia de los medios en atención á la excelencia del fin, y consume, sin el menor remordimiento de conciencia, actos que horrorizarían á un pirata. No es de creer que Santo Domingo hubiese impulsado á feroces saqueadores, ni por el mejor arzobispado de la cristiandad, á robar y asesinar á una población pacífica é industriosa; que Everard Digby hubiese hecho volar, por un ducado, una gran asamblea, ó que Robespierre hubiese matado por salario una sola de las personas que mató á millares por filantropía (1).»

¿No se reconoce aquí al inglés, educado entre los ensayos y los sermones psicológicos y morales, que á cada momento traslada alguno, involuntariamente, al

(1) Ibid., pág. 12.

papel? Este género es desconocido en nuestras tribunas y en nuestras revistas; por eso es desconocido en nuestras historias. Entre nuestros vecinos, para entrar en la historia, no hay más que bajar de la tribuna y del periódico.

No traduzco el resto de la explicación, los ejemplos de Jacobo V, de Sixto V, y tantos otros que Macaulay cita como precedentes á favor del conde de Stairs. Sigue una discusión muy circunstanciada y muy sólida para probar que el rey Guillermo no es responsable de la matanza. Manifiesto es que aquí, como en otras partes, el objeto de Macaulay, más que hacer una pintura, es sugerir un juicio. Quiere que tengamos una opinión sobre la moralidad del acto, que le atribuyamos á sus verdaderos autores, y que cada uno de ellos cargue exactamente con su parte, y nada más. Después, cuando se trata de castigar el crimen, y cuando Guillermo, habiendo impuesto una pena severa á los ejecutores, se contenta con destituir al conde de Stairs, Macaulay compone una disertación de varias páginas para juzgar esa injusticia y censurar al rey. Aquí, como en otras partes, sigue siendo orador y moralista; no hay medio de más fuerza para interesar á un lector inglés. Felizmente para nosotros, torna al fin á ser narrador; los detalles menudos que elige entonces fijan la atención y ponen la escena delante de los ojos.

«La vista de los uniformes rojos que se acercaban alarmó un poco á la población del valle. Juan, el hijo mayor del jefe, acompañado de veinte hombres de su clan, salió al encuentro de los extraños, y les preguntó lo que significaba aquella visita. El teniente Lindsay respondió que los soldados iban como amigos, y no pedían más que alojamientos. Se les recibió amis-

tosamente, y se alojaron bajo los techos de paja de la pequeña comunidad. Glenlyon y varios de sus hombres fueron acogidos en la casa de un montañés que se llamaba Inverrigen—nombre del grupo de cabañas sobre las cuales ejercía autoridad.—Lindsay tuvo su alojamiento más cerca de la casa del anciano jefe. Auchinriater, uno de los principales del clan, que gobernaba la aldehuela de Auchnaion, encontró aquí cuarteles para una partida mandada por el sargento Barbour. Los huéspedes tuvieron abundantes provisiones. Comieron vacas, cebadas probablemente en pastos lejanos; no se les exigió pago ninguno: porque, en hospitalidad como en rapiña, los merodeadores celtas rivalizaban con los beduinos. Durante doce días, los soldados vivieron familiarmente con los habitantes del valle. El viejo Mac-Ian, que estaba muy intranquilo, no sabiendo si se le consideraba como súbdito ó como rebelde, parece que vió con placer aquella visita. Los oficiales pasaban una gran parte del tiempo con él y con su familia. Las largas veladas transcurrían alegremente al amor del fuego de turba, gracias á algunas barajas que habían encontrado su camino hasta aquel apartado rincón del mundo, y á algunos frascos de aguardiente francés, que probablemente eran la despedida de Jacobo de sus partidarios de las montañas. Glenlyon parecía muy encariñado con la sobrina del anciano jefe y con su marido Alejandro. Todos los días iba á su casa para beber el traguillo matinal. En el interin observaba con escrupulosa atención todos los caminos por donde pudiesen tratar de huir los Macdonalds cuando se diese la señal de la matanza, y enviaba á Hamilton el resultado de sus observaciones...

«La noche era cruda. Muy tarde ya cruzó por las

mientes del hijo mayor del jefe la vaga sospecha de que se intentaba algo malo. Los soldados se hallaban evidentemente en un estado de agitación; y algunos de ellos proferían gritos singulares. Según se dice, se oyó cuchichear á dos hombres: «A mí no me gusta esta faena.» Uno de ellos murmuró: «Yo me alegraría de luchar con los Macdonalds; pero, ¡matar á hombres en su cama!»—«No hay más remedio que hacer lo que nos mandan; si hay algo de malo en ello, eso es cosa de nuestros oficiales.» Juan Macdonald estaba tan intranquilo, que poco después de media noche se fué al alojamiento de Glenlyon. Glenlyon y sus hombres estaban en pie, y parecían preparar sus armas para una acción. Juan, muy alarmado, preguntó por qué aquellos preparativos. Glenlyon se deshizo en protestas amistosas. «Merodea por el país gente de Glengarry, y nos preparamos para marchar contra ella. Vds. están bien seguros. ¿Le parece á V. que, si corriesen algún peligro, no hubiese yo avisado á su hermano Sandy y á su mujer?» Calmadas sus sospechas, Juan volvió á su casa, y se acostó.

Al día siguiente, á las cinco de la mañana, asesinaron al anciano jefe, y fusilaron á sus hombres en la cama ó sentados á la lumbre. Hubo mujeres degolladas; á un niño de doce años, que pedía la vida de rodillas, le mataron; los que habían huido medio desnudos, las mujeres y los niños, sucumbieron de frío y de hambre en medio de la nieve.

Esos pormenores precisos, esas conversaciones de soldados, esa pintura de las veladas al amor de la lumbre, dan á la historia el movimiento y la vida de la novela. Y, sin embargo, el historiador sigue siendo orador, porque ha escogido todos esos hechos para evidenciar la perfidia de los asesinos y el horror de la

matanza, y se servirá de ellos después para pedir, con todo el poderío de la pasión y de la lógica, el castigo de los criminales.

Así, esa historia, cuyas cualidades parecen tan poco inglesas, lleva siempre la marca de un talento verdaderamente inglés. Universal y continua, envuelve todos los hechos en su vasta trama sin dividirla ni romperla. Desenvuelta y copiosa, aclara los hechos oscuros y abre á los más ignorantes las cuestiones más complicadas. Interesante y variada, atrae la atención y la conserva. Tiene vida, claridad, unidad, cualidades que parecían enteramente francesas. Diríase que el autor es un vulgarizador como M. Thiers, un filósofo como M. Guizot, un artista como M. Thierry. La verdad es que es orador, y orador á la manera de su país; pero, como posee en el más alto grado las facultades oratorias, y las posee con un sello y con instintos nacionales, parece suplir con ellas las facultades que no tiene. No es verdadero filósofo: lo prueba de sobra la medianía de sus primeros capítulos sobre la historia antigua de Inglaterra; pero la fuerza de su razonamiento y sus hábitos de clasificación y de orden dan unidad á su historia. No es verdadero artista: cuando hace una pintura, piensa siempre probar algo; inserta disertaciones en los puntos más interesantes; no tiene gracia, ligereza, vivacidad ni finura, sino una memoria asombrosa, una cultura enorme, una pasión política ardiente, un gran talento de abogado para exponer y defender todas las causas, un conocimiento preciso de los hechos menudos que atraen la atención y producen la ilusión, que diversifican, animan y dan calor á un relato. No es simplemente vulgarizador: es demasiado fogoso, pone demasiado empeño en probar, en conquistar creencias, en abatir á sus adversa-

rios, para tener el límpido talento del hombre que explica y expone sin otro fin que el de explicar y exponer, que por doquiera derrama luz, y en ninguna parte infunde calor; pero se halla tan bien pertrechado de detalles y de razones, siente tanta avidez de convencer, y despliega tal riqueza de desarrollos, que no puede menos de ser popular. Por esa amplitud de cultura, por esa pujanza de razonamiento y de pasión, ha producido uno de los libros más hermosos del siglo, manifestando el genio de su pueblo. Esa solidez, esa energía, esa profunda pasión política, esas preocupaciones morales, esos hábitos de orador, ese poder limitado en filosofía, ese estilo un poco uniforme, sin flexibilidad ni suavidad, esa seriedad eterna, esa marcha geométrica hacia un fin señalado, anuncian en él el espíritu inglés. Pero si es inglés para nosotros, no lo es para los suyos. La animación, el interés, la claridad y la unidad de su relato les asombran. Les parece brillante, rápido, atrevido; es, dicen, un espíritu francés.

Lo es, sin duda, en varios puntos: si entiende mal á Racine, admira á Pascal y á Bossuet; sus amigos dicen que leía diariamente á Mad. de Sevigné. Más aún: por la estructura de su espíritu, por su elocuencia y su retórica, es latino, en términos que la armazón interior de su talento le coloca entre los clásicos; sólo es de su raza por su viva adhesión al hecho particular, complejo y sensible, por su energía y su rudeza, por la riqueza un poco pesada de su imaginación y por la intensidad de su colorido. Como Addison y Burke, parece un ingerto extraño alimentado y transformado por la savia del tronco nacional. En todo caso, este juicio es la marca más acentuada de la diferencia entre los dos pueblos. Para acercarse á

sus vecinos, un francés tiene que hacer dos viajes. Cuando ha salvado la primera distancia, que es grande, aborda á Macaulay. Que se reembarque; necesita emprender una segunda travesía, no menos larga, para llegar á Carlyle, por ejemplo, á un espíritu profundamente germánico, al verdadero suelo inglés.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPÍTULO IV

La filosofía y la historia. Carlyle.

Puesto excéntrico é importante de Carlyle en Inglaterra.

§ 1.º—SU ESTILO Y SU ESPÍRITU.

- I.—Sus rarezas, sus oscuridades, sus violencias.—Su imaginación, sus entusiasmos.—Sus crudezas, sus bufonadas.
- II.—El *humour*.—En qué consiste.—Cómo es germánico.—Pinturas grotescas y trágicas.—Los dandies y los ganapanes.—Catecismo de los cochinos.—Extrema tensión de su espíritu y de sus nervios.
- III.—Qué barreras le contienen y dirigen.—El sentimiento de lo real y el sentimiento de lo sublime.
- IV.—Su pasión por el hecho exacto y probado.—Cómo escudriña los sentimientos extinguidos.—Vehemencia de su emoción y de su simpatía.—Intensidad de su creencia y de su visión.—*Pasado y presente. Cartas y discursos de Cromwell.*—Su misticismo histórico.—Grandeza y tristeza de sus visiones.—Cómo figura el mundo según su propio espíritu.
- V.—Todo objeto es un grupo, y toda la obra del pensamiento humano es la reproducción de un grupo.—Dos maneras principales de reproducirle, y dos especies principales de espíritus.—Los clasificadores.—Los intuitivos.—Inconvenientes del segundo procedimiento.—Cómo es oscuro, aventurado, desprovisto de pruebas.—Cómo lleva á la afectación y á la exageración.—Durezas y presunción que provoca.—Ventajas de ese género de espíritu.—Es el único capaz de reproducir el objeto.—Es el más favorable para la invención original.—Qué empleo hace de él Carlyle.

sus vecinos, un francés tiene que hacer dos viajes. Cuando ha salvado la primera distancia, que es grande, aborda á Macaulay. Que se reembarque; necesita emprender una segunda travesía, no menos larga, para llegar á Carlyle, por ejemplo, á un espíritu profundamente germánico, al verdadero suelo inglés.



CAPÍTULO IV

La filosofía y la historia. Carlyle.

Puesto excéntrico é importante de Carlyle en Inglaterra.

§ 1.º—SU ESTILO Y SU ESPÍRITU.

- I.—Sus rarezas, sus oscuridades, sus violencias.—Su imaginación, sus entusiasmos.—Sus crudezas, sus bufonadas.
- II.—El *humour*.—En qué consiste.—Cómo es germánico.—Pinturas grotescas y trágicas.—Los dandies y los ganapanes.—Catecismo de los cochinos.—Extrema tensión de su espíritu y de sus nervios.
- III.—Qué barreras le contienen y dirigen.—El sentimiento de lo real y el sentimiento de lo sublime.
- IV.—Su pasión por el hecho exacto y probado.—Cómo escudriña los sentimientos extinguidos.—Vehemencia de su emoción y de su simpatía.—Intensidad de su creencia y de su visión.—*Pasado y presente. Cartas y discursos de Cromwell.*—Su misticismo histórico.—Grandeza y tristeza de sus visiones.—Cómo figura el mundo según su propio espíritu.
- V.—Todo objeto es un grupo, y toda la obra del pensamiento humano es la reproducción de un grupo.—Dos maneras principales de reproducirle, y dos especies principales de espíritus.—Los clasificadores.—Los intuitivos.—Inconvenientes del segundo procedimiento.—Cómo es oscuro, aventurado, desprovisto de pruebas.—Cómo lleva á la afectación y á la exageración.—Durezas y presunción que provoca.—Ventajas de ese género de espíritu.—Es el único capaz de reproducir el objeto.—Es el más favorable para la invención original.—Qué empleo hace de él Carlyle.

§ 2.º—SU PAPEL.

Introducción de las ideas alemanas en Europa y en Inglaterra.
—Estudios alemanes de Carlyle.

I.—De la aparición de las formas de espíritu originales.—Cómo obran y acaban.—El genio artístico del Renacimiento.—El genio oratorio de la edad clásica.—El genio filosófico de la edad moderna.—Analogía probable de los tres periodos.

II.—En qué consiste la forma de espíritu moderna y alemana.—Cómo la aptitud para las ideas universales ha renovado la lingüística, la mitología, la estética, la historia, la exégesis, la teología y la metafísica.—Cómo la inclinación metafísica ha transformado la poesía.

III.—Idea capital que se desprende de esa aptitud.—Concepción de las partes solidarias y complementarias.—Nueva concepción de la naturaleza y del hombre.

IV.—Inconvenientes de esa aptitud.—La hipótesis gratuita y la abstracción vaga.—Descrédito momentáneo de las especulaciones alemanas.

V.—Cómo puede rehacerlas cada nación.—Ejemplos antiguos. España en los siglos xvi y xvii.—Los puritanos y los jansenistas en siglo xvii.—Francia en el siglo xviii.—Por qué caminos pueden entrar en Francia esas ideas.—El positivismo.—La crítica.

VI.—Por qué caminos pueden entrar esas ideas en Inglaterra.—El espíritu exacto y positivo.—La inspiración apasionada y poética.—Qué camino sigue Carlyle.

§ 3.º—SU FILOSOFÍA, SU MORAL Y SU CRÍTICA.

Su método es moral, no científico.—En qué se asemeja á los puritanos.—*Sartor resartus*.

I.—Las cosas sensibles no son más que apariencias.—Carácter divino y misterioso del ser.—Su metafísica.

II.—Cómo pueden traducirse, unas por otras, las ideas positivas, poéticas, espiritualistas y místicas.—Cómo, en manos de Carlyle, la metafísica alemana se trueca en puritanismo inglés.

III.—Carácter moral de ese misticismo.—Concepción del deber. Concepción de Dios.

IV.—Concepción del cristianismo.—El cristianismo verdadero y

el cristianismo oficial.—Las otras religiones.—Limite y alcance de la doctrina.

V.—Su crítica.—Qué valor atribuye á los escritores.—Qué clase de escritores exalta.—Qué clase de escritores desestima.—Su estética.—Su juicio sobre Voltaire.

VI.—Porvenir de la crítica.—Cómo es contraria á los prejuicios de siglo y de raza.—El gusto no tiene más que una autoridad relativa.

§ 4.º—SU CONCEPCIÓN DE LA HISTORIA.

I.—Suprema importancia de los grandes hombres.—Son reveladores.—Necesidad de venerarlos.

II.—Enlace de esa concepción y de la concepción alemana.—En qué es imitador Carlyle.—En qué es original.—Alcance de su concepción.

III.—Cómo la verdadera historia es la de los sentimientos heroicos.—Los verdaderos historiadores son artistas y psicólogos.

IV.—Su historia de Cromwell.—Por qué no se compone más que de textos unidos por un comentario.—Su novedad y su valor.—Cómo hay que considerar á Cromwell y á los puritanos.—Importancia del puritanismo en la civilización moderna.—Carlyle le admira sin restricciones.

V.—Su historia de la Revolución francesa.—Severidad de su juicio.—En qué revela golpe de vista y en qué es injusto.

VI.—Su juicio sobre la Inglaterra moderna.—Contra el apego al bienestar y la tibieza de convicciones.—Previsiones sombrías respecto al porvenir de la democracia contemporánea.—Contra la autoridad de los votos.—Teoría del soberano.

VII.—Crítica de esas teorías.—Peligros del entusiasmo.—Comparación de Carlyle y de Macaulay.

Quando se pregunta á los ingleses, sobre todo á los que no tienen cuarenta años, quiénes son en su país los hombres que piensan, citan desde luego á Carlyle; pero al mismo tiempo os aconsejan que no le leáis, y

os advierten que no entenderéis una palabra. Con esto se apresura uno, naturalmente, á tomar los veinte volúmenes de Carlyle—crítica, historia, folletos, caprichos, filosofía;—los lee con emociones muy extrañas, y rectificando cada mañana su juicio de la vispera. Por fin descubre uno que se halla en presencia de un animal extraordinario, resto de una casta extinguida, especie de mastodonte extraviado en un mundo que no está hecho para él. Se congratula de esa suerte zoológica, y le disecciona con minuciosa curiosidad, pensando que no se encontrará probablemente un segundo.

§ 1.º—SU ESTILO Y SU ESPÍRITU.

Al pronto se queda uno desconcertado. Todo es nuevo aquí: las ideas, el estilo, el tono, el corte de las frases y hasta el diccionario. Todo lo toma al revés, todo lo violenta, las expresiones y las cosas. Las paradojas se presentan como principios; la sensatez toma la forma del absurdo: se ve uno como transportado á un mundo desconocido cuyos habitantes andan con la cabeza abajo y los pies hacia arriba, en traje de arlequines, de grandes señores y de maniacos, haciendo contorsiones y respingos y dando gritos; aturden dolorosamente aquellos sonidos violentos y discordantes; le dan á uno tentaciones de taparse los oídos;

le duele la cabeza; se ve obligado á descifrar una nueva lengua. Se mira el índice de los volúmenes que deben ser más claros, por ejemplo: la *Historia de la Revolución francesa*, y se leen estos epígrafes de capítulos: «Ideales realizados.—Viático.—*Astræa reduc.*—Petición en jeroglíficos.—Mercurio de Brézé.—Brogie el dios de la guerra.» Se pregunta uno qué relación puede haber entre esas charadas y los acontecimientos tan claros que todos conocemos. Entonces se cae en la cuenta de que habla siempre en enigmas. «Tajadores de lógica», he ahí como designa á los pensadores del siglo XVIII. «Ciencias de castores» es su expresión para los catálogos y las clasificaciones de nuestros sabios modernos. «La luz de luna trascendental», quiere decir las divagaciones filosóficas y sentimentales importadas de Alemania. Culto de la «calabaza rotatoria», significa la religión exterior y mecánica (1). No puede ceñirse á la expresión sencilla; entra á cada paso en el terreno de las figuras; da cuerpo á todas sus ideas; necesita tocar formas. Se ve que está obsediado y acosado de visiones brillantes ó lúgubres; cada uno de sus pensamientos es una sacudida; una oleada de espumosa pasión sube hirviendo á aquel cerebro que rebosa, y el torrente de imágenes se desborda y precipita con todos los cienes y todos los esplendores. No puede razonar; es forzoso que pinte. ¿Se trata de explicar los apuros de un joven obligado á elegir una carrera entre las concupiscencias y las dudas de la edad en que vivimos? Pues os presenta «un mundo desquiciado, bazuqueado y hun-

(1) Parece que los kalmucos ponen oraciones en una calabaza que hace girar el viento, lo que produce, en su sentir, una adoración perpetua. Igual los molinos de oración del Tibet.

os advierten que no entenderéis una palabra. Con esto se apresura uno, naturalmente, á tomar los veinte volúmenes de Carlyle—crítica, historia, folletos, caprichos, filosofía;—los lee con emociones muy extrañas, y rectificando cada mañana su juicio de la vispera. Por fin descubre uno que se halla en presencia de un animal extraordinario, resto de una casta extinguida, especie de mastodonte extraviado en un mundo que no está hecho para él. Se congratula de esa suerte zoológica, y le disecciona con minuciosa curiosidad, pensando que no se encontrará probablemente un segundo.

§ 1.º—SU ESTILO Y SU ESPÍRITU.

Al pronto se queda uno desconcertado. Todo es nuevo aquí: las ideas, el estilo, el tono, el corte de las frases y hasta el diccionario. Todo lo toma al revés, todo lo violenta, las expresiones y las cosas. Las paradojas se presentan como principios; la sensatez toma la forma del absurdo: se ve uno como transportado á un mundo desconocido cuyos habitantes andan con la cabeza abajo y los pies hacia arriba, en traje de arlequines, de grandes señores y de maniacos, haciendo contorsiones y respingos y dando gritos; aturden dolorosamente aquellos sonidos violentos y discordantes; le dan á uno tentaciones de taparse los oídos;

le duele la cabeza; se ve obligado á descifrar una nueva lengua. Se mira el índice de los volúmenes que deben ser más claros, por ejemplo: la *Historia de la Revolución francesa*, y se leen estos epígrafes de capítulos: «Ideales realizados.—Viático.—*Astræa reduc.*—Petición en jeroglíficos.—Mercurio de Brézé.—Brogie el dios de la guerra.» Se pregunta uno qué relación puede haber entre esas charadas y los acontecimientos tan claros que todos conocemos. Entonces se cae en la cuenta de que habla siempre en enigmas. «Tajadores de lógica», he ahí como designa á los pensadores del siglo XVIII. «Ciencias de castores» es su expresión para los catálogos y las clasificaciones de nuestros sabios modernos. «La luz de luna trascendental», quiere decir las divagaciones filosóficas y sentimentales importadas de Alemania. Culto de la «calabaza rotatoria», significa la religión exterior y mecánica (1). No puede ceñirse á la expresión sencilla; entra á cada paso en el terreno de las figuras; da cuerpo á todas sus ideas; necesita tocar formas. Se ve que está obsediado y acosado de visiones brillantes ó lúgubres; cada uno de sus pensamientos es una sacudida; una oleada de espumosa pasión sube hirviendo á aquel cerebro que rebosa, y el torrente de imágenes se desborda y precipita con todos los cienes y todos los esplendores. No puede razonar; es forzoso que pinte. ¿Se trata de explicar los apuros de un joven obligado á elegir una carrera entre las concupiscencias y las dudas de la edad en que vivimos? Pues os presenta «un mundo desquiciado, bazuqueado y hun-

(1) Parece que los kalmucos ponen oraciones en una calabaza que hace girar el viento, lo que produce, en su sentir, una adoración perpetua. Igual los molinos de oración del Tibet.

diéndose, como el antiguo mundo romano cuando se colmó la medida de sus iniquidades; abriéndose por doquiera abismos, desencadenándose los diluvios superiores y subterráneos, y apagándose todas las estrellas del cielo en medio de ese caos furioso alumbrado por una opaca claridad. Ahora apenas hay una estrella del cielo visible para el hombre; las nieblas pestilentes, las exhalaciones impuras, ya incesantes, excepto en las cimas más altas, han borrado todas las estrellas del cielo; en su lugar vagan fuegos fatuos de diversos colores. Sobre el caos furiosamente embravecido y en la plumiza atmósfera no se ven más que bruscas fulguraciones de relámpagos revolucionarios; después nada más que las tinieblas, con las fosforescencias de la filantropía, ese vano meteoro; aquí y allí un luminar eclesiástico que se balancea aún suspendido de sus vetustos y vacilantes asideros, pretendiendo ser todavía una luna ó un sol, aunque, visiblemente, no sea más que un farol chino, compuesto sobre todo de *papel*, con un cabo de vela que muere miserablemente en su corazón» (1).

Figuraos un volumen, veinte volúmenes, compuestos de cuadros semejantes, unidos por exclamaciones y apóstrofes; la historia misma, su *Historia de la Revolución francesa*, parece un delirio. Carlyle es un *vidente* puritano, que ve pasar por delante de sí los cadalsos, las orgías, las matanzas, las batallas, y que, asediado de fantasmas furiosos ó sangrientos, profetiza, anima ó maldice. Si no tiráis el libro de cólera y de fatiga, perdéis la cabeza; se evaporan vuestras ideas; os asalta la pesadilla; gira vertiginosamente en vuestro cráneo una mascarada de figuras

(1) *Vida de Sterling*, pag. 55.

contraídas y feroces; ois aullidos de insurrección, aclamaciones de guerra; os ponéis malos; os parecéis á aquellos oyentes de los presbiterianos á quienes la profecía llenaba de enojo ó de entusiasmo, y que rompían la cabeza al profeta cuando no le tomaban por general.

Esas violentas excentricidades os parecerán más violentas aún si notáis la extensión del campo que recorren. De lo sublime á lo innoble, de lo patético á lo grotesco, no hay más que un paso para Carlyle. Toca á la vez los dos extremos. Sus adoraciones acaban en sarcasmos. «El universo lo mismo es para él un oráculo y un templo que una cocina y una cuadra.» Se encuentra á sus anchas en el misticismo como en la brutalidad.

«Un silencio de muerte (dice, hablando de una puesta de sol en el cabo Norte) (1); nada más que las rocas de granito con sus tintas de púrpura y el tranquilo murmullo de ese Océano polar de lentas ondulaciones sobre el cual se cierne perezosamente, en el remoto Norte, el ancho y bajo sol, como si él también quisiese adormecerse. Sin embargo, su capa de nubes está bordada de oro y carmesí; su luz corre por el espejo de las aguas como un trémulo pilar de fuego que baja hacia el abismo y se oculta á mis pies. En tales instantes, la soledad no tiene precio; porque ¿quién querría hablar ó ser visto cuando detrás de él yacen Europa y Africa profundamente dormidas, y delante se extienden la inmensidad silenciosa y el palacio del Eterno, del cual no es nuestro sol más que una lámpara, una lámpara del pórtico?» He ahí las magnificencias que descubre siempre que se halla

(1) *Sartor resartus*.
Historia.

frente á frente de la naturaleza. Nadie ha contemplado con más honda emoción los astros mudos que circulan eternamente por el pálido firmamento y envuelven nuestro pequeño mundo. Nadie ha contemplado con un terror más religioso la infinita oscuridad en que nuestro pobre pensamiento aparece un instante como un resplandor, y el tétrico abismo, contiguo á nosotros, en donde va á extinguirse «el ardiente frenesí de la vida». Habitualmente tiene fijos los ojos en esas grandes tinieblas, y pinta, embargado por la veneración y la esperanza, el esfuerzo que han hecho, para traspasarlas, las religiones. «En el corazón de las más apartadas montañas (1) (dice) se alza la iglesita. En torno duermen los muertos debajo de sus blancas piedras tumulares, aguardando una feliz resurrección. Insensible serías, lector, si en la hora lúgubre de la media noche, cuando el espectro de esa iglesia se cernía en el cielo, y el ser se hallaba como sepultado en las tinieblas, no la oíste decir cosas indecibles que llegasen al alma de tu alma. Fuerte se sentía el que tenía una iglesia, lo que podemos llamar una iglesia. Por ella subsistía virilmente ante Dios y ante el hombre, aunque en el centro de las inmensidades, en la confluencia de las eternidades. El inmenso universo sin orillas se había hecho para él una firme ciudad y morada que conocía (2).» Sólo Rembrandt vió esas visiones anegadas en sombras y surcadas por rayos místicos. He ahí la iglesia que pintó (3); he ahí la misteriosa aparición flotante, llena de radiantes formas, que puso en lo más alto del cielo, por encima de las

(1) *Revolución francesa*, tomo I, pág. 13.

(2) *Ibid.*, cap. II.

(3) En la *Adoración de los pastores*.

tempestuosas tinieblas y del terror que agita á los seres mortales. Las dos imaginaciones tienen la misma grandeza dolorosa, las mismas irradiaciones y las mismas angustias. Y las dos caen con la misma facilidad en la trivialidad y la crudeza. No hay úlcera, no hay fango bastante repugnantes para detener á Carlyle. Comparará al político que busca la popularidad (1) «con el perro ahogado del último estío que sube y baja por el Támesis á merced de la corriente y de la marea, que conocéis de vista, y también de olfato; que encontraréis allí á cada viaje, y cuya hediondez es más intolerable cada día». En su estilo menudean los despropósitos. Cuando el frívolo cardenal de Loménie propone convocar un consejo pleno, le equipara á los «canarios amaestrados, que son capaces de volar alegremente con una mecha encendida entre las patas, y prender fuego á cañones y depósitos de pólvora» (2). En caso preciso recurre á las imágenes extravagantes. Termina un ditirambo con una caricatura. Salpica las magnificencias con bellaquerías estrambóticas. Apareja la poesía con el retruécano. «El genio de Inglaterra (dice al fin de su libro sobre Cromwell) no se cierne ya, mirando al sol y desafiando al mundo, como un águila al través de las tempestades. El genio de Inglaterra, harto más parecido á un avestruz voraz, atento á su pitanza y cuidadoso de su pellejo, presenta al sol su otro extremo, hundiendo su cabeza de avestruz en el primer matorral que encuentra, bajo viejas capas eclesiásticas, bajo mantos regios ó bajo cualquier otra artimaña protectora que acierte á estar á su alcance; y en esa posi-

(1) *Folleto del último día*, cap. II.

(2) *Revolución francesa*, tomo I, pág. 137.

ción espera el desenlace. El desenlace se ha hecho esperar; pero ahora se ve que es inevitable. No hay avestruz atento á su grosera pitanza terrena, y con la cabeza escondida en artimañas engañosas, que no se vea despertado algún día de una terrible manera *a posteriori*, sino de otro modo (1).²

Con esa chocarrería concluye su mejor libro, sin dejar el acento serio y doloroso, en medio de los anatemas y de las profecías. Tiene necesidad de esos grandes sacudimientos. No sabe estarse quieto en un sitio, sin ocupar cada vez más que una provincia literaria. Salta desenfrenadamente de un confin al otro del campo de las ideas; confunde todos los estilos; mezcla todas las formas; acumula las alusiones paganas, las reminiscencias de la Biblia, las abstracciones alemanas, los términos técnicos, la poesía, la jerga, las matemáticas, la fisiología, las palabras antiguas y los neologismos. No hay cosa que no pisotee y atropelle. Las construcciones simétricas del arte y el pensamiento, dispersas y trastornadas, se hacinan á los golpes de sus manos en jigantesco montón de ruinas informes, sobre el cual gesticula y combate él, como un conquistador bárbaro.

II

Esa disposición de espíritu engendra el *humour*, palabra intraducible, porque nos falta lo que expresa.

(1) *Cartas de Cromwell*, fin.

El *humour* es el género de talento que puede agradar á germanos, á hombres del Norte; conviene á su espíritu, como la cerveza y el aguardiente á su paladar. Para los hombres de otra raza es desagradable; para nuestros nervios es demasiado áspero y demasiado amargo. Ese talento contiene, entre otras cosas, la afición á los contrastes. Swift bromea con el semblante grave de un eclesiástico que oficia, y desenvuelve, como hombre convencido, los absurdos más extravagantes. Hamlet, poseído de terror y desesperación, se desata en bufonadas. Heine se burla de sus emociones en el momento mismo de entregarse á ellas. Les gustan los disfraces: ponen un ropaje solemne á las ideas cómicas, una casaca de arlequin á las ideas graves. Otro carácter del *humour* es el olvido del público. El autor nos declara que no se preocupa de nosotros, que no le hace falta ser comprendido ni aprobado, que piensa y se divierte por su propia cuenta, y que, si nos desagradan su gusto y sus ideas, no tenemos más que quitarnos de delante. Quiere ser refinado y original á su guisa; en su libro está como en su casa, y á puerta cerrada; se queda en bata y zapatillas, con los pies en lo alto á menudo, y á veces sin camisa. Carlyle tiene su estilo propio, y anota su idea á su manera; á nosotros nos toca comprenderla. Hace alusión á una frase de Goethe ó de Shakespeare, á una anécdota que en aquel momento le ocurre; tanto peor para nosotros, si no la sabemos. Grita cuando le acomoda; tanto peor para nuestros oídos, si no les place. Escribe según los caprichos de la fantasía, con todos los repentes de la invención; tanto peor para nosotros, si nuestro espíritu lleva otro paso. Anota al vuelo todos los matices, todas las singularidades de su concepción; tanto peor para nosotros, si la nuestra no las alcanza.

Un último carácter del *humour* es la irrupción de una violenta jovialidad en medio de un pasaje impregnado de tristezas. Así aparece de pronto la descompostura intempestiva. La naturaleza física, oculta y oprimida bajo el peso de los hábitos de reflexión melancólica, se presenta al desnudo un instante. Veis una mueca, un ademán de truhán, y después vuelve todo á su solemnidad acostumbrada. Añadid, por remate, las explosiones imprevistas de imaginación. El humorista encierra un poeta; de pronto, en la bruma monótona de la prosa, al fin de un razonamiento, brilla un paisaje: bello ó feo, poco importa; basta que impresione. Esas desigualdades pintan bien al germano solitario, enérgico, imaginativo, amante de los contrastes violentos, guiado por la reflexión personal y triste, con imprevistos resabios del instinto físico, y tan diferente, en todo esto, de las razas latinas y clásicas, razas de oradores ó de artistas, donde no se escribe más que mirando al público, donde no se gusta más que de ideas enlazadas, donde no satisface más que el espectáculo de las formas armoniosas, donde la imaginación es ordenada, donde la voluptuosidad parece natural. Carlyle es profundamente germano, más próximo que ninguno de sus contemporáneos al tronco primitivo: un escritor cuyas genialidades y jovialidades son extrañas y rayan en enormidades; se llama á sí mismo «un toro salvaje enfangado en las selvas de Germania». Por ejemplo: su primer libro, *Sartor resartus*, que es una filosofía del traje, contiene, á propósito de los mandiles y de los calzones, una metafísica, una política, una psicología. El hombre, según él, es un animal vestido. La sociedad tiene por fundamento el paño. «Porque, sin vestidos, ¿cómo podríamos poseer la facultad matriz, el asiento del

alma, la verdadera glándula pineal del cuerpo social, es decir, una *bolsa?*» Por otra parte, ¿qué es el hombre á los ojos de la razón pura? «Un espíritu, una aparición divina, un *yo* misterioso, que, debajo de sus trapos de lana, lleva un vestido de carne tejido en los telares del cielo, por el cual se revela á sus semejantes, y ve y se fabrica á sí mismo un universo con cereúleos y estrellados espacios y largos miles de siglos.» Prosigue la paradoja, chocarrera y mística á la vez, ocultando teorías bajo dislates, y haciendo un revoltillo de ironías feroces, tiernos idilios, relatos de amor, explosiones de furia y cuadros de carnaval. Demuestra muy bien que «el suceso más notable de la historia moderna no es la dieta de Worms, ni la batalla de Austerlitz ó de Wagram, ni ninguna otra batalla, sino la idea que tuvo Fox el cuáquero de hacerse un traje de cuero»; porque, vestido así para toda la vida, cobijándose en un árbol y comiendo bayas silvestres, podía estarse ocioso é inventar á sus anchas el puritanismo, es decir, el culto de la conciencia. He ahí de qué modo trata Carlyle las ideas que le son más queridas. Se ríe de la doctrina que va á ocupar su vida y todo su corazón.

¿Se quiere tener el compendio de su política y su opinión sobre su patria? Prueba que, en la transformación moderna de las religiones, se han elevado dos sectas principales, sobre todo en Inglaterra: una, la de los ganapanes; otra, la de los dandies. «La primera se compone de personas que han hecho voto de pobreza y de obediencia, y que podrían tomarse por adoradores de Hertha, la Tierra, porque cavan con celo y trabajan continuamente en su seno, ó bien, encerrados en oratorios particulares, meditan y manipulan las sustancias que han extraído de sus entrañas. Por otra

parte, viven, como los druidas, en moradas sombrías, y aun frecuentemente rompen los vidrios de sus ventanas y los rellenan de trapos ó de otras materias opacas hasta restablecer la oscuridad conveniente. Todos son rhizófagos ó comedores de raíces. Algunos son ictiófagos y usan arenques salados, absteniéndose de toda otra alimentación animal, fuera de los animales muertos de muerte natural—lo que indica probablemente algún resto de sentimiento brahmánico extrañamente pervertido.—Su medio universal de subsistencia es la raíz llamada patata... En todas sus ceremonias religiosas dícese que es requisito indispensable el fluido llamado whisky, y que se hace de él un gran consumo.» «La otra secta, la de los dandies, afecta una gran pureza y el separatismo, distinguiéndose por un traje especial y, hasta donde es posible, por una lengua especial; su principal objetivo es conservar un verdadero porte nazareno y preservarse de las manchas del mundo.» Profesan varios artículos de fe, siendo los principales: «que los pantalones deben ceñirse mucho á las caderas; que, con ciertas restricciones, se permite á la humanidad llevar chalecos blancos; que ninguna licencia de la moda puede autorizar á un hombre de gusto delicado á adoptar el lujo adicional posterior de los hotentotes». «Puede descubrirse en esa secta cierto matiz de maniqueísmo, y también una analogía bastante grande con la superstición de los monjes del monte Athos, que, á fuerza de mirarse el ombligo con toda su atención, acababan por descubrir en él la verdadera apocalipsis de la naturaleza y el cielo revelado. Según mis propias conjeturas, esta secta no es más que una modificación, amoldada á nuestro tiempo, de la superstición primitiva, llamada culto de sí mismo.» Sentado lo que antecede, saca las

consecuencias. «Yo llamaría á esas dos sectas dos máquinas eléctricas inmensas y sin ejemplo (movidas por la gran rueda social), con baterías de cualidad opuesta: negativa la de los ganapanes, y positiva la del dandismo; atrayendo la una hacia sí y absorbiendo hora por hora la electricidad positiva de la nación (á saber: el dinero), y apropiándose la otra la negativa (á saber: el hambre, tan poderosa como aquélla). Hasta aquí no habéis visto más que chispazos parciales y pasajeros. Pero aguardad un poco, hasta que toda la nación se halle en un estado eléctrico, es decir, hasta que toda vuestra electricidad vital, no neutra ya como en el estado sano, se distribuya en dos porciones aisladas, una negativa y otra positiva (á saber: el hambre y el dinero), encerradas en dos baterías tan grandes como el mundo. El roce del dedo de un niño las pone en contacto, y...» Se detiene de pronto, y os abandona á vuestras conjeturas. Esa amarga alegría es la de un hombre furioso ó desesperado que, de propósito, y cabalmente á causa de la violencia de su pasión, la contuviera y se esforzase en reír, pero á quien un estremecimiento repentino delatase al cabo por entero. Dice en alguna parte que en el fondo de la naturaleza inglesa, bajo todos los hábitos de cálculo y de sangre fría, hay una hoguera inextinguible, un foco de furor extraordinario, el furor de aquellos escandinavos, que, una vez metidos en lo recio de la pelea, no sentían ya las heridas, y combatían y mataban, á pesar de que la menor de esas heridas hubiese sido mortal para cualquier otro hombre. Ese frenesí destructor, ese levantamiento de potencias interiores desconocidas, ese desencadenamiento de una ferocidad, de un entusiasmo y de una imaginación desordenados é indomables, es el que apareció en el Renacimiento y la Reforma,

y de que hoy subsiste un residuo en Carlyle. He aquí un vestigio en un pasaje casi digno de Swift, y que es el resumen de sus sentimientos habituales, al par que su conclusión sobre la edad en que vivimos (1):

«Supongamos que existen cochinos—hablo de cochinos de cuatro patas—dotados de una sensibilidad y una aptitud lógica superiores, poseedores de cierta cultura, y capaces de extender en el papel, para nuestro uso, su idea del universo, de sus intereses y de sus deberes. Esas ideas podrían interesar á un público lleno de discernimiento como el nuestro, y serían en resumen como sigue:

»1.º El Universo, hasta donde puede juzgarse por una sana conjetura, es una inmensa artesa de puerco, consistente en sólidos y en líquidos, y en otras variedades ó contrastes, especialmente en lavazas aseguibles y lavazas inaseguibles: las últimas en cantidad infinitamente más considerable para la mayoría de los cochinos.

»2.º El mal moral es la imposibilidad de alcanzar las lavazas. El bien moral, la posibilidad de alcanzarlas.

»3.º La poesía de los cochinos consiste en reconocer universalmente la excelencia de las lavazas y de la cebada molida, así como la felicidad de los cerdos que tienen bien provista su artesa y bien repleta su panza. ¡Gron!

»4.º El cochino conoce el tiempo. Debe mirar el que va á venir.

»5.º ¿Quién hizo al cerdo? No se sabe. Quizá el carnicero.

»6.º Definid el deber completo de los cochinos.—

(1) *Folletos del último día. Jesuitismo*, pág. 28.

La misión de la cochinería universal y el deber de todos los cochinos en todos los tiempos es disminuir la cantidad de las lavazas inaseguibles y aumentar la cantidad de las aseguibles. Todo conocimiento, toda industria, todo esfuerzo debe dirigirse á ese fin y á ese solo fin. La ciencia de los cochinos, el entusiasmo y anhelo de los cochinos, no tienen otro objeto. Ese es el deber total de los cochinos.»

He ahí el lodo en que enfanga á la vida moderna, y, por encima de todas, á la vida inglesa, anegando de una vez y en el mismo cieno el espíritu positivo, el apego á lo confortable, la ciencia industrial, la Iglesia, el Estado, la filosofía y la ley. Ese catecismo cínico, lanzado en medio de declamaciones furibundas, da, en en mi sentir, la nota dominante de ese extraño espíritu: esa tensión arrebatada constituye su talento; es la que produce y explica sus imágenes y sus incongruencias, sus risas y sus furores. Hay una expresión inglesa intraducible que pinta ese estado y muestra toda la constitución física de la raza. *His blood is up*. En efecto: el temperamento flemático y frío cubre la superficie; pero, cuando hierve en las venas la sangre sublevada, el animal febril no se sacia más que con estragos ni se satisface más que con excesos.

III

Parece que un alma tan violenta, tan entusiasta y tan salvaje, tan abandonada á los desafueros de la imaginación, tan desprovista de gusto, de orden y me-

y de que hoy subsiste un residuo en Carlyle. He aquí un vestigio en un pasaje casi digno de Swift, y que es el resumen de sus sentimientos habituales, al par que su conclusión sobre la edad en que vivimos (1):

«Supongamos que existen cochinos—hablo de cochinos de cuatro patas—dotados de una sensibilidad y una aptitud lógica superiores, poseedores de cierta cultura, y capaces de extender en el papel, para nuestro uso, su idea del universo, de sus intereses y de sus deberes. Esas ideas podrían interesar á un público lleno de discernimiento como el nuestro, y serían en resumen como sigue:

»1.º El Universo, hasta donde puede juzgarse por una sana conjetura, es una inmensa artesa de puercos, consistente en sólidos y en líquidos, y en otras variedades ó contrastes, especialmente en lavazas aseguibles y lavazas inaseguibles: las últimas en cantidad infinitamente más considerable para la mayoría de los cochinos.

»2.º El mal moral es la imposibilidad de alcanzar las lavazas. El bien moral, la posibilidad de alcanzarlas.

»3.º La poesía de los cochinos consiste en reconocer universalmente la excelencia de las lavazas y de la cebada molida, así como la felicidad de los cerdos que tienen bien provista su artesa y bien repleta su panza. ¡Gron!

»4.º El cochino conoce el tiempo. Debe mirar el que va á venir.

»5.º ¿Quién hizo al cerdo? No se sabe. Quizá el carnicero.

»6.º Definid el deber completo de los cochinos.—

(1) *Folletos del último día. Jesuitismo*, pág. 28.

La misión de la cochinería universal y el deber de todos los cochinos en todos los tiempos es disminuir la cantidad de las lavazas inaseguibles y aumentar la cantidad de las aseguibles. Todo conocimiento, toda industria, todo esfuerzo debe dirigirse á ese fin y á ese solo fin. La ciencia de los cochinos, el entusiasmo y anhelo de los cochinos, no tienen otro objeto. Ese es el deber total de los cochinos.»

He ahí el lodo en que enfanga á la vida moderna, y, por encima de todas, á la vida inglesa, anegando de una vez y en el mismo cieno el espíritu positivo, el apego á lo confortable, la ciencia industrial, la Iglesia, el Estado, la filosofía y la ley. Ese catecismo cínico, lanzado en medio de declamaciones furibundas, da, en en mi sentir, la nota dominante de ese extraño espíritu: esa tensión arrebatada constituye su talento; es la que produce y explica sus imágenes y sus incongruencias, sus risas y sus furores. Hay una expresión inglesa intraducible que pinta ese estado y muestra toda la constitución física de la raza. *His blood is up*. En efecto: el temperamento flemático y frío cubre la superficie; pero, cuando hierve en las venas la sangre sublevada, el animal febril no se sacia más que con estragos ni se satisface más que con excesos.

III

Parece que un alma tan violenta, tan entusiasta y tan salvaje, tan abandonada á los desafueros de la imaginación, tan desprovista de gusto, de orden y me-

dida, no es capaz más que de divagar y consumirse en alucinaciones llenas de dolor y de peligro.

En efecto: muchos de los que han tenido ese temperamento, y que son realmente sus antepasados, los piratas noruegos, los poetas del siglo XVI, los puritanos del siglo XVII, fueron insensatos, perniciosos para los demás y para sí mismos, dados á maltratar las cosas y las ideas, devastadores de la seguridad pública y de su propio corazón. A éste le han contenido y dirigido dos barreras completamente inglesas: el sentimiento de lo real, que es el espíritu positivo, y el sentimiento de lo sublime, que engendra el espíritu religioso. El uno le ha convertido á las cosas reales, y el otro le ha suministrado la interpretación de las cosas reales; en vez de un enfermo y un visionario, ha resultado un filósofo y un historiador.

IV

Hay que leer su historia de Cromwel para comprender hasta qué grado le penetra ese sentimiento de lo real, y qué luces le depara; cómo rectifica las fechas y los textos; cómo compulsas las tradiciones y las genealogías; cómo visita los lugares, examina los árboles, mira los riachuelos, sabe los cultivos, los precios, toda la economía doméstica y rural, todas las circunstancias políticas y literarias; con qué minuciosidad, con qué precisión y con qué vehemencia reconstruye ante sus ojos y ante nuestros ojos el cuadro exterior de

las cosas y de los hechos, el cuadro interior de las ideas y de los sentimientos. Y no es simplemente por conciencia, hábito ó prudencia, sino por necesidad y pasión. En ese gran vacío oscuro del pasado, sus ojos se fijan en los raros puntos luminosos, como en un tesoro. La negra marea del olvido ha sepultado lo demás; los millones de pensamientos y de actos de tantos millones de seres han desaparecido, y ningún poder los hará surgir de nuevo á la luz. Esos pocos puntos subsisten solos, como los picos de las rocas más altas en un continente sumergido. ¡Con qué ardimiento, y con qué sentido tan profundo de los mundos destruidos que atestiguan, va á poner sobre ellos el historiador sus manos diligentes para descubrir en su naturaleza y estructura alguna revelación de los grandes espacios sepultados que no volverán á ver ningunos ojos! Una cifra, un detalle de gasto, una misera frase de latín bárbaro no tiene precio á los ojos de Carlyle. Yo quisiera dar á leer el comentario que acompaña á la crónica del monje Jocelyn, para desvelar la impresión que un hecho probado produce sobre tal alma, toda la atención y emoción que suscita en ella una añeja frase bárbara ó una cuenta de cocina. «El rey Juan sin Tierra (escribe Jocelyn), pasó por aquí, dejando en todo trece peniques esterlinos para el gasto (*tredecim sterlingii*).» «Estuvo allí, estuvo él mismo en persona. He ahí la grande, la inconmensurable particularidad, la que distingue, en un grado realmente infinito, al más pobre hecho histórico de toda ficción de cualquier linaje. La ficción, la imaginación, la poesía imaginativa, cuando no son vehículo de alguna verdad, es decir, de un hecho de alguna especie, ¿qué son? Notad bien. Aquella Inglaterra del año 1200 no era un vacío quimérico, una tierra de sueños, poblada

por simples fantasmas vaporosos, por los *Foedera* de Rymer y por doctrinas sobre la constitución, sino una tierra sólida y verde, donde brotaban el trigo y otras varias cosas. Sobre ella lucía el sol con las vicisitudes de las estaciones y de las fortunas humanas. Se tejían y se usaban telas; se abrían zanjas, se trazaban surcos, se edificaban casas; día tras día se levantaban hombres y animales para ir al trabajo; noche tras noche volvían cansados á sus albergues. Esos vetustos y severos muros no son una conjetura, un entretenimiento de *dilettante*, sino un hecho serio; para un fin bien real y serio se levantaron. Sí: había otro mundo cuando esas negras ruinas eran murallas de argamasa reciente y recientes cinceladuras, y vieron el sol por primera vez, hace mucho tiempo.—¿Esa arquitectura, decís, esos torreones, esas aranzadas de tierra? Sí; pero eso no es más que una pequeña parte de la cosa. ¿No os ha hecho nunca reflexionar la otra porción, el hecho de que aquellos hombres tenían un *alma*, no como un simple decir y por una mera figura de lenguaje, sino como una verdad que *sabían* y conforme á la cual obraban (1)?» Y, acto continuo, procura hacer revivir ante nosotros aquel alma; porque he ahí su nota distintiva, la nota distintiva de todo historiador que tiene el sentido de la realidad: comprender que los pergaminos, las murallas, los trajes, los mismos cuerpos no son más que envolturas y documentos; que el verdadero hecho es el sentimiento interior de los hombres que han vivido; que el único hecho importante es el estado y la estructura de su alma; que se trata ante todo y exclusivamente de llegar á él; que de él depende lo demás. Hay que repe-

(1) *Pasado y presente*, pág. 65.

tirlo una y otra vez: la historia no es más que la historia del corazón; tenemos que investigar los sentimientos de las generaciones pasadas, y no tenemos que investigar ninguna otra cosa. He ahí lo que ve Carlyle; el hombre está delante de él, resucitado; penetra hasta su fondo: le ve sentir, sufrir y querer, de aquella manera particular y personal, absolutamente desvanecida y extinguida, como él sintió, sufrió y quiso. Y asiste á ese espectáculo, no friamente, como hombre que ve las cosas á medias, «en una bruma gris», indistintamente y con incertidumbre, sino con todas las fuerzas de su alma y de su simpatía, como espectador convencido, para quien las cosas pasadas, una vez probadas, son tan presentes y visibles como los objetos corporales que en aquel mismo instante palpan sus manos. Hasta tal punto tiene ese sentido del hecho, que en él apoya toda su filosofía de la historia. A su juicio, los grandes hombres, reyes, escritores, profetas y poetas, no son grandes más que por eso. «Lo propio de todo héroe, en todo tiempo, en todo lugar, en toda situación, es volver los ojos á la realidad, tomar por punto de apoyo las cosas, y no las apariencias de las cosas (1).» El gran hombre descubre algún hecho desconocido ó inadvertido, y le proclama; se le escucha, se le sigue, y he ahí toda la historia.

No sólo le descubre y le proclama, sino que cree en él y le ve. Cree en él, no por referencias ó conjeturas, como en una verdad simplemente probable y transmitida; le ve personalmente, y cara á cara, con una fe absoluta é invencible. Ha dejado la opinión por la convicción, la tradición por la intuición. Carlyle está tan poseído de su procedimiento, que le atribuye á

(1) *Sobre los héroes*, pág. 193.

todos los grandes hombres. Y no va descaminado, porque no le hay más eficaz. Dondequiera que entra con esa lámpara, lleva una luz desconocida. Traspasa las montañas de la erudición de papeles, y penetra en el corazón de los hombres. Va siempre más allá de la historia política y oficial. Adivina los caracteres, comprende el espíritu de las edades extinguidas, conoce mejor que ningún inglés, mejor que Macaulay mismo, las grandes revoluciones del alma. Es casi alemán por la fuerza de su imaginación, por su perspicacia de anticuario y por sus amplios puntos de vista generales. Y, sin embargo, no es un forjador de conjeturas. El buen sentido nacional y la enérgica necesidad de creencia profunda le detienen al borde de las suposiciones; cuando las hace, las da por lo que son. No tiene afición á la historia aventurada. Rechaza las afirmaciones de oídas y las leyendas; no admite más que bajo reserva y á medias las etimologías y las hipótesis germánicas. Quiere sacar de la historia, por sí mismo y para nosotros, una ley positiva y activa. Segrega de su seno todas las adiciones inciertas y agradables que la curiosidad científica y la imaginación novelística acumulan en él. Aparta esa vegetación parásita, para recoger la madera útil y sólida. Y cuando la recoge, la arrastra tan enérgicamente hasta nosotros para que la toquemos, la maneja tan violentamente, la presenta á una luz tan fuerte, la ilumina con contrastes tan brutales de imágenes extraordinarias, que acaba por contagiarnos, y, á despecho de nosotros mismos, llegamos á la intensidad de su creencia y de su visión.

Va más allá, ó, mejor, se ve arrastrado más allá. Los hechos que abraza esa imaginación vehemente se funden en ella como en una llama. A merced de esa

furia de la concepción, todo vacila. Las ideas, trocadas en alucinaciones, pierden su solidez; los seres parecen sueños; el mundo, entrevisto en una pesadilla, no parece ya más que una pesadilla; el testimonio de los sentidos corporales pierde su autoridad ante visiones interiores tan lúcidas como él. El hombre no encuentra ya diferencia entre sus sueños y sus percepciones. El misticismo entra como un humo por las paredes excesivamente caldeadas en aquella inteligencia que cruje. Así penetró antiguamente en los éxtasis de los ascetas indios y en las filosofías de nuestros dos primeros siglos. El mismo estado de la imaginación ha producido por doquiera la misma doctrina. A ella propendían los puritanos, que son los verdaderos predecesores de Carlyle. A ella llegaba Shakespeare por la prodigiosa tensión de su sueño poético, y Carlyle repite con él «que nosotros estamos hechos de la misma tela que nuestros sueños». Este mundo real, estos acontecimientos tan ansiosamente perseguidos, circunscritos y palpados, no son para él más que apariciones; este universo es divino. «Tu pan, tus vestidos, todo es aquí un milagro; la naturaleza es sobrenatural.» «Sí: hay un sentido divino, inefable, lleno de esplendor, de asombro y de terror, en el ser de cada hombre y de cada cosa, y es la presencia de Dios que hizo todo hombre y toda cosa.» Librémonos de «esas pobres envolturas impías, de esas nomenclaturas, de esa palabrería científica», que nos impiden abrir los ojos y ver, tal y como es, el terrible misterio de las cosas. «La ciencia atea charla miseramente acerca del mundo, con sus clasificaciones, sus experimentos y qué sé yo qué más, como si el mundo fuese una misera cosa muerta, á propósito para meterse en botellas de Leiden y venderse en mostradores. Es una cosa

viva, una cosa inefable y divina, ante la cual nuestra mejor actitud, con toda la ciencia que se quiera, es siempre la veneración, la prosternación piadosa, la humildad del alma, la adoración del silencio, si no de las palabras (1).» Tal es, efectivamente, la actitud ordinaria de Carlyle. Conduce a estupor. Más allá y por debajo de las cosas ve como un abismo, y se detiene estremeciéndose. Veinte, cien veces se le ve suspender el relato y ensimismarse, en la historia de la Revolución francesa. La inmensidad de la negra noche en que surgen por un instante las apariciones humanas, la fatalidad del crimen que, una vez cometido, queda enlazado á la cadena de las cosas como un eslabón de hierro, la tendencia misteriosa que impulsa á todas aquellas masas flotantes hacia un objeto ignorado é inevitable: he ahí las grandes y siniestras imágenes que le obsedian. Medita ansiosamente en ese foco del ser de que no somos más que reflejos. Camina lleno de alarmas por entre ese pueblo de sombras, y se dice que él es una de ellas. Se queda suspenso al pensar que aquellas fantasmas humanas tienen su sustancia *en otra parte* y responderán eternamente de su corto paso. Clama y se estremece al representarse ese mundo inmóvil de que el nuestro no es sino mudable figura. Adivina allí un no sé qué de augusto y terrible. Porque él le forja y forja el nuestro á imagen de su propio espíritu; le define por los sentimientos que le causa, y le figura por las impresiones que le produce. Al menor suceso que toca se alza y hierve en su interior un caos móvil de visiones espléndidas, de perspectivas infinitas. De todos los confines del horizonte afluyen violentamente las ideas, precipitándose y

(1) *Sobre los héroes*, pág. 3.

atropellándose, entre las tinieblas y los relámpagos; su pensamiento es una tempestad, y las magnificencias, las oscuridades y los terrores de una tempestad es lo que él atribuye al universo. Tal concepción es la verdadera fuente del sentimiento religioso y moral. El hombre penetrado de ella pasa la vida, como los puritanos, venerando y temiendo. Carlyle se pasa la vida expresando é inspirando la veneración y el temor, y todos sus libros son predicaciones.

V

He ahí un espíritu verdaderamente extraño, y que nos hace pensar. Nadie más á propósito para manifestar verdades que esos seres excéntricos. No será tiempo perdido buscar el puesto de éste, y explicar por qué razones y en qué medida debe fallar ó alcanzar la verdad y la belleza.

En cuanto queréis pensar, tenéis delante de vosotros un objeto entero y distinto, es decir, un conjunto de detalles unidos entre sí y separados de lo que los rodea. Sea el que quiera el objeto, árbol, animal, idea, suceso, siempre acontece lo propio; siempre tiene partes, y esas partes forman siempre un todo. Ese grupo más ó menos vasto comprende otros, y queda á su vez comprendido en otros; de suerte que la más pequeña porción del universo, como el universo entero, es un *grupo*. Así, pues, toda la obra del pensamiento humano es reproducir grupos. Según que un espíritu es ó no á propósito para esa obra, es capaz ó incapaz. Según que puede reproducir grupos grandes ó pequeños, es grande ó pequeño. Según que puede

viva, una cosa inefable y divina, ante la cual nuestra mejor actitud, con toda la ciencia que se quiera, es siempre la veneración, la prosternación piadosa, la humildad del alma, la adoración del silencio, si no de las palabras (1).» Tal es, efectivamente, la actitud ordinaria de Carlyle. Conduce a estupor. Más allá y por debajo de las cosas ve como un abismo, y se detiene estremeciéndose. Veinte, cien veces se le ve suspender el relato y ensimismarse, en la historia de la Revolución francesa. La inmensidad de la negra noche en que surgen por un instante las apariciones humanas, la fatalidad del crimen que, una vez cometido, queda enlazado á la cadena de las cosas como un eslabón de hierro, la tendencia misteriosa que impulsa á todas aquellas masas flotantes hacia un objeto ignorado é inevitable: he ahí las grandes y siniestras imágenes que le obsedian. Medita ansiosamente en ese foco del ser de que no somos más que reflejos. Camina lleno de alarmas por entre ese pueblo de sombras, y se dice que él es una de ellas. Se queda suspenso al pensar que aquellas fantasmas humanas tienen su sustancia *en otra parte* y responderán eternamente de su corto paso. Clama y se estremece al representarse ese mundo inmóvil de que el nuestro no es sino mudable figura. Adivina allí un no sé qué de augusto y terrible. Porque él le forja y forja el nuestro á imagen de su propio espíritu; le define por los sentimientos que le causa, y le figura por las impresiones que le produce. Al menor suceso que toca se alza y hierve en su interior un caos móvil de visiones espléndidas, de perspectivas infinitas. De todos los confines del horizonte afluyen violentamente las ideas, precipitándose y

(1) *Sobre los héroes*, pág. 3.

atropellándose, entre las tinieblas y los relámpagos; su pensamiento es una tempestad, y las magnificencias, las oscuridades y los terrores de una tempestad es lo que él atribuye al universo. Tal concepción es la verdadera fuente del sentimiento religioso y moral. El hombre penetrado de ella pasa la vida, como los puritanos, venerando y temiendo. Carlyle se pasa la vida expresando é inspirando la veneración y el temor, y todos sus libros son predicaciones.

V

He ahí un espíritu verdaderamente extraño, y que nos hace pensar. Nadie más á propósito para manifestar verdades que esos seres excéntricos. No será tiempo perdido buscar el puesto de éste, y explicar por qué razones y en qué medida debe fallar ó alcanzar la verdad y la belleza.

En cuanto queréis pensar, tenéis delante de vosotros un objeto entero y distinto, es decir, un conjunto de detalles unidos entre sí y separados de lo que los rodea. Sea el que quiera el objeto, árbol, animal, idea, suceso, siempre acontece lo propio; siempre tiene partes, y esas partes forman siempre un todo. Ese grupo más ó menos vasto comprende otros, y queda á su vez comprendido en otros; de suerte que la más pequeña porción del universo, como el universo entero, es un *grupo*. Así, pues, toda la obra del pensamiento humano es reproducir grupos. Según que un espíritu es ó no á propósito para esa obra, es capaz ó incapaz. Según que puede reproducir grupos grandes ó pequeños, es grande ó pequeño. Según que puede

reproducir grupos completos ó sólo algunas de sus partes, es completo ó parcial.

¿Qué es, pues, reproducir un grupo? En primer término, es separar todas sus partes; en segundo término, disponerlas en filas según sus semejanzas; en tercer término, distribuir esas filas en familias; y, en fin, reunir el todo bajo algún carácter general y dominante. En resumen: imitar las clasificaciones jerárquicas de las ciencias. Pero la tarea no acaba ahí. Esa jerarquía no es un arreglo artificial y exterior; es una necesidad natural é interior. Las cosas no son muertas, sino vivas; hay una fuerza que produce y organiza ese grupo, que enlaza los pormenores y el conjunto, que repite el tipo en todas sus partes. Esa fuerza es la que el espíritu debe reproducir en sí mismo, con todos sus efectos; es menester que la sienta de rechazo y por simpatía, que ella engendre en él el grupo entero, que se desenvuelva dentro de él, como se ha desenvuelto fuera de él; que la serie de las ideas interiores imite la serie de las cosas exteriores; que á la concepción se agregue la emoción; que la visión acabe el análisis; que el espíritu se haga creador como la naturaleza. Sólo entonces podremos decir que conocemos.

Todos los espíritus siguen una ú otra de esas dos vías, que los dividen en dos grandes clases, y corresponden á temperamentos opuestos. En la primera están los simples sabios, los vulgarizadores, los oradores, los escritores, y, en general, los siglos clásicos y las razas latinas; en la segunda están los poetas, los profetas, ordinariamente los inventores, y, en general, los siglos románticos y las razas germánicas. Los primeros van paso á paso, de una idea á la inmediata; son metódicos y circunspectos; hablan para todo el

mundo, y prueban todo lo que dicen; dividen en compartimientos previos el campo que quieren recorrer, para agotar todo su asunto; marchan por caminos rectos y llanos, para estar seguros de no caer jamás; proceden por transiciones, por enumeraciones, por resúmenes; avanzan desde las conclusiones menos generales á otras más generales cada vez; hacen la clasificación exacta y completa del grupo. Cuando van más allá del simple análisis, todo su talento consiste en defender tesis elocuentemente; entre los contemporáneos de Carlyle, Macaulay es el modelo más acabado de este género de espíritu. Los otros, después de escudriñar violenta y confusamente los pormenores del grupo, se lanzan de un salto á la idea madre. Entonces ven el grupo entero; sienten las potencias que le organizan; le reproducen por adivinación; le pintan con las palabras más extrañas y expresivas; no son capaces de descomponerle en series regulares; siempre le perciben en globo. No piensan más que á favor de bruscas concentraciones de ideas vehementes. Tienen la visión de efectos lejanos ó de acciones vivas; son reveladores ó poetas. M. Michelet es, entre nosotros, el mejor ejemplo de esta forma de inteligencia, y Carlyle es un Michelet inglés.

Lo sabe, y sostiene acertadamente que el genio es una intuición, una vista de lo íntimo (*insight*). «El método de Teufelsdræekh (dice, hablando de un personaje en que se pinta á sí mismo) no es nunca el de la lógica vulgar de las escuelas, donde todas las verdades se ordenan en fila, agarrada cada una al faldón de la otra, sino el de la razón práctica, que procede por amplias intuiciones comprensivas de grupos y de reinos enteros sistemáticos; por eso campea en su filosofía ó pintura espiritual de la naturaleza una noble

complejidad, casi semejante á la de la naturaleza: un laberinto grandioso, pero no exento de plan, como dice la fe en voz baja. » Sin duda, pero tampoco faltan los inconvenientes, y, en primer término, la oscuridad y la barbarie. Hay que estudiarle laboriosamente, para entenderle, ó tener su mismo género de espíritu; pero pocas personas son críticos de profesión ó videntes por naturaleza; en general, se escribe para ser comprendido, y es lamentable llegar á enigmas. Por otra parte, ese procedimiento de visionario es arriesgado; cuando se quiere saltar de buenas á primeras á la idea íntima y generadora, se corre el riesgo de caer. La marcha progresiva es más lenta, pero más segura: los metódicos, de quienes tanto se burla Carlyle, tienen sobre él, por lo menos, la ventaja de poder afirmar todos sus pasos. Añádase á esto que tales adivinaciones y tales afirmaciones vehementes suelen ir desprovistas de pruebas; Carlyle deja al lector la tarea de buscarlas; el lector no las busca frecuentemente, y se niega á creer al adivino por su palabra. Nótese, además, que en ese estilo entra infaliblemente la afectación. Forzoso es que sea inevitable para que esté lleno de ella un hombre como Shakespeare. El simple escritor, razonador y prosista, siempre puede razonar y seguir adelante con su prosa; su inspiración no tiene intermitencias ni exige esfuerzos. La profecía, al contrario, es un estado violento que no se sostiene. Cuando falta, se sustituye con grandes ademanes. Carlyle se acalora para no dejar de ser vehemente. Se descompone, y esa epilepsia deliberada y continua es un espectáculo de lo más enojoso. No se puede aguantar á un hombre que divaga, que se repite, que vuelve una y otra vez sobre las excentricidades y exageraciones que ya se ha permitido, que forma con ellas una jeri-

gonza, que declama, que gesticula, y, como un mal cómico ampuloso, acaba por crisparnos los nervios. En fin, cuando ese género de espíritu se asocia en un alma orgullosa con hábitos de predicador tristoño, engendra los malos modales. Muchas personas juzgarán á Carlyle jaetancioso y grosero; viendo sus teorías y su manera de expresarse, sospecharán que se considera como un gran hombre no comprendido, de la especie de los héroes; que, en su sentir, la humanidad debería ponerse en sus manos y confiarle sus intereses. Y el hecho es que nos da lecciones, y desde lo alto. Desprecia su época; usa un tono agrio y desabrido; anda sobre zancos. Desdeña las objeciones. Sus adversarios no son, para él, de su talla. Pone como un trazo á sus predecesores; cuando habla de los biógrafos de Cromwell, toma el talante de un sabio metido entre zafios. Tiene la suprema sonrisa, la condescendencia resignada de un héroe que sabe que es un mártir, y no sale de esa situación sino para gritar destempladamente como un plebeyo sin crianza.

Todo eso lo redime con usura mediante raras ventajas. Dice la verdad: los espíritus como el suyo son los más fecundos. Son casi los únicos que hacen los descubrimientos. Los meros clasificadores no inventan; son demasiado secos. « Para conocer una cosa, lo que se llama conocer, hay que amarla ante todo, hay que simpatizar con ella. » — « El entendimiento es tu ventana...; pero la imaginación es tu ojo. » — « La imaginación es el órgano de lo divino. » En lenguaje más sencillo, eso significa que todo objeto, animado ó inanimado, está dotado de fuerzas que constituyen su naturaleza y producen su desarrollo; que, para conocerle, tenemos que volver á crearle en nosotros mismos con el cortejo de sus potencias, y que no le comprendemos

de un modo íntegro, sino sintiendo interiormente todas sus tendencias y *viendo* interiormente todos sus efectos. Y en rigor, ese procedimiento, que es la imitación de la naturaleza, es el único por el cual podemos penetrar en la naturaleza. Shakespeare le seguía por instinto, y Goethe por método. No hay ninguno tan poderoso ni tan delicado, tan amoldado á la complejidad de las cosas y á la estructura de nuestro espíritu. No hay ninguno más á propósito para renovar nuestras ideas, para sacarnos de las fórmulas, para librarnos de los prejuicios con que la educación nos cubre, para derribar las barreras con que nos cerca el medio social. Gracias á él, Carlyle, emancipándose de las ideas oficiales inglesas, ha penetrado en la filosofía y en la ciencia de Alemania, para repensar á su modo los descubrimientos germánicos y dar una teoría original del hombre y del universo.

§ 2.º—SU PAPEL

De Alemania ha sacado Carlyle sus más grandes ideas. Allí estudió. Conoce perfectamente su literatura y su lengua. Pone esa literatura en primer término. Ha traducido el *Guillermo Meister*. Ha compuesto una larga serie de artículos críticos sobre los escritores alemanes. En este momento escribe una historia de Federico el Grande. Es el más acreditado y original de los intérpretes que han traducido el espíritu alemán en Inglaterra. No es una obra de poca cuantía, porque en una obra semejante trabaja hoy todo el mundo que piensa.

I

Desde 1780 hasta 1830, Alemania ha producido todas las ideas de nuestra edad histórica, y durante medio siglo, durante un siglo quizá, nuestro gran empeño será repensarlas. Los pensamientos que nacen y brotan en un país no dejan de propagarse á los vecinos y de injertarse en ellos durante una temporada. Lo que hoy nos sucede ha sucedido ya cien veces en el mundo; la vegetación del espíritu ha sido siempre la misma, y podemos prever para el porvenir, con alguna seguridad, lo que observamos en el pasado. En ciertos momentos aparece una *forma* de espíritu original, que produce una filosofía, una literatura, un arte, una ciencia, y que, renovando el pensamiento del hombre, renueva lenta é infaliblemente todos sus pensamientos. Todos los espíritus que investigan y descubren están en la corriente: no avanzan más que por su virtud; si se oponen á ella, se detienen; si se desvían, se atrasan; si la ayudan, van más lejos que los otros. Y el movimiento continúa mientras queda algo que inventar. Cuando el arte ha dado todas sus obras, la filosofía todas sus teorías, la ciencia todos sus descubrimientos, se detiene, y otra forma conquista el imperio, ó el hombre deja de pensar. Así apareció en el Renacimiento el genio artístico y poético, que, nacido en Italia y llevado á España, se extinguió aquí al cabo de siglo y medio en la extinción universal, y que, transplantado con otros caracteres á Fran-

de un modo íntegro, sino sintiendo interiormente todas sus tendencias y *viendo* interiormente todos sus efectos. Y en rigor, ese procedimiento, que es la imitación de la naturaleza, es el único por el cual podemos penetrar en la naturaleza. Shakespeare le seguía por instinto, y Goethe por método. No hay ninguno tan poderoso ni tan delicado, tan amoldado á la complejidad de las cosas y á la estructura de nuestro espíritu. No hay ninguno más á propósito para renovar nuestras ideas, para sacarnos de las fórmulas, para librarnos de los prejuicios con que la educación nos cubre, para derribar las barreras con que nos cerca el medio social. Gracias á él, Carlyle, emancipándose de las ideas oficiales inglesas, ha penetrado en la filosofía y en la ciencia de Alemania, para repensar á su modo los descubrimientos germánicos y dar una teoría original del hombre y del universo.

§ 2.º—SU PAPEL

De Alemania ha sacado Carlyle sus más grandes ideas. Allí estudió. Conoce perfectamente su literatura y su lengua. Pone esa literatura en primer término. Ha traducido el *Guillermo Meister*. Ha compuesto una larga serie de artículos críticos sobre los escritores alemanes. En este momento escribe una historia de Federico el Grande. Es el más acreditado y original de los intérpretes que han traducido el espíritu alemán en Inglaterra. No es una obra de poca cuantía, porque en una obra semejante trabaja hoy todo el mundo que piensa.

I

Desde 1780 hasta 1830, Alemania ha producido todas las ideas de nuestra edad histórica, y durante medio siglo, durante un siglo quizá, nuestro gran empeño será repensarlas. Los pensamientos que nacen y brotan en un país no dejan de propagarse á los vecinos y de injertarse en ellos durante una temporada. Lo que hoy nos sucede ha sucedido ya cien veces en el mundo; la vegetación del espíritu ha sido siempre la misma, y podemos prever para el porvenir, con alguna seguridad, lo que observamos en el pasado. En ciertos momentos aparece una *forma* de espíritu original, que produce una filosofía, una literatura, un arte, una ciencia, y que, renovando el pensamiento del hombre, renueva lenta é infaliblemente todos sus pensamientos. Todos los espíritus que investigan y descubren están en la corriente: no avanzan más que por su virtud; si se oponen á ella, se detienen; si se desvían, se atrasan; si la ayudan, van más lejos que los otros. Y el movimiento continúa mientras queda algo que inventar. Cuando el arte ha dado todas sus obras, la filosofía todas sus teorías, la ciencia todos sus descubrimientos, se detiene, y otra forma conquista el imperio, ó el hombre deja de pensar. Así apareció en el Renacimiento el genio artístico y poético, que, nacido en Italia y llevado á España, se extinguió aquí al cabo de siglo y medio en la extinción universal, y que, transplantado con otros caracteres á Fran-

cia y á Inglaterra, acabó después de cien años entre los refinamientos de los amanerados y las locuras de los sectarios, después de producir la Reforma, asegurar el libre pensamiento y fundar la ciencia. Así nació con Dryden y Malherbe el espíritu oratorio y clásico, que, habiendo producido la literatura del siglo XVII y la filosofía del XVIII, se secó bajo los sucesores de Voltaire y de Pope, y murió al cabo de doscientos años, después de haber refinado á Europa y promovido la Revolución francesa. Así se elevó á fines del siglo último el genio filosófico alemán, que, habiendo engendrado una metafísica, una teología, una poesía, una literatura, una lingüística, una exégesis y una erudición nueva, desciende en este momento á las ciencias y continúa su evolución. No ha aparecido desde hace trescientos años un espíritu más original, más universal, más fecundo en consecuencias de todos linajes, más capaz de transformarlo y rehacerlo todo. Es del mismo orden que el del Renacimiento y el de la edad clásica. Se liga, como ellos, á todas las grandes obras de la inteligencia contemporánea. Aparece, como ellos, en todos los países civilizados. Se propaga, como ellos, con el mismo fondo y bajo varias formas; es, como ellos, uno de los momentos de la historia del mundo. Se encuentra en la misma civilización y en las mismas razas. Puede, pues, conjeturarse, sin gran temeridad, que tendrá una duración y un destino semejantes. Así llegamos á fijar con alguna precisión nuestro puesto en el río infinito de los acontecimientos y de las cosas. Sabemos que estamos próximamente en medio de una de las corrientes parciales que le componen. Podemos desentrañar la forma del espíritu que le dirige, é investigar de antemano hacia qué ideas nos conduce.

II

¿En qué consiste esa forma? En el poder de descubrir las ideas generales. Ninguna nación ni edad le ha poseído en tan alto grado como esos alemanes. Es su facultad dominante; por esa fuerza han producido todo lo que han hecho. Ese don es propiamente el don de *comprender* (*begreifen*). Por su virtud se llega á concepciones totales; se reúnen bajo una idea matriz todas las partes dispersas de un asunto; se percibe bajo las divisiones de un grupo el lazo común que las une; se concilian las oposiciones; se refieren los contrastes aparentes á una unidad profunda. Es la facultad filosófica por excelencia, y la facultad filosófica es efectivamente la que, en todas sus obras, ha impreso su sello. Por ella han vivificado estudios secos que no parecían servir más que para ocupar á pedantes de academia ó de seminario. Por ella han adivinado la lógica involuntaria y primitiva que creó y organizó las lenguas, las grandes ideas ocultas en el fondo de toda obra de arte, las sordas emociones poéticas y las vagas intuiciones metafísicas que engendraron las religiones y los mitos. Por ella han percibido el espíritu de los siglos, de las civilizaciones y de las razas, y transformado en sistema de leyes la historia, que no era más que un cúmulo de hechos. Por ella han vuelto á encontrar y han renovado el sentido de los dogmas; han unido á Dios con el mundo, al hombre con la na-

turaleza, al espíritu con la materia; han reconocido el encaenamiento sucesivo y la necesidad original de las formas, cuyo conjunto constituye el universo. Por ella han creado una lingüística, una mitología, una crítica, una estética, una exégesis, una historia, una teología y una metafísica tan nuevas, que han sido ininteligibles durante mucho tiempo y no han podido expresarse más que con un lenguaje aparte. Y esa inclinación ha sido tan soberana, que ha sometido á su imperio las artes y la misma poesía. Los poetas se han hecho eruditos, filósofos; han construido sus dramas, sus epopeyas y sus odas según teorías previas y para manifestar ideas generales. Han sensibilizado tesis morales, períodos históricos; han fabricado y aplicado estéticas; no han tenido espontaneidad, ó han hecho de su espontaneidad un uso reflexivo; no han amado á sus personajes por sí propios; han acabado por transformarlos en símbolos; sus ideas filosóficas se han desbordado á cada instante del molde poético en que querían encerrarlas; todos han sido críticos (1), ocupados en construir ó reconstruir, poseedores de erudición y de métodos, guiados hacia la imaginación por el arte y el estudio, incapaces de crear seres vivos sino por ciencia y artificio, verdaderos sistemáticos que, para expresar sus concepciones abstractas, han empleado, en vez de fórmulas, las acciones de los personajes y la música de los versos.

(1) Goethe á la cabeza.

III

De esa aptitud para concebir los conjuntos no podía nacer más que una idea: la de los conjuntos. En efecto: todas las ideas elaboradas en Alemania desde hace cincuenta años se reducen á una sola: la del *desarrollo* (*entwicklung*), que consiste en representar todas las partes de un grupo como solidarias y complementarias, de modo que cada una de ellas supone las restantes, y todas juntas manifiestan en su sucesión y sus contrastes la cualidad interior que las reúne y produce. Veinte sistemas, cien divagaciones, cien mil metáforas han figurado y desfigurado diversamente esa idea fundamental. Despojada de sus envolturas, no afirma más que la mutua dependencia que une los elementos de un conjunto, y los refiere todos á alguna propiedad abstracta contenida en su interior. Si se aplica á la Naturaleza, se llega á considerar el mundo como una escala de formas y como una serie de estados, que encierran en sí mismos la razón de su sucesión y de su ser, que llevan en su naturaleza la necesidad de su caducidad y de su limitación, que componen en conjunto un todo indivisible, que, bastándose á sí mismo, agotando todas las posibilidades y enlazando todas las cosas, desde el tiempo y el espacio hasta la vida y el pensamiento, parece, por su armonía y magnificencia, algún Dios omnipotente é inmortal. Si se aplica al hombre, se llega á considerar los

sentimientos y los pensamientos como productos naturales y necesarios, encadenados entre sí como las transformaciones de un animal ó de una planta; lo que conduce á concebir las religiones, las filosofías, las literaturas, todas las concepciones y todas las emociones humanas como obligadas consecuencias de un estado de espíritu, que se las lleva consigo al desaparecer, que torna á traerlas si vuelve, y que, á poder nosotros reproducirle, nos permite reproducirlas á voluntad. He ahí las dos doctrinas que circulan al través de los escritos de los dos primeros pensadores del siglo, Hegel y Goethe. Las han utilizado por quiera como un método: Hegel, para comprender la fórmula de toda cosa; Goethe, para procurarse la visión de toda cosa. Tan profundamente imbuidos se hallan de esas doctrinas, que de ellas han sacado sus sentimientos interiores y habituales, su moral y su conducta. Pueden considerarse como los dos legados filosóficos que la Alemania moderna ha hecho al género humano.

IV

Pero esos legados no han sido puros, y esa pasión por las concepciones generales ha dañado sus propias obras con sus excesos. Es raro que nuestro espíritu pueda abarcar los conjuntos: estamos reclusos en un rincón demasiado estrecho del tiempo y del espacio; nuestros sentidos no ven más que la superficie de

las cosas; nuestros instrumentos tienen poco alcance; no experimentamos más que desde hace trescientos años; nuestra memoria es corta, y los documentos con que nos transportamos al pasado no son más que antorchas inciertas diseminadas en un campo inmenso que permiten entrever sin iluminarlo. Para unir los pequeños fragmentos que podemos alcanzar, se necesita las más de las veces suponer causas ó emplear ideas generales tan vastas, que pueden convenir á todos los hechos; se necesita recurrir á la hipótesis ó á la abstracción, inventar explicaciones arbitrarias ó perderse en vagas explicaciones. Esos son, en efecto, los dos vicios que han corrompido el pensamiento alemán. En él han menudeado la conjetura y la fórmula. Han pululado los sistemas sobreponiéndose unos á otros, hasta constituir una vegetación inextricable, donde ningún extraño se atrevía á penetrar, después de ver que cada mañana traía consigo un nuevo brote, y que el descubrimiento definitivo, proclamado la víspera, iba á ser ahogado por otro descubrimiento infalible, capaz de durar á lo sumo hasta la mañana siguiente. El público europeo se asombraba de ver tanta imaginación y tan poco juicio, pretensiones tan ambiciosas y teorías tan vacías; semejante invasión de seres quiméricos y tal derroche de abstracciones inútiles; tan extraña falta de discernimiento y tan gran lujo de sinrazón. Es que las locuras y el genio derivaban del mismo manantial; una misma facultad, desmesurada y omnipotente, producía los descubrimientos y los errores. Si hoy se mira al taller de las ideas humanas, sobrecargado y obstruido como está con sus obras, puede compararse á un alto horno, máquina monstruosa que día y noche ha llameado infatigablemente, medio oscurecida por vapores sofocantes, y donde el

mineral bruto hirvió en su día para bajar formando ardientes corrientes por los regueros donde se ha coagulado. Ninguna otra máquina hubiese podido fundir la masa informe revuelta con las escorias primitivas; para dominarla, ha sido menester esa elaboración obstinada y ese intenso calor. Hoy las corrientes inertes obstruyen el suelo; su peso desalienta á las manos que las tocan; si se las quiere amoldar á algún uso, resisten ó se rompen: tales y como se encuentran, no pueden servir; y, sin embargo, tales y como se encuentran son la materia de todo útil y el instrumento de toda obra. A nosotros nos toca refundirlas. Es menester que cada espíritu las lleve á su horno, las depure, las ablande, las reforme y saque del bloque grosero el puro metal.

Pero cada espíritu volverá á fundirlas según la estructura de su propio horno: porque toda nación tiene su genio original, en el cual modela las ideas que de otra parte recoge. Así España, en los siglos XVI y XVII, renovó con otro espíritu la pintura y la poesía italianas; los puritanos y los jansenistas vaciaron en nuevos moldes el protestantismo primitivo; los franceses del siglo XVIII ensancharon y divulgaron las ideas liberales que los ingleses habían aplicado ó propuesto en religión y en política. Lo mismo ocurre hoy. Los franceses no pueden llegar de primera intención,

como los alemanes, á las altas concepciones sintéticas. No saben andar más que paso á paso, partiendo de las ideas sensibles, elevándose poco á poco á las ideas abstractas, según los métodos progresivos y el análisis gradual de Condillac y de Descartes. Pero esa vía más lenta lleva casi tan lejos como la otra, y con la ventaja de evitar muchos pasos falsos. Por ella logremos corregir y comprender las concepciones de Hegel y de Goethe; y si miramos en torno nuestro las ideas que apuntan, notaremos que empezamos á conseguirlo ya. El positivismo, apoyado en toda la experiencia moderna, y purgado desde la muerte de su fundador de sus fantasías sociales y religiosas, ha recobrado nueva vida, contrayéndose á marcar el enlace de los grupos naturales y el encadenamiento de las ciencias establecidas. Por otra parte, la historia, la novela y la crítica, aguzadas por los refinamientos de la cultura parisiense, han hecho tocar las leyes de los acontecimientos humanos; la naturaleza se ha mostrado como un orden de hechos; el hombre, como una continuación de la naturaleza; y se ha visto á un espíritu superior, el más delicado y elevado que ha aparecido en nuestros días, exponer en estilo francés, moderando las adivinaciones alemanas, todo lo que la ciencia de los mitos, de las religiones y de las lenguas almacena al otro lado del Rhin desde hace sesenta años (1).

(1) M. Renán.

VI

El paso á Inglaterra es más difícil, porque allí es menor la aptitud para las ideas generales, y mayor la desconfianza que inspiran; allí se rechaza de buenas á primeras todo lo que, de cerca ó de lejos, parece atentatorio á la moral práctica ó al dogma corriente. El espíritu positivo parece deber excluir todas las ideas alemanas; y, sin embargo, el espíritu positivo es el que las introduce. Por ejemplo: los teólogos (1), queriendo representarse con completa claridad y certidumbre los personajes del Nuevo Testamento, han suprimido la aureola y las nebulosidades en que los envolvía la distancia; se los han figurado con sus trajes, con sus ademanes, con su acento, con todos los matices de sentimiento que estampó su estilo, con el género de imaginación que su siglo les impuso, entre los paisajes que contemplaron, entre los monumentos ante los cuales hablaban, con todas las circunstancias físicas ó morales que la erudición y los viajes pueden hacer sensibles, con todos los caracteres que la fisiología y la psicología modernas pueden sugerir; nos han dado de ellos una idea precisa y probada, coloreada y gráfica; los han visto, no al través de las ideas y como mitos, sino cara á cara y como hombres. Han aplicado á la exégesis el arte de Macaulay, y si toda

(1) Principalmente Mr. Stanley y Mr. Jowett.

la erudición alemana pudiese pasar por ese crisol, tendría doble solidez y doble precio.

Pero hay otro camino, puramente germánico, por el cual pueden hacerse inglesas las ideas alemanas. Es el que ha tomado Carlyle; por él se corresponden en los dos países la religión y la poesía; por él son hermanas las dos naciones. El sentido de las cosas internas (*insight*) está en la raza, y ese sentido es una especie de adivinación filosófica. En caso de necesidad, el corazón hace veces de cerebro. El hombre inspirado, apasionado, penetra en el interior de las cosas; percibe las causas por la sacudida que le producen; abraza los conjuntos gracias á la lucidez y á la velocidad de su imaginación creadora; descubre la unidad de un grupo por la unidad de la emoción que de él recibe. Porque, no bien creáis, sentís en vosotros mismos la fuerza que obra en las cosas á que se aplica vuestro pensamiento; vuestra simpatía os revela su significación y su lazo; la intuición es un análisis acabado y vivo; los poetas y los profetas, Shakespeare y Dante, San Pablo y Lutero, fueron, sin quererlo, teóricos sistemáticos, y sus visiones encierran concepciones generales del hombre y del universo. El misticismo de Carlyle es un poder del mismo linaje. Traduce en estilo poético y religioso la filosofía alemana. Habla, como Fichte, «de la idea divina del mundo, de la realidad que yace en el fondo de toda apariencia». Habla, como Goethe, «del espíritu que teje eternamente el ropaje vivo de la Divinidad». Emplea sus metáforas; sólo que las toma al pie de la letra. El considera como un ser misterioso y sublime el Dios que consideran ellos como una forma ó como una ley. El concibe, á favor de la exaltación, del ensimismamiento doloroso, del sentimiento confuso del enlace de los

seres, esa unidad de la naturaleza que ellos desentrañan á fuerza de razonamientos y de abstracciones. He ahí un último camino, aunque escarpado y poco frecuentado sin duda, para alcanzar las cumbres adonde se lanzó de golpe el pensamiento alemán. El análisis metódico unido á la coordinación de las ciencias positivas; la crítica francesa refinada por el gusto literario y por la observación mundana; la crítica inglesa apoyada en el sano sentido práctico y la intuición positiva; y, por último, en un rincón apartado, la imaginación simpática y poética: he ahí los cuatro caminos por donde el espíritu humano marcha hoy para reconquistar las sublimes alturas á que se creía transportado y que ha perdido. Todos esos caminos llevan á la misma cumbre, pero hacia puntos de vista diferentes. El que ha seguido Carlyle, como el más lejano, le ha conducido á la perspectiva más extraña. Voy á dejarle hablar á él, para que diga al lector lo que ha visto.

§ 3.º—SU FILOSOFÍA, SU MORAL Y SU CRÍTICA.

«No es esto una metafísica, ni ninguna otra ciencia abstracta nacida de la cabeza solamente, sino una filosofía de la vida, que tiene su origen también en el corazón y habla al corazón.» Carlyle ha contado, bajo el nombre de Teufelsdröckh, toda la serie de emociones que á ella conducen. Son las de un puritano moderno; son las dudas, las desesperaciones, los combates interiores, las exaltaciones y dolores por cuyo influjo llegaban á la fe los antiguos puritanos: es su fe

bajo otras formas. En él, como en ellos, el hombre espiritual é interior se desprende del hombre exterior y carnal; discierne el deber al través de las solicitaciones del placer; descubre á Dios al través de las apariencias de la naturaleza, y, más allá del mundo y de los instintos sensibles, vislumbra un mundo y un instinto sobrenaturales.

I

La característica de Carlyle, como de todo místico, es ver un doble sentido en todas las cosas. Para él, los textos y los objetos son susceptibles de dos interpretaciones: una grosera, asequible á todos, buena para la vida usual; otra sublime, accesible á algunos, adecuada á la vida superior. «¿Qué es el hombre (dice) á los ojos de la lógica vulgar? Un bípedo omnívoro que lleva pantalones. ¿Qué es á los ojos de la razón pura? Un alma, un espíritu, una aparición divina.» «Bajo esa vestidura de carne se esconde un yo misterioso... Se esconde profundamente bajo esa extraña vestidura, entre los sonidos, los colores y las formas, como en una envoltura y mortaja. Y, sin embargo, es una vestidura tejida en los cielos y digna de Dios (1).» «Porque la materia es espíritu, manifestación del espíritu. ¿Qué es lo visible sino un ropaje, una vestidura de algo superior é invisible, inimaginable y sin forma,

(1) *Sartor*, páginas 75, 76, 83 y 259.

seres, esa unidad de la naturaleza que ellos desentrañan á fuerza de razonamientos y de abstracciones. He ahí un último camino, aunque escarpado y poco frecuentado sin duda, para alcanzar las cumbres adonde se lanzó de golpe el pensamiento alemán. El análisis metódico unido á la coordinación de las ciencias positivas; la crítica francesa refinada por el gusto literario y por la observación mundana; la crítica inglesa apoyada en el sano sentido práctico y la intuición positiva; y, por último, en un rincón apartado, la imaginación simpática y poética: he ahí los cuatro caminos por donde el espíritu humano marcha hoy para reconquistar las sublimes alturas á que se creía transportado y que ha perdido. Todos esos caminos llevan á la misma cumbre, pero hacia puntos de vista diferentes. El que ha seguido Carlyle, como el más lejano, le ha conducido á la perspectiva más extraña. Voy á dejarle hablar á él, para que diga al lector lo que ha visto.

§ 3.º—SU FILOSOFÍA, SU MORAL Y SU CRÍTICA.

«No es esto una metafísica, ni ninguna otra ciencia abstracta nacida de la cabeza solamente, sino una filosofía de la vida, que tiene su origen también en el corazón y habla al corazón.» Carlyle ha contado, bajo el nombre de Teufelsdröckh, toda la serie de emociones que á ella conducen. Son las de un puritano moderno; son las dudas, las desesperaciones, los combates interiores, las exaltaciones y dolores por cuyo influjo llegaban á la fe los antiguos puritanos: es su fe

bajo otras formas. En él, como en ellos, el hombre espiritual é interior se desprende del hombre exterior y carnal; discierne el deber al través de las solicitaciones del placer; descubre á Dios al través de las apariencias de la naturaleza, y, más allá del mundo y de los instintos sensibles, vislumbra un mundo y un instinto sobrenaturales.

I

La característica de Carlyle, como de todo místico, es ver un doble sentido en todas las cosas. Para él, los textos y los objetos son susceptibles de dos interpretaciones: una grosera, asequible á todos, buena para la vida usual; otra sublime, accesible á algunos, adecuada á la vida superior. «¿Qué es el hombre (dice) á los ojos de la lógica vulgar? Un bípedo omnívoro que lleva pantalones. ¿Qué es á los ojos de la razón pura? Un alma, un espíritu, una aparición divina.» «Bajo esa vestidura de carne se esconde un yo misterioso... Se esconde profundamente bajo esa extraña vestidura, entre los sonidos, los colores y las formas, como en una envoltura y mortaja. Y, sin embargo, es una vestidura tejida en los cielos y digna de Dios (1).» «Porque la materia es espíritu, manifestación del espíritu. ¿Qué es lo visible sino un ropaje, una vestidura de algo superior é invisible, inimaginable y sin forma,

(1) *Sartor*, páginas 75, 76, 83 y 259.

oscurecido por el exceso mismo de su brillo?... Todas las cosas visibles son emblemas: lo que tú ves no está allí por cuenta propia; hablando propiamente, allí no hay nada. La materia sólo existe espiritualmente para representar y corporalizar alguna idea. ¿No se ve obligada la imaginación á tejer vestiduras, cuerpos visibles, por cuya virtud se revelan, como si fuesen espíritus, y se hacen omnipotentes, las inspiraciones y las creaciones invisibles de nuestra razón?» El lenguaje, la poesía, las artes, la Iglesia, el Estado, no son más que símbolos. «Símbolos, pues, guían y dirigen al hombre, y le hacen feliz ó desgraciado; símbolos, reconocidos como tales ó no, le envuelven por doquiera. ¿No es simbólico todo lo que hace? ¿No es su vida una revelación sensible del don de Dios, de la fuerza mística que en él existe?» Remontémonos más aún, y miremos al tiempo y al espacio, esos dos abismos que nada parece poder colmar ni destruir, y sobre los cuales flotan nuestra vida y nuestro universo. «No son más que las formas de nuestro pensamiento... No hay tiempo ni espacio; no son más que grandes apariencias», envolturas de nuestro pensamiento y de nuestro mundo. Nuestra raíz está en la eternidad; parece que nacemos y morimos, pero realmente *somos*. «Sabe bien que sólo han perecido y son perecederas las sombras del tiempo, que la sustancia real de todo lo que fué y de todo lo que es existe en este momento mismo y por siempre.» Tales y como nos vemos, con nuestra carne y nuestros sentidos, nos creemos sólidos; pero toda esa exterioridad no es más que un fantasma. «Estos miembros (1), esta fuerza tempestuosa, esta sangre viva con sus pasiones ardientes, no son más que polvo y

(1) *Sartor*, páginas 313 y 412.

sombras, un sistema de sombras reunidas en torno de nuestro yo. Dentro de ellas gritamos y vociferamos en nuestras disputas y acres recriminaciones de lechuzas chillonas; pasamos siniestros y débiles y medrosos, ó aullamos y nos revolvemos en nuestra loca danza de la muerte, hasta que el olor de la mañana nos restituye á nuestra morada silenciosa, y la noche, poblada de sueños, se despierta, trocándose en día.»

«¿Qué hay, pues, debajo de todas estas vanas apariencias? ¿Qué ser inmóvil es ese que tiene por «ropaje variable y vivo» la naturaleza?»—Nadie lo sabe; si el corazón le adivina, la mente no le percibe. «La creación se extiende ante nosotros como un glorioso arco iris; pero el sol á que se debe queda atrás, fuera de nuestra vista.» Tenemos el sentimiento, pero no la idea de él. Sentimos que ese universo es bello y terrible; «pero su esencia permanecerá siempre sin nombre (2)». No nos queda sino caer de hinojos ante esa cara velada; el estupor y la adoración son nuestra verdadera actitud. «La ciencia sin veneración es estéril, quizá venenosa. El hombre que no puede venerar, que no sabe venerar y adorar habitualmente, así fuese presidente de cien Sociedades Reales y llevase en su cabeza toda la Mecánica celeste y toda la filosofía de Hegel y el compendio de todos los laboratorios y observatorios con sus resultados, no es más que un par de lentes sin ojos. Vuestros institutos, vuestras academias de ciencias luchan denodadamente, y, entre la infinidad de jeroglíficos inextricablemente amontonados y entrelazados, recogen, mediante diestras combinaciones, algunas letras en escritura vulgar, que

(2) *Pasado y presente*, pág. 76.—*Sartor*, páginas 78, 304 y 314.

juntan para formar una ó dos recetas económicas muy útiles en la práctica.» Pero, ¿creen por ventura «que la naturaleza no es más que un montón de recetas de ese linaje, algún enorme libro de cocina?» Quitate las telarañas de los ojos, y mira. «Verás que este sublime universo, en la menor de sus provincias, es, á la letra, la ciudad estrellada de Dios; que al través de cada estrella, al través de cada brizna de hierba, y sobre todo al través de cada alma viva, irradia la gloria de un Dios presente. Generación tras generación, la humanidad toma la forma de un cuerpo, y, saliendo de la noche cimeria, aparece con una misión del cielo. Después tórnase el enviado celeste, cae su vestidura de tierra, y no tarda en ser, para los mismos sentidos, una sombra desvanecida. Así, como una artillería celeste flameante y tonante, esa misteriosa humanidad truena y llamea en grandiosas filas, en rápidas sucesiones, al través del abismo desconocido. Así, como un ejército de espíritus inflamados, creados por Dios, salimos del vacío, nos precipitamos tormentosamente al través de la tierra y volvemos á hundirnos en el vacío. Pero ¿de dónde venimos? ¡Oh cielo! ¿A dónde vamos? Los sentidos no responden; la fe no responde; sólo sabemos que caminamos de un misterio á otro, de Dios á Dios.»

II

Esa vehemente poesía religiosa, impregnada de reminiscencias de Milton y de Shakespeare, no es más que una *transcripción* inglesa de las ideas alemanas.

Hay una regla fija para *transportar*, es decir, para convertir unas en otras las ideas de un positivista, de un panteísta, de un espiritualista, de un místico, de un poeta, de una cabeza de imágenes y una cabeza de fórmulas. Se pueden notar todos los pasos por donde la simple concepción filosófica llega al estado extremo y violento. Tomad el mundo tal y como le muestran las ciencias: es un grupo regular, ó, si se quiere, una serie que tiene su ley; según las ciencias, no es nada más. Como de la ley se deduce la serie, podéis decir que la engendra, y considerar esa ley como una fuerza. Si sois artistas, abrazaréis de una vez la fuerza, la serie de los efectos y la bella regularidad con que la fuerza produce la serie. Para mí, esta representación simpática es la más exacta y completa de todas; el conocimiento es limitado, mientras no avanza hasta ahí, y cabal, cuando llega ahí. Pero más allá principian los fantasmas que el espíritu crea y con los cuales se engaña á sí mismo. Si tenéis un poco de imaginación, haréis de esa fuerza un ser independiente, situado fuera del alcance de la experiencia, un ser espiritual, principio y sustancia de las cosas sensibles. He ahí un ser metafísico. Añadid un grado más á vuestra imaginación y á vuestro entusiasmo, y diréis que ese espíritu, situado fuera del tiempo y del espacio, se manifiesta en el tiempo y el espacio, que subsiste en todas las cosas, que anima todas las cosas, que en él tenemos el movimiento, el ser y la vida. Llegad hasta el fin en la visión y en el éxtasis, y declararéis que ese principio es lo único real, que lo restante es pura apariencia. Desde entonces os veis privados de todos los medios de definirle; no podéis afirmar sino que es la fuente de las cosas y que no puede afirmarse nada de él; le consi-

sideráis como un abismo grandioso é insondable; para llegar á él buscáis otra vía que las ideas claras; preconizáis el sentimiento, la exaltación. Si sois de temperamento triste, le buscáis dolorosamente, como los sectarios, entre prosternaciones y angustias. Por esa escala de transformaciones, la idea general se hace un ser poético, luego un ser filosófico, después un ser metafísico; y la metafísica alemana, concentrada y caldeada, se encuentra convertida en puritanismo inglés.



Lo que distingue á ese misticismo de los demás es que es práctico. El puritano se preocupa, no sólo de lo que debe creer, sino de lo que debe hacer; quiere una respuesta á sus dudas, pero ante todo una regla de conducta; le atormenta la conciencia de su ignorancia, pero también el horror de sus vicios; busca á Dios, pero al mismo tiempo busca el deber. A sus ojos, los dos forman una sola cosa; el sentido moral es el promovedor y el guía de la filosofía. «¿Es que no hay Dios, ó que no hay, á lo sumo, más que un Dios ocioso, sentado desde el primer sabbath á la puerta de su universo, mirando cómo marchan las cosas? ¿No significa nada la palabra *deber*? ¿Es que lo que llamamos deber no es un mensajero divino y un guía, sino un fantasma terrestre y engañoso, fabricado con el deseo y el miedo, con las emanaciones de la

horca y del lecho celeste del doctor Graham? ¡La felicidad de una conciencia satisfecha! ¿Por ventura Pablo de Tarso, á quien la admiración de los hombres ha declarado santo, no reconocía que era el primero de los pecadores? Y Nerón de Roma, el espíritu jovial, ¿no pasaba mucho tiempo tocando la lira? ¡Desgraciado majador de palabras y molendero de razones, que en tu molino lógico posees un mecanismo terreno para lo divino mismo, y quisieras extraerme la virtud de las cáscaras del placer, yo te digo que no!» Hay en nosotros un instinto que dice que no. Descubrimos en nosotros «algo más alto que el amor á la felicidad»: el amor al sacrificio. He ahí la parte divina de nuestra alma. En ella y por ella reconocemos al Dios que, de otra suerte, permanecería siempre oculto para nosotros. Por ella penetramos en un mundo desconocido y sublime. Hay un estado extraordinario en que el alma sale del egoísmo, renuncia al placer, no se preocupa ya de sí misma, adora el dolor y comprende la santidad. Ese oscuro *más allá*, que los sentidos no alcanzan, que la razón no puede definir, que la imaginación figura como un rey y como una persona, es la santidad, es lo sublime. Allí habita el héroe. «Allí vive (1), en esa esfera interior de las cosas, en la verdad, en lo divino, en lo eterno que siempre existe, invisible para la multitud, bajo lo temporal y lo trivial; allí está su ser: su vida es un fragmento del corazón inmortal de la naturaleza (2)». La virtud es una revelación; el heroísmo es una luz; la conciencia una filosofía; y ese misticismo puede resumirse diciendo que, para Carlyle, Dios es un misterio cuyo único nombre es el ideal.

(1) *Sobre los héroes*, páginas 244, 71.

(2) *Ibid.*, pág. 245.

IV

Esa facultad de percibir el sentido interior de las cosas y esa disposición á buscar en las cosas el sentido moral, han producido todas sus doctrinas, empezando por su cristianismo. Ese cristianismo es muy libre; Carlyle toma la religión á la alemana, de una manera simbólica. Por eso se le llama panteísta: lo que en buen francés moderno significa loco ó malvado. En Inglaterra también se le exorcisa. Su amigo Stirling le envía largas disertaciones para atraerle al Dios personal. A cada instante hiere en lo vivo á los teólogos, que hacen de la causa primitiva un arquitecto ó un administrador. Les ofende mucho más aún cuando toca al dogma: considera el cristianismo como un mito, cuya esencia es «la adoración del dolor. Su templo, fundado hace diez y ocho siglos, yace ahora en ruinas, cubierto de vegetaciones parásitas, habitado por criaturas dolientes. Avanza, sin embargo: en una cripta baja, cuyos arcos se componen de fragmentos que amenazan desplomarse, encontrarás aún el altar y la lámpara sagrada que arde eternamente». Pero sus guardianes no la conocen ya. Una prendería de decoraciones oficiales la oculta á las miradas de los hombres. La Iglesia protestante del siglo XIX, como la católica del XVI, necesita una reforma. Nos hace falta un nuevo Lutero. «Porque la Iglesia (dice en su libro del *Sastre*) es el vestido, el tejido espiritual é interior, que administra

la vida y la cálida circulación á todo el resto; sin él acabarían por evaporarse y aniquilarse el cadáver y hasta el polvo de la sociedad. Sin embargo, en nuestro tiempo, esos hábitos eclesiásticos se han roto miserablemente por los codos. Cosa peor aún: los más se han reducido á simples formas vanas, á máscaras bajo las cuales no alienta ya ninguna cara viva, ningún espíritu, donde no hay más que arañas é inmundos escarabajos, atrafagados en horrible montón. Y esa máscara fija aún en vosotros sus ojos de vidrio, con un lúgubre simulacro de vida. Desde hace una ó dos generaciones la religión se ha retirado de ella, y en rincones que nadie ve se teje silenciosamente nuevos vestidos, con que volverá á presentarse para reanimarnos á nosotros, á nuestros hijos ó á nuestros nietos.» Una vez reducido el cristianismo al sentimiento de la abnegación, las otras religiones recobran de rechazo su dignidad y su importancia. Son, como el cristianismo, formas de la religión universal. «Todas encierran una verdad; de otro modo, no las hubiesen abrazado los hombres (1).» No son una impostura de charlatanes ni un juego de imaginaciones poéticas. Son una visión más ó menos turbia del misterio augusto é infinito que hay en el fondo del universo. «El más grosero pagano que adoró la estrella Canopea ó la piedra negra de la Caaba veía allí una belleza, un sentido divino... Canopea, brillando sobre el desierto con su fulgor de diamante azulado (ese extraño fulgor azulado que parece el de un espíritu), penetraba hasta el corazón del salvaje ismaelita á quien guiaba al través del desierto vacío. Para aquel corazón salvaje, en posesión de todos los sentimientos y sin lenguaje para ninguno, aquella estrella Canopea

(1) *Sobre los héroes*, 6, 191-192, 14, 217.—*Pasado y presente*.

podía parecer un ojo diminuto que le miraba desde lo más profundo de la eternidad y le revelaba el esplendor interior.» El culto del gran Lama, el papismo mismo, interpretan á su modo el sentimiento de lo divino; por eso hasta el papismo es respetable. «Que dure (esto es harto atrevido en Inglaterra), que dure mientras pueda guiar una vida piadosa.» Se le llama idolatría; es indiferente. ¿Qué es un ídolo sino un símbolo, una cosa vista ó imaginada, que representa lo divino? «Todas las religiones son símbolos. El puritano más riguroso tiene su confesión de fe, su representación intelectual de las cosas divinas. Todas las creencias, las liturgias, las formas religiosas, las concepciones de que se reviste el sentimiento religioso, son en este sentido *ídolos*, cosas vistas. Todo culto debe cumplirse mediante símbolos, mediante ídolos; podemos decir que toda idolatría es comparativa, y que la peor idolatría no es más que una idolatría mayor.» La única detestable es la huérfana de sentimiento, la que no consiste más que en ceremonias aprendidas, en repetición maquinal de oraciones, en profesión de fórmulas no entendidas. La veneración profunda de un monje del siglo XII, prosternado ante las reliquias de San Edmundo, valía más que la piedad decorativa y la fría religión filosófica de un protestante de hoy. Sea el que quiera el culto, el sentimiento es el que le comunica toda su virtud. Y ese sentimiento es el sentimiento moral. «El único fin, la única esencia, el único uso de toda religión pasada, presente ó futura, es conservar viva y ardiente nuestra conciencia moral, que es nuestra luz interior. Toda religión ha venido para recordarnos más ó menos bien lo que sabemos ya más ó menos bien: la diferencia absolutamente *infinita* que existe entre un hombre bueno y un hombre malo; para mandarnos amar al uno infi-

nitamente, aborrecer y evitar al otro infinitamente, esforzarnos infinitamente en ser el uno y no ser el otro (1).» «Toda religión que no lleva á la acción, al trabajo, puede irse á habitar entre los brahmanes, entre los antinomianos, ó donde le plazca; en mí no tiene cabida (2).» En V., perfectamente; pero la tiene en otras partes. Tocamos aquí el carácter inglés y estrecho de esa concepción alemana tan amplia. Hay muchas religiones que no son morales, y muchas más aún que no son prácticas. Carlyle quiere reducir el corazón del hombre al sentimiento inglés del deber, y la imaginación del hombre al sentimiento inglés del respeto. La mitad de la poesía humana se sustrae á su alcance: porque, si una porción de nosotros mismos nos eleva hasta la abnegación y la virtud, otra porción nos lleva al goce y al placer. El hombre es tan pagano como cristiano; la naturaleza tiene dos caras; varias razas—la India, Grecia, Italia—no han comprendido más que la segunda, y no han tenido por religiones más que la adoración de la fuerza desenfrenada y el éxtasis de la imaginación grandiosa, ó bien aun la admiración de la forma armoniosa, con el culto de la voluptuosidad, de la belleza y de la felicidad.

V

Su crítica de las obras literarias tiene el mismo calor y la misma violencia, la misma extensión y los

(1) *Pasado y presente*, pág. 305.

(2) *Ibid.*, pág. 270.

podía parecer un ojo diminuto que le miraba desde lo más profundo de la eternidad y le revelaba el esplendor interior.» El culto del gran Lama, el papismo mismo, interpretan á su modo el sentimiento de lo divino; por eso hasta el papismo es respetable. «Que dure (esto es harto atrevido en Inglaterra), que dure mientras pueda guiar una vida piadosa.» Se le llama idolatría; es indiferente. ¿Qué es un ídolo sino un símbolo, una cosa vista ó imaginada, que representa lo divino? «Todas las religiones son símbolos. El puritano más riguroso tiene su confesión de fe, su representación intelectual de las cosas divinas. Todas las creencias, las liturgias, las formas religiosas, las concepciones de que se reviste el sentimiento religioso, son en este sentido *ídolos*, cosas vistas. Todo culto debe cumplirse mediante símbolos, mediante ídolos; podemos decir que toda idolatría es comparativa, y que la peor idolatría no es más que una idolatría mayor.» La única detestable es la huérfana de sentimiento, la que no consiste más que en ceremonias aprendidas, en repetición maquinal de oraciones, en profesión de fórmulas no entendidas. La veneración profunda de un monje del siglo XII, prosternado ante las reliquias de San Edmundo, valía más que la piedad decorativa y la fría religión filosófica de un protestante de hoy. Sea el que quiera el culto, el sentimiento es el que le comunica toda su virtud. Y ese sentimiento es el sentimiento moral. «El único fin, la única esencia, el único uso de toda religión pasada, presente ó futura, es conservar viva y ardiente nuestra conciencia moral, que es nuestra luz interior. Toda religión ha venido para recordarnos más ó menos bien lo que sabemos ya más ó menos bien: la diferencia absolutamente *infinita* que existe entre un hombre bueno y un hombre malo; para mandarnos amar al uno infi-

nitamente, aborrecer y evitar al otro infinitamente, esforzarnos infinitamente en ser el uno y no ser el otro (1).» «Toda religión que no lleva á la acción, al trabajo, puede irse á habitar entre los brahmanes, entre los antinomianos, ó donde le plazca; en mí no tiene cabida (2).» En V., perfectamente; pero la tiene en otras partes. Tocamos aquí el carácter inglés y estrecho de esa concepción alemana tan amplia. Hay muchas religiones que no son morales, y muchas más aún que no son prácticas. Carlyle quiere reducir el corazón del hombre al sentimiento inglés del deber, y la imaginación del hombre al sentimiento inglés del respeto. La mitad de la poesía humana se sustrae á su alcance: porque, si una porción de nosotros mismos nos eleva hasta la abnegación y la virtud, otra porción nos lleva al goce y al placer. El hombre es tan pagano como cristiano; la naturaleza tiene dos caras; varias razas—la India, Grecia, Italia—no han comprendido más que la segunda, y no han tenido por religiones más que la adoración de la fuerza desenfrenada y el éxtasis de la imaginación grandiosa, ó bien aun la admiración de la forma armoniosa, con el culto de la voluptuosidad, de la belleza y de la felicidad.

V

Su crítica de las obras literarias tiene el mismo calor y la misma violencia, la misma extensión y los

(1) *Pasado y presente*, pág. 305.

(2) *Ibid.*, pág. 270.

mismos límites, el mismo principio y las mismas conclusiones que su crítica de las obras religiosas. Ha introducido en ella las grandes ideas de Hegel y de Goethe, sometiéndolas á la estrecha disciplina de la conciencia puritana (1). Considera al poeta, al escritor, al artista, «como un intérprete de la idea divina que late en el fondo de toda apariencia, como un revelador de lo infinito», como un representante de su siglo, de su nación, de su edad; reconocéis aquí todas las fórmulas germánicas. Esas fórmulas significan que el artista discierne y expresa mejor que nadie los rasgos salientes y durables del mundo que le rodea; de modo que puede extraerse de su obra una teoría del hombre y de la naturaleza, al par que una pintura de su raza y de su tiempo. Ese descubrimiento ha renovado la crítica. Carlyle le debe sus mejores puntos de vista, sus lecciones sobre Shakespeare y sobre Dante, sus estudios sobre Goethe, sobre Johnson, sobre Burns y sobre Rousseau. En esto, y por una pendiente natural, ha venido á ser el heraldo de la literatura alemana; se ha hecho el apóstol de Goethe; le ha ensalzado con fervor de neófito, hasta el punto de cegarse; le llama héroe; ofrece su vida como ejemplo á todos los hombres de nuestro siglo; no quiere ver su paganismo, tan visible, pero tan repulsivo para un puritano. Por otro efecto de las mismas causas, ha hecho de Juan Pablo, el bufón afectado, el humorista extravagante, «un gigante», una especie de profeta; ha colmado de elogios á Novalis y á los soñadores místicos; ha puesto al demócrata Burns por encima de Byron, y ha exaltado al pedante Johnson. Su principio es que en una obra del espíritu la forma es poca cosa; lo

(1) *Sobre los héroes*, páginas 129, 245.—*Misceláneas*.

único importante es el fondo. Desde el instante en que un hombre tiene un sentimiento profundo, una convicción enérgica, su libro es bello. Un escrito, sea el que quiera, no hace más que manifestar un alma. Si esa alma es seria; si la remueven íntima y habitualmente los graves pensamientos que deben preocupar á un alma; si ama el bien; si posee abnegación; si se consagra con todas sus fuerzas, sin miras ocultas de interés ó de amor propio, á publicar la verdad que descubre, ha llegado á la meta. No nos hace ninguna falta el talento, ni que nos halaguen con bellas formas; nuestro objeto único es encontrarnos cara á cara con lo sublime; todo el destino del hombre es sentir el heroísmo; la poesía y las artes no tienen otra misión ni otro mérito. Véase hasta qué grado y con qué exceso participa Carlyle del sentimiento germánico, por qué le gustan los místicos, los humoristas, los profetas, los escritores iliteratos y hombres de acción, todos los que violentan la belleza regular por ignorancia, por brutalidad, por locura ó intencionalmente. Llega hasta disculpar la retórica de Johnson, porque Johnson fué leal y sincero; no distingue en él al literato del hombre práctico; deja de ver al declamador clásico, extraña mezcolanza de Escaligero, de Boileau y de La Harpe, engalanado majestuosamente con los desechos ciceronianos, para no mirar más que al hombre religioso y convencido. Semejante costumbre cierra los ojos para la mitad de las cosas. Carlyle habla con desdeñosa indiferencia (1) del *dilettantismo* moderno; parece despreciar á los pintores; no admite la belleza sensible. Atento por entero á los escritores, hace caso omiso de las artistas. En efecto: la fuente de las artes es el sen-

(1) *Vida de Sterling*.
Historia.

timiento de la forma, y los más grandes artistas, los italianos, los griegos, no conocieron, como sus sacerdotes y sus poetas, más que la belleza de la voluptuosidad y de la fuerza. A eso se debe también que no tenga afición á la literatura francesa. Ese orden exacto, esas bellas proporciones, esa perpetua preocupación de lo agradable y de lo conveniente, esa arquitectura armoniosa de ideas claras y enlazadas, esa delicada pintura de la sociedad, esa perfección del estilo, nada de lo que nos caracteriza hace impresión en él. Su modo de entender la vida se halla demasiado lejos del nuestro. Por más que trate de comprender á Voltaire, no consigue más que difamarle (1). «No hay un gran pensamiento en sus treinta y seis volúmenes... Su mirada se detiene en la superficie de la naturaleza; el gran Todo, con su belleza y su misteriosa grandeza infinita, no se le ha revelado jamás un solo instante; ha mirado y notado solamente tal ó cual átomo, y sus diferencias y discrepancias... Su teoría del mundo, su pintura del hombre y de la vida del hombre es mezquina, hasta deplorable para un poeta y un filósofo. Lee la historia, no con los ojos de un vidente piadoso ni aun de un crítico, sino con un simple par de anteojos anticatólicos. La historia no es para él un drama grandioso, representado en el teatro de lo infinito, con los soles por luces y la eternidad por fondo... sino una pobre é insípida disputa de club, prolongada durante diez siglos entre la *Enciclopedia* y la Sorbona. El universo de Dios es un patrimonio de San Pedro un poco más grande que el otro, de donde sería agradable y excelente expulsar al Papa... La alta alabanza de haber perseguido un fin justo ó noble no puede concedér-

(1) *Misceláneas*, páginas 11, 121, 148.

sele sin muchas reservas, y aun puede negársele con bastantes visos de razón. La fuerza que necesitaba no era noble ni grande, sino pequeña, y en ciertos respectos, de baja estofa. Lo que hay es que la usa con destreza y acierto. Para levantar el templo de Efeso, fué menester el trabajo de muchas cabezas inteligentes y de muchos brazos robustos, durante vidas enteras; y ese mismo templo ha podido ser destruido por un loco en una hora.» He ahí palabras un poco fuertes; no las emplearemos así nosotros. Sólo diré que, si alguien juzgase á Carlyle como francés, al modo que él juzga á Voltaire como inglés, haría un retrato de Carlyle diferente del que yo procuro trazar.

VI

Ese comercio de denigraciones estaba en vigor hace cincuenta años; es probable que dentro de cincuenta años haya cesado por completo. Empezamos á comprender la seriedad de los puritanos; quizá los ingleses acabarán por comprender la alegría de Voltaire; nosotros procuramos gustar á Shakespeare; ellos tratarán sin duda de gustar á Racine. Goethe, el maestro de todos los espíritus modernos, supo gustar á los dos (1). Es menester que el crítico añada á su alma natural y nacional cinco ó seis almas artificiales y adquiridas, y que su simpatía flexible le penetra de sentimientos extinguidos ó extraños. El mejor fruto de la

(1) Véase este doble elogio en *Guillermo Meister*.

crítica es desprendernos de nosotros mismos, obligarnos á tomar en consideración el medio en que vivimos, y enseñarnos á desentrañar las cosas al través de las apariencias pasajeras con que nuestro carácter y nuestro siglo no dejan jamás de revestirlas. Cada cual las mira con anteojos de diverso alcance y color, y nadie puede alcanzar la verdad sino teniendo en cuenta la forma y el tinte que la estructura de sus lentes impone á los objetos percibidos. Hasta aquí hemos disputado, diciendo unos que las cosas son verdes, otros que son amarillas, otros que rojas, y acusando cada cual al vecino de ver mal y proceder de mala fe. Ahora resulta que aprendemos al cabo la óptica moral; descubrimos que el color no está en los objetos, sino en nosotros mismos; perdonamos á nuestros vecinos el ver de otra manera que nosotros; reconocemos que deben ver rojo lo que nos parece azul, verde lo que nos parece amarillo; hasta podemos definir la especie de anteojos que producen el amarillo y la especie de anteojos que producen el verde, adivinar sus efectos según su naturaleza, predecir á la gente el tinte con que le aparecerá el objeto que va á presentárseles, construir de antemano el sistema de todo espíritu, y quizá emanciparnos un día de todo sistema. «Como poeta, decía Goethe, soy politeísta; como naturalista, panteísta; como ser moral, deísta; y, para expresar mi sentir, necesito todas esas formas.» En efecto: todos esos anteojos son buenos, porque todos nos muestran algún aspecto nuevo de las cosas. Lo importante es tener, no uno, sino varios; usar cada uno en el momento conveniente; hacer abstracción de su color privativo; saber que detrás de esos millares de tintas móviles y poéticas, la óptica no comprueba más que cambios regidos por una ley.

§ 4.— SU CONCEPCIÓN DE LA HISTORIA

I

«La historia universal (1), dice Carlyle, la historia de lo que el hombre ha hecho en el mundo, es en el fondo la historia de los grandes hombres que han trabajado aquí abajo. Esos grandes hombres fueron los guías de los pueblos, los modeladores, los modelos, y, en un amplio sentido, los creadores de cuanto ha llegado á hacer ó alcanzar la masa de los hombres considerados en conjunto. Todas las cosas que vemos cumplidas en el mundo son propiamente el resultado material exterior, la realización práctica y la encarnación de los pensamientos que habitaron en los grandes hombres enviados al mundo. El alma de la historia entera del mundo sería la historia de ellos (2). Sean lo que fueren—poetas, reformadores, escritores, hombres de acción, reveladores,—á todos les da un carácter místico. «El héroe es un mensajero enviado del fondo del misterioso Infinito con noticias para nosotros... Procede de la sustancia interior de las cosas. Allí vive y debe vivir en comunión cotidiana... Viene del corazón del mundo, de la realidad primordial de las cosas; la inspiración del Omnipotente le da

(1) *Sobre los héroes*, t. 1, pág. 71.

(2) *Ibd.*, pág. 1.

crítica es desprendernos de nosotros mismos, obligarnos á tomar en consideración el medio en que vivimos, y enseñarnos á desentrañar las cosas al través de las apariencias pasajeras con que nuestro carácter y nuestro siglo no dejan jamás de revestirlas. Cada cual las mira con anteojos de diverso alcance y color, y nadie puede alcanzar la verdad sino teniendo en cuenta la forma y el tinte que la estructura de sus lentes impone á los objetos percibidos. Hasta aquí hemos disputado, diciendo unos que las cosas son verdes, otros que son amarillas, otros que rojas, y acusando cada cual al vecino de ver mal y proceder de mala fe. Ahora resulta que aprendemos al cabo la óptica moral; descubrimos que el color no está en los objetos, sino en nosotros mismos; perdonamos á nuestros vecinos el ver de otra manera que nosotros; reconocemos que deben ver rojo lo que nos parece azul, verde lo que nos parece amarillo; hasta podemos definir la especie de anteojos que producen el amarillo y la especie de anteojos que producen el verde, adivinar sus efectos según su naturaleza, predecir á la gente el tinte con que le aparecerá el objeto que va á presentárseles, construir de antemano el sistema de todo espíritu, y quizá emanciparnos un día de todo sistema. «Como poeta, decía Goethe, soy politeísta; como naturalista, panteísta; como ser moral, deísta; y, para expresar mi sentir, necesito todas esas formas.» En efecto: todos esos anteojos son buenos, porque todos nos muestran algún aspecto nuevo de las cosas. Lo importante es tener, no uno, sino varios; usar cada uno en el momento conveniente; hacer abstracción de su color privativo; saber que detrás de esos millares de tintas móviles y poéticas, la óptica no comprueba más que cambios regidos por una ley.

§ 4. — SU CONCEPCIÓN DE LA HISTORIA

I

«La historia universal (1), dice Carlyle, la historia de lo que el hombre ha hecho en el mundo, es en el fondo la historia de los grandes hombres que han trabajado aquí abajo. Esos grandes hombres fueron los guías de los pueblos, los modeladores, los modelos, y, en un amplio sentido, los creadores de cuanto ha llegado á hacer ó alcanzar la masa de los hombres considerados en conjunto. Todas las cosas que vemos cumplidas en el mundo son propiamente el resultado material exterior, la realización práctica y la encarnación de los pensamientos que habitaron en los grandes hombres enviados al mundo. El alma de la historia entera del mundo sería la historia de ellos (2). Sean lo que fueren—poetas, reformadores, escritores, hombres de acción, reveladores,—á todos les da un carácter místico. «El héroe es un mensajero enviado del fondo del misterioso Infinito con noticias para nosotros... Procede de la sustancia interior de las cosas. Allí vive y debe vivir en comunión cotidiana... Viene del corazón del mundo, de la realidad primordial de las cosas; la inspiración del Omnipotente le da

(1) *Sobre los héroes*, t. 1, pág. 71.

(2) *Ibd.*, pág. 1.

la inteligencia, y lo que pronuncia es realmente una especie de revelación (1).» En vano alteran la pureza de su visión original la ignorancia de su siglo y sus propias imperfecciones; él alcanza siempre alguna verdad inmutable y vivificante; por esa verdad es escuchado, y por ella es poderoso. Lo que descubre es inmortal y eficaz (2). «Las obras de un hombre, así las sepultaseis en montañas de guano, bajo las obscenas inmundicias de todos los buhos anticuarios, no perecen, no pueden perecer. La luz eterna que había en un hombre y en su vida se agrega á las eternidades, subsiste por siempre como una nueva y divina porción de la suma de las cosas (3).» Por eso el culto de los héroes es á estas horas y á todas horas el poder vivificante de la vida humana; sobre él se funda la religión; en él se apoya toda sociedad. «Porque ¿qué es propiamente la lealtad, soplo vital de las sociedades, sino una emanación del culto de los héroes, una admiración sumisa hacia los que son verdaderamente grandes?» Ese sentimiento es el fondo mismo del hombre. Subsiste en el día, aun en esta edad de nivelación y de destrucción. «En esa indestructibilidad del culto del heroísmo veo el eterno cimiento de roca bajo el cual no pueden caer las confusas ruinas de los derrumbamientos revolucionarios.»

(1) *Sobre los héroes*, pág. 71.

(2) *Discursos y cartas de Cromwell*, t. II, pág. 668.

(3) *Ibid.*, último capítulo.

II

Hay aquí una teoría alemana, aunque transformada, precisada y condensada á la manera inglesa. Los alemanes decían que toda nación, todo período, toda civilización tiene su *idea*, es decir, su carácter principal, del cual derivan todos los otros; de modo que la filosofía, la religión, las artes y las costumbres, todas las partes del pensamiento y de la acción, pueden deducirse de alguna cualidad original y fundamental de donde todo arranca y adonde todo conduce. Donde Hegel ponía una *idea*, Carlyle pone un sentimiento heroico. Esto es más palpable y más moral. Para acabar de salir de lo vago, considera ese sentimiento en un héroe. El necesita dar á las abstracciones cuerpo y alma; no se encuentra bien en el dominio de las concepciones puras, y quiere tocar un ser real.

Pero ese ser, tal y como él le concibe, es cifra y compendio del resto. Porque á sus ojos, el héroe contiene y representa la civilización en que está comprendido: descubre, proclama ó practica una concepción original, y su siglo le sigue. Así, el conocimiento de un sentimiento heroico da el conocimiento de una edad entera. Con eso Carlyle sale de las biografías, y entra en los grandes puntos de vista de sus maestros. Ha comprendido, como ellos, que una civilización, por vasta que sea y por dispersa que se presente al través del tiempo y del espacio, forma un todo indivisible. Junta en un heroísmo los fragmentos dispersos que Hegel juntaba

por una ley. Deriva de un sentimiento común los acontecimientos que los alemanes deducían de una definición común. Ha comprendido las conexiones profundas y lejanas de las cosas, las que ligan un gran hombre á su tiempo, las que anudan las obras del pensamiento pleno á los tartamudeos del pensamiento naciente, las que encadenan las estudiadas invenciones de las constituciones modernas á los furores desordenados de la barbarie primitiva (1). «Aquellos silenciosos reyes del mar... que desafiaban al salvaje Océano con sus monstruos, y á todos los hombres y á todas las cosas, han sido los antecesores de nuestros Blakes y de nuestros Nelsons. Hrolf ó Rollo, duque de Normandía, tiene su parte á estas horas en el gobierno de Inglaterra (2).» «Si no hubiese habido salvajes Santos Domingos ni solitarios de la Tebaida, no hubiese existido un armonioso Dante. El rudo esfuerzo desplegado en Escandinavia y en otras partes, desde Odino hasta Walter Raleigh, desde Ulfila hasta Cranmer, hizo capaz de hablar á Shákéspeare. ¿Qué es un poeta, con todo su encanto, sino producto y acabamiento definitivo de la Reforma ó de la Profecía, con todas sus asperezas? Más aún: el poeta perfecto... es un síntoma de que su época misma acaba de llegar á la perfección y á la plenitud, y antes de mucho se necesitará una nueva época y nuevos reformadores. Porque cada edad tiene su teorema ó representación espiritual del universo»; sus grandes obras poéticas ó prácticas no hacen más que promulgar ó aplicar esa idea matriz; el historiador la utiliza para discernir el sentimiento primitivo que engendra tales obras y formar la concepción general que las enlaza.

(1) *Sobre los héroes*, pág. 184.

(2) *Ibid.*, páginas 51 y 18.

III

De ahí una nueva manera de escribir la historia. Puesto que el sentimiento heroico es la causa de todo lo demás, á él debe atender el historiador. Puesto que es la fuente de la civilización, el motor de las revoluciones, el maestro y regenerador de la vida humana, en él hay que observar la civilización, las revoluciones y la vida humana. Puesto que es el resorte de todo movimiento, por él se comprenderá todo movimiento. Dueños son los metafísicos de alinear deducciones y fórmulas; dueños los políticos de exponer situaciones y constituciones. El hombre no es un ser inerte, modelado por una constitución, ni un ser muerto, expresado por una fórmula; es un alma activa y viva, capaz de obrar, de descubrir, de crear, de sacrificarse, y, ante todo, de acometer audaces empresas; la verdadera historia es la epopeya del heroísmo. A mi juicio, esta idea es una viva luz. Porque los hombres no han hecho grandes cosas sin grandes sentimientos. El primer y soberano motor de una revolución extraordinaria es un sentimiento extraordinario. En ese punto se ha visto aparecer y henchirse una pasión exaltada y omnipotente, que ha roto los antiguos diques y lanzado la corriente de las cosas por un nuevo cauce. Todo parte de ahí, y eso es lo que hay que ver. Dejad á un lado las fórmulas metafísicas y las consideraciones políticas, y mirad el estado interior de cada espíritu; suspended el relato desnudo,

olvidad las explicaciones abstractas, y observad las almas apasionadas. Una revolución no es más que el nacimiento de un gran sentimiento. Qué sentimiento es ese; cómo se enlaza con los demás; qué grado alcanza; qué origen y qué consecuencias tiene; cómo transforma la imaginación, el entendimiento, las inclinaciones ordinarias; qué pasiones le alimentan; qué proporción de locura y de razón contiene: he ahí las cuestiones capitales. Para hacer la historia del budhismo, hay que mostrar la tranquila desesperación de los ascetas que, amortiguados por el pensamiento del vacío infinito y por la perspectiva del final aniquilamiento, alcanzaban en su quietud monótona el sentimiento de la fraternidad universal. Para hacer la historia del cristianismo, hay que mostrar el alma de un San Juan ó de un San Pablo, la renovación súbita de la conciencia, la fe en las cosas invisibles, la transformación del alma penetrada por la presencia de un Dios paternal, la irrupción de ternura, de generosidad, de abnegación, de confianza y de esperanza que vino á libertar á los infelices sepultados bajo la tiranía y la decadencia romana. Explicar una revolución es hacer psicología; el análisis de los críticos y la adivinación los artistas son los únicos instrumentos que pueden conseguirla; si quisiésemos poseerla precisa y profunda, habría que pedirselas á los que, por profesión ó por genio, son conocedores del alma: á Shakespeare, á Saint-Simon, á Balzac, á Stendhal. Por eso puede pedirse á veces á Carlyle. Y hay una historia que se le puede pedir mejor que á ningún otro: la de la Revolución que tuvo por origen la conciencia, que puso á Dios en los consejos de Estado, que impuso el deber estricto, que provocó el heroísmo austero. El mejor historiador del puritanismo es un puritano.

IV

Esa historia de Cromwell, su obra maestra, no es más que una colección de cartas y de discursos, comentados y unidos por un relato continuo. La impresión que produce es extraordinaria. Al lado de esa compilación palidecen las graves historias constitucionales. Ha querido hacer comprender un alma, el alma de Cromwell, el más grande de los puritanos, su jefe, su síntesis, su héroe y modelo. La narración parece de un testigo ocular. Un «covenantario» que hubiese reunido cartas y trozos de diario, añadiendo día por día reflexiones, interpretaciones, notas y anécdotas, no hubiera escrito otro libro. Por fin, hemos frente á frente de Cromwell. Tenemos sus palabras; podemos oír su acento; notamos las circunstancias que hacen nacer cada una de sus acciones; le vemos en consejo dentro de su tienda, con el paisaje, con su fisonomía, con su traje; no falta un pormenor, ni aun el más minucioso. Y la sinceridad es tan grande como la simpatía; el biógrafo confiesa lo que ignora, lo que no puede apoyar en documentos, lo que permanece en la incertidumbre; aunque poeta y sectario, es completamente leal. Con él restringimos y extendemos á la vez nuestras conjeturas, y reconocemos á cada paso, al través de nuestras afirmaciones y de nuestras reservas, que ponemos firmemente la planta sobre el suelo de la verdad. Yo quisiera que toda historia fuese, como ésta,

una colección escogida de textos acompañados de un comentario; por una historia así daría todas las bellas narraciones descoloridas de Robertson y de Hume. Leyendo ésta, puedo aquilatar el juicio del autor; no pienso ya según él, sino por mí mismo: el historiador no se interpone entre mí y las cosas, veo un hecho y no el relato de un hecho; la envoltura oratoria y personal con que la narración cubre la verdad ha desaparecido; puedo tocar la verdad misma. Y ese Cromwell, con sus puritanos, sale reformado y renovado de esta prueba. Adivinábamos ya perfectamente que no era un simple ambicioso, un hipócrita; pero le tomábamos por un fanático disputador y odioso. Considerábamos aquellos puritanos como locos tristes, cerebros estrechos y nimios. Salgamos de nuestras ideas francesas y modernas, y entremos en aquellas almas; veremos entonces otra cosa que una enfermedad sombría. Allí existe un gran sentimiento. ¿Soy yo un hombre justo? Y si Dios, que es la perfecta justicia, me juzgase en este momento, ¿qué fallo pronunciaría acerca de mí? Tal es la idea original que engendró al puritano, y que hizo, mediante él, la revolución de Inglaterra. «Para ellos, la conciencia de la distinción existente entre el bien y el mal había llenado todo el tiempo y el espacio, encarnándose y expresándose en un cielo y un infierno.» Les impresionó la idea del deber; se examinaron á esa luz sin tregua ni piedad; concibieron el modelo sublime de la virtud infalible y acabada; se poseyeron de él; ahogaron en ese pensamiento absorbente todas las preocupaciones mundanas y todas las inclinaciones sensuales; tomaron horror aun á las faltas imperceptibles que un hombre honrado se perdona; exigieron de sí mismos la perfección absoluta y continua, y se lanzaron á la vida con la

firme resolución de sufrir y hacer todo lo factible antes de desviarse un paso de ella. Os burláis de una revolución hecha á propósito de sobrepellices y de casullas: bajo esas disputas de hábitos existía el sentimiento de lo divino. Aquella pobre gente, aquellos tenderos y colonos, creían con toda el alma en un Dios sublime y terrible, y no era una pequeñez para ellos la manera de adorarle (1). «Suponed que se trata de un interés vital é infinito para vosotros, y que vuestra alma entera, muda por el exceso de su emoción, no acierta á expresarla de ningún modo, y prefiere el silencio á toda expresión posible. ¿Qué diríais de un hombre que se adelantase para expresarla en vuestro lugar por medio de una mascarada y á la manera de un tapicero decorador? Si ese hombre está á bien con su persona, debe quitarse de en medio cuanto antes. Habéis perdido á vuestro único hijo; permanecéis mudos, anonadados, sin lágrimas siquiera; y un importuno, con toda clase de importunidades, ¡os ofrece celebrar por él juegos funerarios á la usanza de los antiguos griegos (2)!» He ahí lo que promovió la revolución, y no la contribución de los buques ni ningún vejamen político. «Podéis quitarme la bolsa, pero no aniquilar mi alma. Mi alma es de Dios y mía (3).» Ese mismo sentimiento, después de hacerlos rebeldes, los hizo vencedores. No se comprendía cómo pudo subsistir la disciplina en un ejército donde un cabo inspirado reprendía á un coronel tibio. Parecía extraño que generales que buscaban llorando al Señor hubiesen aprendido en la Biblia la administración y la

(1) *Sobre los héroes*, pág. 323.

(2) *Ibid.*, pág. 323.

(3) *Ibid.*, pág. 330.

estrategia. Asombraba que unos insensatos hubiesen sido hombres de negocios. Es que no eran insensatos, sino hombres de negocios; toda la diferencia que los separaba de los hombres prácticos que conocemos es que tenían conciencia: esa conciencia era su llama; el misticismo y las quimeras no eran más que el humo. Buscaban lo justo y lo verdadero, y sus largas oraciones, sus predicaciones nasales, sus citas bíblicas, sus lágrimas, sus angustias, no hacen más que acentuar la sinceridad y el fervor con que lo buscaban. Leían su deber en sí mismos; la Biblia no servía más que para ayudarlos á ese fin. En caso preciso, la violentaban, cuando querían comprobar con textos las sugerencias de su corazón. Ese sentimiento del deber fué el que los unió, los inspiró y los sostuvo; el que engendró su disciplina, su valor y su audacia; el que elevó hasta el antiguo heroísmo á Hutchinson, á Milton y á Cromwell; el que provocó todas las acciones decisivas, todas las resoluciones grandiosas, todos los éxitos extraordinarios, la declaración de la guerra, el juicio del rey, el expurgo del Parlamento, la humillación de Europa, el triunfo del protestantismo, la dominación de los mares. Esos hombres son los verdaderos héroes de Inglaterra; ponen de relieve sus caracteres originales y más nobles: la piedad práctica, el gobierno de la conciencia, la voluntad viril, la energía indomable. Han fundado á Inglaterra, en medio de la corrupción de los Estuardos y de la relajación de las costumbres modernas, mediante el ejercicio del deber, la práctica de la justicia, la tenacidad del trabajo, la reivindicación del derecho, la resistencia á la opresión, la conquista de la libertad, la represión del vicio. Han fundado á Escocia; han fundado los Estados Unidos; fundan hoy, mediante sus descendientes,

la Australia y colonizan el mundo. Carlyle es tan hermano suyo, que disculpa ó admira sus excesos—la ejecución del rey, los atentados contra el Parlamento, su intolerancia, su inquisición, el despotismo de Cromwell, la teocracia de Knox.—Nos los impone por modelos, y según ellos, y sólo según ellos, juzga el pasado y el presente.

V

Por eso no ha visto más que lo malo de la Revolución francesa. La juzga tan injustamente como á Voltaire, y por las mismas razones. No entiende mejor nuestra manera de obrar que nuestra manera de pensar. Busca en ella el espíritu puritano, y, como no le encuentra, nos condena. En su sentir, lo único que puede reformar una sociedad dañada es la idea del deber, el espíritu religioso, el gobierno de sí mismo, la autoridad de la conciencia austera; y en la sociedad francesa no había nada de eso (1). La filosofía que produjo y dirigió la revolución era una filosofía puramente destructora, que proclamaba por todo Evangelio «que las mentiras sociales deben caer, y que en las materias espirituales suprasensibles no hay nada digno de crédito». La teoría de los derechos del hombre, tomada de Rousseau, no era más que «un juego lógico, una pedantería, tan oportuna sobre poco más ó menos

(1) *Revolución francesa*, t. I, páginas. 295, 20 y 77.

como una teoría de los verbos irregulares». Las costumbres en boga eran el epicureísmo de Faublas. La moral en boga era la promesa de la felicidad universal. Incredulidad, charlatanería huera, sensualismo: he ahí los resortes de esa reforma. Se desencadenaron los instintos y se derribaron las barreras. Se substituyó la autoridad corrompida con la anarquía desenfrenada. ¿A qué podía conducir una *jacquerie* de aldeanos embrutecidos, desatados por razonadores ateos? «Consumada la destrucción, quedaron los cinco sentidos no saciados, y el sexto insaciable, la vanidad; apareció toda la naturaleza demoniaca del hombre», y, con ella, el canibalismo (1).—; Pero añadid á lo malo lo bueno, y notad las virtudes al lado de los vicios! Aquellos escépticos creían en la verdad probada, y no querían más autoridad que la suya. Aquellos lógicos no fundaban la sociedad más que en la justicia, y arriesgaban su vida antes que renunciar á un teorema demostrado. Aquellos epicúreos abrazaban en su simpatía á la humanidad entera. Aquellas furias, aquellos obreros, aquellos pobres diablos sin pan ni ropa, combatían en la frontera por intereses humanitarios y principios abstractos. Aquí, como entre vosotros, han abundado la generosidad y el entusiasmo; reconocedlos bajo forma distinta de la vuestra. Aquellos hombres fueron devotos de la verdad abstracta, como vuestros puritanos de la verdad divina; siguieron la filosofía, como vuestros puritanos la religión; tuvieron por objeto la salvación universal, como vuestros puritanos la salvación personal. Combatieron el mal en la sociedad, como vuestros puritanos en el alma. Fueron generosos, como vuestros puritanos fueron virtuosos. Tuvie-

(1) *Revolución francesa*, t. 1, *passim*.

ron, como ellos, un heroísmo, pero simpático, sociable, dado á la propaganda, y que ha reformado á Europa, mientras que el vuestro no servía más que para vosotros.

VI

Ese extremado puritanismo, que subleva á Carlyle contra la Revolución francesa, le subleva contra la Inglaterra moderna. «Hemos olvidado á Dios (1), dice; hemos cerrado tranquilamente los ojos á la sustancia eterna de las cosas, y los hemos abierto á la apariencia y á la ficción. Creemos tranquilamente que este universo es en el fondo un gran acaso ininteligible; por fuera, la cosa es bastante clara: es un aprisco y una casa de corrección muy grande, con inmensas mesas de cocina y de comedor, donde es sabio el que puede encontrar un sitio. Toda la verdad de ese universo es incierta. Lo único visible para el hombre práctico es la pérdida y la ganancia; el *pudding* y su elogio. ¡Para nosotros no hay ya Dios! Las leyes de Dios se han transformado en principios de *la mayor felicidad posible*; la cúpula celeste no se alza ante nosotros más que para proporcionarnos un reloj astronómico, un objeto á los telescopios de Herschel, una materia de fórmulas, un pretexto de sentimentalismos. He ahí la parte verdaderamente apestada, el centro de la gangrena

(1) *Pasado y presente*, pág. 185.
Historia.

como una teoría de los verbos irregulares». Las costumbres en boga eran el epicureísmo de Faublas. La moral en boga era la promesa de la felicidad universal. Incredulidad, charlatanería huera, sensualismo: he ahí los resortes de esa reforma. Se desencadenaron los instintos y se derribaron las barreras. Se substituyó la autoridad corrompida con la anarquía desenfrenada. ¿A qué podía conducir una *jacquerie* de aldeanos embrutecidos, desatados por razonadores ateos? «Consumada la destrucción, quedaron los cinco sentidos no saciados, y el sexto insaciable, la vanidad; apareció toda la naturaleza demoníaca del hombre», y, con ella, el canibalismo (1).—; Pero añadid á lo malo lo bueno, y notad las virtudes al lado de los vicios! Aquellos escépticos creían en la verdad probada, y no querían más autoridad que la suya. Aquellos lógicos no fundaban la sociedad más que en la justicia, y arriesgaban su vida antes que renunciar á un teorema demostrado. Aquellos epicúreos abrazaban en su simpatía á la humanidad entera. Aquellas furias, aquellos obreros, aquellos pobres diablos sin pan ni ropa, combatían en la frontera por intereses humanitarios y principios abstractos. Aquí, como entre vosotros, han abundado la generosidad y el entusiasmo; reconocedlos bajo forma distinta de la vuestra. Aquellos hombres fueron devotos de la verdad abstracta, como vuestros puritanos de la verdad divina; siguieron la filosofía, como vuestros puritanos la religión; tuvieron por objeto la salvación universal, como vuestros puritanos la salvación personal. Combatieron el mal en la sociedad, como vuestros puritanos en el alma. Fueron generosos, como vuestros puritanos fueron virtuosos. Tuvie-

(1) *Revolución francesa*, t. 1, *passim*.

ron, como ellos, un heroísmo, pero simpático, sociable, dado á la propaganda, y que ha reformado á Europa, mientras que el vuestro no servía más que para vosotros.

VI

Ese extremado puritanismo, que subleva á Carlyle contra la Revolución francesa, le subleva contra la Inglaterra moderna. «Hemos olvidado á Dios (1), dice; hemos cerrado tranquilamente los ojos á la sustancia eterna de las cosas, y los hemos abierto á la apariencia y á la ficción. Creemos tranquilamente que este universo es en el fondo un gran acaso ininteligible; por fuera, la cosa es bastante clara: es un aprisco y una casa de corrección muy grande, con inmensas mesas de cocina y de comedor, donde es sabio el que puede encontrar un sitio. Toda la verdad de ese universo es incierta. Lo único visible para el hombre práctico es la pérdida y la ganancia; el *pudding* y su elogio. ¡Para nosotros no hay ya Dios! Las leyes de Dios se han transformado en principios de *la mayor felicidad posible*; la cúpula celeste no se alza ante nosotros más que para proporcionarnos un reloj astronómico, un objeto á los telescopios de Herschel, una materia de fórmulas, un pretexto de sentimentalismos. He ahí la parte verdaderamente apestada, el centro de la gangrena

(1) *Pasado y presente*, pág. 185.
Historia.

social universal que amenaza á todas las cosas modernas con una muerte espantosa. El que bien lo medite, ve surgir aquí, con su tronco y sus raíces, con sus ramas extendidas por todo el universo, con sus malditas y envenenadas exudaciones, el manzanillo á cuya sombra yace y se retuerce el mundo en la atrofia y la agonía. Cuando ahí ponéis la mano, tocáis el foco central de nuestros males, de nuestra horrible nosología de males. Ya no hay religión; ya no hay Dios. El hombre ha perdido su alma, y en vano busca la sal antiséptica que evite la putrefacción de su cuerpo. Es inútil: en los asesinatos de reyes, en los *bills* de reforma, en las revoluciones francesas, en las insurrecciones de Manchester, no encuentra remedio. La inmunda elefancia se alivia por una hora, pero á la hora siguiente reaparece con nueva fuerza y violencia.» Desde la vuelta de los Estuardos somos utilitarios ó escépticos. No creemos más que en la observación, en las estadísticas, en las verdades groseras y sensibles; ó bien dudamos, creemos á medias, con reservas. No tenemos convicciones morales, y no tenemos más que convicciones flotantes. Hemos perdido el resorte de la acción; no asentamos ya el deber en el centro de nuestra voluntad como el cimiento único é inmovible de nuestra vida; nos aferramos á toda suerte de recetas menudas experimentales y positivas, y nos entretenemos en toda clase de placeres, bien escogidos y organizados. Somos egoístas ó *dilettanti*. No miramos ya la vida como un templo augusto, sino como una máquina de grandes ganancias ó como un salón de refinadas distracciones (1). Tenemos ricachos, industriales, banqueros, que predicán el evangelio del oro; y tenemos *gent-*

(1) *Pasado y presente.*—*Folleto del último día.*

lemen, dandies, señores, que predicán el evangelio de la buena vida. Nos matamos á trabajar por amontonar guineas, ó caemos en la insipidez por alcanzar la dignidad de elegantes. Nuestro infierno no es ya, como bajo Cromwell, «el terror de aparecer culpables ante el Justo Juez», sino el temor de hacer un mal negocio ó de faltar á las conveniencias. Tenemos por aristocracia mercaderes rapaces que reducen su vida al cálculo del coste y del precio de venta, y *dilettanti* ociosos cuya gran preocupación es guardar bien la caza de sus tierras. No somos ya gobernados. Nuestro gobierno no tiene otra ambición que mantener la paz pública y recaudar los impuestos. Nuestra constitución sienta por principio que, para descubrir la verdad y el bien, no hay más que hacer votar á dos millones de imbéciles. Nuestro Parlamento es un molino de palabras donde los intrigantes echan los bofes para lograr hacer ruido. Bajo esta tenue capa de convencionalismos y de frases ruge sordamente la democracia irresistible. Inglaterra perece, si un día cesa de poder vender la vara de algodón un céntimo más barata que los demás. A la menor paralización de las fábricas, millón y medio de obreros (1) sin trabajo, viven de la caridad pública. La formidable masa, entregada á los azares de la industria, aguijada por los apetitos, precipitada por el hambre, oscila entre las débiles barreras que crujen; nos acercamos al cataelismo final, que será la anarquía deshecha, y la democracia se agitará entre las ruínas, hasta que el sentimiento de lo divino y del deber la agrupen alrededor del culto del heroísmo, hasta que funde su gobierno y su iglesia; hasta que descubra el medio de llamar al poder á los más vir-

(1) 1842.—Informe oficial.

tuosos y á los más capaces (1); hasta que les entregue su dirección, en vez de imponerles sus caprichos; hasta que reconozca y venere á su Lutero y á su Cromwell, á su sacerdote y á su rey (2).

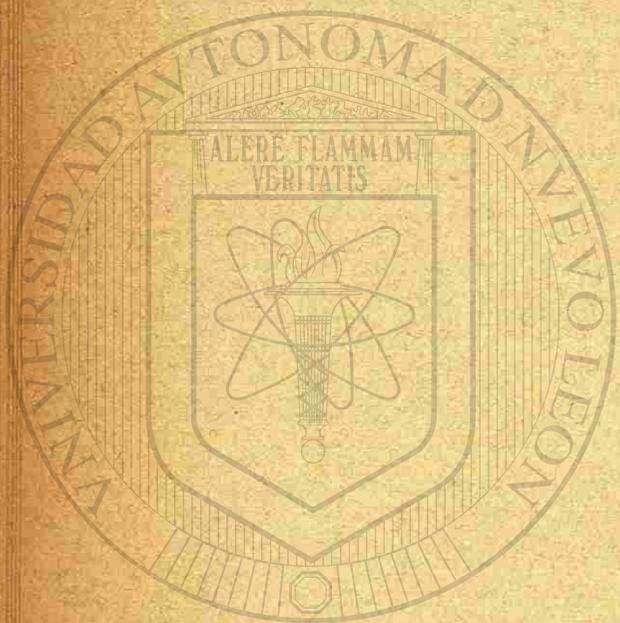
VII

Hoy, sin duda, en todo el mundo civilizado sube y se desborda la democracia, y todos los moldes en que se vacía son frágiles ó pasajeros. Pero es una proposición singular ofrecerle como solución el fanatismo y la tiranía de los puritanos. La sociedad y el espíritu que Carlyle propone como modelos á la naturaleza humana no duraron ni podían durar más que una hora. El ascetismo de la república produjo el desfreno de la restauración; los Harrisson trajeron los Rochester; los Bunyan suscitaron los Hobbes, y los sectarios, instituyendo el despotismo del entusiasmo, contribuyeron á establecer la autoridad del espíritu positivo y el culto del placer grosero. La exaltación no es estable, y no puede exigirsele al hombre sin injusticia ó sin peligro. La generosidad simpática de la Revolución francesa acabó en el cinismo del Directorio y en las carnicerías del Imperio. La piedad caballeresca y poética de la gran monarquía española dejó á España exhausta de hombres y de pensamientos. La suprema-

(1) *Folleto del último día*, t. 1, Parlamento.

(2) *Pasado y Presente*, pág. 323. «Europa necesita una aristocracia real y un clero real, ó no puede seguir existiendo.»

cia del genio, del gusto y de la inteligencia redujo á Italia al cabo de un siglo á la inercia voluptuosa y á la servidumbre política. El perfecto heroísmo, como todos los excesos, conduce al estupor. La naturaleza humana tiene sus explosiones, pero con intervalos: el misticismo es bueno, pero cuando es corto. Las circunstancias violentas son las que producen los estados extremos: para suscitar grandes hombres se necesitan grandes males, y cuando deseáis contemplar salvadores, os veis en la precisión de buscar naufragos. Si el entusiasmo es hermoso, sus consecuencias y sus orígenes son tristes; no es más que una crisis, y vale más la salud. En este sentido, el mismo Carlyle puede servir de prueba. Quizá hay menos genio en Macaulay que en él; pero cuando uno se ha saturado durante algún tiempo de ese estilo exagerado y demoniaco, de esa filosofía extraordinaria y enfermiza, de esa historia gesticulante y profética, de esa política siniestra y furiosa, se vuelve con gusto á la elocuencia continua, á la razón vigorosa, á las previsiones moderadas, á las teorías probadas del generoso y sólido espíritu que Europa acaba de perder, que honraba á Inglaterra, y á quien nadie reemplazará.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

CAPITULO V

La filosofía. Stuart Mill.

- I. La filosofía en Inglaterra.—Organización de la ciencia positiva.—Carencia de ideas generales.
- II. Por qué falta la metafísica.—Autoridad de la religión.
- III. Indicios y explosiones del pensamiento libre.—La exégesis nueva.—Stuart Mill.—Sus obras.—Indole de su espíritu.—A qué familia de filósofos pertenece.—Valor de las especulaciones superiores en la filosofía humana.

§ 1.º—LA EXPERIENCIA.

- I. Objeto de la lógica.—En qué se distingue de la psicología y de la metafísica.
- II. Lo que es un juicio.—Lo que conocemos del mundo exterior y del mundo interior.—Todo el trabajo de la ciencia consiste en añadir ó enlazar un hecho á otro hecho.
- III. La lógica tiene dos piedras angulares: la teoría de la definición y la teoría de la demostración.
- IV. Teoría de la definición.—Importancia de esta teoría.—Refutación de la teoría antigua.—No hay definiciones de las cosas, sino definiciones de los nombres.
- V. Teoría de la demostración.—Refutación de la teoría ordinaria.—Cuál es la parte demostrativa de un razonamiento.
- VI. Teoría de los axiomas.—Refutación de la teoría ordinaria.—Los axiomas no son más que experiencias de cierta clase.
- VII. Teoría de la inducción.—La causa de un hecho no es más que su antecedente invariable.—Sólo la experiencia prueba la estabilidad de las leyes de la naturaleza.—En qué consiste

una ley.—Por qué métodos se descubren las leyes.—El método de las concordancias, el método de las diferencias, el método de los residuos, el método de las variaciones concomitantes.

VIII. Ejemplo y aplicaciones.—Teoría del rocío.

IX. El método de deducción.—Su dominio.—Sus procedimientos.

X. Comparación del método de inducción y del método de deducción.—Empleo antiguo del primero.—Empleo moderno del segundo.—Ciencias que reclaman el primero.—Ciencias que reclaman el segundo.—Carácter positivo de la obra de Mill.—Sus predecesores.

XI. Límites de nuestra ciencia.—No es seguro que todos los hechos se verifiquen según leyes.—El azar en la naturaleza.

§ 2.º—LA ABSTRACCIÓN.

I. Concordancia de esta doctrina y del espíritu inglés.—Mezcla del espíritu positivo y del espíritu religioso.—Qué facultad abre el mundo de las causas.

II. No hay sustancias ni fuerzas, sino sólo hechos y leyes.—Naturaleza de la abstracción.—Papel de la abstracción en la ciencia.

III. Teoría de la definición.—La definición es la exposición de los elementos generadores.

IV. Teoría de la demostración.—La parte demostrativa del razonamiento es una ley abstracta.

V. Teoría de los axiomas.—Los axiomas son relaciones de términos abstractos.—Se reducen al axioma de identidad.

VI. Teoría de la inducción.—Sus procedimientos son eliminaciones ó abstracciones.

VII. Las dos grandes operaciones de la inteligencia: la experiencia y la abstracción.—Las dos grandes apariencias de las cosas: los hechos sensibles y las leyes abstractas.—Por qué debemos pasar de los primeros á las segundas.—Sentido y alcance del axioma de las causas.

VIII. Es posible conocer los elementos primeros.—Error de la metafísica alemana.—No ha tenido en cuenta el azar y las perturbaciones locales.—Lo que podría saber una hormiga filósofa.—Idea y límites de una metafísica.—Posición de la metafísica en las tres naciones pensadoras.

IX. Una mañana en Oxford.

I

Hallábame en Oxford el año pasado, durante las sesiones de la *British Association for the advancement of learning*, y, entre los pocos estudiantes que quedaban aún, trabé conocimiento y franca conversación con un joven inglés, hombre de inteligencia. Me llevaba por las noches al nuevo museo, atestado de ejemplares. Allí se explican cursos breves; se ponen en juego instrumentos nuevos; asisten señoras, á quienes los experimentos interesan; el último día, llenas de entusiasmo, cantaron *God save the Queen*. Yo admiraba aquel celo, aquella solidez de espíritu, aquella organización de la ciencia, aquellas suscripciones voluntarias, aquella aptitud para la asociación y el trabajo, aquella gran máquina impelida por tantos brazos, y tan bien construida para acumular, comprobar y clasificar los hechos. Y, sin embargo, en medio de tanta abundancia había un vacío: cuando yo leía las reseñas, creía asistir á un congreso de jefes de fábricas; todos aquellos sabios comprobaban detalles y cambiaban recetas. Me parecía oír á contramaestres comunicándose sus procedimientos para curtir el cuero ó teñir el algodón: faltaban las ideas generales. Me lamentaba del caso con mi amigo, y por la noche, á la luz de la lámpara, en medio del gran silencio que envuelve allí á una ciudad universitaria, inquiríamos juntos las razones.

II

Un día le dije: Les falta á Vds. la filosofía, entendiendo por tal la que llaman metafísica los alemanes. Tienen Vds. sabios; no tienen pensadores. Les cohibe á Vds. su Dios: es la causa suprema, y no se atreven Vds. á discurrir sobre las causas, por respeto á él. Es el personaje más importante de Inglaterra, ya lo sé, y bien veo que lo merece, porque forma parte de la constitución, es el custodio de la moral, juzga en última instancia sobre todas las cuestiones, y sustituye ventajosamente á los prefectos y á los gendarmes de que están plagados aún los pueblos del continente. Sin embargo, esa alta jerarquía tiene el inconveniente de todas las posiciones oficiales; produce una jerga, prejuicios, intolerancia y cortesanías. Vea V. bien cerquita de nosotros al pobre Max Müller que, para aclimatar aquí los estudios sanscritos, se ha visto obligado á descubrir en los Vedas la adoración de un Dios moral, es decir, la religión de Paley y de Addison. Hace quince días leía yo en Londres una proclama de la reina prohibiendo jugar á los naipes en domingo, ni aun dentro de casa. Parece que si á mí me robasen, no podría reclamar contra el ladrón sin prestar el juramento teológico previo; de lo contrario, se ha visto al juez despedir al querellante, negarle justicia é insultarle, por si algo faltaba. Todos los años, al leer en sus periódicos de Vds. los discursos de la coro-

na, encontramos la mención obligada de la divina Providencia; esa mención se reproduce mecánicamente, como el apóstrofe á los dioses inmortales en la cuarta página de un discurso de retórica; y ya sabe V. que un día, habiéndose omitido el periodo piadoso, se hizo una segunda comunicación al Parlamento, expresamente para insertarlo. Todas esas impertinencias y todas esas pedanterías indican, á mi modo de ver, una monarquía celeste; y, como es natural, ésta se parece á todas las otras: quiero decir, que tiende á apoyarse en la tradición y la costumbre más que en el examen y la razón. Jamás hubo monarquía que invitase á la gente á compulsar sus títulos. Como la de aquí, por otra parte, es útil, aceptada voluntariamente y moral, no les subleva á Vds.: la acatan sin dificultades; la son fieles de corazón; creerían Vds. conmover la constitución y la moral si tocasen á ella. La dejan en el más alto de los cielos, entre los homenajes públicos, y Vds. se recogen, se reducen á las cuestiones de hecho, á las disecciones menudas, á las operaciones de laboratorio. Se van Vds. á coger plantas y á coleccionar conchas. La ciencia se encuentra decapitada; pero todo va á maravilla, porque la vida práctica se mejora, y el dogma queda intacto.

III

—Ya se conoce que es V. francés, me dijo: pasa V. por encima de los hechos, y del primer salto se

planta V. en una teoría. Sepa que entre nosotros hay pensadores, y no muy lejos de aquí—en Christ-Church, por ejemplo.—Uno de ellos, profesor de griego, ha hablado tan profundamente de la inspiración, de la creación y de las causas finales, que ha caído en desgracia. Vea V. esa obrita flamante, *Ensayos y Revisitas*; ahí están en resumen sus libertades filosóficas de Vds. del siglo pasado, las recientes conclusiones de la geología y de la cosmogonía, y las audacias de la exégesis alemana. Faltan varias cosas: entre otras, las bellaquerías de Voltaire, la jerga nebulosa de allende el Rhin y la grosería prosaica de M. Comte. A mi juicio, la pérdida no es grande. Aguarde V. veinte años, y encontrará en Londres las ideas de Paris y de Berlín.—Pero serán las ideas de Paris y de Berlín. ¿Qué tienen Vds. de original?—Stuart Mill.—¿Qué es Stuart Mill?—Un político. Su obrita *Sobre la libertad*, descuella por lo buena tanto como el *Contrato social* de su Rousseau de Vds. por lo mala.—Mucho decir es eso.—No, porque Mill afirma la independencia del individuo tan enérgicamente como Rousseau el despotismo del Estado.—Bien, pero eso no basta para constituir un filósofo. ¿Qué más es su Stuart Mill de Vds.—Un economista que va más allá de su ciencia, y que subordina la producción al hombre, en vez de subordinar el hombre á la producción.—Bien; pero tampoco basta eso para constituir un filósofo. ¿Hay algo más en su Stuart Mill de Vds.?—Un lógico.—Bueno, pero ¿de qué escuela?—De la suya. Ya le he dicho á V. que es original.—¿Es hegeliano?—¡Oh! ni por asomo: es demasiado partidario de los hechos y de las pruebas.—¿Sigue á Port-Royal?—Menos aún: conoce demasiado bien las ciencias modernas.—¿Imita á Condillac?—Nada de eso: Condillac no enseña más que á escribir

bien.—Entonces ¿qué amigos son los suyos?—Locke y M. Comte en primer término; en segundo lugar, Hume y Newton.—¿Es un pensador sistemático, un reformador especulativo?—Tiene demasiado talento para eso: no hace más que ordenar las mejores teorías y explicar las mejores prácticas. No se presenta majestuosamente como restaurador de la ciencia; no declara, como sus alemanes de V., que su libro va á abrir una nueva era al género humano. Camina paso á paso, con alguna cachaza y costeano á menudo, al través de una multitud de ejemplos. Sobresale en el arte de precisar una idea, de desentrañar un principio, de reconocerle entre una multitud de casos diferentes, de refutar, de distinguir, de argumentar. Posee la penetración, la paciencia, el método y la sagacidad de un jurista.—Muy bien. Ya está V. dándome la razón de antemano: jurista, pariente de Locke, de Newton, de Comte y de Hume..., ahí no se ve más que filosofía inglesa; pero no importa. ¿Ha llegado á una gran concepción general?—Sí.—¿Tiene una idea personal y completa de la naturaleza y del espíritu?—Sí.—¿Ha reunido las operaciones y los descubrimientos de la inteligencia bajo un principio único que les dé á todas un sello nuevo?—Sí; sólo que hay que desentrañar ese principio.—Eso á V. le toca, y espero que se encargue de hacerlo.—Pero voy á caer en las abstracciones.—Eso no es ningún mal.—Pero todo eserazonamiento será como un seto de espinas.—Nos pincharemos los dedos.—Pero las tres cuartas partes de las personas dejarían á un lado esas especulaciones como ociosas.—Tanto peor para ellas. ¿Por qué vive una nación ó un siglo sino para formarlas? No se es completamente hombre sino por eso. Si algún habitante de otro planeta bajase aquí para preguntarnos á qué al-

tura se halla nuestra especie, habría que indicarle las cinco ó seis grandes ideas que tenemos sobre el espíritu y el mundo. Sólo eso le daría la medida de nuestra inteligencia. Expóngame V. su teoría; saldré de ella más enterado que después de haber visto los montones de ladrillo que llaman Vds. Londres y Manchester.

§ I.—LA EXPERIENCIA.

—Pues entonces tomemos las cosas como lógicas, por el principio. Stuart Mill ha escrito una lógica. ¿Qué es la lógica? Es una ciencia. ¿Cuál es su objeto? Son las ciencias; porque supóngase V. que ha recorrido el universo y que le conoce totalmente: que conoce los astros, la tierra, el sol, el calor, la gravedad, las afinidades, las especies minerales, las revoluciones geológicas, las plantas, los animales, los acontecimientos humanos, y todo lo que explican ó abrazan las clasificaciones y las teorías; aún le quedarán á V. por conocer esas clasificaciones y esas teorías. No sólo existe el orden de los seres, sino el orden de los pensamientos que los representan; no sólo hay plantas y animales, sino una botánica y una zoología; no sólo hay líneas, superficies, volúmenes y números, sino una geometría y una aritmética. Las ciencias, pues, son cosas reales, como los hechos mismos: pueden ser, pues, como los hechos, una mate-

ria de estudio. Se las puede analizar, como se analizan los hechos; se pueden investigar sus elementos, su composición, su orden, sus relaciones y su fin. Hay, pues, una ciencia de las ciencias: esa ciencia es la que se llama lógica, y constituye el objeto del libro de Stuart Mill. Aquí no se descomponen las operaciones del espíritu en sí mismas, la memoria, la asociación de las ideas, la percepción exterior; eso es asunto de la psicología. Aquí no se discute el valor de esas operaciones, la veracidad de nuestra inteligencia, la certidumbre absoluta de nuestros conocimientos elementales; eso es asunto de la metafísica. Aquí se suponen en ejercicio nuestras facultades, y se admiten sus descubrimientos originales. Se toma el instrumento tal y como la naturaleza nos le suministra, y se confía en su exactitud. Se deja á otros la tarea de demostrar su mecanismo y la curiosidad de contrapesar sus resultados. Se parte de sus operaciones primitivas; se indaga cómo se agregan las unas á las otras; cómo se combinan las unas con las otras; cómo se transforman las unas en las otras; cómo, á fuerza de adiciones, de combinaciones y de transformaciones, acaban por componer un sistema de verdades enlazadas y crecientes. Se hace la teoría de la ciencia, como otros hacen la teoría de la vegetación, del espíritu, de los números. He ahí la idea de la lógica, y es claro que, con el mismo título que las otras ciencias, tiene su materia real, su dominio distinto, su importancia visible y su porvenir seguro.

tura se halla nuestra especie, habría que indicarle las cinco ó seis grandes ideas que tenemos sobre el espíritu y el mundo. Sólo eso le daría la medida de nuestra inteligencia. Expóngame V. su teoría; saldré de ella más enterado que después de haber visto los montones de ladrillo que llaman Vds. Londres y Manchester.

§ I.—LA EXPERIENCIA.

—Pues entonces tomemos las cosas como lógicas, por el principio. Stuart Mill ha escrito una lógica. ¿Qué es la lógica? Es una ciencia. ¿Cuál es su objeto? Son las ciencias; porque supóngase V. que ha recorrido el universo y que le conoce totalmente: que conoce los astros, la tierra, el sol, el calor, la gravedad, las afinidades, las especies minerales, las revoluciones geológicas, las plantas, los animales, los acontecimientos humanos, y todo lo que explican ó abrazan las clasificaciones y las teorías; aún le quedarán á V. por conocer esas clasificaciones y esas teorías. No sólo existe el orden de los seres, sino el orden de los pensamientos que los representan; no sólo hay plantas y animales, sino una botánica y una zoología; no sólo hay líneas, superficies, volúmenes y números, sino una geometría y una aritmética. Las ciencias, pues, son cosas reales, como los hechos mismos: pueden ser, pues, como los hechos, una mate-

ria de estudio. Se las puede analizar, como se analizan los hechos; se pueden investigar sus elementos, su composición, su orden, sus relaciones y su fin. Hay, pues, una ciencia de las ciencias: esa ciencia es la que se llama lógica, y constituye el objeto del libro de Stuart Mill. Aquí no se descomponen las operaciones del espíritu en sí mismas, la memoria, la asociación de las ideas, la percepción exterior; eso es asunto de la psicología. Aquí no se discute el valor de esas operaciones, la veracidad de nuestra inteligencia, la certidumbre absoluta de nuestros conocimientos elementales; eso es asunto de la metafísica. Aquí se suponen en ejercicio nuestras facultades, y se admiten sus descubrimientos originales. Se toma el instrumento tal y como la naturaleza nos le suministra, y se confía en su exactitud. Se deja á otros la tarea de demostrar su mecanismo y la curiosidad de contrapesar sus resultados. Se parte de sus operaciones primitivas; se indaga cómo se agregan las unas á las otras; cómo se combinan las unas con las otras; cómo se transforman las unas en las otras; cómo, á fuerza de adiciones, de combinaciones y de transformaciones, acaban por componer un sistema de verdades enlazadas y crecientes. Se hace la teoría de la ciencia, como otros hacen la teoría de la vegetación, del espíritu, de los números. He ahí la idea de la lógica, y es claro que, con el mismo título que las otras ciencias, tiene su materia real, su dominio distinto, su importancia visible y su porvenir seguro.

II

Sentado esto, note V. que todas esas ciencias, objeto de la lógica, no son más que cúmulos de *proposiciones*, y que toda proposición no hace más que unir ó separar un sujeto y un atributo, es decir, un nombre y otro nombre; una cualidad y una sustancia, es decir, una cosa y otra cosa. Veamos, pues, lo que entendemos por una cosa, lo que designamos por un nombre; en otros términos: lo que conocemos en los objetos, lo que unimos y separamos, lo que es materia de todas nuestras proposiciones y de todas nuestras ciencias. Hay un punto en que todos nuestros conocimientos se asemejan. Hay un elemento común que, perpetuamente repetido, compone todas nuestras ideas. Hay un cristalito primitivo que, indefinida y diversamente agregado á sí propio, engendra la masa total, y que, una vez conocido, nos enseña de antemano las leyes y la composición de los cuerpos que forma.

Ahora bien: cuando miramos atentamente la idea que nos formamos de una cosa, ¿qué vemos en ella? Tomad desde luego las sustancias, es decir, los cuerpos y los espíritus. Esta mesa es oscura, larga, ancha y de tres pies de altura para nuestros ojos: eso significa que forma una manchita en el campo de la visión, ó, de otra suerte, que produce cierta sensación en el nervio óptico. La mesa pesa diez libras: eso quiere

decir que, para levantarla, se necesitará un esfuerzo menor que para levantar un peso de once libras, y mayor que para levantar un peso de nueve libras, ó, en otros términos, que produce cierta sensación muscular. Es dura y cuadrada: eso significa también que, al empujarla y al recorrerla después con la mano, suscitará dos especies distintas de sensaciones musculares. Y así sucesivamente. Cuando examino atentamente lo que sé acerca de ella, veo que no sé nada más que las impresiones que me produce. Nuestra idea de un cuerpo no comprende otra cosa: no conocemos de él sino las sensaciones que excita en nosotros; le determinamos por la especie, el número y el orden de esas sensaciones; no sabemos nada de su naturaleza íntima ni aún si la tiene; afirmamos simplemente que es la causa desconocida de esas sensaciones. Cuando decimos que, en ausencia de nuestras sensaciones, él persiste, queremos decir simplemente que, si durante aquel tiempo nos hubiésemos hallado á su alcance, hubiésemos tenido las sensaciones que no hemos tenido. No le definimos nunca más que por nuestras impresiones presentes ó pasadas, futuras ó posibles, simples ó complejas. Esto es tan cierto que filósofos como Berkeley han sostenido con visos de razón que la materia es un ser imaginario, y que todo el universo sensible se reduce á un orden de sensaciones. Por lo menos, tal es para nuestro conocimiento, y los juicios que componen nuestras ciencias no recaen más que sobre las impresiones mediante las cuales se manifiesta á nosotros.

Lo mismo acontece con el espíritu. Podemos admitir que hay en nosotros un alma, un yo, un sujeto ó «recipiente» de las sensaciones y de nuestras otras maneras de ser, distinto de esas sensaciones y de esas

otras maneras de ser; pero de él no sabemos nada. «Todo lo que percibimos en nosotros mismos (dice Mill) es cierta trama de estados interiores, una serie de impresiones, sensaciones, pensamientos, emociones y voliciones.» No tenemos más idea del espíritu que de la materia; no podemos decir acerca de él nada más que acerca de la materia. Así, pues, las sustancias, sean las que quieran, cuerpos ó espíritus, en nosotros ó fuera de nosotros, nunca son para nosotros sino tejidos más ó menos complicados, más ó menos regulares, cuyos hilos están formados por nuestras impresiones ó maneras de ser.

Y esto es mucho más visible aún en los atributos que en las sustancias. Cuando digo que la nieve es blanca, quiero decir que, cuando la nieve está delante de mi vista, experimento la sensación de blancura. Cuando digo que el fuego es caliente, quiero decir que, cuando mi cuerpo está al alcance de él, experimento la sensación de calor. «Cuando decimos que un espíritu es devoto ó supersticioso, meditabundo ó alegre, queremos decir que las ideas, los sentimientos, las voliciones que designan esas palabras se reproducen frecuentemente en la serie de sus maneras de ser.» Cuando decimos que los cuerpos son pesados, divisibles, móviles, queremos decir simplemente que, abandonados á sí mismos, caerán; que, cortados, se separarán; que, empujados, se pondrán en movimiento; es decir: que, en tal ó cual circunstancia, producirán tal ó cual sensación sobre nuestros músculos ó sobre nuestra vista. Un atributo designa siempre una de nuestras maneras de ser ó una serie de nuestras maneras de ser. En vano las disfrazamos agrupándolas, ocultándolas bajo expresiones abstractas, dividiéndolas, transformándolas de tal suerte que á

menudo nos cuesta trabajo reconocerlas: siempre que miremos al fondo de nuestras expresiones y de nuestras ideas, allí las encontraremos, y no encontraremos otra cosa. «Descomponed (dice Mill) una proposición abstracta, por ejemplo: una persona generosa es digna de honor.—La palabra *generosa* designa ciertos estados habituales de espíritu y ciertas particularidades habituales de conducta, es decir: maneras de ser interiores y hechos exteriores sensibles. La palabra *honor* expresa un sentimiento de aprobación y de admiración seguido á veces de los actos exteriores correspondientes. La palabra *digna* indica que nosotros aprobamos la acción de honrar. Todas esas cosas son fenómenos ó estados de espíritu, seguidos ó acompañados de hechos sensibles.» De modo que, á cualquier parte que nos volvamos, siempre permanecemos en el mismo círculo. Sea el objeto un atributo ó una sustancia, sea complejo ó abstracto, compuesto ó simple, su constitución para nosotros es la misma: no ponemos allí más que nuestras maneras de ser. Nuestro espíritu es en la naturaleza lo que un termómetro en una caldera: definimos las propiedades de la naturaleza por las impresiones de nuestro espíritu, como designamos los estados de la caldera por las variaciones del termómetro. No conocemos del uno y de la otra más que estados y cambios; no componemos el uno y la otra más que con datos aislados y transitorios: una cosa no es para nosotros más que un montón de fenómenos. Tales son los únicos elementos de nuestra ciencia. Por consiguiente, todo el trabajo de nuestra ciencia consistirá en agregar unos hechos á otros ó enlazar unos hechos con otros.

III

Esa breve frase es el compendio de todo el sistema: explica todas las teorías de Mill. Desde ese punto de vista lo ha definido todo, y á ese punto de vista responden sus innovaciones. En todas las formas y en todos los grados del conocimiento no descubre más que el conocimiento de los hechos y de sus relaciones.

Ahora bien: sabido es que la lógica tiene dos piedras angulares: la teoría de la *definición* y la teoría de la *demonstración*. A partir de Aristóteles, los lógicos se han pasado el tiempo en pulirlas. Nadie se atrevía á tocar á ellas más que respetuosamente. Eran santas. A lo sumo, algún que otro innovador se atrevía á volverlas con tiento para colocarlas á mejor luz. Mill las talla, las corta, las invierte y las reemplaza á las dos, de la misma manera y con el mismo esfuerzo.

IV

Ya sé que hoy se hace burla de los que razonan sobre la definición; pero de quien habría que burlarse sería de los burlones. No hay teoría más fecunda en

consecuencias universales y capitales; es la raíz por donde todo el árbol de la ciencia humana vegeta y se sostiene. Porque definir las cosas es señalar su naturaleza. Traer una idea nueva de la definición es traer una idea nueva de la naturaleza de las cosas: es decir lo que son los seres, de qué se componen, á qué elementos se reducen. He ahí el mérito de estas especulaciones tan secas: el filósofo parece alinear fórmulas; la verdad es que encierra en ellas el universo.

Tomad, dicen los lógicos, un animal, una planta, un sentimiento, una figura de geometría, un objeto ó un grupo de objetos cualesquiera. El objeto tiene sin duda sus propiedades; pero tiene su esencia también. Se manifiesta al exterior en una multitud indefinida de efectos y de cualidades; pero todas esas maneras de ser son consecuencias ó productos de su naturaleza íntima. Hay en él cierto fondo oculto, lo único primitivo é importante, aquello sin lo cual no puede existir ni concebirse, y que constituye su ser y su noción (1). Lllaman definiciones las proposiciones que la designan, y afirman que lo mejor de nuestra ciencia consiste en esa clase de proposiciones.

Al contrario, dice Mill, esas proposiciones no enseñan nada; indican el sentido de una palabra, y son puramente verbales. ¿Qué aprendo yo cuando me dicen que el hombre es un animal racional, ó que el triángulo es un espacio comprendido entre tres líneas? La primera parte de la frase expresa en una voz lo

(1) Según los lógicos idealistas, se discierne ese ser consultando esa noción, y la noción descompuesta pone la esencia al desnudo. Según los lógicos clasificadores, se alcanza ese ser alojando el objeto en su grupo, y se define esa noción nombrando el género inmediato y la diferencia característica. Unos y otros coinciden en creer que podemos penetrar en la esencia.

que la segunda expresa en una locución desarrollada. Me dicen dos veces la misma cosa; me presentan el mismo hecho en términos diferentes; no añaden un hecho á otro. Tal proposición no es instructiva. Así se acumulase un millón de ellas, mi espíritu quedaría tan vacío como antes; así hubiera yo leído un diccionario, no habría adquirido un conocimiento. En vez de decir que son importantes las proposiciones relativas á la esencia, y que las referentes á las cualidades son accesorias, hay que decir que son accesorias las relativas á la esencia, é importantes las referentes á las cualidades. Yo no aprendo nada cuando me dicen que un círculo es la figura formada por la revolución de una recta alrededor de uno de sus puntos tomado como centro; aprendo algo cuando me dicen que, en un círculo, las cuerdas que subtienden arcos iguales son iguales, ó que bastan tres puntos para determinar la circunferencia. Lo que se llama la naturaleza de un ser es la red de los hechos que constituyen ese ser. La naturaleza de un mamífero carnívoros consiste en que la propiedad de amamantar, con todas las particularidades de estructura que la producen, va unida á la posesión de dientes cortantes al par que á los instintos cazadores y á las facultades correspondientes. He ahí los elementos que componen su naturaleza. Son hechos enlazados unos con otros como una malla con otra. Nosotros percibimos algunas, y sabemos que más allá de nuestra ciencia presente y de nuestra futura experiencia la red extiende hasta el infinito sus hilos entrecruzados y múltiples. La esencia ó naturaleza de un ser es la suma indefinida de sus propiedades. «Ninguna definición (dice Mill) expresa íntegramente esa naturaleza, y toda proposición expresa alguna parte de esa naturaleza.» Renúnciese, pues, á

la vana esperanza de discernir al través de las propiedades algún ser primitivo y misterioso, fuente y compendio de todo lo restante; déjense las entidades á Duns Scott; no se crea que, sondeando las ideas como los alemanes, clasificando los objetos según el género y la especie como los escolásticos, renovando la ciencia nominal de la Edad Media ó los artificios de la metafísica hegeliana, puede suplirse la experiencia. No hay definiciones de cosas; si hay definiciones, no son más que definiciones de nombres. Ninguna frase me dirá lo que es un caballo; pero hay frases que me dirán lo que se entiende por esas seis letras. Ninguna frase agotará la totalidad inagotable de las cualidades que constituyen un ser; pero varias frases podrán designar los hechos que corresponden á una palabra. En este caso, puede hacerse la definición, porque siempre puede hacerse un análisis. El análisis nos permite remontarnos del término abstracto y sumario á los atributos que representa, y de esos atributos á las experiencias interiores ó sensibles que les sirven de base. Del término perro nos permite remontarnos á los atributos mamífero, carnívoros y otros que representa, y de esos atributos á las experiencias de vista, de tacto, de escarpelo, que les sirven de base. Reduce lo compuesto á lo simple, lo derivado á lo primitivo. Retrae nuestro conocimiento á sus orígenes. Transforma las palabras en hechos. Si hay definiciones, como las de la geometría, que parecen capaces de engendrar largas series de verdades nuevas, es porque, además de la explicación de una palabra, contienen la afirmación de una cosa. En la definición del triángulo hay dos proposiciones distintas, una de las cuales dice que puede haber una figura terminada por tres líneas rectas, y otra que tal

figura se llama triángulo. La primera es un postulado; la segunda una definición. La primera está oculta; la segunda es visible. La primera es susceptible de verdad ó de error; la segunda no es susceptible de la una ni del otro. La primera es la fuente de todos los teoremas que cabe enunciar sobre los triángulos; la segunda no hace más que resumir en una expresión los hechos contenidos en la otra. La primera es una verdad; la segunda es un recurso cómodo. La primera es una parte de la ciencia; la segunda un expediente del lenguaje. La primera expresa una relación posible entre tres líneas rectas; la segunda da el nombre de esa relación. Sólo la primera es fructuosa, porque es la única que, en consonancia con el oficio de toda proposición fructuosa, enlaza dos hechos.

Entendamos, pues, exactamente la naturaleza de nuestro conocimiento: el conocimiento se aplica, bien á las palabras, bien á los seres, ó á las dos cosas á la vez. Si se trata de palabras, como en las definiciones de nombres, toda su obra consiste en referir las palabras á las experiencias primitivas, es decir, á los hechos que le sirven de elementos. Si se trata de seres, como en las proposiciones de cosas, toda su obra consiste en unir un hecho á otro hecho, para aproximar la suma limitada de las propiedades conocidas á la suma infinita de las propiedades por conocer. Si se trata de lo uno y de lo otro, como en las definiciones de nombre que ocultan una proposición de cosa, toda su obra consiste en hacer lo uno y lo otro. La operación es siempre la misma. Nunca se trata más que de entenderse, es decir, de volver á los hechos, ó de aprender, es decir, de juntar hechos.

V

He ahí destruido un primer baluarte; los adversarios se refugian detrás del segundo: la teoría de la *demonstración*. En efecto: esta última pasa, desde hace dos mil años, por una verdad corriente, definitiva, inatacable. Varios la han juzgado inútil; pero nadie se ha atrevido á calificarla de falsa. Todos la han considerado como un teorema firme. Mirémosla de cerca y con todo detenimiento.—¿Qué es una demostración? Según los lógicos, es un silogismo. Y ¿qué es un silogismo? Es un grupo de tres proposiciones como éste: «Todos los hombres son mortales; el príncipe Alberto es hombre; luego el príncipe Alberto es mortal.» He ahí el modelo de la demostración, y toda demostración completa se reduce á esa. Ahora bien: ¿qué hay en esa demostración, según los lógicos? Una proposición general, concerniente á todos los hombres, que conduce á una proposición particular, concerniente á cierto hombre. De la primera se pasa á la segunda, porque la segunda está contenida en la primera. De lo general se pasa á lo particular, porque lo particular está contenido en lo general. La segunda no es más que un caso de la primera; su verdad está encerrada de antemano en la de la primera, y por eso es una verdad. En efecto: en cuanto la conclusión no está contenida en las premisas, el razonamiento es falso, y Port Royal ha reducido todas las complicadas reglas de la Edad Media á esta sola regla: que la conclusión

figura se llama triángulo. La primera es un postulado; la segunda una definición. La primera está oculta; la segunda es visible. La primera es susceptible de verdad ó de error; la segunda no es susceptible de la una ni del otro. La primera es la fuente de todos los teoremas que cabe enunciar sobre los triángulos; la segunda no hace más que resumir en una expresión los hechos contenidos en la otra. La primera es una verdad; la segunda es un recurso cómodo. La primera es una parte de la ciencia; la segunda un expediente del lenguaje. La primera expresa una relación posible entre tres líneas rectas; la segunda da el nombre de esa relación. Sólo la primera es fructuosa, porque es la única que, en consonancia con el oficio de toda proposición fructuosa, enlaza dos hechos.

Entendamos, pues, exactamente la naturaleza de nuestro conocimiento: el conocimiento se aplica, bien á las palabras, bien á los seres, ó á las dos cosas á la vez. Si se trata de palabras, como en las definiciones de nombres, toda su obra consiste en referir las palabras á las experiencias primitivas, es decir, á los hechos que le sirven de elementos. Si se trata de seres, como en las proposiciones de cosas, toda su obra consiste en unir un hecho á otro hecho, para aproximar la suma limitada de las propiedades conocidas á la suma infinita de las propiedades por conocer. Si se trata de lo uno y de lo otro, como en las definiciones de nombre que ocultan una proposición de cosa, toda su obra consiste en hacer lo uno y lo otro. La operación es siempre la misma. Nunca se trata más que de entenderse, es decir, de volver á los hechos, ó de aprender, es decir, de juntar hechos.

V

He ahí destruido un primer baluarte; los adversarios se refugian detrás del segundo: la teoría de la *demonstración*. En efecto: esta última pasa, desde hace dos mil años, por una verdad corriente, definitiva, inatacable. Varios la han juzgado inútil; pero nadie se ha atrevido á calificarla de falsa. Todos la han considerado como un teorema firme. Mirémosla de cerca y con todo detenimiento.—¿Qué es una demostración? Según los lógicos, es un silogismo. Y ¿qué es un silogismo? Es un grupo de tres proposiciones como éste: «Todos los hombres son mortales; el príncipe Alberto es hombre; luego el príncipe Alberto es mortal.» He ahí el modelo de la demostración, y toda demostración completa se reduce á esa. Ahora bien: ¿qué hay en esa demostración, según los lógicos? Una proposición general, concerniente á todos los hombres, que conduce á una proposición particular, concerniente á cierto hombre. De la primera se pasa á la segunda, porque la segunda está contenida en la primera. De lo general se pasa á lo particular, porque lo particular está contenido en lo general. La segunda no es más que un caso de la primera; su verdad está encerrada de antemano en la de la primera, y por eso es una verdad. En efecto: en cuanto la conclusión no está contenida en las premisas, el razonamiento es falso, y Port Royal ha reducido todas las complicadas reglas de la Edad Media á esta sola regla: que la conclusión

debe estar contenida en las premisas. Así, toda la marcha del espíritu humano, cuando razona, consiste en reconocer en los individuos lo que ha conocido en la clase, en afirmar en detalle lo que ha establecido para el conjunto, en sentar una segunda vez pieza por pieza lo que sentó de golpe una primera vez.

Nada de eso, responde Mill, porque, si así es, el raciocinio no sirve de nada. No es un progreso, sino una repetición. Cuando he afirmado que todos los hombres son mortales, he afirmado, por eso mismo, que el príncipe Alberto es mortal. Al hablar de la clase entera, es decir, de todos los individuos, he hablado de cada individuo, incluso del príncipe Alberto, que es uno de ellos. No digo, pues, nada nuevo cuando hablo de él. Mi conclusión no me enseña nada; no añade nada á mi conocimiento positivo; no hace más que presentar bajo otra forma un conocimiento que ya tenía. No es fructuosa; es puramente verbal. Por manera que, si el razonamiento es lo que dicen los lógicos, el razonamiento no es instructivo. Lo mismo sé al empezarle que al concluirle. He transformado unas palabras en otras palabras; he estado moviéndome sin cambiar de puesto. Y eso no puede ser, porque el raciocinio nos enseña verdades nuevas. Yo adquiero una verdad nueva cuando descubro que el príncipe Alberto es mortal, y la descubro por la virtud del razonamiento, puesto que, viviendo aún el príncipe Alberto, no he podido adquirirla por la observación directa. De suerte que los lógicos se engañan; y así, más allá de la teoría escolástica del silogismo, que reduce el razonamiento á sustituciones de palabras, hay que buscar una teoría de la demostración, completamente positiva, que desentrañe en el raciocinio descubrimientos de hechos.

Para ello basta advertir que la proposición general no es la verdadera prueba de la proposición particular. Lo parece; pero no lo es. No es de la mortalidad de todos los hombres de donde yo deduzco la mortalidad del príncipe Alberto; las premisas están en otra parte, y hacia atrás. La proposición general no es más que un recordatorio, una especie de registro abreviado, donde he consignado el fruto de mis experiencias. Puede V. considerar ese recordatorio como un libro de notas, á que recurre cuando quiere refrescar su memoria; pero no es del libro de donde saca V. su ciencia: la saca V. de los objetos que ha visto. Mi recordatorio no tiene valor más que por las experiencias que recuerda. Mi proposición general no tiene valor más que por los hechos particulares que resume. «La mortalidad de Juan, Tomás y compañía, es, después de todo, la única prueba que tenemos de la mortalidad del príncipe Alberto.» «La verdadera razón que nos hace creer que el príncipe Alberto morirá, es que sus ascendientes y nuestros ascendientes y todos sus contemporáneos han muerto.» De ellos hemos sacado la proposición general; ellos son los que la comunican su verdad y extensión; la proposición se limita á mencionarlos bajo una forma más breve; pero de esos hechos recibe toda su sustancia; esos hechos obran por ella y al través de ella para conducir á la conclusión que parece engendrar. La proposición no es más que su representante, y un representante sin el cual pueden pasarse los hechos. Los niños, los ignorantes y los animales saben que saldrá el sol, que los ahogaría el agua, que los quemaría el fuego, sin valerse del intermediario de esa proposición. Razonan, y nosotros razonamos también, no de lo general á lo particular, sino de lo particular á lo particular. «El espíritu no

procede nunca más que de los casos observados á los casos no observados, con ó sin fórmulas rememorativas. Nosotros no las utilizamos sino por comodidad.» «Si tuviésemos una memoria bastante extensa y la facultad de conservar el orden en una gran masa de detalles, podríamos discurrir sin servirnos de una sola proposición general.» Aquí, como antes, se han equivocado los lógicos: han concedido el primer puesto á las operaciones verbales, relegando al último término las operaciones fructuosas. Han dado la preferencia á las palabras sobre los hechos. Han continuado la ciencia nominal de la Edad Media. Han tomado la explicación de los nombres por la naturaleza de las cosas, y la transformación de las ideas por el progreso del espíritu. A nosotros nos toca invertir ese orden en lógica, puesto que le hemos invertido en las ciencias; á nosotros nos toca realzar las experiencias particulares é instructivas, y darles en nuestras teorías la primacía y la importancia que nuestra práctica las confiere desde hace trescientos años.

VI

Queda una especie de fortaleza filosófica donde se refugian los idealistas. En el origen de todas las demostraciones existe el manantial de todas las demostraciones: quiero decir los axiomas. Dos líneas rectas no pueden cerrar un espacio; dos cualidades iguales á una tercera son iguales entre sí; si á cantidades igua-

les se añaden cantidades iguales, las sumas así formadas son iguales también: he ahí proposiciones instructivas, porque expresan, no significaciones de palabras, sino relaciones de cosas; y además son proposiciones fecundas, porque toda la aritmética, el álgebra y la geometría son consecuencias de su verdad. No son, por otra parte, sin embargo, obra de la experiencia, porque nosotros no necesitamos ver efectivamente con nuestros ojos dos líneas rectas para saber que no pueden cerrar un espacio; nos basta consultar nuestra concepción interior de las mismas: para esto el testimonio de nuestros sentidos es inútil; nuestra creencia nace por entero, y con toda su fuerza, de la simple comparación de nuestras ideas. Además, la experiencia no sigue esas dos líneas más que hasta una distancia limitada, diez, ciento, mil pies, y el axioma vale para mil, cien mil, un millón de leguas, y para el infinito; luego, á partir del punto en que acaba la experiencia, ya no es ella la que establece el axioma. En fin, el axioma es necesario, es decir, que lo contrario es inconcebible. Nosotros no podemos imaginar un espacio cerrado por dos líneas rectas; en cuanto imaginamos el espacio como cerrado, las dos líneas dejan de ser rectas; en cuanto imaginamos las dos líneas como rectas, el espacio deja de estar cerrado. En la afirmación de los axiomas, las ideas constitutivas se atraen invenciblemente. En la negación de los axiomas, las ideas constitutivas se rechazan invenciblemente. Pues eso no pasa con las proposiciones de la experiencia: éstas consignan una relación accidental, y no una relación necesaria; sientan que dos hechos están enlazados, y no que deben estar enlazados; afirman que los cuerpos son pesados, y no que deben ser pesados. De forma que los axiomas no son ni pueden

ser productos de la experiencia. No lo son, puesto que cabe formarlos de cabeza, y sin experiencia. No pueden serlo, puesto que, por la naturaleza y el alcance de sus verdades, exceden de las verdades de la experiencia. Tienen otra fuente, y otra fuente más profunda. Van más lejos, y vienen de otra parte.

Nada de eso, responde Mill. Aquí, como antes, discurrís como escolásticos; olvidáis los hechos ocultos detrás de las concepciones. Porque considerad ante todo vuestro primer argumento. Seguramente, sin serviros de vuestros ojos, y por una pura contemplación mental, podéis descubrir que dos líneas no podrían cerrar un espacio; pero esa contemplación no es más que la experiencia trasplantada. Las líneas imaginarias reemplazan aquí á las líneas reales; trazáis las figuras dentro de vosotros mismos, en vez de trazarlas en el papel: vuestra imaginación hace el mismo oficio que un encerado; os fiáis de la una como os fiáis del otro, y una sustitución no vale menos que la otra, porque, en punto á figuras y líneas, la imaginación reproduce exactamente la sensación. Lo que habéis visto con los ojos abiertos, lo veis exactamente del mismo modo un minuto después con los ojos cerrados, y estudiáis las propiedades geométricas trasplantadas al campo de la visión interior, tan seguramente como las estudiaríais conservadas en el campo de la visión exterior. Hay, pues, una experiencia de cabeza, como hay una experiencia de los ojos, y precisamente por una experiencia semejante negáis á las dos líneas rectas, aun prolongadas hasta el infinito, el poder de cerrar un espacio. No necesitáis seguir las hasta el infinito para eso: no tenéis más que transportar con la imaginación al punto en que convergen, y en ese punto tenéis la impresión de una línea que se

encorva, es decir, que deja de ser recta. Esta presencia imaginaria reemplaza á una presencia real: afirmáis por la una lo que afirmaríais por la otra, y con el mismo derecho. La primera no es sino la segunda, con la ventaja de ser más manejable y de tener más movilidad y alcance. Es un telescopio en vez de un ojo; y pues los testimonios del telescopio son proposiciones de experiencia, los testimonios de la imaginación lo son también. En cuanto al argumento que distingue los axiomas y las proposiciones de experiencia, so pretexto de que es concebible lo contrario de las unas, é inconcebible lo contrario de los otros, es nulo, porque no existe tal distinción. Nada se opone á que sea concebible lo contrario de ciertas proposiciones de experiencia, é inconcebible lo contrario de otras. Eso depende de la estructura de nuestro espíritu. Cabe que en unos casos pueda él contradecir su experiencia, y en otros no. Cabe que en ciertos casos la concepción difiera de la percepción, y que en otros no difiera. Cabe que en ciertos casos la vista exterior se oponga á la vista interior, y en otros no se oponga. Ahora bien: ya se ha advertido que, en materia de figuras, la vista interior reproduce exactamente la vista exterior. Luego en los axiomas de figuras la vista interior no podrá oponerse á la vista exterior: la imaginación no podrá contradecir la sensación. En otros términos: será inconcebible lo contrario de los axiomas. Así, pues, los axiomas, aunque sea inconcebible lo contrario de los mismos, son experiencias de cierta clase, y porque son experiencias de cierta clase es inconcebible lo contrario. Por todas partes se destaca esta conclusión, que es el resumen del sistema: toda proposición instructiva ó fecunda procede de una experiencia, y no es más que un enlace de hechos.

VII

Se sigue de aquí que la única clave de la naturaleza es la inducción. Esta teoría constituye la obra maestra de Mill. Sólo un partidario tan ferviente de la experiencia podía construir la teoría de la inducción.

¿Qué es la inducción? «Es la operación que descubre y prueba proposiciones generales. Es el procedimiento por el cual concluimos que lo que es verdadero para ciertos individuos de una clase es verdadero para toda la clase, ó que lo que es verdadero en ciertos tiempos será verdadero en todo tiempo, en circunstancias análogas.» Es el razonamiento por cuya virtud, habiendo notado que Pedro, Juan y un número mayor ó menor de hombres han muerto, concluimos que todo hombre morirá. En resumen: la inducción liga la mortalidad y la cualidad de hombre, es decir, dos hechos generales ordinariamente sucesivos, y declara que el uno es la *causa* del otro.

Eso equivale á decir que el curso de la naturaleza es uniforme. Pero la inducción no parte de este axioma, sino que conduce á él; no le encontramos al principio, sino al fin de nuestras investigaciones. En el fondo, la experiencia no presupone nada fuera de sí misma. No viene á autorizarla ni á guiarla ningún principio *a priori*. Notamos que ha caído esta piedra, que nos ha quemado aquel carbón encendido, que ha muerto tal hombre, y no tenemos otro recurso, para inducir, que la adición y comparación de esos hechos

aislados y momentáneos. Aprendemos por la simple práctica que el sol alumbra, que los cuerpos caen, que el agua apaga la sed; y, para extender y contrapesar esas inducciones, no tenemos más recurso que otras inducciones semejantes. Cada observación, como cada inducción, saca su valor de sí misma y de sus afines. Siempre es la experiencia quien juzga á la experiencia, y la inducción quien juzga á la inducción. El cuerpo de nuestras verdades no tiene un alma diferente de él que le comunique la vida; subsiste por la armonía de todas sus partes tomadas en conjunto y por la vitalidad de cada una de sus partes consideradas separadamente. No creeríais á un viajero que os dijese que hay hombres con la cabeza debajo de los hombros. No os negaríais á creer á un viajero que os dijera que hay cisnes negros. Y, sin embargo, vuestra experiencia de la cosa es la misma en los dos casos: jamás habéis visto más que cisnes blancos, como jamás habéis visto más que hombres con la cabeza encima de los hombros. ¿De dónde nace, pues, que el segundo testimonio os parezca más creíble que el primero? «Manifiestamente, de que hay menos constancia en el color de los animales que en la estructura general de sus partes anatómicas. Pero ¿cómo sabemos eso? ¿Evidentemente por la experiencia? Es, pues, innegable que necesitamos de la experiencia para saber en qué grado, en qué casos, en qué clase de casos, podemos fiarnos de la experiencia. Hay que consultar á la experiencia para que nos diga en qué circunstancias son sólidos los argumentos que de ella sacamos. No tenemos una segunda piedra de toque para aquilatar la experiencia; hacemos de la experiencia la piedra de toque de la experiencia.» No hay más que ella en todo y para todo.

Véamos, pues, cómo, sin más auxilio que el suyo, podemos formar proposiciones generales, especialmente las más numerosas é importantes de todas, las que enlazan dos hechos sucesivos, diciendo que el primero es la causa del segundo.

He aquí una gran palabra: causa. Pesémosla. Lleva en su seno toda una filosofía. De la idea que asocie V. á esa voz depende toda la idea que se forme V. de la naturaleza. Renovar la noción de causa es transformar el pensamiento humano; y va V. á ver cómo Mill, con Hume y M. Comte, pero mejor que Hume y M. Comte, ha transformado esa idea.

¿Qué es una causa? Cuando Mill dice que el contacto del hierro y del aire húmedo produce la herrumbre, ó que el calor dilata los cuerpos, no habla del lazo misterioso con que los metafísicos anudan el efecto á la causa. No se ocupa de la fuerza íntima y de la virtud generadora que ciertos filósofos interponen entre el productor y el producto. «La única noción, dice (1), que la inducción necesita en este punto, puede darla la experiencia. Aprendemos por experiencia que en la naturaleza existe un orden de sucesión invariable, y que cada hecho va precedido por otro hecho. Llamamos causa al *antecedente invariable*, y efecto al *consecuente invariable*.» En el fondo, no hay nada más bajo esas dos palabras. Queremos decir simplemente que, siempre y dondequiera, al contacto del hierro y del aire húmedo seguirá la aparición de la herrumbre, á la aplicación del calor la dilatación del cuerpo. «La causa real es la serie de condiciones, el conjunto de antecedentes sin los cuales no se hubiera realizado el efecto... No tiene fundamento científico la distinción

(1) Tomo I, páginas 338, 340, 341, 345, 351.

que se hace entre la causa de un fenómeno y sus condiciones... La distinción que se establece entre el paciente y el agente es puramente verbal... La causa es la suma de condiciones negativas y positivas consideradas en conjunto, la totalidad de las circunstancias y contingencias de todas índoles, á cuya realización sigue de una manera invariable el consecuente.» Se hace mucho ruido con la palabra necesario. «Lo necesario, lo que *debe* ser, es lo que sucederá, sean las que quieran las suposiciones que podamos hacer sobre todas las demás cosas.» Eso es todo lo que se quiere decir, cuando se afirma que la noción de causa encierra la noción de necesidad. Se quiere decir que el antecedente es suficiente y completo, que no hay necesidad de suponer ninguna otra cosa, que contiene todas las condiciones requeridas, que no se exige ninguna otra condición. Suceder sin condiciones, he ahí toda la noción de efecto y de causa. No tenemos otra. Se engañan los filósofos cuando descubren en nuestra voluntad un tipo diferente de la causa, y declaran que ahí vemos la fuerza eficiente en acto y en ejercicio. No vemos nada semejante. Aquí, como dondequiera, no vemos más que sucesiones constantes. No vemos un hecho que engendra otro, sino un hecho que acompaña á otro. «Nuestra voluntad (dice Mill) produce nuestros actos corporales, como el frío produce el hielo, ó como una chispa produce una explosión de pólvora.» Hay aquí, como dondequiera, un antecedente, la resolución ó estado del espíritu, y un consecuente, el esfuerzo ó sensación física. La experiencia los une, y nos permite prever que el esfuerzo seguirá á la resolución, como nos permite prever que la explosión de la pólvora seguirá al contacto con la chispa. Dejemos, pues, esas ilusiones psicológicas, é

indaguemos simplemente, bajo el nombre de efecto y de causa, los fenómenos que *forman pares sin excepción ni condición*.

Ahora bien: para establecer esas conexiones experimentales, Mill descubre cuatro métodos, y nada más que cuatro métodos: el de las corcondancias (1), el de las diferencias (2), el de los residuos (3), el de las va-

(1) Tomemos cincuenta crisoles de materia fundida que se deja enfriar, y cincuenta de soluciones que se dejan evaporar; todas cristalizan. Azufre, azúcar, alumbre, cloruro de sodio, las diversas sustancias, las temperaturas, las circunstancias son todo lo diferentes que cabe. Encontramos allí un hecho común, y no más que uno: el tránsito del estado líquido al estado sólido. Concluimos que ese tránsito es el antecedente invariable de las cristalizaciones. He aquí un ejemplo del *método de corcondancia*; su regla fundamental es que «si dos ó varios casos del fenómeno en cuestión no tienen más que una circunstancia común, esa circunstancia es su causa ó su efecto». (Tomo 1, pág. 396.)

(2) Tomemos un ave que está en el aire y respira. Sumerjámosla en ácido carbónico; deja de respirar. La sofocación sobreviene en el segundo caso y no en el primero; en lo demás los dos casos son todo lo semejantes que cabe, puesto que en los dos se trata de la misma ave y casi en el mismo momento; no se diferencian más que en una circunstancia: la inmersión en el ácido carbónico en vez de la inmersión en el aire. De ahí se infiere que esa circunstancia es uno de los antecedentes invariables de la sofocación. He aquí un ejemplo del *método de las diferencias*; su regla fundamental es que «si un caso en que el fenómeno se realiza y otro en que no se realiza ofrecen un conjunto de circunstancias comunes, con excepción de una sola, esta última es la causa ó el efecto del fenómeno».

(3) Tomemos un grupo de antecedentes y otro de consecuentes. Se ha ligado todos los antecedentes, menos uno, á sus consecuentes, y todos los consecuentes, menos uno, á sus antecedentes. Se puede inferir que el antecedente que queda está ligado al consecuente que queda. Por ejemplo: después de calcular los físicos la velocidad del sonido, según las leyes de la propagación de las ondas sonoras, vieron que los sonidos caminan realmente más deprisa de lo que parece indicar el cálculo. Ese exceso ó residuo de velocidad es un consecuente,

riaciones concomitantes (1). Son los únicos caminos por donde podemos penetrar en la naturaleza. No hay otros, y todos emplean el mismo artificio. Ese artificio es la *eliminación*; la inducción, en efecto, no es otra cosa. Tiene V. dos grupos, uno de antecedentes y otro de consecuentes, comprensivo cada cual de más ó menos elementos: diez, por ejemplo. ¿A qué antecedente está unido cada consecuente? El primer consecuente ¿está unido al primer antecedente, ó al tercero, ó al sexto? Toda la dificultad y todo el descubrimiento están ahí. Para vencer la dificultad y realizar el descubrimiento, hay que eliminar, es decir, excluir los antecedentes que no están ligados al consecuente que se considera (2). Pero, como efectivamente no pueden

y supone un antecedente; Laplace encontró el antecedente en el calor que desarrolla la condensación de cada onda sonora; y con la introducción de ese nuevo elemento el cálculo resultó exacto. He aquí un ejemplo del *método de los residuos*. Su regla es que «si se separa de un fenómeno la parte que es efecto de ciertos antecedentes, el residuo del fenómeno es efecto de los antecedentes que quedan».

(1) Tomemos dos hechos: la presencia de la tierra y la oscilación del péndulo, ó la presencia de la luna y el movimiento de las mareas. Para unir directamente esos dos fenómenos, sería preciso suprimir el primero y ver si esa supresión traía consigo la ausencia del segundo. Pero esa supresión es imposible en ambos casos. Entonces utilizamos una vía indirecta para unir los dos fenómenos. Notamos que todas las variaciones del uno corresponden á ciertas variaciones del otro; que todas las oscilaciones del péndulo corresponden á las diversas posiciones de la tierra; que todas las circunstancias de las mareas corresponden á las diversas posiciones de la luna. Concluimos de aquí que el segundo hecho es el antecedente del primero. He aquí un ejemplo del *método de las variaciones concomitantes*; su regla fundamental es que «si un fenómeno varía de algún modo siempre que otro varía de cierto modo, el primero es una causa ó un efecto directo ó indirecto del segundo».

(2) «El método de diferencia—dice Mill—tiene por fundamento que todo lo que no puede eliminarse está unido al fenó-

excluirse, y como el par de fenómenos aparece siempre en la naturaleza rodeado de circunstancias, se reúnen diversos casos que, por su diversidad, permiten al espíritu segregar esas circunstancias y ver el par al desnudo. En definitiva, no se induce más que formando pares; no se forman los pares más que aislandolos, y no se aíslan más que mediante comparaciones.

VIII

Todo esto son fórmulas; un hecho será más claro. He aquí uno, donde se van á ver los métodos en ejercicio; hay un ejemplo que los reúne casi todos. Se trata de la teoría del rocío del Dr. Well. Cito las propias palabras de Mill; son tan precisas, que bien valen la pena de meditarlas.

«Ante todo, hay que distinguir el rocío, así de la lluvia como de las nieblas, y definirle diciendo que es la aparición espontánea de una humedad en cuerpos expuestos al aire libre, cuando no llueve ni hay humedad visible. Definido así el rocío, ¿cuál es su causa y cómo se ha encontrado?

—
 meno por una ley. El método de concordancia tiene por fundamento que todo lo que puede eliminarse no está unido al fenómeno por una ley.» El método de los residuos es un caso del método de diferencia; el método de las variaciones concomitantes es otro caso, con la distinción de que opera, no sobre los dos fenómenos, sino sobre sus variaciones.

»Por el pronto, tenemos fenómenos semejantes en la humedad que cubre un metal frío ó una piedra cuando echamos el aliento, en la que aparece, durante el verano, en las paredes de un vaso de agua fresca que sale del pozo, en la que ofrece la cara interior de los cristales cuando el granizo ó una lluvia repentina enfrían el aire exterior, en la que corre por nuestros muros cuando, después de un frío prolongado, viene un deshielo tibio y húmedo. Comparando todos estos casos, vemos que todos contienen el fenómeno en cuestión. Ahora bien: todos esos casos coinciden en un punto, á saber: que el objeto que se cubre de rocío es más frío que el aire que le envuelve. ¿Sucede eso también en el caso del rocío nocturno? ¿Es un hecho que el objeto bañado de rocío está más frío que el aire? Nos inclináramos á responder que no, porque ¿qué ha de ponerle más frío? Pero fácil es la experiencia: no tenemos más que poner un termómetro en contacto con la sustancia cubierta de rocío, y colgar otro un poco encima, fuera del alcance de su influjo. Se ha hecho la experiencia, se ha planteado la cuestión, y la respuesta siempre ha sido afirmativa: cuando un objeto se cubre de rocío, está más frío que el aire.

»He aquí una aplicación completa del *método de concordancia*: se establece un enlace invariable entre la aparición del rocío en una superficie y la frialdad de esa superficie comparada con el aire exterior. Pero ¿cuál de los dos fenómenos es causa y cuál efecto? ¿O son los dos efectos de alguna otra causa? Sobre este punto no da ninguna luz el método de las concordancias. Debemos recurrir á un método más eficaz: debemos variar las circunstancias; debemos notar los casos en que falta el rocío, porque una de las condi-

excluirse, y como el par de fenómenos aparece siempre en la naturaleza rodeado de circunstancias, se reúnen diversos casos que, por su diversidad, permiten al espíritu segregar esas circunstancias y ver el par al desnudo. En definitiva, no se induce más que formando pares; no se forman los pares más que aislandolos, y no se aíslan más que mediante comparaciones.

VIII

Todo esto son fórmulas; un hecho será más claro. He aquí uno, donde se van á ver los métodos en ejercicio; hay un ejemplo que los reúne casi todos. Se trata de la teoría del rocío del Dr. Well. Cito las propias palabras de Mill; son tan precisas, que bien valen la pena de meditarlas.

«Ante todo, hay que distinguir el rocío, así de la lluvia como de las nieblas, y definirle diciendo que es la aparición espontánea de una humedad en cuerpos expuestos al aire libre, cuando no llueve ni hay humedad visible. Definido así el rocío, ¿cuál es su causa y cómo se ha encontrado?

—
meno por una ley. El método de concordancia tiene por fundamento que todo lo que puede eliminarse no está unido al fenómeno por una ley.» El método de los residuos es un caso del método de diferencia; el método de las variaciones concomitantes es otro caso, con la distinción de que opera, no sobre los dos fenómenos, sino sobre sus variaciones.

»Por el pronto, tenemos fenómenos semejantes en la humedad que cubre un metal frío ó una piedra cuando echamos el aliento, en la que aparece, durante el verano, en las paredes de un vaso de agua fresca que sale del pozo, en la que ofrece la cara interior de los cristales cuando el granizo ó una lluvia repentina enfrían el aire exterior, en la que corre por nuestros muros cuando, después de un frío prolongado, viene un deshielo tibio y húmedo. Comparando todos estos casos, vemos que todos contienen el fenómeno en cuestión. Ahora bien: todos esos casos coinciden en un punto, á saber: que el objeto que se cubre de rocío es más frío que el aire que le envuelve. ¿Sucede eso también en el caso del rocío nocturno? ¿Es un hecho que el objeto bañado de rocío está más frío que el aire? Nos inclináramos á responder que no, porque ¿qué ha de ponerle más frío? Pero fácil es la experiencia: no tenemos más que poner un termómetro en contacto con la sustancia cubierta de rocío, y colgar otro un poco encima, fuera del alcance de su influjo. Se ha hecho la experiencia, se ha planteado la cuestión, y la respuesta siempre ha sido afirmativa: cuando un objeto se cubre de rocío, está más frío que el aire.

»He aquí una aplicación completa del *método de concordancia*: se establece un enlace invariable entre la aparición del rocío en una superficie y la frialdad de esa superficie comparada con el aire exterior. Pero ¿cuál de los dos fenómenos es causa y cuál efecto? ¿O son los dos efectos de alguna otra causa? Sobre este punto no da ninguna luz el método de las concordancias. Debemos recurrir á un método más eficaz: debemos variar las circunstancias; debemos notar los casos en que falta el rocío, porque una de las condi-

ciones indispensables para aplicar el *método de las diferencias* es comparar casos en que se realiza el fenómeno con otros casos en que no se realiza.

»Ahora bien: el rocío no se deposita en la superficie de los metales pulimentados, mientras que se deposita muy copiosamente en el cristal. He aquí un caso en que se produce el efecto, y otro en que no se produce... Pero como las diferencias que existen entre el cristal y los metales pulimentados son muchas, lo único de que podemos estar seguros es de que la causa del rocío se encontrará entre las circunstancias que distinguen al cristal de los metales pulimentados... Tratemos, pues, de desentrañar esa circunstancia, y empleemos al efecto el único método posible: el de las *variaciones concomitantes*. En el caso de los metales pulimentados y del cristal pulimentado, el contraste manifiesta evidentemente que la *sustancia* tiene un gran influjo sobre el fenómeno. Por lo mismo, hacemos variar todo lo posible la sustancia sola, exponiendo al aire superficies pulimentadas de diversas especies. Hecho así, se ve aparecer en seguida una escala de intensidad. Las sustancias pulimentadas que conducen peor el calor son las que más se impregnan de rocío; las que conducen mejor el calor son las que menos se humedecen: de donde se concluye que «la aparición del rocío va unida al poder que posee el cuerpo de oponerse al paso del calor».

»Pero si exponemos al aire superficies ásperas, en vez de superficies pulimentadas, vemos invertida á veces esa ley. Así el hierro sin pulimentar, sobre todo si está pintado ó ennegrecido, se moja de rocío más pronto que el papel lustroso. Influye, pues, mucho la *especie de superficie*. En consecuencia, exponemos la misma sustancia modificando todo lo posible el estado

de su superficie (lo cual es un nuevo empleo del método de las variaciones concomitantes), y aparecerá una nueva escala de intensidad. Las superficies que más fácilmente pierden su calor por irradiación son las que se humedecen de rocío con más abundancia. De aquí se infiere que la aparición del rocío va unida á la facilidad de perder el calor por vía de irradiación.

»Ahora, el influjo que acabamos de reconocer en la *sustancia* y en la *superficie* nos conduce á considerar el de la *textura*; y aquí encontramos una tercera escala de intensidad, que nos presenta las sustancias de una textura firme y compacta—por ejemplo: las piedras y los metales—como desfavorables para la aparición del rocío, y, al contrario, las sustancias de una textura floja—por ejemplo: el paño, el terciopelo, la lana, el plumón—como eminentemente favorables á la producción del rocío. La textura laxa es, pues, una de las circunstancias que la provocan. Pero esta tercera causa se refiere á la primera, que es el poder de oponerse al paso del calor, porque las sustancias de textura floja son precisamente las que sirven mejor para vestir, impidiendo al calor pasar de la piel al aire, lo cual verifican conservando muy caliente su superficie interior, mientras queda muy fría la exterior.

»Así, pues, los variadísimos casos en que se deposita mucho rocío convienen en esto, y, hasta donde cabe observar, en esto solamente: en que conducen lentamente el calor ó rápidamente la irradiación—dos cualidades que no coinciden más que en un solo punto, y es: que, en virtud de la una y de la otra, el cuerpo tiende á perder calor por su superficie más rápidamente de lo que puede recobrarlo por el interior. Al

contrario, los casos variadisimos en que falta el rocío ó es muy poco abundante, convienen en esto, y, hasta donde cabe observar, en esto solamente: en que no tienen esa propiedad. Ahora podemos responder á la pregunta primitiva, y saber cuál de los dos fenómenos, frío y rocío, es la causa del otro. Acabamos de ver que la sustancia en que se deposita el rocío debe ponerse, por sus solas propiedades, más fría que el aire. Podemos, pues, dar cuenta de su frialdad, haciendo abstracción del rocío, y, como hay una conexión entre ambas cosas, el rocío es el que depende de la frialdad; en otros términos: la frialdad es la causa del rocío.

«Ahora esta ley así establecida puede confirmarse de tres maneras diferentes. Primero, por deducción, partiendo de las leyes conocidas que sigue el vapor acuoso cuando se difunde en el aire ó en cualquier otro gas. Se sabe, por experiencia directa, que la cantidad de agua que puede permanecer suspendida en el aire en estado de vapor es limitada para cada grado de temperatura, y que ese máximo decrece á medida que disminuye la temperatura. De aquí se sigue deductivamente que, si hay ya suspendido en el aire todo el vapor que puede admitir su temperatura del momento, cualquier descenso de temperatura hará que una porción del vapor se condense ó transforme en agua. Pero, además, sabemos deductivamente, por las leyes del calor, que el contacto del aire con un cuerpo más frío que él disminuye necesariamente la temperatura de la capa de aire aplicado á su superficie, y, por tanto, la obliga á abandonar una porción de su agua, que, según las leyes ordinarias de la gravitación ó cohesión, se adhiere á la superficie del cuerpo, constituyendo el rocío... Esta prueba deductiva tiene la ventaja de dar

cuenta de las excepciones, es decir, de los casos en que, á pesar de estar el cuerpo más frío que el aire, no se deposita rocío: porque demuestra que así ha de suceder necesariamente, cuando el aire contenga tan poco vapor acuoso en comparación con su temperatura que, aun enfriándose algo por el contacto con un cuerpo más frío, sea capaz de conservar en suspensión todo el vapor que desde luego contenía. Así, en un verano muy seco no hay rocío, ni en un invierno muy seco hay escarchas.

»La segunda confirmación de la teoría se saca de la experiencia directa practicada según el método de las diferencias. Enfriando la superficie de cualquier cuerpo, podemos llegar siempre á una temperatura en que empieza á depositarse el rocío. No podemos hacerlo, es verdad, más que en pequeña escala; pero tenemos mil razones para inferir que la misma operación, trasladada al gran laboratorio de la naturaleza, conducirá al mismo resultado.

»Y, en fin, podemos comprobar el resultado aun en esa grande escala. Se presenta aquí uno de esos raros casos en que la naturaleza hace el experimento por nosotros, de la misma manera que nosotros lo haríamos, es decir, introduciendo en el estado anterior de las cosas una circunstancia nueva, única, y perfectamente definida, y manifestando el efecto tan rápidamente, que faltaría el tiempo para cualquier otro cambio considerable en las circunstancias anteriores. Se ha observado que el rocío nunca se deposita abundantemente en sitios muy resguardados del cielo abierto, y no se deposita ni poco ni mucho en las noches nubladas; pero, si se separan las nubes, aunque no sea más que algunos minutos, dejando una abertura, empieza á depositarse el rocío, y va en aumento. Aquí

es cosa completamente probada que la presencia ó la ausencia de una comunicación no interrumpida con el cielo motiva la presencia ó ausencia del rocío; pero puesto que un cielo despejado no es más que la ausencia de las nubes, y las nubes, como todos los cuerpos que un simple fluido elástico separa de un objeto dado, tienden á elevar ó conservar la temperatura de la superficie del objeto irradiando calor hacia él, vemos al punto que la retirada de las nubes enfriará la superficie. Así, en este caso, habiendo producido la naturaleza un cambio en el antecedente por medios conocidos y definidos, sigue y debe seguir el consecuente: experimento natural conforme con las reglas del método de diferencia.»

IX

No son esos todos los procedimientos de las ciencias, pero esos llevan á los demás. Todos se encadenan, y nadie ha mostrado su encadenamiento mejor que Mill. En muchos casos son impotentes los procedimientos de aislamiento, y es cuando, produciéndose el efecto por un concurso de causas, no puede dividirse en sus elementos. Los métodos de aislamiento son entonces impracticables. No podemos ya eliminar, y, por consiguiente, no podemos ya inducir. Y esta dificultad tan grave se encuentra en casi todos los casos del movimiento: porque casi todo movimiento es consecuencia de un concurso de fuerzas, y los efectos respectivos

de las diversas fuerzas se mezclan en él hasta el punto de que no cabe separarlos sin destruirle; de modo que parece imposible saber qué parte corresponde á cada fuerza en la producción de ese movimiento. Supóngase un cuerpo solicitado por dos fuerzas cuyas direcciones forman ángulo; se mueve siguiendo la diagonal; cada parte, cada momento, cada posición, cada elemento de su movimiento, es el efecto combinado de las dos fuerzas que le solicitan. Los dos efectos se penetran de tal suerte, que no es posible aislar ninguno y referirle á su origen. Para percibir separadamente cada efecto, habría que considerar movimientos diferentes, es decir, suprimir el movimiento dado y reemplazarle con otros. Ni el método de las concordancias ó diferencias, ni el método de los residuos ó de las variaciones concomitantes, todos ellos eliminativos, pueden servir contra un fenómeno que excluye por su naturaleza toda eliminación y toda descomposición. Hay que sortear, pues, el obstáculo, y aquí es donde aparece la última clave de la naturaleza, el método de deducción. Abandonamos el fenómeno; estudiamos otros más sencillos; establecemos sus leyes, y enlazamos cada uno de ellos con su causa por los procedimientos ordinarios de la inducción; después, suponiendo el concurso de dos ó varias de esas causas, inferimos, con arreglo á sus leyes conocidas, cuál deberá ser el efecto total. Averiguamos luego si el movimiento dado es exactamente semejante al movimiento predicho; y, si lo es, le atribuimos á las causas de donde le hemos deducido. Así, para descubrir las causas de los movimientos de los planetas, investigamos por inducciones simples las leyes de dos causas: una, la fuerza de impulsión primitiva en el sentido de la tangente; otra, la fuerza aceleratriz atractiva. De

esas leyes inducidas, deducimos por el cálculo el movimiento de un cuerpo que estuviese sometido á sus sollicitaciones combinadas, y, viendo que los movimientos planetarios observados coinciden exactamente con los previstos, concluimos que las dos fuerzas en cuestión son efectivamente las causas de los movimientos planetarios. «A este método, dice Mill, debe el espíritu humano sus mayores triunfos. Le debemos todas las teorías que han unido vastos y complicados fenómenos bajo algunas leyes sencillas.» Sus rodeos nos han llevado más lejos que la vía recta; ha debido su eficacia á su imperfección.

X

Si ahora comparamos los dos métodos, su oportunidad, su oficio, su dominio, veremos como en resumen la historia, las divisiones, las esperanzas y los límites de la ciencia humana. El primero aparece al comienzo; el segundo al fin. El primero debió conquistar el imperio en tiempo de Bacon (1), y empieza á perderle; el segundo debió perder el imperio en tiempo de Bacon, y empieza á conquistarle; de modo que la ciencia; después de haber pasado del estado deductivo al estado experimental, pasa del estado experimental al estado deductivo. El primero tiene por provincia los fenómenos descomponibles, y sobre los cuales po-

(1) Tomo I, pág. 500.

demostramos experimentar. El segundo tiene por dominio los fenómenos indescomponibles ó sobre los cuales no podemos experimentar. El primero es eficaz en física, en química, en zoología, en botánica, en los primeros pasos de toda ciencia, y dondequiera que los fenómenos son poco complicados, proporcionados á nuestras fuerzas, capaces de ser transformados por los medios de que nosotros disponemos. El segundo es eficaz en astronomía, en las partes superiores de la física, en fisiología, en historia, en los últimos grados de toda ciencia, y dondequiera que los fenómenos son muy complicados, como la vida animal y social, ó están fuera de nuestro alcance, como el movimiento de los cuerpos celestes y las revoluciones de la envoltura terrestre. Cuando no se emplea el método conveniente, la ciencia se paraliza; cuando se practica el método conveniente, la ciencia marcha. He ahí todo el secreto de su pasado y de su presente. Si las ciencias físicas permanecieron inmóviles hasta Bacon, es porque se deducía cuando había que inducir. Si la fisiología y las ciencias morales van hoy rezagadas, es porque se induce cuando habría que deducir. Por deducción, y según las leyes físicas y químicas, es como podrán explicarse los fenómenos fisiológicos. Por deducción, y según las leyes mentales, es como podrán explicarse los fenómenos históricos (1). Y lo que es el instrumento de esas dos ciencias constituye el objetivo de todas las otras. Todas tienden á hacerse deductivas; todas aspiran á resumirse en algunas proposiciones generales de las cuales pueda deducirse el resto. Cuanto menos

(1) Tomo II, lib. VI, cap. IX, pág. 487. Explicación, según Liebig, de la descomposición, de la respiración, del envenenamiento, etc. Hay un libro entero sobre el método de las ciencias morales; no conozco mejor tratado sobre este asunto.

numerosas son esas proposiciones, más adelantada está la ciencia. Cuantos menos supuestos y datos exige una ciencia, más perfecta es. Esa reducción es su estado final. La astronomía, la acústica, la óptica, le ofrecen su modelo. Conoceremos la naturaleza cuando hayamos deducido sus millones de hechos de dos ó tres leyes.

Me atrevo á decir que la teoría que acaba V. de oír es perfecta. He omitido varios rasgos, pero V. ha visto lo bastante para reconocer que en ninguna parte se ha explicado la inducción de una manera tan completa y tan precisa, con tal abundancia de penetrantes y justas distinciones, con aplicaciones tan extensas y exactas, con tal conocimiento de las prácticas efectivas y de los descubrimientos adquiridos, con más absoluta exclusión de los principios metafísicos y de las suposiciones arbitrarias, con un espíritu más conforme á los procedimientos rigurosos de la experiencia moderna. Me preguntaba V. no ha mucho qué han hecho los ingleses en filosofía. Respondo: la teoría de la inducción. Mill es el último de un gran linaje que empieza en Bacon, y que, por Hobbes, Newton, Locke, Hume y Herschel, se ha prolongado hasta nosotros. Han llevado á la filosofía nuestro espíritu nacional; han sido positivos y prácticos; no se han remontado por encima de los hechos; no han intentado caminos extraordinarios; han purgado al cerebro humano de sus ilusiones, de sus ambiciones, de sus quimeras. Le han empleado en el único sentido en que puede obrar; no han querido más que plantar barreras y antorchas en el camino ya abierto por las ciencias fecundas. No han querido gastar inútilmente su trabajo fuera de la vía explorada. Han ayudado á la gran obra moderna, el descubrimiento de las leyes aplicables; han con-

tribuido como los sabios especialistas, á aumentar el poder del hombre. Busque V. muchos filósofos que hayan hecho otro tanto.

XI

Va V. á decirme que mi filósofo se ha cortado las alas para fortalecer las piernas. Cierto, y ha hecho bien. La experiencia circunscribe el campo que nos abre; nos ha dado nuestro objetivo; nos da también nuestros límites. No tenemos más que mirar los elementos que la componen y los hechos de que parte, para comprender que su alcance es restringido. Su naturaleza y su procedimiento reducen su marcha á algunos pasos.—Y, por el pronto (1), las leyes últimas de la naturaleza no pueden ser menos numerosas que las especies distintas de nuestras sensaciones. Podemos muy bien reducir un movimiento á otro movimiento, pero no la sensación de calor á la sensación de olor, de color ó de sonido, ni una ú otra á un movimiento. Podemos referir muy bien, unos á otros, fenómenos de diferente grado, pero no fenómenos de diferente especie. En el fondo de todos nuestros conocimientos encontramos las distintas sensaciones como elementos simples, indescomponibles, absolutamente separados los unos de los otros, absolutamente incapaces de ser reducidos los unos á los

(1) Tomo II, pág. 4.
Historia.

numerosas son esas proposiciones, más adelantada está la ciencia. Cuantos menos supuestos y datos exige una ciencia, más perfecta es. Esa reducción es su estado final. La astronomía, la acústica, la óptica, le ofrecen su modelo. Conoceremos la naturaleza cuando hayamos deducido sus millones de hechos de dos ó tres leyes.

Me atrevo á decir que la teoría que acaba V. de oír es perfecta. He omitido varios rasgos, pero V. ha visto lo bastante para reconocer que en ninguna parte se ha explicado la inducción de una manera tan completa y tan precisa, con tal abundancia de penetrantes y justas distinciones, con aplicaciones tan extensas y exactas, con tal conocimiento de las prácticas efectivas y de los descubrimientos adquiridos, con más absoluta exclusión de los principios metafísicos y de las suposiciones arbitrarias, con un espíritu más conforme á los procedimientos rigurosos de la experiencia moderna. Me preguntaba V. no ha mucho qué han hecho los ingleses en filosofía. Respondo: la teoría de la inducción. Mill es el último de un gran linaje que empieza en Bacon, y que, por Hobbes, Newton, Locke, Hume y Herschel, se ha prolongado hasta nosotros. Han llevado á la filosofía nuestro espíritu nacional; han sido positivos y prácticos; no se han remontado por encima de los hechos; no han intentado caminos extraordinarios; han purgado al cerebro humano de sus ilusiones, de sus ambiciones, de sus quimeras. Le han empleado en el único sentido en que puede obrar; no han querido más que plantar barreras y antorchas en el camino ya abierto por las ciencias fecundas. No han querido gastar inútilmente su trabajo fuera de la vía explorada. Han ayudado á la gran obra moderna, el descubrimiento de las leyes aplicables; han con-

tribuido como los sabios especialistas, á aumentar el poder del hombre. Busque V. muchos filósofos que hayan hecho otro tanto.

XI

Va V. á decirme que mi filósofo se ha cortado las alas para fortalecer las piernas. Cierto, y ha hecho bien. La experiencia circunscribe el campo que nos abre; nos ha dado nuestro objetivo; nos da también nuestros límites. No tenemos más que mirar los elementos que la componen y los hechos de que parte, para comprender que su alcance es restringido. Su naturaleza y su procedimiento reducen su marcha á algunos pasos.—Y, por el pronto (1), las leyes últimas de la naturaleza no pueden ser menos numerosas que las especies distintas de nuestras sensaciones. Podemos muy bien reducir un movimiento á otro movimiento, pero no la sensación de calor á la sensación de olor, de color ó de sonido, ni una ú otra á un movimiento. Podemos referir muy bien, unos á otros, fenómenos de diferente grado, pero no fenómenos de diferente especie. En el fondo de todos nuestros conocimientos encontramos las distintas sensaciones como elementos simples, indescomponibles, absolutamente separados los unos de los otros, absolutamente incapaces de ser reducidos los unos á los

(1) Tomo II, pág. 4.
Historia.

otros. Por más que haga la experiencia, no puede suprimir esas diversidades que la fundan. Por otra parte, tampoco puede sustraerse á las condiciones en que obra. Sea el que quiera su dominio, se halla limitado en el tiempo y en el espacio; el hecho que ella observa viene circunscrito y determinado por otra infinidad de hechos que no puede alcanzar. Se ve obligada á suponer ó reconocer algún estado primordial de donde parte y que no explica. Todo problema tiene sus datos accidentales ó arbitrarios. De ellos se deduce lo demás; pero ellos no se deducen de nada. El sol, la tierra, los planetas, el impulso inicial de los cuerpos celestes, las propiedades primitivas de las sustancias químicas, son de esos datos. Si los poseyésemos todos, podríamos explicarlo todo por ellos, pero no podríamos explicarlos á ellos mismos. ¿Por qué en el origen, pregunta Mill, existieron esos agentes naturales más bien que otros? ¿Por qué se mezclaron en tales ó cuales proporciones? ¿Por qué se distribuyeron de tal ó cual manera en el espacio? Es una pregunta á que no podemos responder. Más aún: no podemos descubrir nada de regular en esa misma distribución, no podemos reducirla á cierta uniformidad, á cierta ley. La reunión de esos agentes es un puro accidente para nosotros. Y la astronomía, que nos ofrecía hace poco el modelo de la ciencia acabada, nos ofrece ahora el modelo de la ciencia limitada. Podemos predecir muy bien las innumerables posiciones de todos los cuerpos planetarios; pero tenemos que suponer, además del impulso primitivo y de su grado, además de la fuerza atractiva y de su ley, las masas y las distancias de todos los cuerpos de que hablamos. Comprendemos millones de hechos, pero mediante un centenar de hechos que no comprendemos; alcanza-

mos consecuencias necesarias, pero por medio de antecedentes accidentales; de modo que, así estuviese concluida la teoría de nuestro universo, tendría aún dos grandes lagunas: la una al comienzo del mundo físico, y la otra al principio del mundo moral; la una tocante á los elementos del ser, y la otra á los elementos de la experiencia; comprensiva la una de las sensaciones primitivas, y la otra de los agentes primitivos. «Nuestra ciencia (dice Royer-Collard) consiste en beber la ignorancia en su más alta fuente.»

¿Podemos al menos afirmar que esos datos irreducibles no lo son más que en apariencia y para la mirada de nuestro espíritu? ¿Podemos decir que tienen causas, como los hechos derivados de que son causa? ¿Podemos asegurar que cuanto ocurre en cualquier punto del tiempo y del espacio sucede según leyes, y que nuestro pequeño mundo, tan bien regido, es un resumen del grande? ¿Podemos salir de nuestro estrechísimo recinto, á favor de algún axioma, y afirmar algo del universo? De ningún modo, y aquí es donde Mill lleva las cosas hasta las últimas consecuencias: porque la ley que atribuye una causa á todo hecho no tiene para él otro fundamento, otro valor ni otro alcance que nuestra experiencia. No encierra su necesidad en sí misma; recibe toda su autoridad del gran número de casos en que se ha reconocido exacta; no hace más que resumir una suma de observaciones; une dos datos que, considerados en sí mismos, no tienen conexión íntima; junta el antecedente y el consecuente tomados en general, como la ley de la gravedad junta un antecedente y un consecuente tomados en particular; consigna un enlace como hacen todas las leyes experimentales, y participa de la incertidumbre y de las restricciones de esas leyes. Oiga V. estas ca-

tegóricas palabras: «Estoy convencido de que, si un hombre acostumbrado á la abstracción y al análisis ejercitase lealmente sus facultades para el caso, una vez adiestrada su imaginación, no hallaría dificultad ninguna en concebir que, en alguno de los firmamentos en que ahora divide el universo la astronomía sideral, pudiesen ocurrir las cosas á la ventura, sin ninguna ley fija; y ni en nuestra experiencia, ni en nuestra constitución mental encontramos ningún motivo, grande ni pequeño, para creer que eso no pasa en ninguna parte.» En la práctica diaria podemos fiarnos de una ley tan bien establecida; «pero en las partes lejanas de las regiones estelares, donde los fenómenos pueden ser totalmente diferentes de los que conocemos, sería locura afirmar de un modo categórico el imperio de esa ley general, como sería locura afirmar que imperan allí las leyes especiales que dominan universalmente en nuestro planeta.» Nos vemos, pues, alejados irrevocablemente de lo infinito; allí no alcanzan nuestras facultades ni nuestras afirmaciones; permanecemos confinados en un círculo reducidísimo; nuestro espíritu no va más allá de su experiencia; nosotros no podemos establecer una conexión universal y necesaria entre los hechos; quizá no existe siquiera entre los hechos ninguna conexión universal y necesaria. Mill se detiene en este punto; pero es claro que, llevando su idea hasta el fin, se llegaría á considerar el mundo como una simple aglomeración de hechos. Ninguna necesidad interior produciría su enlace ni su existencia. Serían puros datos, es decir, accidentes. A veces, como ocurre en nuestro sistema, se hallarían reunidos de modo que acarreasen sucesiones regulares; otras se hallarían reunidos de modo que no las produjesen. Como entiende Demócrito, en el corazón de las cosas residiría el

azar. De él derivarían las leyes, y no derivarían más que aquí y allí. Sucedería con los seres lo que con los números, lo que con las fracciones, por ejemplo, que según el azar de los dos factores primitivos, tan pronto se desenvuelven como no se desenvuelven en periodos regulares. He aquí una concepción original y elevada á todas luces. Es la última consecuencia de la idea primitiva y dominante que hemos desentrañado en el comienzo del sistema, que ha transformado las teorías de la definición, de la proposición y del silogismo, que ha reducido los axiomas á verdades de experiencia, que ha desenvuelto y perfeccionado la teoría de la inducción, que ha determinado el objeto, los límites, las provincias y los métodos de la ciencia, que ha suprimido en la naturaleza y en la ciencia las conexiones interiores, que ha sustituido lo necesario por lo accidental, la causa por el antecedente, y que consiste en afirmar que todo aserto útil conduce á unir dos hechos que por su naturaleza están separados.

§ 2.º—LA ABSTRACCIÓN

I

—Un abismo de azar y un abismo de ignorancia. Sombria es la perspectiva; pero no importa, si es verdadera. Por lo menos, esa teoría de la ciencia es la de la ciencia inglesa. Rara vez, convengo en ello, ha re-

tegóricas palabras: «Estoy convencido de que, si un hombre acostumbrado á la abstracción y al análisis ejercitase lealmente sus facultades para el caso, una vez adiestrada su imaginación, no hallaría dificultad ninguna en concebir que, en alguno de los firmamentos en que ahora divide el universo la astronomía sideral, pudiesen ocurrir las cosas á la ventura, sin ninguna ley fija; y ni en nuestra experiencia, ni en nuestra constitución mental encontramos ningún motivo, grande ni pequeño, para creer que eso no pasa en ninguna parte.» En la práctica diaria podemos fiarnos de una ley tan bien establecida; «pero en las partes lejanas de las regiones estelares, donde los fenómenos pueden ser totalmente diferentes de los que conocemos, sería locura afirmar de un modo categórico el imperio de esa ley general, como sería locura afirmar que imperan allí las leyes especiales que dominan universalmente en nuestro planeta.» Nos vemos, pues, alejados irrevocablemente de lo infinito; allí no alcanzan nuestras facultades ni nuestras afirmaciones; permanecemos confinados en un círculo reducidísimo; nuestro espíritu no va más allá de su experiencia; nosotros no podemos establecer una conexión universal y necesaria entre los hechos; quizá no existe siquiera entre los hechos ninguna conexión universal y necesaria. Mill se detiene en este punto; pero es claro que, llevando su idea hasta el fin, se llegaría á considerar el mundo como una simple aglomeración de hechos. Ninguna necesidad interior produciría su enlace ni su existencia. Serían puros datos, es decir, accidentes. A veces, como ocurre en nuestro sistema, se hallarían reunidos de modo que acarreasen sucesiones regulares; otras se hallarían reunidos de modo que no las produjesen. Como entiende Demócrito, en el corazón de las cosas residiría el

azar. De él derivarían las leyes, y no derivarían más que aquí y allí. Sucedería con los seres lo que con los números, lo que con las fracciones, por ejemplo, que según el azar de los dos factores primitivos, tan pronto se desenvuelven como no se desenvuelven en periodos regulares. He aquí una concepción original y elevada á todas luces. Es la última consecuencia de la idea primitiva y dominante que hemos desentrañado en el comienzo del sistema, que ha transformado las teorías de la definición, de la proposición y del silogismo, que ha reducido los axiomas á verdades de experiencia, que ha desenvuelto y perfeccionado la teoría de la inducción, que ha determinado el objeto, los límites, las provincias y los métodos de la ciencia, que ha suprimido en la naturaleza y en la ciencia las conexiones interiores, que ha sustituido lo necesario por lo accidental, la causa por el antecedente, y que consiste en afirmar que todo aserto útil conduce á unir dos hechos que por su naturaleza están separados.

§ 2.º—LA ABSTRACCIÓN

I

—Un abismo de azar y un abismo de ignorancia. Sombria es la perspectiva; pero no importa, si es verdadera. Por lo menos, esa teoría de la ciencia es la de la ciencia inglesa. Rara vez, convengo en ello, ha re-

sumido mejor un pensador en su doctrina la práctica de su país; rara vez ha representado mejor un hombre, en sus negaciones y en sus descubrimientos, los límites y el alcance de su raza. Los procedimientos con que éste compone la ciencia son aquellos en que Vds. descuellan sobre todos los demás, y los procedimientos que excluye de la ciencia son los que les faltan á Vds. más que á nadie. Ha descrito el espíritu inglés, creyendo describir el espíritu humano. Esa es su gloria; pero ese es también su flaco. En la idea que tienen Vds. del conocimiento hay una laguna que, incesantemente aumentada, acaba por abrir ese abismo de azar, de cuyo fondo, según él, nacen las cosas, y ese abismo de ignorancia, á cuyo borde, según él, debe detenerse nuestra ciencia. Y vea V. lo que sucede. Segregando de la ciencia el conocimiento de las causas primeras, es decir, de las cosas divinas, condenan Vds. al hombre á hacerse escéptico, positivo, utilitario, si tiene seco el espíritu, ó místico, exaltado, metodista, si tiene viva imaginación. En ese gran vacío desconocido que Vds. colocan más allá de nuestro pequeño mundo, los hombres de cabeza caldeada ó de temple triste pueden alojar todos sus sueños, y los hombres de juicio frío, desesperando de alcanzar nada allí, tienen que concretarse á buscar recetas prácticas que puedan mejorar nuestra condición. Me parece que las más de las veces se juntan esas dos disposiciones en una cabeza inglesa. El espíritu religioso y el espíritu positivo viven allí codeándose y separados. Es una mezcla rara, y confieso que me gusta más la manera que han tenido los alemanes de conciliar la ciencia y la fe.—Pero su filosofía no es más que una poesía mal escrita.—Puede.—Y lo que ellos llaman razón ó intuición de los principios no es más que el poder de

construir hipótesis.—Puede.—Y los sistemas que han organizado no han resistido á la experiencia.—Le cedo á V. su obra.—Y su absoluto, su sujeto, su objeto y todo lo demás no son sino palabras altisonantes.—Le cedo á V. su estilo.—Entonces, ¿con qué se queda V.?—Con su idea de causa.—¿Cree V., como ellos, que se descubren las causas por una revelación de la razón?—Nada de eso.—¿Cree V., como nosotros, que se descubren las causas por la simple experiencia?—Tampoco.—¿Piensa V. que hay otra facultad, distinta de la experiencia y de la razón, á propósito para descubrir las causas.—Sí.—¿Cree V. que hay una operación intermedia entre la iluminación y la observación, capaz de alcanzar principios, como se asegura de la primera, y de alcanzar verdades, como se reconoce en la segunda?—Sí.—¿Cuál?—La abstracción. Volvamos á la idea primitiva de V.; trataré de decir en qué me parece incompleta, y en qué me parece que mutila V. el espíritu humano. Pero es menester que me conceda V. tiempo. Será toda una defensa.

II

El punto de partida de V. es bueno: el hombre, efectivamente, no conoce las sustancias; no conoce el espíritu ni el cuerpo; no percibe más que sus estados interiores, completamente pasajeros y aislados; de ellos se sirve para afirmar y designar estados exteriores, posiciones, movimientos, cambios, y no se sirve

de ellos para otra cosa. No alcanza más que hechos, ora dentro, ora fuera, ya caducos—cuando su impresión nose repite,—ya permanentes,—cuando su impresión, varias veces repetida, le lleva á suponer que se repetirá siempre que él quiera sentirla.—No percibe más que colores, sonidos, resistencias, movimientos, ya momentáneos y variables, ya semejantes á sí mismos y renovados. No supone cualidades y propiedades más que por un artificio de lenguaje, y para agrupar hechos más cómodamente. Nosotros vamos aún más lejos que Vds.: pensamos que no hay espíritus ni cuerpos, sino sólo grupos de movimientos presentes ó posibles, y grupos de pensamientos presentes ó posibles. Creemos que no hay sustancias, sino sólo sistemas de hechos. Miramos la idea de sustancia como una ilusión psicológica. Consideramos la sustancia, la fuerza y todos los seres metafísicos de los modernos como un resto de las entidades escolásticas. Opinamos que en el mundo no hay nada más que hechos y leyes, es decir, sucesos y relaciones de sucesos; y reconocemos, como Vds., que todo conocimiento consiste desde luego en unir ó adicionar hechos. Pero, terminado esto, empieza una nueva operación, la más fecunda de todas, y que consiste en descomponer esos datos complejos en datos simples. Aparece una facultad magnífica, fuente del lenguaje, intérprete de la naturaleza, madre de las religiones y de las filosofías, única distinción verdadera, que, según su grado, separa al hombre del bruto, y á los hombres superiores de los inferiores: quiero decir la *abstracción*, que es el poder de aislar los elementos de los hechos y considerarlos separadamente. Mis ojos siguen el contorno de un cuadrado, y la abstracción aísla sus dos propiedades constitutivas: la igualdad de los lados y de los ángu-

los. Mis dedos palpan la superficie de un cilindro, y la abstracción aísla sus dos elementos generadores: la noción de rectángulo y la revolución de ese rectángulo alrededor de uno de sus lados tomado como eje. Cien mil experiencias me desvelan en una infinidad de detalles la serie de operaciones fisiológicas que constituyen la vida, y la abstracción aísla la dirección de esa serie, que es un circuito de pérdida constante y de continua reparación. Mil doscientas páginas me han expuesto el juicio de Mill sobre las diversas partes de la ciencia, y la abstracción aísla su idea fundamental, á saber: que las únicas proposiciones fructuosas son las que unen un hecho á otro hecho no contenido en el primero. Y dondequiera ocurre lo propio. Un hecho ó una serie de hechos puede resolverse siempre en sus componentes. Esa descomposición es lo que se pide cuando se pregunta cuál es la naturaleza de un objeto. Esos componentes son los que se buscan cuando se quiere penetrar en el interior de un ser. Ellos son los que designamos bajo el nombre de fuerzas, causas, leyes, esencias, propiedades primitivas. No son un nuevo hecho añadido á los primeros; son una porción, un extracto suyo: están contenidos en ellos, y no son cosa distinta de los hechos mismos. Al descubrirlos, no se pasa de un dato á otro diverso, sino del todo á la parte, de lo compuesto á los componentes. No se hace más que ver la misma cosa bajo dos formas: primero entera; luego dividida; no se hace más que traducir la misma idea de un lenguaje á otro, del lenguaje sensible al lenguaje abstracto, como se traduce una curva en una ecuación, como se expresa un cubo por una función de su lado. Poco importa que esa traducción sea ó deje de ser difícil; poco importa que, para lograrla, se necesite á menudo la acumulación ó

la comparación de un número enorme de hechos, y que más de una vez sucumba nuestro espíritu antes de conseguirla. Lo cierto es que en esta operación, que es evidentemente fructuosa; en vez de ir de un hecho á otro hecho, se va de un aspecto á otro del mismo; en vez de añadir una experiencia á otra experiencia, se separa alguna porción de la primera; en vez de avanzar, nos detenemos para ahondar en un punto; hay, pues, juicios, que son instructivos, y que, sin embargo, no son experiencia; hay, pues, proposiciones tocantes á la esencia, y que, sin embargo, no son verbales; hay, pues, una operación diferente de la experiencia, que procede por segregación, en vez de proceder por adición, que, en vez de adquirir, se aplica á los datos adquiridos, y que, abriendo á las ciencias un nuevo campo allende la observación, define su naturaleza, determina su marcha, completa sus recursos y señala su objetivo.

He ahí la gran omisión del sistema: deja la abstracción en último término, apenas mencionada, oscurecida por las otras operaciones del espíritu, tratada como un apéndice de las experiencias; no tenemos más que restablecerla en la teoría general, para reformar las teorías particulares en que ha fallado.

III

Ante todo la definición. No hay definición de cosas, dice Mill: cuando se me define la esfera como el sólido

engendrado por la revolución de un semicírculo alrededor de su diámetro, no se me define más que un nombre. Ciertamente se manifiesta la significación de un nombre, pero todavía se manifiesta algo bien distinto. Se anuncia que todas las propiedades de cualquier esfera derivan de esa fórmula generadora. Se reduce un dato infinitamente complejo á dos elementos. Se transforma el dato sensible en datos abstractos; se expresa la esencia de la esfera, es decir, la causa interior y primordial de todas sus propiedades. He ahí la naturaleza de toda verdadera definición: la definición no se contenta con explicar un nombre; no es una simple filiación; no señala meramente una propiedad distinta; no se limita á poner al objeto una etiqueta para que pueda reconocerse entre todos los demás. Hay varias maneras de hacer reconocer el objeto, aparte de la definición; hay otras propiedades exclusivamente suyas; se podría designar la esfera diciendo que es el cuerpo que, en igualdad de superficie, ocupa más espacio, y de otros modos. Pero esas designaciones no son definiciones; exponen una propiedad característica y derivada, no una propiedad generadora y primera; no refieren el objeto á sus factores, no le reconstruyen á nuestra vista, no muestran su naturaleza íntima y sus elementos irreductibles. La definición es la proposición que señala la cualidad de donde derivan todas las restantes del objeto, y que no deriva, por su parte, de ninguna otra. No es una proposición verbal, porque enseña la cualidad de una cosa. No es la afirmación de una cualidad ordinaria, porque revela la que constituye la fuente de las demás. Es un aserto de una especie extraordinaria, el más fecundo y el más precioso de todos, el aserto que resume toda una ciencia, y en que toda ciencia aspira á resumirse. Hay una defini-

ción en cada ciencia; hay una para cada objeto. No siempre la poseemos, pero siempre la buscamos. Hemos llegado á definir el movimiento de los planetas por la fuerza tangencial y la atracción que le componen; definimos ya en parte el cuerpo químico por la noción de equivalente, y el cuerpo vivo por la noción de tipo. Trabajamos para transformar cada grupo de fenómenos en algunas leyes, fuerzas ó nociones abstractas. Nos esforzamos por alcanzar los elementos generadores de cada objeto, como los alcanzamos en la esfera, en el cilindro, en el círculo, en el cono y en todos los compuestos matemáticos. Reducimos los cuerpos naturales á dos ó tres clases de movimientos—atracción, vibración, polarización—como reducimos los cuerpos geométricos á dos ó tres clases de elementos—el punto, el movimiento, la línea;—y reputamos nuestra ciencia parcial ó completa, provisional ó definitiva, según que esa reducción es aproximada ó absoluta, imperfecta ó acabada.

IV

El mismo cambio en la teoría de la demostración. Según Mill, no se prueba que el príncipe Alberto morirá, sentando que todos los hombres son mortales, porque sería decir dos veces la misma cosa, sino sentando que Juan, Pedro y compañía, ó, en resumen, todos los hombres de que hemos oído hablar, han muerto. Yo respondo que la verdadera prueba no está

en la mortalidad de Juan, Pedro y compañía, ni en la mortalidad de todos los hombres, sino en otra parte. Se prueba un hecho, según Aristóteles (1), mostrando su causa. Se probará, pues, la mortalidad del príncipe Alberto, mostrando la causa por cuya virtud ha de morir. ¿Y por qué ha de morir sino porque el cuerpo humano, como un compuesto químico inestable, debe disolverse al cabo de cierto tiempo; en otros términos: porque la mortalidad va unida á la cualidad de hombre? He ahí la causa, y he ahí la prueba. Esa ley abstracta es la que acarreará en la naturaleza la muerte del príncipe, y la que predice en mi espíritu la muerte del príncipe. Esa proposición abstracta es la demostrativa, y no la proposición particular ni la general. Tan es la prueba, que demuestra las otras dos. Si han muerto Juan, Pedro y compañía, es porque la mortalidad va unida á la cualidad de hombre. Si todos los hombres han muerto ó han de morir, es asimismo porque la mortalidad va unida á la cualidad de hombre. Aquí ha vuelto á olvidarse el papel de la abstracción. Mill la ha confundido con las experiencias; no ha distinguido la prueba y los materiales de la prueba, la ley abstracta y el número limitado ó indefinido de sus aplicaciones. Las aplicaciones contienen la ley y la prueba, pero no son la ley ni la prueba. Los ejemplos de Pedro, Juan y otros contienen la causa, pero no son la causa. No basta adicionar los casos; hay que sacar de ellos la ley. No basta experimentar; hay que abstraer. He ahí la gran operación científica. El silogismo no procede de lo particular á lo particular, como dice Mill, ni de lo general á lo particular, como

(1) Véase las segundas analíticas, tan superiores á las primeras: *ὁ ἀπὸ τοῦ καὶ προτέρων*.

dicen los lógicos ordinarios, sino de lo abstracto á lo concreto, esto es, de la causa al efecto. A este título forma parte de la ciencia; constituye y marca todos sus eslabones; liga los principios á las consecuencias; pone en comunicación las definiciones con los fenómenos. Extiende por toda la escala de la ciencia la abstracción que la definición pone en la cima.

La misma operación explica también los axiomas. Según Mill, si sabemos que cantidades iguales añadidas á cantidades iguales dan sumas iguales, ó que dos rectas no pueden cerrar un espacio, es por una experiencia exterior hecha con nuestros ojos ó por una experiencia interior hecha con nuestra imaginación. Sin duda se puede saber así que dos rectas no llegarían á cerrar un espacio, pero se puede saber también de otra manera. Podemos representarnos una recta con la imaginación, y podemos concebirla también con la razón. Podemos considerar su imagen ó su definición. Podemos estudiarla en sí misma ó en sus elementos generadores. Puedo representarme una recta completamente trazada, pero puedo resolverla también en sus factores. Puedo asistir á su formación y desentrañar los elementos abstractos que la engendran, como he asistido á la formación del cilindro, y desentrañando el rectángulo en revolución que le ha engendrado. Puedo decir, no que la línea recta es el camino más

corto entre dos puntos—lo cual es una propiedad derivada,—sino que es la línea formada por el movimiento de un punto que tiende á acercarse á otro, y nada más que á ese otro: lo que equivale á decir que dos puntos bastan para determinar una recta, ó, en otros términos, que dos rectas que tienen dos puntos comunes coinciden en toda su extensión intermediaria; de donde se sigue que, si dos rectas cerrasen un espacio, no formarían más que una, y no encerrarían nada. He ahí una segunda manera de conocer el axioma, y es claro que difiere mucho de la primera. En la primera se comprueba el axioma; en la segunda se deduce. En la primera se experimenta que es verdad; en la segunda se demuestra que es verdad. En la primera se acepta; en la segunda se explica. En la primera se notaba solamente que lo contrario del axioma es inconcebible; en la segunda se descubre además que lo contrario del axioma es contradictorio. Dada la definición de la línea recta, el axioma de que dos no pueden cerrar un espacio queda incluido en ella, y de ella deriva como una consecuencia de su principio. En resumen: no es más que una proposición idéntica, lo que quiere decir que el sujeto contiene al atributo; no une dos términos separados, irreductibles el uno al otro; une dos términos, el segundo de los cuales es una porción del primero. Es un simple análisis. Y todos los axiomas son así. Basta descomponerlos para ver que proceden, no de un objeto á otro distinto, sino dentro de un mismo objeto. Basta resolver las nociones de igualdad, de causa, de sustancia, de tiempo y de espacio, en sus elementos abstractos, para demostrar los axiomas de igualdad, de sustancia, de causa, de tiempo y de espacio. No hay más que un axioma, el de identidad. Los otros no son más

que aplicaciones ó consecuencias suyas. Admitido esto, se ve cambiar al punto el alcance de nuestra inteligencia. No somos ya simplemente capaces de conocimientos relativos y limitados; somos capaces también de conocimientos absolutos é infinitos; los datos que poseemos en los axiomas no se limitan á acompañarse el uno al otro, sino que uno de ellos encierra el otro. Si, como dice Mill, no hiciesen más que acompañarse, tendríamos que concluir, como Mill, que quizá no siempre se acompañan. No veríamos la necesidad interior de su unión; nos limitaríamos á consignarla como un hecho; diríamos que, siendo aislados los dos datos por su naturaleza, pueden darse circunstancias que los separen; no afirmaríamos la verdad de los axiomas más que con relación á nuestro mundo y á nuestro espíritu. Si los dos datos á la inversa son tales que el primero encierra al segundo, reconocemos desde entonces la necesidad de su unión: dondequiera que se presente el primero llevará consigo el segundo, puesto que el segundo es una parte de él, y él no puede separarse de sí. No hay puesto entre los dos para una circunstancia que venga á desunirlos, porque no son más que una misma cosa bajo dos aspectos. Su conexión es, pues, absoluta y universal; y nosotros poseemos verdades que no admiten dudas, ni límites, ni condiciones, ni restricciones. La abstracción devuelve su valor á los axiomas, mostrando su origen, y nosotros restituimos á la ciencia el alcance que se le quita, restituyendo al espíritu la facultad que se le arrebatava.

VI

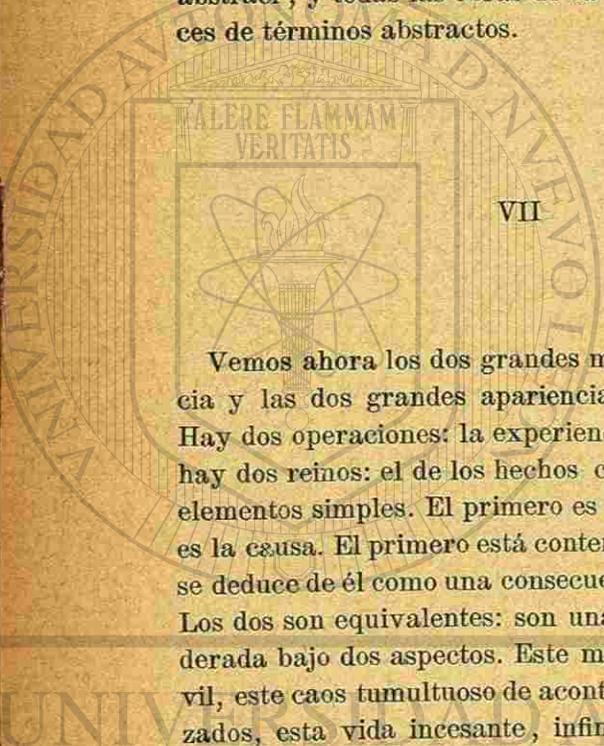
Queda la inducción, que parece el triunfo de la pura experiencia. Y la inducción es cabalmente el triunfo de la abstracción. Cuando yo descubro por inducción que el frío es la causa del rocío, ó que el tránsito del estado líquido al estado sólido produce la cristalización, establezco una relación entre dos términos abstractos. Ni el frío, ni el rocío, ni el tránsito del estado líquido al estado sólido, ni la cristalización existen en sí. Son porciones de fenómenos, extractos de casos complejos, elementos simples encerrados en conjuntos más complejos. Yo los separo y aislo; aislo el rocío considerado en general de todos los rocíos locales, temporales, particulares, que observo; aislo el frío considerado en general de todos los fríos especiales, variados, distintos, que pueden producirse entre todas las diferencias de textura, todas las diversidades de sustancia, todas las desigualdades de temperatura, todas las complicaciones de circunstancias. Uno un antecedente abstracto á un consecuente abstracto, y los uno, como muestra el mismo Mill, mediante segregaciones, supresiones, eliminaciones. Expulso de los dos grupos que los encierran todas las circunstancias adyacentes; discierno el par de elementos en medio de todo lo que le circunda y ofusca; por una serie de comparaciones y de experiencias desprendo todos los accidentes parásitos que se han adherido á él, y

que aplicaciones ó consecuencias suyas. Admitido esto, se ve cambiar al punto el alcance de nuestra inteligencia. No somos ya simplemente capaces de conocimientos relativos y limitados; somos capaces también de conocimientos absolutos é infinitos; los datos que poseemos en los axiomas no se limitan á acompañarse el uno al otro, sino que uno de ellos encierra el otro. Si, como dice Mill, no hiciesen más que acompañarse, tendríamos que concluir, como Mill, que quizá no siempre se acompañan. No veríamos la necesidad interior de su unión; nos limitaríamos á consignarla como un hecho; diríamos que, siendo aislados los dos datos por su naturaleza, pueden darse circunstancias que los separen; no afirmaríamos la verdad de los axiomas más que con relación á nuestro mundo y á nuestro espíritu. Si los dos datos á la inversa son tales que el primero encierra al segundo, reconocemos desde entonces la necesidad de su unión: dondequiera que se presente el primero llevará consigo el segundo, puesto que el segundo es una parte de él, y él no puede separarse de sí. No hay puesto entre los dos para una circunstancia que venga á desunirlos, porque no son más que una misma cosa bajo dos aspectos. Su conexión es, pues, absoluta y universal; y nosotros poseemos verdades que no admiten dudas, ni límites, ni condiciones, ni restricciones. La abstracción devuelve su valor á los axiomas, mostrando su origen, y nosotros restituimos á la ciencia el alcance que se le quita, restituyendo al espíritu la facultad que se le arrebatava.

VI

Queda la inducción, que parece el triunfo de la pura experiencia. Y la inducción es cabalmente el triunfo de la abstracción. Cuando yo descubro por inducción que el frío es la causa del rocío, ó que el tránsito del estado líquido al estado sólido produce la cristalización, establezco una relación entre dos términos abstractos. Ni el frío, ni el rocío, ni el tránsito del estado líquido al estado sólido, ni la cristalización existen en sí. Son porciones de fenómenos, extractos de casos complejos, elementos simples encerrados en conjuntos más complejos. Yo los separo y aislo; aislo el rocío considerado en general de todos los rocíos locales, temporales, particulares, que observo; aislo el frío considerado en general de todos los fríos especiales, variados, distintos, que pueden producirse entre todas las diferencias de textura, todas las diversidades de sustancia, todas las desigualdades de temperatura, todas las complicaciones de circunstancias. Uno un antecedente abstracto á un consecuente abstracto, y los uno, como muestra el mismo Mill, mediante segregaciones, supresiones, eliminaciones. Expulso de los dos grupos que los encierran todas las circunstancias adyacentes; discierno el par de elementos en medio de todo lo que le circunda y ofusca; por una serie de comparaciones y de experiencias desprendo todos los accidentes parásitos que se han adherido á él, y

acabo así por ponerle al desnudo. Parezco considerar veinte casos distintos, y en el fondo no considero más que uno solo; parezco proceder por adición, y, en resumen, no procedo más que por sustracción. Todos los procedimientos de la inducción son, pues, medios de abstraer, y todas las obras de la inducción son enlaces de términos abstractos.



VII

Vemos ahora los dos grandes momentos de la ciencia y las dos grandes apariencias de la naturaleza. Hay dos operaciones: la experiencia y la abstracción; hay dos reinos: el de los hechos complejos y el de los elementos simples. El primero es el efecto; el segundo es la causa. El primero está contenido en el segundo, y se deduce de él como una consecuencia de su principio. Los dos son equivalentes: son una misma cosa considerada bajo dos aspectos. Este magnífico mundo móvil, este caos tumultuoso de acontecimientos entrecruzados, esta vida incesante, infinitamente variada y múltiple, se reducen á algunos elementos y á sus relaciones. Todo nuestro esfuerzo consiste en pasar de lo uno á lo otro, de lo complejo á lo simple, de los hechos á las leyes, de las experiencias á las fórmulas. Y es obvia la razón: porque tal hecho que percibo por los sentidos ó la conciencia no es más que un trozo arbitrario que mis sentidos ó mi conciencia cortan en la trama infinita y continua del ser. Si estuviesen cons-

truidos de otra manera, interceptarían otro; el azar de su estructura es el que ha determinado ese. Son como un compás abierto, que podría estarlo menos, y que podría estarlo más. El círculo que describen no es natural, sino artificial. Tan artificial es, que lo es de dos modos, exterior é interiormente. Porque cuando yo reconozco un hecho, le aislo artificialmente de cuanto le rodea en la naturaleza, y le compongo artificialmente de elementos que no son un agregado natural. Cuando veo caer una piedra, separo la caída de las circunstancias anteriores que están asociadas á ella realmente, y junto la caída, la forma, la estructura, el color, el sonido y otra porción de circunstancias que no están unidas realmente. Un hecho es, pues, una aglomeración arbitraria, á la vez que un corte arbitrario, es decir, un grupo facticio, que separa lo que está unido, y une lo que está separado (1). Por lo mismo, mientras no miramos la naturaleza más que por la sola observación, no la vemos tal y como es: no tenemos de ella más que una idea provisional é ilusoria. Es propiamente un tapiz que no vemos más que por el envés. Por eso tratamos de volverle. Nos esforzamos en desentrañar leyes, es decir, grupos naturales que sean efectivamente distintos de lo que les rodea y que se compongan de elementos efectivamente unidos. Descubrimos pares, es decir, compuestos reales y trabazones reales. Pasamos de lo accidental á lo necesario, de lo relativo á lo absoluto, de la apariencia á la verdad; y, una vez hallados esos primeros pares, practicamos con ellos la misma operación que con los hechos. Porque, aunque en menor grado, tie-

(1) «Un hecho (me decía un físico eminente) es una superposición de leyes.»

nen la misma naturaleza. Aunque más abstractos, todavía son complejos. Pueden descomponerse y explicarse. Tienen una razón de ser. Hay alguna causa que los construye y los une. Cabe, respecto de ellos, como respecto de los hechos, buscar los elementos generadores en que pueden resolverse y de que pueden deducirse, y la operación debe continuar hasta que se llegue á elementos enteramente simples, es decir, tales que su descomposición sea contradictoria. Podemos encontrarlos ó no, existen; quedaría desmentido el axioma de las causas si faltasen. Hay, pues, elementos indescomponibles, de los cuales derivan las leyes más generales, y de éstas las leyes particulares, y de estas últimas los hechos que observamos, así como hay en geometría dos ó tres nociones primitivas, de las cuales derivan las propiedades de las líneas, y de éstas las propiedades de las superficies, de los sólidos y de las innumerables formas que la naturaleza puede efectuar ó el espíritu imaginar. Ahora podemos comprender la virtud y el sentido de ese axioma de las causas que rige todas las cosas, y que ha mutilado Mill. Hay una fuerza interior que suscita todo fenómeno, que traba todo compuesto, que engendra todo dato. Esto significa, por una parte, que hay una razón para toda cosa, que todo hecho tiene su ley; que todo compuesto se reduce á simples; que todo producto implica factores; que toda cualidad y toda existencia deben deducirse de algún término superior y anterior. Y significa, por otra parte, que el producto equivale á los factores; que los dos no son más que una misma cosa bajo dos apariencias; que la causa no difiere del efecto; que las potencias generadoras no son más que las propiedades elementales; que la fuerza por la cual figuramos la naturaleza, no es más que la necesidad

lógica que transforma uno en otro el compuesto y el simple, el hecho y la ley. Con esto designamos de antemano el término de toda ciencia, y tenemos la poderosa fórmula que, estableciendo la trabazón invencible y la producción espontánea de los seres, pone en la naturaleza el resorte de la naturaleza, á la vez que clava y aprieta en el corazón de toda cosa viva las tenazas de acero de la necesidad.

VIII

¿Podemos conocer esos elementos primeros? Así lo creo, por mi parte; y la razón en que me fundo es que, siendo abstractos, no se hallan fuera de los hechos, sino comprendidos en los hechos; de modo que no hay más que sacarlos de ellos. No sólo eso: siendo los más abstractos, es decir, los más generales de todos, no hay hechos que no los comprendan y de los cuales no puedan extraerse. Por limitada, pues, que sea nuestra experiencia, podemos alcanzarlos, y, basándose en esta consideración, han intentado sus grandes construcciones los modernos metafísicos de Alemania. Han comprendido que hay nociones simples, es decir, términos abstractos indescomponibles, cuyas combinaciones engendran todo lo demás, y que las reglas de sus uniones ú oposiciones mutuas son leyes primeras del universo. Han tratado de alcanzarlos y de descubrir el mundo por el puro pensamiento, tal y como la observación nos le muestra. Han fracasado en parte,

y su gigantesca construcción, frágil y artificiosa, se desmorona como esas armazones provisionales que sólo sirven para indicar la traza de un edificio futuro. Es que á su sentido profundo de nuestro poder no acompañaba la exacta percepción de nuestros límites. Porque nosotros nos hallamos envueltos totalmente por la infinidad del tiempo y del espacio; nos encontramos arrojados en medio de ese monstruoso universo como una concha á la orilla de una playa ó como una hormiga al pie de un talud. En esto dice verdad Mill: al término de todos nuestros conocimientos, como al principio de todos nuestros datos, tropezamos con el azar; por mucho que nos esforcemos, no podemos hacer más que remontarnos hasta un estado inicial, y eso por conjetura; pero ese estado depende de un estado anterior, que á su vez depende de otro, y así sucesivamente; de manera que nos vemos obligados á aceptarle como un puro dato, y á renunciar á deducirle, aunque sepamos que debe deducirse. Así sucede en todas las ciencias, en geología, en historia natural, en física, en química, en psicología, en historia; y el primitivo accidente extiende sus efectos por todas las partes de la esfera en que se halla comprendido. Si el accidente hubiese sido otro, no tendríamos los mismos planetas, ni las mismas especies químicas, ni los mismos vegetales, ni los mismos animales, ni las mismas razas de hombres, ni quizá ninguna de estas clases de seres. Si la hormiga fuese transportada á otra región, no vería los mismos árboles, ni los mismos insectos, ni la misma disposición del suelo, ni las mismas revoluciones del aire, ni quizá ninguna de esas formas del ser. Hay, pues, en todo hecho y en toda cosa una porción accidental y local, porción enorme, que, como todo lo restante, depende de las leyes primitivas, pero

no depende de esas leyes mas que al través de un circuito infinito de consecuencias; de suerte que entre ella y las leyes primitivas hay una laguna infinita, que sólo una infinita serie de deducciones podría colmar.

He ahí la porción inexplicable de los fenómenos y lo que han tratado de explicar los metafísicos de allende el Rhin. Han querido deducir de sus teoremas elementales la forma del sistema planetario, las diversas leyes de la física y de la química, los principales tipos de la vida, la sucesión de las civilizaciones y de las ideas humanas. Han torturado sus fórmulas universales para sacar de ellas casos completamente particulares; han tomado consecuencias indirectas y lejanas por consecuencias directas y próximas; han omitido ó suprimido el gran rodaje que se interpone entre las primeras leyes y las últimas consecuencias; han apartado de sus cimientos el azar como un estrato indigno de la ciencia; y ese vacío que dejaban, mal relleno por materiales sobrepuestos, ha hecho que se desplome toda la fábrica.

¿Quiere esto decir que, en los datos que este pequeño cantón del universo nos suministra, todo sea local? De ningún modo. Si la hormiga fuese capaz de experimentar, podría adquirir la idea de una ley física, de una forma viva, de una sensación representativa, de un pensamiento abstracto, porque un palmo de tierra en donde existe un cerebro que piensa contiene todo eso; de forma que, por reducido que sea el campo de un espíritu, encierra datos generales, es decir, difundidos por territorios exteriores muy vastos, donde su limitación le impide penetrar. Si la hormiga fuese capaz de discurrir, podría construir la aritmética, el álgebra, la geometría, la mecánica, porque un movimiento de media pulgada contiene en compendio

el tiempo, el espacio, el número y la fuerza, todos los materiales de las matemáticas; de forma que, por reducido que sea el campo de un espíritu, encierra datos universales, es decir, difundidos por todo el territorio del tiempo y del espacio. Si la hormiga fuese filósofa, podría discernir las ideas del ser, de la nada, y todos los materiales de la metafísica, porque un fenómeno cualquiera, interior ó exterior, basta para presentarlos; de forma que, por reducido que sea el campo de un espíritu, contiene datos absolutos, es decir, que no pueden faltar en ningún objeto. Y forzoso es que así sea, porque cuanto más general es un dato, menos hechos hay que recorrer para descubrirlo; si es universal, en todas partes se encuentra; si es absoluto, no puede dejar de encontrarse. He aquí por qué, á pesar de la limitación de nuestra experiencia, es posible la metafísica, es decir, la indagación de las causas primeras, á condición de permanecer el pensamiento á una gran altura, de no descender al detalle, de considerar solamente los elementos más simples del ser y las tendencias más generales de la naturaleza. Si alguien recogiese las tres ó cuatro grandes ideas adonde nuestras ciencias conducen, y los tres ó cuatro géneros de existencia que resumen nuestro universo; si comparase esas dos extrañas cantidades que se llaman la duración y la extensión, esas formas ó determinaciones principales de la cantidad que se llaman leyes físicas, tipos químicos y especies vivas, ese maravilloso poder representativo que constituye el espíritu, y que, sin caer en la cantidad, reproduce las otras dos y se reproduce á sí propio; si descubriese entre esos tres términos—la cantidad pura, la cantidad determinada y la cantidad suprimida (1),—un orden tal que la

(1) *Die aufgehobene quantitat.*

primera trajese la segunda, y la segunda la tercera; si reconociese así que la cantidad pura es el comienzo necesario de la naturaleza, y el pensamiento el término extremo de que toda la naturaleza está pendiente; si después, aislando los elementos de esos datos, mostrase que deben combinarse como están combinados, y no de otro modo; si probase, en fin, que no hay otros elementos, y que no puede haber otros, habría bosquejado una metafísica sin invadir las ciencias positivas, y tocado el manantial sin verse obligado á descender hasta el término de todos los riachuelos.

En mi sentir, esas dos grandes operaciones—la experiencia, tal y como V. la ha descrito, y la abstracción tal y como yo he tratado de definirla,—constituyen todos los recursos del espíritu humano. Una es la dirección práctica; otra es la dirección especulativa. La primera conduce á considerar la naturaleza como un concurso de hechos; la segunda como un sistema de leyes. La primera, empleada sola, es inglesa; la segunda, empleada sola, es alemana. Si hay un lugar entre las dos naciones, es el nuestro. Nosotros hemos ensanchado las ideas inglesas en el siglo XVIII; en el siglo XIX podemos precisar las ideas alemanas. Nuestra obra consiste en templar, corregir, completar los dos espíritus uno por otro, fundirlos en uno solo, expresarlos en un lenguaje que todo el mundo entienda, y convertirlos de esa suerte en el espíritu universal.

IX

Salimos. Como ocurre siempre en semejantes casos, cada uno de los dos había hecho reflexionar al otro, y ninguno de los dos había convencido al otro. Pero esas reflexiones fueron breves: ante una hermosa mañana de Agosto se acaban todas las disquisiciones. Los vestustos muros, las piedras desgastadas por la lluvia sonreían al nacer el sol. En los dentellones de los muros, en los festones de los arcos y en el lustroso follaje de la yedra posábase una luz amarilla. Las madresevas y los rosales trepadores subían por las ventanas, y sus corolas temblaban y relucían al tenue soplo del aire. Los surtidores de agua murmuraban en los grandes patios silenciosos. La encantadora ciudad surgía de las brumas matinales, tan engalanada y tan serena como un palacio de hadas, y su ropaje de suave vapor rosa, semejante á una saya labrada del Renacimiento, lucía un bordado de torres, claustros y palacios, ceñido cada uno por su marea de verdor y de flores. Las arquitecturas de todas las edades mezclaban sus arcos, sus estatuas y sus columnas; el tiempo había fundido sus tintas; el sol las unía en su luz, y la antigua ciudad parecía un estuche, donde todos los siglos y todos los genios habían puesto y cincelado su joya. Por fuera corría el río, dilatándose en relucientes sábanas de plata. Los prados rebosaban de crecida hierba, donde los segadores se hundían hasta la rodilla.

Los botones de oro, las innumerables ulmarias, las gramíneas vencidas por el peso de su cabeza gris, las plantas empapadas en el rocío de la noche, pululaban en aquella rica y pingüe tierra. No hay palabras para expresar aquella frescura de tintas y aquella abundancia de savia. A compás que retrocedía la gran línea de sombra, aparecían las flores á la luz, brillantes y lozanas. Al verlas virginales y timidas envueltas en aquel dorado velo, se pensaba en las mejillas de púrpura, en los hermosos y modestos ojos de una doncella que por primera vez se ciñe su collar de piedras preciosas. En torno de ellas, como para custodiarlas, prolongábanse en hileras regulares árboles enormes de cuatro siglos de edad; y allí veía yo un nuevo testimonio de ese sano sentido práctico de un pueblo que ha consumado revoluciones sin cometer desastres, que todo lo ha mejorado sin destruir nada, que ha conservado sus árboles como su constitución, que ha cortado las ramas viejas sin derribar el tronco, y es hoy, entre todos los pueblos, el único que goza, no sólo del presente, sino del pasado.



CAPÍTULO VI

La poesía. Tennyson.

§ 1.—SU TALENTO Y SU OBRA

- Cómo se opone á los poetas precedentes.—Cómo los continúa.
- I. Primer periodo.—Sus retratos de mujeres.—Delicadeza y refinamientos de su sentimiento y de su estilo.—Variedad de sus sentimientos y de sus asuntos.—Su curiosidad literaria y su *dilettantismo*.—*El Cisne moribundo*.—*La tierra de los Lotos*.
 - II. Segundo periodo.—Su popularidad, su suerte y su vida.—Sensibilidad y virginidad permanentes del temperamento poético.—Su armonía con la naturaleza.—*Locksley Hall*.—Cambio de asunto y de estilo.—Explosión violenta y acento personal.—*Maud*.
 - III. Vuelta de Tennyson á su primer estilo.—*In Memoriam*.—Elegancia, frialdad y longitud de este poema.—Es menester que estén en armonía el asunto y el talento.—Qué asuntos cuadran al artista *dilettante*.
 - IV. *La Princesa*.—Comparación entre este poema y *Como V. quiera*.—El mundo fantástico y pintoresco.—Cómo reproduce Tennyson los ensueños y el estilo del Renacimiento.
 - V. Cómo reproduce Tennyson la ingenuidad y la sencillez de la antigua epopeya.—*Los idilios del rey*.—Por qué ha renovado la epopeya de la Tabla Redonda.—Pureza y elevación de sus modelos y de su poesía.—*Elaine*.—*La muerte de Arturo*.—Falta de pasión personal y absorbente.—Flexibilidad de su espíritu.—Su arte para metamorfosear, embellecer y depurar.

§ 2.—EL PÚBLICO.

La sociedad culta en Inglaterra.—El campo.—El *comfort*.—La elegancia.—La educación.—Las costumbres.—Cómo se amolda Tennyson á semejante sociedad.—La sociedad culta en Francia.—La vida parisiense.—Los placeres.—Las apariencias.—La conversación.—La libertad del espíritu.—Cómo se amolda Alfredo de Musset á semejante sociedad.—Comparación de las dos sociedades y de los dos poetas.

§ 1.—SU TALENTO Y SU OBRA.

Cuando Tennyson publicó sus primeros poemas, la crítica los recibió mal. El poeta calló: durante diez años nadie vió su nombre en una revista, ni aun en un catálogo. Pero cuando se presentó de nuevo ante el público, sus libros habían hecho su camino solos y bajo tierra, y se le disputó de repente por el poeta más grande de su país y de su tiempo.

Fué una sorpresa, y una grata sorpresa. La poderosa generación de poetas que acababa de extinguirse había pasado como una tempestad. Al modo de sus antecesores del siglo XVI, lo habían arrollado y precipitado todo hasta los extremos. Unos habían recogido las leyendas gigantescas, acumulado los sueños, escudriñado el Oriente, Grecia, Arabia, la Edad Media, y recargado la imaginación humana con los colores y caprichos de todos los climas. Otros, encaramándose en la metafísica y en la moral, y fantaseando infati-

gablemente sobre la condición humana, se habían pasado la vida en lo sublime y monótono. Otros, amalgamando el crimen y el heroísmo, habían paseado, por entre las tinieblas y en medio de los relámpagos, un cortejo de figuras contraídas y terribles, desesperadas por sus remordimientos é iluminadas por su grandeza. Se quería descansar de tantos esfuerzos y excesos. Al salir de la escuela imaginativa, sentimental ó satánica, Tennyson pareció exquisito. Todas las formas y todas las ideas que habían agradado reaparecían en él, pero depuradas, moderadas y vestidas de un lenguaje de oro. Tennyson cerraba una edad; gozaba de lo que había agitado á otros; su poesía se asemejaba á un crepúsculo sereno de estío: las líneas del paisaje son entonces las mismas que durante el día; pero el brillo de la cúpula deslumbradora se ha atenuado, las plantas refrescadas se yerguen, y el sol, apacible en el borde del cielo, envuelve armoniosamente en una red de rayos sonrosados los bosques y las praderas que poco antes incendiaba con su luz.

Lo que cautivó desde luego fueron sus retratos de mujeres. Adelina, Leonor, Lilian, la Maya, eran personajes de *keepsake*, salidos de manos de un enamorado y de un artista. Ese *keepsake* es de cantos dorados, bordado de flores y adornos, sedoso, lleno de delicadas figuras siempre finas y correctas, que parecen

§ 2.—EL PÚBLICO.

La sociedad culta en Inglaterra.—El campo.—El *comfort*.—La elegancia.—La educación.—Las costumbres.—Cómo se amolda Tennyson á semejante sociedad.—La sociedad culta en Francia.—La vida parisiense.—Los placeres.—Las apariencias.—La conversación.—La libertad del espíritu.—Cómo se amolda Alfredo de Musset á semejante sociedad.—Comparación de las dos sociedades y de los dos poetas.

§ 1.—SU TALENTO Y SU OBRA.

Cuando Tennyson publicó sus primeros poemas, la crítica los recibió mal. El poeta calló: durante diez años nadie vió su nombre en una revista, ni aun en un catálogo. Pero cuando se presentó de nuevo ante el público, sus libros habían hecho su camino solos y bajo tierra, y se le disputó de repente por el poeta más grande de su país y de su tiempo.

Fué una sorpresa, y una grata sorpresa. La poderosa generación de poetas que acababa de extinguirse había pasado como una tempestad. Al modo de sus antecesores del siglo XVI, lo habían arrollado y precipitado todo hasta los extremos. Unos habían recogido las leyendas gigantescas, acumulado los sueños, escudriñado el Oriente, Grecia, Arabia, la Edad Media, y recargado la imaginación humana con los colores y caprichos de todos los climas. Otros, encaramándose en la metafísica y en la moral, y fantaseando infati-

gablemente sobre la condición humana, se habían pasado la vida en lo sublime y monótono. Otros, amalgamando el crimen y el heroísmo, habían paseado, por entre las tinieblas y en medio de los relámpagos, un cortejo de figuras contraídas y terribles, desesperadas por sus remordimientos é iluminadas por su grandeza. Se quería descansar de tantos esfuerzos y excesos. Al salir de la escuela imaginativa, sentimental ó satánica, Tennyson pareció exquisito. Todas las formas y todas las ideas que habían agradado reaparecían en él, pero depuradas, moderadas y vestidas de un lenguaje de oro. Tennyson cerraba una edad; gozaba de lo que había agitado á otros; su poesía se asemejaba á un crepúsculo sereno de estío: las líneas del paisaje son entonces las mismas que durante el día; pero el brillo de la cúpula deslumbradora se ha atenuado, las plantas refrescadas se yerguen, y el sol, apacible en el borde del cielo, envuelve armoniosamente en una red de rayos sonrosados los bosques y las praderas que poco antes incendiaba con su luz.

Lo que cautivó desde luego fueron sus retratos de mujeres. Adelina, Leonor, Lilian, la Maya, eran personajes de *keepsake*, salidos de manos de un enamorado y de un artista. Ese *keepsake* es de cantos dorados, bordado de flores y adornos, sedoso, lleno de delicadas figuras siempre finas y correctas, que parecen

bosquejadas al vuelo, y que están trazadas, sin embargo, con reflexión sobre la blanca vitela por donde suavemente se deslizan sus contornos, y escogidas todas como para ocupar reposadamente las blancas y delicadas manos de una recién casada ó de una doncella. Yo he traducido muchas ideas y muchos estilos; no intentaré traducir uno solo de esos retratos. Cada palabra es como una tinta esmeradamente realizada ó matizada por la tinta inmediata, con todas las audacias y aciertos del refinamiento más afortunado. La menor alteración lo embrollaría todo. Y menester es aquel arte tan justo y consumado para pintar las deliciosas travesuras, las repentinas altiveces, los tenues rubores, los caprichos fugitivos é imperceptibles de la belleza femenina. El poeta opone esas figuras, armonizándolas, y hace de ellas como una galería. Aquí la niña locuela, la hadita alada que bate palmas, y «con sus negros ojos os mira al rostro maliciosamente, y huye prorrumpiendo en sonoras carcajadas que abren hoyuelos en las rosas infantiles de sus mejillas». Allí la rubia pensativa que sueña, con sus grandes ojos azules tan abiertos: flor aérea y vaporosa, «como una azucena inclinada sobre un rosal, y á cuyo través mira el sol moribundo»; debilmente sonriente, «como una náyade que desde el fondo de un manantial contempla el declinar del día». Allá la voluble Madeline, tan pronto risueña como enojada, ó incierta entre la alegría y el enojo, con sus extrañas sonrisas, «sus deliciosas cóleras, semejantes á nubecillas franjeadas de sol». El poeta se complacía en insistir en todas las cosas finas y exquisitas. Las acariciaba con tanta solicitud, que sus versos parecían á veces rebuscados, afectados, casi amanerados. Las recargaba en demasía de adornos y filigranas; parecía ser epicúreo

en punto estilo y también en punto á belleza. Buscaba lindas escenas rústicas, recuerdos conmovedores, sentimientos interesantes ó puros, y hacia elegías, pastorales é idilios. Componía en todos los tonos, y se complacía en experimentar las emociones de todos los siglos. Escribía Santa Inés, Simeón Estilita, Ulises, Oenone, sir Galahad, lady Clara, Fátima, la Bella durmiente del bosque. Imitaba alternativamente á Homero y á Chaucer, á Teócrito y á Spenser, á los antiguos poetas ingleses y á los antiguos poetas árabes. Animaba alternativamente los pequeños acontecimientos reales de la vida inglesa y las grandes aventuras fantásticas de la extinguida caballería. Era como esos músicos que ponen su arco al servicio de todos los maestros. Se paseaba por la naturaleza y por la historia, sin parcialidad ni apasionamiento, atento á aspirar, á disfrutar y coger por todas partes, en las jardinerías de los salones como en los setos de los *cottages*, las flores raras ó campestres cuyo perfume ó cuyo brillo podían embelesarle ó distraerle. Se gozaba en su compañía; se respiraban los graciosos ramilletes que sabía hacer con tanto arte; se aceptaban de preferencia los que formaba en el campo: en ninguna parte parecía hallarse más en su centro su talento. Se admiraba lo bien que sabían percibir é interpretar sus móviles aspectos aquella mirada minuciosa y aquel sentimiento delicado. Se olvidaba lo gastado del tema y el escaso interés del *Cisne moribundo*, para saborear pasajes como estos:

«A lo lejos se erguían algunos picos azules, cuya corona de nieves relumbraba, destacándose sobre la fría blancura del cielo. Un sauce se inclinaba llorando sobre el río, y agitaba la corriente cuando el viento suspiraba. Arriba, por los aires, perseguíase á sí pro-

Historia.

pia la golondrina á impulso de sus salvajes caprichos; y más allá, al través de la verde y sosegada ciénaga, dormía el laberinto de canales, matizados de púrpura, de verde y amarillo.»

Pero esas pinturas melancólicas no le revelaban por completo; también se iba con él al país del sol, hacia las muelles voluptuosidades de los mares meridionales; y por un atractivo insensible se volvía á los versos en que pinta á los compañeros de Ulises, que, adormecidos en la tierra de los Lotos, soñadores felices como él, olvidaban la patria y renunciaban á la acción.

«¡Una tierra de corrientes! Algunas, á modo de humo que baja, dejaban caer pausadamente su velo de gasa finísima; otras, lanzándose al través de las sombras y de las claridades vacilantes, arrastraban con un ruido adormecedor su sábana de espuma. Veían correr hacia el Océano el río reluciente que venía del fondo de las tierras; allá, muy lejos, tres cumbres de montañas, tres torres silenciosas de antigua nieve, alzábanse encendidas por la puesta del sol, y sobre las trabadas espesuras del monte bajo descollaba el pino umbroso impregnado de rocío.

»Hay aquí una suave música que, entre paredes de sombrío granito, cae en brillantes profundidades más blandamente que los pétalos de las rosas sobre el césped ó que el rocío de la noche sobre las aguas tranquilas; una música que se posa sobre el alma más muellemente que fatigados párpados sobre cansados ojos; una música que trae un dulce sueño de las alturas de los cielos bienaventurados. Hay aquí frescos musgos profundos, y al través de los musgos serpea la yedra, y en la corriente lloran las flores de largas hojas, y en las cornisas roquizas cuelga, entregada al sopor, la adormidera.

»Mirad; en medio del bosque, la plegada hoja sale del botón, solicitada por la brisa que acaricia la rama; crece verde, dilatándose y exenta de cuidados, ora bañada de sol al mediodía, ora alimentada de rocío á la luz de la luna; después, amarillea, cae y baja flotando al través del aire. Mirad: dulcificada por la luz del estío, la jugosa manzana, ya muy madura, se desprende en una noche silenciosa de otoño. La flor, en sus contados días, se abre, se marchita y cae, sin pasar ningún trabajo, sólidamente arraigada en el fértil suelo.

»¡Qué dulce es reclinarsse en lechos de amaranto y de moly (1), con los párpados blandamente entornados, bajo las sagradas bóvedas del cielo sombrío, y, mientras la tibia brisa nos acaricia arrullándonos con su soplo, seguir el largo y brillante río que se aleja mansamente de la purpúrea colina, oír los ecos húmedos que resuenan de caverna en caverna al través de las espesas vides entretejidas, oír caer las aguas teñidas de esmeralda al través de las guirnaldas del acanto divino! Sólo oír y ver á lo lejos las olas centelleantes, sólo oírlas sería dulce, dormitando bajo los pinos.»

II

Ese delicioso soñador, ¿no era más que un *dilettante*? Así solía creerse: parecía demasiado feliz para que

(1) Nombre de la planta dada á Ulises por Mercurio.

cupiesen en él las pasiones violentas. Había conquistado pronto y fácilmente la fama: gozaba de ella desde los treinta años. La reina había consagrado el favor público nombrándole poeta laureado. Un gran novelista le declaraba más poeta que lord Byron, y sostenía que no se había visto nada tan perfecto desde Shakespeare. El estudiante ponía sus obras en su cuarto de Oxford, entre un Eurípides anotado y un manual de filosofía escolástica. Las señoritas las encontraban en su canastilla de boda. Se decía que era rico, adorado de los suyos, admirado de sus amigos, amable, exento de afectación, hasta candoroso. Vivía en el campo, principalmente en la isla de Wight, entre libros y flores, lejos del tráfago, de las rivalidades y de las esclavitudes de la sociedad; y todo el mundo se figuraba su vida como un bello sueño, tan dulce como los que él nos había deparado.

Pero mirando más de cerca, se vió que bajo aquella tranquila superficie había un foco de pasión. Un verdadero temperamento poético siempre tiene algo: siente con demasiada viveza para permanecer sereno. Cuando se vibra al menor contacto, se palpita con los grandes choques. Ya en sus pinturas del campo y del amor fulguraba á veces al través del correcto dibujo un verso impetuoso y encendido. El poeta acababa de sentir ese extraño despliegue de potencias desconocidas que de pronto deja inmóvil al hombre, con los ojos fijos, ante la belleza que se revela. Es propio del poeta ser siempre joven y eternamente virgen. Para nosotros, para la masa común, las cosas están gastadas; sesenta siglos de civilización han empañado su frescura original; se han hecho vulgares, y ya no las vemos más que al través de un velo de frases hechas; las utilizamos, pero no las comprendemos; no vemos

ahora en ellas espléndidas flores, sino buenas legumbres; el rico bosque primitivo no es al presente para nosotros más que un huerto bien arreglado y demasiado conocido. Al contrario, el poeta se halla ante ese mundo como el primer hombre en el primer día. Nuestros catálogos, nuestros razonamientos, todos nuestros pertrechos de recuerdos y de prejuicios desaparecen en un instante de su memoria; las cosas le parecen nuevas; le asombran y cautivan; una ola impetuosa de sensaciones le invade y oprime: es la savia omnipotente de la invención humana que, detenida en nosotros, torna á circular en él. Los necios le llaman loco; lo que es es «clarividente». Porque, si nosotros podemos permanecer inertes, la naturaleza es siempre viva: ese sol que se levanta es tan grande como en la primera aurora; esos ríos que corren, esas plantas que pululan, esas pasiones que fermentan, esas fuerzas que precipitan el torbellino tumultuoso de los seres, alientan y combaten con los mismos bríos que al nacer; el corazón inmortal de la naturaleza palpita aún, levantando su envoltura bruta, y sus latidos resuenan en el corazón del poeta cuando ya no tienen eco en nosotros. Este, aunque no siempre, los ha sentido, y dos ó tres veces, por lo menos, consiguió hacerlos oír. Descubrimos el acento libre de la emoción plena, y reconocemos una voz de hombre, en estos versos sobre Locksley Hall:

» Su mejilla era pálida y más delgada de lo que á su edad convenía. Sus ojos estaban pendientes de todos mis movimientos con una atención muda.

» Yo le dije: «Prima Amy, habla y dime la verdad. Confiate á mí, prima. Toda la corriente de mi ser se dirige hacia ti.»

» A su mejilla y frente pálidas asomaron un color y

una luz, bien así como brota de repente en la noche del Norte un rubor sonrosado.

»Se volvió, con el seno agitado por súbita tempestad de suspiros. Toda su alma alborecía en la profundidad de sus ojos pardos.

»Me dijo: «He ocultado mis sentimientos, temiendo que me perjudicaran. ¿Me amas, primo?» y añadió llorando: «Yo te amo hace mucho tiempo.»

»El Amor tomó el reloj de arena, y le volvió con sus manos resplandecientes. Cada momento, á impulsos de leve sacudida, se deslizó en arenas de oro.

»Muchas mañanas, en medio de los matorrales, hemos oído estremecerse la espesura, y su murmullo hacia afluir á mis venas toda la plenitud primaveral.

»Muchas tardes, en la ribera, hemos contemplado las grandes embarcaciones, y nuestras almas se precipitaban una hacia otra al contacto de nuestros labios.

»¡Oh, prima, de corazón ligero! ¡Oh, Amy, nunca más mía! ¡Tristes, tristes matorrales! ¡Estéril, estéril ribera!

»Más falsa que todo lo que puede soñar la fantasía, más falsa que todo lo que dicen las canciones, muñeca bajo la amenaza de un padre, esclava de una lengua de furia.

»¿He de desear que seas feliz? ¡Descender, después de conocerme, hasta un corazón más estrecho que el mío!

»Y así será. Vas á rebajarte á su nivel día tras día. Cuanto encierras de delicado se tornará grosero para asimilarse á su barro.

»Tal marido, tal mujer. Te has unido á un zafio, y el peso de su naturaleza te hará caer tan bajo como él.

»Cuando su pasión haya gastado su fuerza nueva,

te tendrá en poco más que á su perro, y te querrá poco más que á su caballo.

»¿Qué es eso? Tiene cargados y vidriosos los ojos; olvida que es á causa del vino. Acércate á él; es tu deber. Abrázale; cógele la mano.

»Puede que su señoría esté rendido, y tenga fatigada la cabeza; distráele con los recursos más delicados de tu imaginación; acarícialo con tus más risueños pensamientos.

»El te responderá como hace al caso, y cosas fáciles de comprender... ¡Más valía que te hubieses muerto delante de mí, aun matándote yo con mis propias manos!»

He ahí algo franco y vigoroso. Apareció *Maud*, que lo era más. Aquí campeaba el estro con todas sus desigualdades, todas sus familiaridades, todos sus abandonos, todas sus violencias. El poeta tan correcto, tan mesurado, se entregaba: parecía pensar y llorar alto. Ese poema es el diario íntimo de un joven triste, agriado por grandes desgracias de familia y largas meditaciones solitarias, el cual llega insensiblemente á enamorarse, se atreve á decirlo, y se encuentra amado. No canta; habla. Allí se ven las expresiones espontáneas y sin aliño de la conversación corriente, los detalles de la vida doméstica, la descripción de un traje, de una comida política, de un sermón, de una misa de aldea. La prosa de Dickens y de Thackeray no expresaba con más vigor las costumbres reales y presentes. Y al lado de eso florecía profusamente la poesía más magnífica, como florece, en efecto, en medio de nuestras vulgaridades. La sonrisa de una joven engañada, un rayo de sol sobre un mar violento ó sobre un golpe de rosas, proyecta de repente en las almas apasionadas esas súbitas iluminaciones. ¡Qué versos

aquellos en que el protagonista se pinta en su jardín-cito sombrío, «escuchando la marea con el siniestro rugido de sus pesadas olas, y luego el grito del arenal desesperado que la onda arranca y arrebatada»; ó contemplando en el confín del horizonte «el mar, flor de líquido azur, y su silenciosa media luna, anillo de matrimonio de la tierra, esmaltado de zafiros!» ¡Qué alborozo el de su corazón, cuando es amado! ¡qué locura en sus gritos, en aquella embriaguez, en aquella ternura que quisiera difundirse en todos los seres y llamar á todos los seres al espectáculo y participación de su felicidad! ¡Cómo se transfigura todo á sus ojos, y cómo se transforma él incesantemente! Aquí alegría; allí éxtasis; luego travesuras; luego sátira; después efusiones; todos los movimientos repentinos, todas las variaciones bruscas, como de un fuego que chisporrotea y llamea y renueva á cada instante su forma y su tinte: ¡qué rica es el alma, y cómo sabe vivir cien años en un día! Sorprendido é insultado por el hermano, le mata en desafío y pierde á la que amaba. Huye; se le ve vagar por Londres. ¡Qué triste contraste el de la gran ciudad afanada, indiferente, y de un hombre solo, perseguido por un dolor verdadero! Le seguimos por entre las encrucijadas bulliciosas, en medio de la niebla amarillenta, á la luz del sol melancólico que se levanta sobre el río como una bala roja, y escuchamos, con el corazón oprimido, los profundos sollozos, la agitación insensata de un alma que quiere y no puede arrancarse á sus recuerdos. La desesperación crece, y á la postre el desvarío se convierte en visión: «¡Muerto, muerto, muerto desde hace mucho! Y mi corazón es un puñado de polvo, y las ruedas pasan por encima de mi cabeza, y mis huesos son sacudidos dolorosamente; porque los han echado

en una sepultura somera, á tres pies tan sólo de la calle, y los cascos de los caballos golpean, golpean sin parar en mi cráneo y en mi cerebro, sin que jamás acabe el tropel de pies que pasan. ¡Ay de mí! ¿Por qué no me han enterrado profundamente? ¿Es humano haberme hecho una sepultura tan ruda, á mí que jamás disfruté de sueño tranquilo? Quizá no estaré aún más que medio muerto. Entonces no puedo estar completamente mudo. Gritaré á las pisadas que pasan por encima de mi cabeza, y no faltará alguno, algún buen corazón que venga á enterrarme más adentro, un poco más adentro siquiera...» Se reanima al cabo, y se rehace poco á poco. Viene la guerra, la guerra liberal y generosa, la guerra contra Rusia, y el gran corazón viril se cura, por la acción y el ardimiento, de la profunda herida del amor.

«Me hallaba en pie sobre el puente de un gigante navío, y confundía mi aliento con el de un pueblo leal que lanzaba un grito de guerra. En adelante el noble pensamiento será más libre bajo el sol, y el corazón de una nación latirá á impulsos de un solo deseo. Porque acabó la larga, larguísima gangrena de la paz, y ahora, á orillas de los abismos del Báltico y del mar Negro, bajo las bocas amenazadoras de las mortíferas fortalezas, se ve llamear la roja flor de la guerra con un corazón de fuego.»

Esta explosión de sentimiento fué la única. Tennyson no volvió á insistir. A pesar de lo moral de la intención, se gritó que imitaba á Byron; sublevaron aquellas amargas declamaciones; se creyó descubrir el acento rebelde de la escuela satánica; se censuró aquel estilo desatado, oscuro, violento; hicieron daño las crudezas y discordancias; se recordó al poeta su primer estilo tan bien proporcionado. Tennyson se

desalentó, abandonó la región de las borrascas, y volvió á sus espacios cerúleos. Hizo bien: allí estaba mejor que en ninguna parte. Un alma delicada puede arrebatarse, y llegar á veces á la vehemencia de los seres más violentos; recuerdos personales, según se dice, le habían suministrado el asunto de *Maud* y de *Locksley Hall*; con una delicadeza de mujer, había tenido nervios de mujer. Pasado el arrebatado, volvió á caer «en sus doradas languideces», en su tranquilo ensueño. Después de *Locksley Hall* había escrito *La Princesa*; después de *Maud* escribió *Los Idilios del rey*.

III

La gran cuestión para un artista es encontrar asuntos que se amolden á su talento. Este no siempre lo consiguió. Su largo poema *In memoriam*, escrito en recuerdo y alabanza de un amigo malogrado, es frío, monótono y artificioso. El poeta dirige el duelo; pero, á fuer de correcto gentleman, con guantes flamantes, se enjuga las lágrimas con un pañuelo de batista, y, durante el oficio religioso con que acaba la ceremonia, manifiesta toda la compunción de un laico respetuoso y bien educado. En otra parte encontrará sus asuntos. El objeto de un poeta *dilettante* es ser feliz poéticamente. Para eso hacen falta muchas cosas. Hace falta ante todo que no existan el lugar, los acontecimientos, ni los personajes. Las cosas reales son groseras, y feas siempre por algún lado; cuando me-

nos, son pesadas; no las manejamos á nuestro antojo; oprimen la imaginación. En el fondo lo único verdaderamente bello y dulce de nuestra vida son nuestros ensueños. No estamos á gusto mientras permanecemos pegados al suelo, arrastrando miseramente los pies de acá para allá dentro de la cerca que nos recluye. Anhelamos vivir en otro mundo, volar por el dilatado reino de los aires, edificar palacios en las nubes, verlos hacerse y deshacerse, seguir en una vaporosa lontananza los caprichos de su móvil arquitectura y las espirales de sus volutas de oro. Hace falta también que, en ese mundo fantástico, todo sea grato y bello, que gocen el corazón y los sentidos, que las cosas sean risueñas ó pintorescas, que los sentimientos sean delicados ó elevados, que ninguna crudeza, ninguna discordancia, ninguna brutalidad, ninguna selvaticquez manchen con su exceso la armonía matizada de aquella perfección ideal. Esto transporta al poeta á las leyendas de la caballería: he ahí el mundo fantástico, magnífico, noble y puro por excelencia, donde el amor, la guerra, las aventuras, la generosidad, la cortesía, todos los espectáculos y todas las virtudes que convienen á los instintos de nuestras razas europeas, se han reunido para ofrecerlas la epopeya que las enamora y el modelo que las cuadra.

V

La Princesa es una magia sentimental como las de Shakespeare. Tennyson ha pensado y sentido esta vez

desalentó, abandonó la región de las borrascas, y volvió á sus espacios cerúleos. Hizo bien: allí estaba mejor que en ninguna parte. Un alma delicada puede arrebatarse, y llegar á veces á la vehemencia de los seres más violentos; recuerdos personales, según se dice, le habían suministrado el asunto de *Maud* y de *Locksley Hall*; con una delicadeza de mujer, había tenido nervios de mujer. Pasado el arrebatado, volvió á caer «en sus doradas languideces», en su tranquilo ensueño. Después de *Locksley Hall* había escrito *La Princesa*; después de *Maud* escribió *Los Idilios del rey*.

III

La gran cuestión para un artista es encontrar asuntos que se amolden á su talento. Este no siempre lo consiguió. Su largo poema *In memoriam*, escrito en recuerdo y alabanza de un amigo malogrado, es frío, monótono y artificioso. El poeta dirige el duelo; pero, á fuer de correcto gentleman, con guantes flamantes, se enjuga las lágrimas con un pañuelo de batista, y, durante el oficio religioso con que acaba la ceremonia, manifiesta toda la compunción de un laico respetuoso y bien educado. En otra parte encontrará sus asuntos. El objeto de un poeta *dilettante* es ser feliz poéticamente. Para eso hacen falta muchas cosas. Hace falta ante todo que no existan el lugar, los acontecimientos, ni los personajes. Las cosas reales son groseras, y feas siempre por algún lado; cuando me-

nos, son pesadas; no las manejamos á nuestro antojo; oprimen la imaginación. En el fondo lo único verdaderamente bello y dulce de nuestra vida son nuestros ensueños. No estamos á gusto mientras permanecemos pegados al suelo, arrastrando miseramente los pies de acá para allá dentro de la cerca que nos recluye. Anhelamos vivir en otro mundo, volar por el dilatado reino de los aires, edificar palacios en las nubes, verlos hacerse y deshacerse, seguir en una vaporosa lontananza los caprichos de su móvil arquitectura y las espirales de sus volutas de oro. Hace falta también que, en ese mundo fantástico, todo sea grato y bello, que gocen el corazón y los sentidos, que las cosas sean risueñas ó pintorescas, que los sentimientos sean delicados ó elevados, que ninguna crudeza, ninguna discordancia, ninguna brutalidad, ninguna selvaticquez manchen con su exceso la armonía matizada de aquella perfección ideal. Esto transporta al poeta á las leyendas de la caballería: he ahí el mundo fantástico, magnífico, noble y puro por excelencia, donde el amor, la guerra, las aventuras, la generosidad, la cortesía, todos los espectáculos y todas las virtudes que convienen á los instintos de nuestras razas europeas, se han reunido para ofrecerlas la epopeya que las enamora y el modelo que las cuadra.

V

La Princesa es una magia sentimental como las de Shakespeare. Tennyson ha pensado y sentido esta vez

como joven caballero del Renacimiento. Lo peculiar de semejante espíritu es una superabundancia y como un desbordamiento de savia. En los personajes de *La Princesa*, lo mismo que en los personajes de *Como V. quiera*, rebosan la imaginación y las emociones. Para expresar su pensamiento, rebuscan en todos los siglos y en todos los países; extreman el discurso hasta las temeridades más desusadas; envuelven toda idea en una imagen brillante que se arrastra y reluce en torno de ella como un vestido de brocado esmaltado de piedras preciosas. Su naturaleza es demasiado rica: á cada sacudida brotan de ellos raudales de alegría, de cólera ó de deseos; viven más que nosotros, con más calor y rapidez. Son extremados, refinados, prontos á las lágrimas, á la risa, á la adoración, á la burla, é inclinados á mezclar lo uno con lo otro, precipitados por un temperamento nervioso al través de los contrastes y hasta los extremos. Se solazan en la pradera poética con caprichos y alegrías impetuosas y volubles. Para satisfacer la sutileza y exuberancia de su invención, necesitan magias y mascaradas. Magia y mascarada es, en efecto, *La Princesa*. La bella Ida, hija del rey de Gama, que es un monarca del Sur (esos países no figuran en el mapa), fué desposada muy niña con un hermoso príncipe del Norte. Llegada la edad, la reclaman. Ella, altiva y nutrida de doctos razonamientos, se subleva contra la dominación de los hombres, y, para emancipar á las mujeres, ha fundado en la frontera una universidad que elevará á su sexo, y será la colonia de donde ha de salir la igualdad futura. El príncipe parte con Cirilo y Florián, dos amigos; obtiene la venia del anciano Gama, y, disfrazado de mujer, entra en el recinto virginal, donde no puede penetrar nadie so pena de

muerte. En esa pintura de una universidad de señoritas campea una gracia encantadora y burlona. El poeta juega con la belleza; ninguna chanza más tierna y novelesca. Sonríe uno al oír las graves expresiones que salen de aquellos labios sonrosados. «Helas ahí, á lo largo de los bancos, como palomas por la mañana sobre el techo de paja, cuando cae el sol sobre sus blancos pechos»; oyen párrafos de historia y promesas de renovación social, vestidas de seda color de lila, con cinturones de oro, «espléndidas como mariposas acabadas de nacer»; entre ellas una niña, Melisa, «una rubia sonrosada, semejante á un narciso de Abril, con los labios entreabiertos, y todos sus pensamientos visibles en sus hermosos ojos, como las ágatas del fondo que parecen ondular y flotar por la mañana en las corrientes de cristal del mar transparente». Y creed que el sitio aumenta la magia. Ese fermentado nombre de colegio y de facultad no nos recuerda á nosotros más que edificios ahogados y sucios, que cualquiera tomaría por cuarteles ó casas de hospedaje. Aquí, como en una Universidad inglesa, suben las flores á lo largo de los pórticos, ciñen las vides los pies de las estatuas, las rosas alfombran las avenidas con sus pétalos; alrededor de los porches crecen masas de laurel; los patios, con su arquitectura de mármol, aparecen adornados de frisos esculpidos y sembrados de urnas de donde pende la verde cabellera de las plantas. En medio ondea una fuente que rodean en grupos, tres á tres, las Musas y las Gracias.» Después de la lección, unas acariocian pavos reales domesticados entre la alta hierba de las praderas; otras, «apoyadas en una balaustrada, por encima de la campiña purpúrea, respiran la brisa, que, saturada de aromas de innumerables rosas, bate sus párpados con

sus fragantes oleadas. Cada ademán, cada actitud nos delata jóvenes inglesas; vemos sus colores, su frescura, su inocencia. Y también se vislumbra de vez en cuando la profunda expresión de sus grandes ojos soñadores. «Lágrimas (canta una de ellas), vanas lágrimas, no sé lo que significan. Lágrimas que brotan de las profundidades de alguna desesperación divina suben al corazón y se reúnen en los ojos, al mirar á los felices campos del otoño y al pensar en los días que ya no existen.» He ahí la exquisita y extraña voluptuosidad, el ensimismamiento lleno de delicias al par que de angustias, el estremecimiento de pasión delicada y melancólica que habéis visto ya en *Cuento de invierno* y *La Noche de Reyes*.

Los hombres han salido con la princesa y su cortejo, todos á caballo, y se detienen en una garganta junto á un soto, «á tiempo que el sol va dilatándose á la aproximación de su muerte, y tiñe de rosa las alturas que se destacan sobre las praderas». Cirilo, acolorado por el vino, empieza una canción de taberna, y se descubre. Ida, indignada, quiere marcharse; resbala y cae al río; el príncipe la salva y quiere huir. Pero es detenido por los guardianes y conducido ante el trono donde se halla en pie la altanera joven, pronta á pronunciar la sentencia. En este momento se alza gran tumulto, y se ofrece en el patio un espectáculo extraño. «De la sala iluminada caían oblicuamente largos regueros de esplendor sobre una masa de niveos hombros apiñados como rebaño de ovejas, de ropajes á modo de iris, de diamantes y ojos diamantinos, de oro y áureos cabellos. Las jóvenes ondulaban de uno á otro lado como flores agitadas por la tempestad, encendidas las unas, pálidas las otras, todas con la boca abierta, todas con los ojos dirigidos hacia la luz, gri-

tando unas que había un ejército en el país, éstas que había hombres hasta en los muros, aquéllas que les importaba poco, hasta que subió un clamoreo como el de una nueva Babel... Por encima de ellas se erguían las serenas Musas de marmol con su plácida mirada.» Es que el padre del príncipe acaba de llegar con su ejército para librarle, y se ha apoderado del rey Gama como rehén. Hela, pues, obligada á dejar en libertad al joven. Sedirige hacia él con la nariz palpitante, suelto el cabello, henchido de tempestad el corazón, y le da las gracias con amarga ironía: «Os habéis conducido como caballero y como príncipe. Y os sienta á maravilla el traje de mujer.» Palpita á impulsos del orgullo herido; balbucea, trata de reprimirse para insultar mejor, y prorrumpe de repente: «¡Vos que habéis tenido la audacia de forzar nuestras barreras y burlar á nuestros guardianes, y ofendernos, y engañarnos y ultrajarnos! ¡Casarme yo con vos! ¡Yo vuestra mujer, vuestra esclava! ¡Nunca, aunque se acumulase todo el oro que yace en las entrañas de la tierra para forjar vuestra corona, y aunque os llamasen rey todas las lenguas habladas en el mundo! ¡Señor! ¡Vuestra falsía y vuestra presencia nos hacen daño! Desprecio vuestras proposiciones y os desprecio á vos. Idos. ¡Hola! ¡Plantadle á la puerta!» ¿Cómo ablandar ese corazón furioso, enardecido de cólera femenina, agriado por la decepción y la ofensa, exaltado por largos sueños de dominio y primacía, y á quien la virginidad hace más selvático aún? Pero ¡qué hermosa está encolerizada! ¡Y qué bien se revelan la generosidad y la elevación de un corazón juvenil y prendado de lo bello en esa vehemencia de sentimientos, en esa arrogante declaración de independencia y en esa quimérica ambición de reformar el porvenir! Se conviene en decidir la

querella por un combate de cincuenta contra cincuenta. El príncipe es vencido, é Ida le ve ensangrentado sobre la arena. Poco á poco, á despecho de sí misma, cede á las súplicas, recoge á los heridos en su palacio y se acerca al lecho del moribundo. Ante su languidez y su delirio brota la compasión, la ternura, el amor, en fin, «como campanilla alpina, rociada de lágrimas matinales junto algún frío glaciar, frágil y endeble al pronto, pero que de día en día cobra brillo». Una noche, el príncipe vuelve en sí, extenuado, con la mirada velada aún por fúnebres visiones; la ve flotar ante él como un ensueño; abre penosamente los pálidos labios, y la dice en voz muy baja: «Si sois aquella Ida que conocí, nada os pido; pero si sois un sueño, un dulce sueño, colmad la ilusión. Yo moriré esta noche; inclinaos, y haced ademán de besarme antes que muera. Ella se volvió; se detuvo; se inclinó, y, temblando nuestros corazones, se encontraron nuestros labios. De lo profundo de mi abatamiento surgió un grito, el amor coronado que se lanzaba del borde de la muerte; y por las venas palpitantes subió el alma, y, concentrada en un beso de fuego, se pegó á la boca de Ida. Volví á caer hacia atrás, y ella se retiró de mis brazos, encendida de noble rubor. Toda la falsa envoltura había caído á sus pies como un vestido, y ahora se revelaba como mujer, más peregrina que antes, al salir del estéril abismo para conquistarlo todo por el amor, manando líquido cristal, y deslizándose desnuda á lo lejos por las purpúreas riberas de las islas, como una doble luz en el aire y en las ondas.» He ahí el acento del Renacimiento, tal como salió del corazón de Spenser y de Shakespeare, que alimentaron esa adoración voluptuosa de la forma y del alma, y ese divino sentimiento de la belleza.

V

Hay otra caballería que abre la Edad Media, como ésta la cierra; una caballería cantada por niños, como ésta por jóvenes, y resucitada en los *Idilios del rey*, como ésta en *La Princesa*. Es la leyenda de Arturo, de Merlín y de los caballeros de la Tabla Redonda. Tennyson ha renovado sus sentimientos y su lenguaje con un arte admirable; esa alma flexible se adapta á todos los tonos para procurarse todos los placeres. Esta vez se hizo épico, primitivo y candoroso, como Homero y como los antiguos trovadores de las canciones de gesta. Es dulce salir de nuestra civilización artificiosa, remontarse á las épocas y costumbres primitivas y escuchar el plácido discurso que corre caudalosa y mansamente como un río por una pendiente llana. Lo característico de la antigua epopeya es la claridad y la serenidad. Las ideas acaban de nacer; el hombre es dichoso y niño aún. No ha tenido tiempo de refinar, de cincelar é iluminar su pensamiento; le expone desnudo. No le aguijan aún concupiscencias multiplicadas; piensa desahogadamente. Toda idea le interesa; la desvuelve atentamente; la explica. Su discurso no da saltos jamás: va paso á paso de un objeto á otro, y todos le parecen bellos; se detiene, mira y se complace en mirar. Esa sencillez y esa calma son originales y encantadoras. Se deja uno llevar; se encuentra á gusto; no desea ir más de prisa: parece que se

querella por un combate de cincuenta contra cincuenta. El príncipe es vencido, é Ida le ve ensangrentado sobre la arena. Poco á poco, á despecho de sí misma, cede á las súplicas, recoge á los heridos en su palacio y se acerca al lecho del moribundo. Ante su languidez y su delirio brota la compasión, la ternura, el amor, en fin, «como campanilla alpina, rociada de lágrimas matinales junto algún frío glaciar, frágil y endeble al pronto, pero que de día en día cobra brillo». Una noche, el príncipe vuelve en sí, extenuado, con la mirada velada aún por fúnebres visiones; la ve flotar ante él como un ensueño; abre penosamente los pálidos labios, y la dice en voz muy baja: «Si sois aquella Ida que conocí, nada os pido; pero si sois un sueño, un dulce sueño, colmad la ilusión. Yo moriré esta noche; inclinaos, y haced ademán de besarme antes que muera. Ella se volvió; se detuvo; se inclinó, y, temblando nuestros corazones, se encontraron nuestros labios. De lo profundo de mi abatamiento surgió un grito, el amor coronado que se lanzaba del borde de la muerte; y por las venas palpitantes subió el alma, y, concentrada en un beso de fuego, se pegó á la boca de Ida. Volví á caer hacia atrás, y ella se retiró de mis brazos, encendida de noble rubor. Toda la falsa envoltura había caído á sus pies como un vestido, y ahora se revelaba como mujer, más peregrina que antes, al salir del estéril abismo para conquistarlo todo por el amor, manando líquido cristal, y deslizándose desnuda á lo lejos por las púrpuras riberas de las islas, como una doble luz en el aire y en las ondas.» He ahí el acento del Renacimiento, tal como salió del corazón de Spenser y de Shakespeare, que alimentaron esa adoración voluptuosa de la forma y del alma, y ese divino sentimiento de la belleza.

V

Hay otra caballería que abre la Edad Media, como ésta la cierra; una caballería cantada por niños, como ésta por jóvenes, y resucitada en los *Idilios del rey*, como ésta en *La Princesa*. Es la leyenda de Arturo, de Merlín y de los caballeros de la Tabla Redonda. Tennyson ha renovado sus sentimientos y su lenguaje con un arte admirable; esa alma flexible se adapta á todos los tonos para procurarse todos los placeres. Esta vez se hizo épico, primitivo y candoroso, como Homero y como los antiguos trovadores de las canciones de gesta. Es dulce salir de nuestra civilización artificiosa, remontarse á las épocas y costumbres primitivas y escuchar el plácido discurso que corre caudalosa y mansamente como un río por una pendiente llana. Lo característico de la antigua epopeya es la claridad y la serenidad. Las ideas acaban de nacer; el hombre es dichoso y niño aún. No ha tenido tiempo de refinar, de cincelar é iluminar su pensamiento; le expone desnudo. No le aguijan aún concupiscencias multiplicadas; piensa desahogadamente. Toda idea le interesa; la desvuelve atentamente; la explica. Su discurso no da saltos jamás: va paso á paso de un objeto á otro, y todos le parecen bellos; se detiene, mira y se complace en mirar. Esa sencillez y esa calma son originales y encantadoras. Se deja uno llevar; se encuentra á gusto; no desea ir más de prisa: parece que se

querria estar siempre así. Porque el pensamiento primitivo es el pensamiento sano; nosotros no hemos hecho más que alterarle á fuerza de injertos y de cultivo, y volvemos á él como á nuestro más íntimo fondo para hallar el contento y el sosiego.

Pero lo que distingue á la epopeya de la Tabla Redonda, entre todas las demás, es la pureza. Arturo, «el rey intachable», ha congregado «aquel glorioso círculo, la flor de los hombres, para servir de modelo al mundo y ser bello principio de una edad. Les ha hecho poner sus manos sobre las suyas, y jurar respeto á su rey como si fuese su conciencia, y á su conciencia como si fuese su rey; no proferir ni escuchar calumnias; pasar su dulce vida en la más pura castidad; no amar más que á una joven; consagrarse á ella, y ofrecerle por culto años de nobles acciones.» Es un placer refinado moverse en semejante mundo, porque ninguno hay en donde puedan nacer más puras é interesantes flores. No citaré más que una: Elaine, «el lirio de Astolat», que habiendo visto una sola vez á Lanzarote, le ama después de partir, y por toda la vida. Conserva en la torrecilla el escudo que él dejó, y todos los días sube á contemplarle, contando las señales de las lanzadas, y viviendo de sus ensueños. Lanzarote está herido; la doncella va á cuidarle, y le cura. Entre tanto, murmuraba: «En vano, en vano; no puede ser. No me amará. ¿Y entonces? ¿He de morir?» Y así como un pobre é inocente pajarillo, que no sabe más que un sencillo canto de algunas notas, le repite una y mil veces durante toda una mañana de Abril, hasta que el oído se cansa de oírlo; así la inocente doncella iba repitiendo durante media noche: «¿He de morir?» A la postre se declara, ¡y con qué pudor y emoción! Pero él no puede casarse

con ella; pertenece á otra. La joven desfallece; quieren consolarla, y se niega al consuelo; le dicen cómo Lanzarote es culpable con la reina, y no lo cree. Dice á sus hermanos: «Queridos hermanos, cuando yo era niña, soliais llevarme con vosotros en la lancha del barquero, y remontar el gran río con la marea. Pero no queriais pasar del cabo donde está el álamo; y yo lloraba porque no queriais seguir remontando el río reluciente hasta llegar al palacio del rey. Ahora cumpliré mi deseo.» Muere, y, según su última voluntad, la llevan «como una sombra al través de los campos que brillan en su plenitud estival», y la ponen en la barca, cubierta de terciopelo negro. La barca remonta impelida por la marea, «y con ella la muerta, llevando en la mano derecha un lirio, en la izquierda una carta, y la blonda cabellera suelta y flotante... Todo el sudario era de paño de oro extendido hasta la cintura... y aquella cara de tan puras facciones tenía un aspecto atractivo, porque la joven no parecía muerta, sino profundamente dormida, y reposaba sonriendo.» Llega así, en medio de un gran silencio, y el rey Arturo lee la carta delante de todos los caballeros y todas las damas que lloran: «Nobilísimo señor sir Lanzarote del Lago, yo, á quien llamaban á veces la virgen de Astolat, vengo aquí porque me abandonasteis sin despediros; vengo á daros el último adiós. Os amaba, y mi amor no fue correspondido. Por eso mi fiel amor ha sido mi muerte. Por eso vengo á condolerme ante nuestra señora Ginebra y ante todas las demás damas. Rogad por mi alma y concededme la sepultura. Rueda por mi alma tú también, Lanzarote, porque eres un caballero sin par.» Nada más: acaba con esta última frase tan llena de tristeza y de tierna admiración; sería difícil encontrar nada más sencillo y más delicado.

Parecía que un arqueólogo podría rehacer todos los estilos, menos el solemne, y éste lo ha rehecho todo, incluso el estilo solemne. Es la noche de la última batalla; el tumulto de la gran refriega ha resonado durante todo el día «por las montañas próximas al mar de invierno»; uno tras otro, han caído los caballeros de Arturo; también ha caído él con el cráneo partido al través del casco, y sir Bedivere, su último caballero, le ha conducido, á poca distancia de allí, «á una capilla destrozada, con una cruz rota, que se alzaba sobre una negra angostura de tierra estéril. A un lado estaba el Océano; al otro un gran lago, y la luna lucía en su plenitud». Arturo, comprendiendo que va á morir, le dice que tome su espada Excalibur, porque la recibió de las hadas del mar, y ningún otro mortal debe poner sus manos sobre ella. Dos veces va á cumplir Bedivere la voluntad del rey; dos veces se detiene y vuelve á decirle que ha tirado la espada, sin atreverse á hacerlo, porque deslumbra sus ojos el maravilloso bordado de diamantes que relucen alrededor del puño. Por fin, á la tercera vez la arroja: «La gran espada despidió relámpagos herida por la luna, y trazó en el aire un arco de luz, á modo de esa irradiación de aurora boreal que brota de noche, cuando chocan las islas móviles del invierno, en medio de los ruidos del mar del Norte. Pero antes que la espada tocase en la superficie, se alzó un brazo, vestido de terciopelo blanco, místico, maravilloso; la asió del puño; la blandió tres veces, y se hundió con ella en el mar.» Entonces Arturo, levantándose dolorosamente y respirando con trabajo, manda á sir Bedivere que le lleve en hombros hasta la ribera. «De prisa, de prisa, porque temo que sea demasiado tarde, y creo que voy á morir.» Llegan de esa suerte á lo

largo de las cavernas heladas y de las peñas retumbantes, hasta la orilla del lago, donde «se ostentan los largos esplendores de la luna de invierno». Allí se había detenido una barca sombría, negra, con una banda fúnebre de proa á popa; todo el puente estaba cubierto de formas majestuosas, con negros ropajes y capuchas negras, como imágenes de un sueño; junto á ellas se veían tres reinas con coronas de oro. De sus labios salió un grito que subió vibrando hasta las estrellas palpitantes; y, como si no hubiese más que una voz, alzóse un lamento angustioso, cual viento que gime toda la noche en una tierra desierta adonde nadie va ni fué desde el principio del mundo. Arturo murmuró entonces: «Ponme en la barca», y á la barca se encaminaron. Allí las tres reinas extendieron las manos y cogieron al rey llorando. Pero la mayor y la más hermosa de todas puso la cabeza del rey en su regazo, le quitó el casco roto, y le llamó por su nombre profiriendo altos lamentos. La barca se separa, y Arturo, alzando su voz lenta, consuela á sir Bedivere, que se aflige en la orilla, pronunciando estas palabras de despedida, solemnes y heroicas: «El antiguo orden cambia, cediendo el puesto al nuevo; y Dios se revela de varios modos, por temor de que una sola costumbre, aun siendo buena, corrompa al mundo. Si no has de volver á contemplar mi semblante, ruega por mi alma; más cosas se han conseguido por la oración de las que este mundo cree... Porque así la tierra entera se halla unida á los pies de Dios por cadenas de oro. Y ahora adiós; emprendo un largo viaje con los que ves, si es que realmente le emprendo (porque las dudas nublan todo mi espíritu), hacia la isla y el valle de Avilion, donde no llueve, ni graniza, ni nieva, ni el viento sopla jamás impetuosamente, sino

que yace en calma, bello y venturoso, con sus profundas praderas, con sus verjeles y sus sombrías hondonadas, coronadas por un mar de estío, donde sanaré de mi dolorosa herida.» Creo que desde la Ifigenia de Goethe no se ha visto nada más sereno é imponente.

¿Cómo condensar en algunas palabras todos los caracteres de este talento tan múltiple? Es poeta de nacimiento, es decir, constructor de palacios aéreos y de castillos imaginarios. Pero le han faltado la pasión personal y las preocupaciones absorbentes que dominan por lo común la mano de sus iguales; no ha descubierto en sí propio el plano de un nuevo edificio; ha edificado con arreglo á todos los demás; se ha circunscrito á escoger entre las formas más elegantes, más adornadas, más exquisitas, tomando la flor de sus bellezas. A lo sumo, si por acaso se ha entretenido en arreglar algún *cottage* verdaderamente inglés y moderno. Si en esa selección de arquitecturas resucitadas ó renovadas se busca su huella, la adivinaremos en algún que otro friso más delicadamente esculpido, en algún rosetón más fino y airoso; pero no se verá marcada y sensible sino en la pureza y elevación de la impresión moral que se saca al salir de su museo.

§ 2.—EL PÚBLICO.

Parece que el poeta favorito de una nación debe ser el que un hombre culto se echa al bolsillo cuando va de viaje. Hoy ese poeta sería Tennyson en Inglaterra, y Alfredo de Musset en Francia. Los dos públicos difieren; por consecuencia, difieren sus géneros de vida,

sus lecturas y sus gustos. Tratemos de describirlos; se comprenderán mejor las flores viendo el jardín.

Llegáis á Newhaben ó á Douvres, y corréis por los rails, mirando en torno vuestro. Por una y otra parte desfilan casas de campo; las hay por doquiera en el país, á orillas de los lagos, en la ribera de los golfos, en la cumbre de las colinas, en todos los puntos de vista pintorescos. Son la morada preferida; Londres no es más que un centro de negocios; donde la gente vive, se divierte y recibe es en el campo. ¡Qué casa tan bien arreglada y tan linda! Si al lado existía alguna antigua construcción, una abadía ó un castillo, se conserva. El edificio nuevo se armoniza con el viejo; y, aun siendo sólo moderno, no carece de estilo: los aguilones, las grandes ventanas, las torrecillas cobijadas en todos los ángulos, ofrecen cierto aire gótico. Ese mismo *cottage*, tan modesto, mansión de quien sólo tiene treinta mil libras de renta, tiene un aspecto tan atractivo, con sus tejados puntiagudos, con su pórtico, con sus oscuros ladrillos barnizados, cubiertos de yedra. Verdad es que las más de las veces se echa de menos la grandeza; hoy los que forman la opinión no son ya los grandes señores, sino los *gentlemen* ricos, bien educados y propietarios. Lo que priva es lo atractivo. ¡Pero cómo lo entienden! Circunda toda la casa un césped fresco y sedoso como terciopelo. Enfrente un golpe deslumbrador de enormes rododendros, donde zumban enjambres de abejas; sobre la fina hierba se arrastran sinuosamente guirnaldas de flores exóticas; las madreselvas trepan por los árboles; cientos de rosas inclinadas al borde de las ventanas envían á las calles la lluvia de sus pétalos. Los hermosos olmos, los tejos, las grandes encinas preciosamente conservadas, se agrupan ó yerguen sus co-

que yace en calma, bello y venturoso, con sus profundas praderas, con sus verjeles y sus sombrías hondonadas, coronadas por un mar de estío, donde sanaré de mi dolorosa herida.» Creo que desde la Ifigenia de Goethe no se ha visto nada más sereno é imponente.

¿Cómo condensar en algunas palabras todos los caracteres de este talento tan múltiple? Es poeta de nacimiento, es decir, constructor de palacios aéreos y de castillos imaginarios. Pero le han faltado la pasión personal y las preocupaciones absorbentes que dominan por lo común la mano de sus iguales; no ha descubierto en sí propio el plano de un nuevo edificio; ha edificado con arreglo á todos los demás; se ha circunscrito á escoger entre las formas más elegantes, más adornadas, más exquisitas, tomando la flor de sus bellezas. A lo sumo, si por acaso se ha entretenido en arreglar algún *cottage* verdaderamente inglés y moderno. Si en esa selección de arquitecturas resucitadas ó renovadas se busca su huella, la adivinaremos en algún que otro friso más delicadamente esculpido, en algún rosetón más fino y airoso; pero no se verá marcada y sensible sino en la pureza y elevación de la impresión moral que se saca al salir de su museo.

§ 2.—EL PÚBLICO.

Parece que el poeta favorito de una nación debe ser el que un hombre culto se echa al bolsillo cuando va de viaje. Hoy ese poeta sería Tennyson en Inglaterra, y Alfredo de Musset en Francia. Los dos públicos difieren; por consecuencia, difieren sus géneros de vida,

sus lecturas y sus gustos. Tratemos de describirlos; se comprenderán mejor las flores viendo el jardín.

Llegáis á Newhaben ó á Douvres, y corréis por los rails, mirando en torno vuestro. Por una y otra parte desfilan casas de campo; las hay por doquiera en el país, á orillas de los lagos, en la ribera de los golfos, en la cumbre de las colinas, en todos los puntos de vista pintorescos. Son la morada preferida; Londres no es más que un centro de negocios; donde la gente vive, se divierte y recibe es en el campo. ¡Qué casa tan bien arreglada y tan linda! Si al lado existía alguna antigua construcción, una abadía ó un castillo, se conserva. El edificio nuevo se armoniza con el viejo; y, aun siendo sólo moderno, no carece de estilo: los aguilones, las grandes ventanas, las torrecillas cobijadas en todos los ángulos, ofrecen cierto aire gótico. Ese mismo *cottage*, tan modesto, mansión de quien sólo tiene treinta mil libras de renta, tiene un aspecto tan atractivo, con sus tejados puntiagudos, con su pórtico, con sus oscuros ladrillos barnizados, cubiertos de yedra. Verdad es que las más de las veces se echa de menos la grandeza; hoy los que forman la opinión no son ya los grandes señores, sino los *gentlemen* ricos, bien educados y propietarios. Lo que priva es lo atractivo. ¡Pero cómo lo entienden! Circunda toda la casa un césped fresco y sedoso como terciopelo. Enfrente un golpe deslumbrador de enormes rododendros, donde zumban enjambres de abejas; sobre la fina hierba se arrastran sinuosamente guirnaldas de flores exóticas; las madreselvas trepan por los árboles; cientos de rosas inclinadas al borde de las ventanas envían á las calles la lluvia de sus pétalos. Los hermosos olmos, los tejos, las grandes encinas preciosamente conservadas, se agrupan ó yerguen sus co-

lumnas por doquiera. Los árboles de Australia y de la China adornan los macizos con la elegancia ó la singularidad de sus extrañas formas; el *copperbeech* extiende sobre el verde delicado de las praderas la sombra de sus hojas negruzcas de cobrizos reflejos. ¡Qué deliciosa es la frescura de aquel verde! ¡Cómo centellea y cómo rebosa en flores campestres brillantadas por el sol! ¡Qué esmero, qué pulcritud, qué bien dispuesto, qué conservado y depurado todo para el bienestar de los sentidos y el regalo de la vista! Si hay una pendiente, se habilitan regueras con islillas pobladas de rosales, en el fondo del valle; patos de castas finas nadan en los estanques donde los menúfares despliegan sus estrellas satinadas. En la hierba se ven bueyes echados, carneros tan blancos como si acabasen de salir del lavadero, animales felices y modelos de todas clases, capaces de regocijar los ojos de un aficionado y de un amo. Volvemos á la casa, y, antes de entrar, miro la perspectiva: decididamente sienten el amor del campo. ¡Qué bien se estará en aquella gran ventana de la sala para contemplar la puesta del sol y el magnífico enrejado de oro que proyecta al través del oquedal! ¡Y qué diestramente se ha situado la casa para que el paisaje parezca ceñido de colinas á lo lejos, y guarnecido de árboles de cerca! Entramos. ¡Qué esmero y cuánta comodidad! Se han previsto las menores necesidades; allí no hay nada que no sea correcto y que no responda á los últimos adelantos; se apostaría que todos aquellos objetos han obtenido premio, ó, por lo menos, mención, en alguna Exposición de industria. Y el servicio corre parejas con los objetos; la limpieza no es más meticulosa en Holanda; proporcionalmente, tienen triple número de criados que nosotros, y no es mucho para los minuciosos pormenores

del servicio. La máquina doméstica funciona sin una interrupción, sin un enganche, sin un choque, moviendo cada rodaje en su punto y hora; y el bienestar que destila viene á caer en la boca cual rocío de miel, tan clarificado y exquisito como azúcar de refinería modelo.

Hablamos con nuestro huésped. Al momento se descubre que su alma ha estado siempre en equilibrio. Al salir del colegio, encontró hecho su camino: no tuvo que rebelarse contra la Iglesia, que es bastante razonable; ni contra la constitución, que es noblemente liberal; la fe y la ley que le ofrecen son buenas, útiles, morales, bastante amplias para dar lugar y abrigo á todas las diversidades de los espíritus sinceros. Se ha apegado á ellas, y de ellas recibe todo su sistema de ideas prácticas y especulativas: no fluctúa; no duda; sabe lo que debe creer y lo que debe hacer. No se deja arrastrar por teorías, ni entorpecer por la inercia, ni detener por las contradicciones. En otras partes, la juventud es como agua que se estanca ó desparrama; aquí hay un antiguo y excelente cauce que recoge y dirige hacia un fin útil toda la corriente de su actividad y de sus pasiones. Nuestro hombre obra, trabaja y gobierna. Está casado; tiene colonos; es magistrado municipal; se hace político. Mejora y rige su parroquia, sus tierras y su familia. Funda asociaciones; habla en los *meetings*; inspecciona las escuelas; administra justicia; introduce adelantos; utiliza sus lecturas, sus viajes, sus relaciones, su fortuna y su posición para guiar amistosamente á sus vecinos y á sus inferiores hacia alguna obra beneficiosa para ellos y para el público. Es poderoso y respetado. Disfruta de los halagos del amor propio y de las satisfacciones de la conciencia. Sabe que tiene autoridad, y que usa de

ella lealmente para el bien ajeno. Y ese buen estado de espíritu es alimentado por una vida sana. Es, á no dudar, espíritu culto y laborioso; es instruido; sabe varias lenguas; ha viajado; le gusta tener noticias precisas de todo; sus periódicos le tienen al corriente de todas las ideas nuevas y de todos los nuevos descubrimientos. Pero, al par, ama y practica todos los ejercicios corporales. Monta á caballo; da largos paseos á pie; caza; boga en su yate; sigue de cerca y por sí mismo todos los pormenores del cultivo y de la ganadería; vive al aire libre; resiste á la invasión de la vida sedentaria, que por doquiera conduce al hombre del día á las agitaciones del cerebro, á la extenuación de los músculos y á la excitación de los nervios. Tal es esa sociedad elegante y sensata, refinada en punto á bienestar, metódica en sus costumbres, con gustos de *dilettante* y principios de moralista que la encierran en una especie de recinto florido, impidiéndola mirar á otra parte.

¿Hay un poeta que cuadre á semejante sociedad mejor que Tennyson? Sin ser pedante, es moral; puede ser leído en familia; no se rebela contra la sociedad ni contra la vida; habla de Dios y del alma noble y tiernamente sin preocupación de sectario; no siente necesidad de maldecir como lord Byron; no usa palabras violentas y abruptas; no revela sentimientos desafiados y escandalosos; no pervertirá á nadie. Se cerrará el libro sin la menor alteración, y acto continuo podrá escucharse sin contraste la voz grave del jefe de la casa, que, delante de los criados arrodillados, recita la oración de la noche. Y, con todo, se conserva en los labios una sonrisa de placer. El viajero y el aficionado á arqueología ha disfrutado con las imitaciones de los estilos extraños y arcaicos. El cazador y

el amante del campo han saboreado las escenas rurales y ricas pinturas de paisaje. Las señoras se han embelesado con los retratos de mujeres. ¡Son tan exquisitos y tan puros! ¡Ha puesto el autor sobre aquellas hermosas mejillas tan delicados rubores! ¡Ha pintado tan bien la móvil expresión de aquellos arrogantes ó cándidos ojos! Le profesan cariño, porque comprenden que él se le profesa; más aún: que las honra y que se remonta, por la nobleza de su alma, al nivel de su pureza. Las jóvenes lloran escuchándole: cuando hace poco se leía la leyenda de Elaine ó de Enida, inclinábanse algunas cabezas rubias adornadas de flores, y los blancos hombros palpitaban á impulsos de una furtiva emoción. ¡Y qué emoción tan delicada! El poeta no ha hundido rudamente el pie en la verdad y en la pasión. Se ha deslizado por la cumbre de los sentimientos nobles y tiernos; ha recogido lo más grato y elevado que existía en la naturaleza y en la historia. Ha escogido sus ideas; ha cincelado sus palabras; ha igualado con el artificio, con los triunfos y la diversidad de su estilo, los atractivos y la perfección de la elegancia mundana en medio de la cual le leemos. Su poesía se parece á una de esas jardineras doradas y pintadas donde las flores nacionales y las plantas exóticas mezclan en artística armonía sus flecos y cabelleras, sus racimos y sus cálices, sus perfumes y colores. Parece hecha expresamente para esos burgueses opulentos, cultos, libres, herederos de la antigua nobleza y jefes modernos de una Inglaterra nueva; forma parte de su lujo y de su moral: es una confirmación elocuente de sus principios y un mueble precioso de su salón.

Volvemos á Calais, y corremos hacia París, sin detenernos en el camino. En ese camino hay ciertamente

palacios de nobles y casas de burgueses ricos. Pero no encontraremos allí, como en Inglaterra, la sociedad inteligente y elegante, la que por la delicadeza de su gusto y la superioridad de su talento es guía de la nación y árbitro de la belleza. Hay en Francia dos pueblos: las provincias y París: uno que come, duerme, bosteza y escucha; otro que piensa, emprende, vela y habla; el primero arrastrado por el segundo como una limaza por una mariposa, y tan pronto entretenido como alarmado por los caprichos de su conductor. Ese conductor es el que hay que ver. ¡Entramos! ¡Qué extraño espectáculo! Es de noche; las calles fulguran; un polvo luminoso envuelve la muchedumbre afanada y numerosa, que se agolpa, se codea, se apiña y bulle en las inmediaciones de los teatros y detrás de las vidrieras de los cafés. ¿Habéis advertido qué contraídas, qué fruncidas ó pálidas están aquellas caras, qué miradas tan inquietas, qué ademanes tan nerviosos? Los cráneos relucen con aquella violenta claridad: la mayoría de esos hombres están calvos antes de los treinta años. Para encontrar placer allí, menester es que tengan mucha necesidad de excitación; el polvo del *boulevard* impregna el helado que toman; el olor del gas y las emanaciones del arroyo, el sudor que deja en las paredes ajadas la fiebre de un día parisiense, «el aire humano lleno de sarrillos inmundos», he ahí lo que van á respirar á sabiendas. Allí se apiñan alrededor de las mesitas de mármol, asediados por la luz cruda, por los gritos de los camareros, por el runrún de las conversaciones, por el desfile monótono de los transeuntes taciturnos, por el roce de faldas de las mozas que rondan en la sombra ansiosamente. Sin duda es desagradable su hogar, porque, de otro modo, no le cambiarían por esas distracciones

de viajantes. Subimos cuatro pisos, y vemos una habitación reluciente, dorada, decorada con adornos de estuco, con estatuas de yeso, con muebles nuevos de roble viejo, con toda clase de chucherías en las chimeneas y en las *étagères*. Todo aquello «aparenta»; se puede recibir allí á los amigos envidiosos y á las personas de viso. Es un cartel, y nada más. Es un sitio donde puede pasarse agradablemente media hora; pero nunca haréis de él más que un lugar de paso: es bajo, reducido, incómodo, alquilado por un año, ensuciado en seis meses, bueno para ostentar un lujo postizo. Todos los goces de esos hombres son ficticios y como arrancados de pasada; tienen algo de insano é irritante. Se parecen á la cocina de sus *restaurants*, al resplandor de sus cafés, á la alegría de sus teatros. Los quieren demasiado pronto, demasiado vivos, demasiado múltiples. No los cultivan con paciencia ni los cosechan con moderación; los hacen brotar en un terreno artificial y caldeado, y los devoran precipitadamente. Son refinados y ansiosos: todos los días necesitan una provisión de palabras pintorescas, de anécdotas candentes, de burlas mordaces, de verdades nuevas, de ideas variadas. Se aburren pronto, y no pueden sufrir el aburrimiento. Se divierten hasta más no poder, y creen que apenas se divierten. Exageran su trabajo y sus gastos, sus necesidades y sus esfuerzos. La acumulación de las sensaciones y de la fatiga pone en excesiva tensión su máquina nerviosa, y su barniz de jovialidad mundana se desconcha veinte veces al día, dejando ver un fondo de sufrimiento y de ardor.

Pero ¡qué refinamiento el suyo, y qué espíritus tan libres! ¡Qué prontitud para penetrarlo y comprenderlo todo! ¡Qué aptitud la de ellos, gracias á esa selecta y

variada cultura, para experimentar ternuras y tristezas desconocidas de sus padres, sentimientos profundos, originales y sublimes, que hasta aquí parecían extraños á su raza! Esta gran ciudad es cosmopolita: aquí pueden nacer todas las ideas; ninguna barrera detiene á los espíritus; ante ellos se abre el campo inmenso del pensamiento, sin camino trillado ó prescrito. No los encadena ni los guía la práctica; tienen un gobierno y una iglesia oficial para eximirlos del cuidado de dirigir á la nación; se sufren los dos poderes como se sufre al pertiguero y al alguacil, con paciencia y chacota; no se los mira más que á la manera de un espectáculo. En resumen: la sociedad no aparece aquí más que como una obra dramática, asunto de crítica y de discusión. ¡Y cuidado si se dan rienda suelta la crítica y la discusión! Un inglés que entra en la vida, halla respuestas hechas sobre todas las grandes cuestiones. Un francés que entra en la vida, no halla más que dudas propuestas sobre todas las grandes cuestiones. Forzoso es que, en este conflicto de opiniones encontradas, se elabore su propia fe; y, no lográndolo las más de las veces, permanece á merced de todas las incertidumbres, y, por consecuencia, entregado á todas las curiosidades y también á todas las angustias. En ese vacío, que es á modo de un vasto mar, se amontonan y se suceden como nubes la quimeras, las teorías, las ilusiones, los apetitos desordenados, poéticos y enfermizos. Si en tal tumulto de formas móviles se busca alguna obra sólida que prepare un asiento á las opiniones futuras, no se ve más que las lentas fábricas de las ciencias, que ocultamente, á modo de pólipos submarinos, construyen con corales imperceptibles la base en que se apoyarán las creencias del género humano.

He aquí el mundo para el cual escribía Alfredo de Musset; en este París hay que leerle. ¿Leerle? Todos nos le sabemos de memoria. Murió, y parece que todos los días le oímos hablar. Una conversación de artistas que bromean en un taller, una hermosa joven que se inclina en el teatro sobre la barandilla de su palco, una calle lavada por la lluvia donde relucen las losas ennegrecidas, una mañana fresca y risueña en los bosques de Fontainebleau, todo le hace presente y como revivir á nuestros ojos. ¿Hubo nunca acento más vibrante y sincero? Ese nunca mintió. No dijo más que lo que sentía, y lo dijo como lo sentía. Pensaba en alta voz. Hizo la confesión de todo el mundo. No se le admira; se le ama. Era más que un poeta: era un hombre. Todos reconocían en él sus propios sentimientos, incluso los más fugitivos y los más íntimos. Se abandonaba; se entregaba; tenía las últimas de las virtudes que nos quedan: la generosidad y la sinceridad. Y poseía el más precioso de los dones que pueden seducir á una civilización envejecida: la juventud. ¡Cómo habló «de esa ardiente juventud, árbol de ruda corteza, que todo lo cubre con su sombra, horizontes y caminos»! ¡Qué bríos en aquellas explosiones del amor, de los celos, de la sed del placer, de todas las pasiones impetuosas que suben con las oleadas de una sangre virgen de lo más profundo de un corazón juvenil! ¿Las ha sentido más alguien? El rebotaba y se embriagaba en ellas. Se lanzó al través de la vida como un caballo de raza encabritado en el campo, á quien el olor de las plantas y la magnífica novedad del anchuroso cielo precipitan en vertiginosas carreras que todo lo destrozan y van á destrozarle á él. Pidió demasiado á las cosas: quiso saborear de golpe toda la vida con ansiosa avidez; no la cosechó, ni la gustó;

la arrancó como un racimo, apretándola, estrujándola y retorciéndola; y se quedó con las manos embadurnadas, tan sediento como antes (1). Entonces estallaron aquellos sollozos que han resonado en todos los corazones. ¡Qué! ¡tan joven y tan cansado ya! ¡Dones tan preciosos, un talento tan fino, un tacto tan delicado, una fantasía tan móvil y tan rica, una gloria tan precoz, una expansión tan repentina de belleza y de genio, y en el mismo instante las angustias, el disgusto, las lágrimas y los gritos! ¡Qué mezcla! Con el mismo ademán adora y maldice. La eterna ilusión y la invencible experiencia marchan á la par en él para combatirse y desgarrarle. Se hizo viejo, y permaneció joven; es poeta, y es escéptico. Apenas pasan ante sus ojos la Musa y su apacible belleza, la Naturaleza y su frescura inmortal, el Amor y su sonrisa venturosa, todo el enjambre de visiones divinas, cuando se ve acudir entre maldiciones y sarcasmos á todos los espectros del libertinaje y de la muerte. Figuraos un hombre que, en medio de un festín, donde ocupa el primer puesto, brinda en copa cincelada, entre los aplausos y los acordes de la música, con los ojos risueños, con la alegría en el fondo del corazón, enardecido y vivificado por el vino generoso que descende á su pecho, y que súbitamente palidece. Había veneno en el fondo de la copa. El hombre cae y agoniza; sus pies convulsos golpean la alfombra de seda, y todos los convidados miran con estupor. He ahí lo que hemos sentido el día en que el más amado y brillante de entre nosotros palpité herido por un golpe invisible, desplomándose

(1) «¡Oh mediocridad! El que te trae por todo bien á este garito repulsivo de la vida, apocado es para el juego si no dice: Todo ó nada.»

con un hipo fúnebre entre los esplendores y las alegrías falaces de nuestro banquete.

¡Pues bien! Tal y como fué, nos atrae siempre; no podemos oír á otro. Todos nos parecen fríos ó falaces á su lado. Salimos á media noche de aquel teatro en que escuchaba á la Malibrán, y entramos en esa lúgubre calle de los Molinos, donde en un lecho pagado fué á dormir y á morir su Rolla. Los faroles proyectan vacilantes reflejos sobre las losas resbaladizas. De las puertas salen sombras recelosas que se adelantan al encuentro de los transeuntes, arrastrando faldas ajadas de seda. Los huecos están cerrados; tal cual rayo de luz atraviesa por una madera mal cerrada, y permite ver una dalia seca en el alféizar de una ventana. Mañana rechinará un organillo delante de esas vidrieras, y las pálidas neblinas dejarán sus resudaciones sobre esas sucias parades. ¡Qué! ¡de ese inoble lugar es de donde salió el más apasionado de los poetas! ¡Esas fealdades y esas vulgaridades de chiribitil y de posada son las que hicieron fluir tan divina elocuencia! ¡Las que concentraron en aquel corazón herido todas las magnificencias de la naturaleza y de la historia para que brotaran luego en raudales deslumbradores iluminados por el más ardiente sol de poesía que jamás hubo! No puede uno menos de conmoverse, pensando en aquel otro poeta que allá, en la isla de Wight, se entretiene en reconstruir épocas extinguidas. ¡Qué feliz es entre sus bellos libros, sus amigos, sus madreselvas y sus rosas! No importa. Este, en aquel mismo sitio, en medio de aquel fango y de aquella miseria, se remontó más. Desde la cumbre de su duda y su desesperación vió el infinito como se ve el mar desde lo alto de un promontorio azotado por las borrascas. Las religiones con su esplendor y

su ruina, el género humano con sus dolores y su destino, cuanto de sublime hay en el mundo, se le apareció entonces al fulgor de un relámpago. En aquel momento de su vida, por lo menos, sintió esa tempestad interior de sensaciones profundas, de ensueños gigantes é intensas voluptuosidades, cuyo deseo le hizo vivir y cuya falta le hizo morir. No fué un simple *dilettante*; no se contentó con gustar y gozar; imprimió su sello en el pensamiento humano; dijo al mundo lo que es el hombre, el amor, la verdad, la felicidad. Sufrió, pero inventó; desfalleció, pero produjo. Arrancó desesperadamente de sus entrañas la idea que había concebido, y la expuso á los ojos de todos ensangrentada, pero viva. Eso es más difícil y más grande que ir á acariciar y contemplar las ideas de otros. No hay en el mundo más que una obra digna del hombre: dar á luz una verdad á que nos entregamos y en que creemos. El público que ha oído á Tennyson vale más que nuestra aristocracia de burgueses y de bohemios; pero entre los dos poetas, yo prefiero á Alfredo de Musset.

FIN

ÍNDICE DE AUTORES

Y

BIBLIOGRAFIA SUMARIA DE SUS OBRAS

CAPÍTULO PRIMERO

La novela.—Dickens.

Páginas 8 y siguientes. *Carlos Dickens*, 1812-1870.

Son innumerables las ediciones.

La edición de Carlos Dickens. Londres, 1867-1873, 21 vols. en 8.º

La edición de lujo, Londres, 1881, 30 vols. en 4.º

Vida, por J. Forster. Londres, 1872-74, 3 vols. en 8.º
(Contiene una porción de documentos biográficos.)

Fechas principales: *Bosquejos*, por Boz, 1836-37 (primera obra); *Pickwick*, 1837; *Twist*, 1838; *Nickleby*, 1839; *Almacén de antigüedades*, 1840-41; *Chuzzlewit*, 1844; *Dombey*, 1848; *Copperfield*, 1850; *Dorrit*, 1857; *Dos ciudades*, 1859.

CAPÍTULO II

La novela (continuación).—Thackeray.

Páginas 61 y siguientes. *Guillermo Makepeace Thackeray*, 1811-1863.

Obras, ediciones muy numerosas. Una de las más hermosas es la *edición de lujo*. Londres, 1878-86, 26 vols. en 4.º

Colección de cartas, 1847-55, edición de Mr. J. O. Brookfield. Londres, 1887 en 8.º

su ruina, el género humano con sus dolores y su destino, cuanto de sublime hay en el mundo, se le apareció entonces al fulgor de un relámpago. En aquel momento de su vida, por lo menos, sintió esa tempestad interior de sensaciones profundas, de ensueños gigantes é intensas voluptuosidades, cuyo deseo le hizo vivir y cuya falta le hizo morir. No fué un simple *dilettante*; no se contentó con gustar y gozar; imprimió su sello en el pensamiento humano; dijo al mundo lo que es el hombre, el amor, la verdad, la felicidad. Sufrió, pero inventó; desfalleció, pero produjo. Arrancó desesperadamente de sus entrañas la idea que había concebido, y la expuso á los ojos de todos ensangrentada, pero viva. Eso es más difícil y más grande que ir á acariciar y contemplar las ideas de otros. No hay en el mundo más que una obra digna del hombre: dar á luz una verdad á que nos entregamos y en que creemos. El público que ha oído á Tennyson vale más que nuestra aristocracia de burgueses y de bohemios; pero entre los dos poetas, yo prefiero á Alfredo de Musset.

FIN

ÍNDICE DE AUTORES

Y

BIBLIOGRAFIA SUMARIA DE SUS OBRAS

CAPÍTULO PRIMERO

La novela.—Dickens.

Páginas 8 y siguientes. *Carlos Dickens*, 1812-1870. Son innumerables las ediciones.
La edición de Carlos Dickens. Londres, 1867-1873, 21 vols. en 8.º
La edición de lujo, Londres, 1881, 30 vols. en 4.º
Vida, por J. Forster. Londres, 1872-74, 3 vols. en 8.º (Contiene una porción de documentos biográficos.)
 Fechas principales: *Bosquejos*, por Boz, 1836-37 (primera obra); *Pickwick*, 1837; *Twist*, 1838; *Nickleby*, 1839; *Almacén de antigüedades*, 1840-41; *Chuzzlewit*, 1844; *Dombey*, 1848; *Copperfield*, 1850; *Dorrit*, 1857; *Dos ciudades*, 1859.

CAPÍTULO II

La novela (continuación).—Thackeray.

Páginas 61 y siguientes. *Guillermo Makepeace Thackeray*, 1811-1863.
Obras, ediciones muy numerosas. Una de las más hermosas es la *edición de lujo*. Londres, 1878-86, 26 vols. en 4.º
Colección de cartas, 1847-55, edición de Mr. J. O. Brookfield. Londres, 1887 en 8.º

Fechas principales: *Feria de las vanidades*, 1846-48; *Pendennis*, 1849-50; *Esmond*, 1852; *Nemcomes*, 1854-55; *Virginians*, 1858-59.

CAPÍTULO III

La crítica y la historia.—Macaulay.

Páginas 125 y siguientes. *Tomás Babington, lord Macaulay*, 1800-1859.

Obras publicadas por su hermana lady Trevelyan. Londres, 1866, 8 vols. en 8.º

Vida y cartas, por sir Jorge Trevelyan. Londres, 1876, 2 vols. en 8.º

Fechas principales: *Ensayos* (en la *Revista de Edimburgo*), 1825-44; *Cantos de la antigua Roma*, 1842; principio de la publicación de la *Historia de Inglaterra*, Nov. de 1848.

CAPÍTULO IV

La filosofía de la historia.—Carlyle.

Páginas 187 y siguientes. *Tomás Carlyle*, 1795-1881.

Obras. Londres, 1885 y siguientes, 17 vols. en 8.º

Primeras cartas, edición de C. E. Norton. Londres, 1886, 2 vols. en 8.º

Correspondencia entre Goethe y Carlyle, edición de C. E. Norton. Londres, 1887, en 8.º

Correspondencia con Emerson, edición de C. E. Norton. Boston, 1886, 2 vols. en 8.º

Reminiscencias, edición de J. A. Fronde. Londres, 1881, 2 vols. en 8.º

Cartas y memorias de Juana Welsk Carlyle, edición Carlyle y Fronde. Londres, 1883, 3 vols. en 8.º

J. A. Fronde: *Thomas Carlyle, historia de los primeros cuarenta años de su vida*. Londres, 1882, 2 vols. en 8.º

El mismo: *Thomas Carlyle, historia de su vida en Londres*. Londres, 1884, 2 vols. en 8.º

Fechas principales: *Revolución francesa*, 1837; *Sartor resartus*, 1838; *Héroes y culto de los héroes*, 1841; *Vida y cartas de Cromwell*, 1845; *Historia de Federico II*, 1858-65.

CAPÍTULO V

La filosofía.—Stuart Mill.

Páginas 262 y siguientes. *Juan Stuart Mill*, 1806-73.

Obras principales:

Sistema de lógica. Londres, 1846, 2 vols. en 8.º

Principios de economía política, con algunas de sus aplicaciones a la filosofía social. Londres, 1848, 2 vols. en 8.º

Sobre la libertad. Londres, 1859, en 8.º

Pensamientos sobre la reforma penitenciaria. Londres, 1859, en 8.º

Disertaciones y discusiones políticas, filosóficas e históricas. Londres, 1850-1875, 4 vols. en 8.º

Consideraciones sobre el gobierno representativo. Londres, 1861, en 8.º

Utilitarismo. Londres, 1863, en 8.º

Examen de la filosofía de sir W. Hamilton. Londres, 1865, en 8.º

Augusto Comte y el positivismo. Londres, 1865, en 8.º

La servidumbre de las mujeres. Londres, 1869, en 8.º

Autobiografía, edición de Helen Taylor. Londres, 1873, en 8.º

Utilidad de la religión y del teísmo, edición de H. Taylor. Londres, 1874, en 8.º

CAPÍTULO VI

La poesía.—Tennyson

Páginas 333 y siguientes. *Alfredo, lord Tennyson*, 1809.

Hay innumerables ediciones, y todos los días aparecen nuevas. Puede consultarse, entre otras, la publicada por Macmillan: *Obras poéticas*. Londres, 1886, 6 vols. en 8.º Existen ediciones completas (hasta su fecha) en un volumen. La última publicada es la de Macmillan. Londres, 1889, en 8.º

Primeros versos publicados por Tennyson: *Poemas por dos hermanos*, 1827.

ÍNDICE DE MATERIAS

ADVERTENCIA.....

Págs.

5

CAPÍTULO PRIMERO

La novela.—Dickens.

§ 1.—EL ESCRITOR

Conexión de las diversas partes de cada talento.—
Importancia de la manera de imaginar.

I. Lucidez é intensidad de la imaginación de Dic-
kens.—Audacia y vehemencia de su fantasía.—
Cómo anima los objetos inanimados.—En qué linda
su concepción con la visión.—En qué raya en mo-
nomania.—Cómo pinta los alucinados y los locos.

A qué objetos aplica su entusiasmo.—Sus trivialida-
des y minuciosidad.—En qué se asemeja á los pin-
tores de su país.—En qué difiere de Jorge Sand.—
Miss Ruth y *Genoveva*.—Un viaje en diligencia.

II. Vehemencia de las emociones que debe producir
este género de imaginación.—Su aspecto patético.
—El obrero Esteban.—Su aspecto cómico.—Por qué
llega á la bufonada y á la caricatura.—Transporte
y exageración nerviosa de su alegría.....

12

§ 2.—EL PÚBLICO

La novela inglesa está obligada á ser moral.—Cómo
modifica esa exigencia la idea del amor.—Compa-
ración del amor en Jorge Sand y en Dickens.—
Pinturas de la doncella y de la esposa.

ÍNDICE

375

Págs.

Cómo modifica esa exigencia de la idea de la pasión.

—Comparación de las pasiones en Balzac y en
Dickens.

Inconvenientes de ese pie forzado.—Cómo sustituyen
á los personajes las máscaras cómicas ú odiosas.—
Comparación de Pecksniff y de Tartufo.—Por qué
en Dickens la acción carece de conjunto.....

37

§ 3.—LOS PERSONAJES

Dos clases de personajes.—Los caracteres naturales
é instintivos.—Los caracteres artificiales y positi-
vos.—Preferencia de Dickens por los primeros.—
Aversión de Dickens por los segundos.

I. El hipócrita.—Mr. Pecksniff.—En qué es inglés.—
Comparación de Pecksniff y de Tartufo.—El hom-
bre positivo.—Mr. Gradgrind.—El orgulloso.—
Mr. Dombey.—En qué son ingleses esos personajes.

II. Los niños.—Faltan en la literatura francesa.—
Joas y *David Copperfield*.—La gente del pueblo.

III. El hombre ideal según Dickens.—Cómo corres-
ponde esa concepción á una necesidad pública.—
Oposición de la cultura y de la naturaleza en In-
glaterra.—Reacción de la sensibilidad y del instin-
to oprimidos por el convencionalismo y la regla.—
Éxito de Dickens.....

45

CAPÍTULO II

La novela (continuación).—Thackeray.

Abundancia y excelencia de la novela de costumbres
en Inglaterra.—Superioridad de Dickens y de Thac-
keray.—Comparación de Dickens y de Thackeray.

§ 1.—EL SATÍRICO

Sus intenciones morales.—Sus disertaciones mo-
rales.

- Págs.
- II. Comparación de la burla en Francia y en Inglaterra.—Diferencia de los dos temperamentos, de los dos gustos y de los dos espíritus.
- II. Superioridad de Thackeray en la sátira amarga y grave.—La ironía seria.—*Los snobs literarios; Miss Blanca Amory*.—La caricatura seria.—*Mistress Hoggarthy*.
- IV. Solidez y precisión de esa concepción satírica.—Semejanza de Thackeray y de Swift.—*Los deberes de un embajador*.
- Misantropía de Thackeray.—Ñoñería de sus heroínas.—Ñoñería del amor.—Vicio íntimo de las generosidades y de las exaltaciones humanas.....
- V. Sus tendencias igualitarias.—Defecto de los caracteres y de la sociedad en Inglaterra.—Sus aversiones y sus predilecciones.—El *snob* y el aristócrata.—Retratos del rey, del gran señor de corte, del noble rural, del burgués ennoblecido.—Ventajas de esa institución aristocrática.—Exceso de esa sátira.....

63

§ 2.—EL ARTISTA

- I. Idea del arte puro.—Cómo perjudica al arte la sátira.—Cómo amengua el interés.—Cómo falsea los personajes.—Comparación de Thackeray y de Balzac.—*Valeria Marneffe y Rebeca Sharp*.
- II. Hallazgo del arte puro.—Retrato de *Enrique Esmond*.—Talento histórico de Thackeray.—Concepción del hombre ideal.
- III. La literatura es una definición del hombre.—Cuál es esa definición en Tackeray.—Cómo difiere de la verdadera.....

102

CAPÍTULO III

La crítica y la historia.—Macaulay.

Puesto y papel de Macaulay en Inglaterra.

§ 1.—ENSAYOS CRÍTICOS É HISTÓRICOS

- Págs.
- I. Sus *Ensayos*.—Atractivo y utilidad del género.—Sus opiniones.—Su filosofía.—Cómo es inglesa y práctica.—Su *Ensayo sobre Bacon*.—Cuál es, según él, el verdadero objeto de las ciencias.—Comparación entre Bacon y los antiguos.
- Su crítica.—Sus preocupaciones morales.—Comparación de la crítica en Francia y en Inglaterra.—Por qué es religioso.—Conexión de la religión y del liberalismo en Inglaterra.—Liberalismo de Macaulay.—*Ensayo sobre la Iglesia y el Estado*.
- Su pasión por la libertad política.—Cómo es el orador y el historiador del partido whig.—*Ensayo sobre la Revolución y los Estuardos*.
- II. Su talento.—Su afición á la demostración.—Su afición á los desarrollos.—Carácter oratorio de su espíritu.—En qué se diferencia de los oradores clásicos.—Su estima de los hechos particulares, de las experiencias sensibles y de los recuerdos personales.—*Ensayos sobre Warren Hastings y sobre Clive*.
- Caracteres ingleses de su talento.—Su rudeza.—Su burla.—Su poesía.....

127

§ 2.—EL HISTORIADOR

- Su obra.—Armonía de su talento, sus opiniones y su obra.—Universalidad, unidad é interés de su historia.—Pintura de los *Higlands*.—*Jacobo II en Irlanda*.—*El Acta de Tolerancia*.—*La matanza de Glencoe*.—Huellas de amplificación y de retórica.
- Comparación de Macaulay y de los historiadores franceses.—En qué es clásico.—En qué es inglés.—Posición intermedia de su espíritu entre el espíritu latino y el espíritu germánico.....

164

CAPÍTULO IV

La filosofía y la historia.—Carlyle.

Puesto excéntrico é importante de Carlyle en Inglaterra.

Págs.

§ 1.—SU ESTILO Y SU ESPÍRITU

- I. Sus rarezas, sus oscuridades, sus violencias.—Su imaginación, sus entusiasmos.—Sus crudezas, sus bufonadas.
- II. El *humour*.—En qué consiste.—Cómo es germánico.—Pinturas grotescas y trágicas.—Los dandies y los pordioseros.—Catecismo de los cochinos.—Extrema tensión de su espíritu y de sus nervios.
- III. Qué barreras le contienen y dirigen.—El sentimiento de lo real y el sentimiento de lo sublime.
- IV. Su pasión por el hecho exacto y probado.—Su escudriñamiento de los sentimientos extinguidos.—Vehemencia de su emoción y de su simpatía.—Intensidad de su creencia y de su visión.—*Pasado y presente*.—*Cartas y discursos de Cromwell*.—Su misticismo histórico.—Grandeza y tristeza de sus visiones.—Cómo figura el mundo según su propio espíritu.
- V. Todo objeto es un grupo, y toda la obra del pensamiento humano es la reproducción de un grupo.—Dos maneras principales de reproducirle, y dos especies principales de espíritus.—Los clasificadores.—Los intuitivos.—Inconvenientes del segundo procedimiento.—Cómo es oscuro, aventurado, desprovisto de pruebas.—Cómo lleva á la afectación y la exageración.—Dureza y presunción que provoca.—Ventajas de ese género de espíritu.—Es el único capaz de reproducir el objeto.—Es el más favorable para la invención original.—Qué empleo hace de él Carlyle..... 190

§ 2.—SU PAPEL

Págs.

- Introducción de las ideas alemanas en Europa y en Inglaterra.—Estudios alemanes de Carlyle.
- I. De la aparición de las formas de espíritu originales.—Cómo obran y acaban.—El genio artístico del Renacimiento.—El genio oratorio de la edad clásica.—El genio filosófico de la edad moderna.—Analogía probable de los tres períodos.
 - II. En qué consiste la forma de espíritu moderna y alemana.—Cómo la aptitud para las ideas universales ha renovado la lingüística, la mitología, la estética, la historia, la exégesis, la teología y la metafísica.—Cómo la inclinación metafísica ha transformado la poesía.
 - III. Idea capital que se desprende de esa aptitud.—Concepción de las partes solidarias y complementarias.—Nueva concepción de la naturaleza y del hombre.
 - IV. Inconvenientes de esa aptitud.—La hipótesis gratuita y la abstracción vaga.—Descrédito momentáneo de las especulaciones alemanas.
 - V. Cómo puede rehacerlas cada nación.—Ejemplos antiguos.—España en los siglos XVI y XVII.—Los puritanos y los jansenistas en el siglo XVII.—Francia en el siglo XVIII.—Por qué caminos pueden entrar en Francia esas ideas.—El positivismo.—La crítica.
 - VI. Por qué caminos pueden entrar esas ideas en Inglaterra.—El espíritu exacto y positivo.—La inspiración apasionada y poética.—Qué camino sigue Carlyle..... 216

§ 3.—SU FILOSOFÍA, SU MORAL Y SU CRÍTICA

- Su método es moral, no científico.—En qué se asemeja á los puritanos.—*Sartor resartus*.
- I. Las cosas sensibles no son más que apariencias.—Carácter divino y misterioso del ser.—Su metafísica.

- Págs.
- II. Cómo pueden traducirse, unas por otras, las ideas positivas, poéticas, espiritualistas y místicas.—Cómo, en manos de Carlyle, la metafísica alemana se traduce en puritanismo inglés.
- III. Carácter moral de ese misticismo.—Concepción del deber.—Concepción de Dios.
- IV. Concepción del cristianismo.—El cristianismo verdadero y el cristianismo oficial.—Las obras religiosas.—Limite y alcance de la doctrina.
- V. Su crítica. Qué valor atribuye á los escritores.—Qué clase de escritores exalta.—Qué clase de escritores desestima. Su estética.—Su juicio sobre Voltaire.
- VI. Porvenir de la crítica.—Cómo es contraria á los principios de siglo y de raza.—El gusto no tiene más que una autoridad relativa... 228

§ 4.—SU CONCEPCIÓN DE LA HISTORIA

- I. Suprema importancia de los grandes hombres.—Son reveladores.—Necesidad de venerarlos.
- II.—Enlace de esa concepción y de la concepción alemana.—En qué es imitador Carlyle.—En qué es original.—Alcance de su concepción.
- III. Cómo la verdadera historia es la de los sentimientos heroicos.—Los verdaderos historiadores son artistas y psicólogos.
- IV. Su historia de Cromwell.—Por qué no se compone más que de textos unidos por un comentario.—Su novedad y su valor.—Cómo hay que considerar á Cromwell y á los puritanos.—Importancia del puritanismo en la civilización moderna.
- V. Su historia de la Revolución francesa.—Severidad de su juicio.—En qué revela golpe de vista y en qué es injusto.
- VI. Su juicio sobre la Inglaterra moderna.—Contra el apego al bienestar y la tibieza de convicciones.—Predicciones sombrías respecto al porvenir de la democracia contemporánea.—Contra la autoridad de los votos.—Teoría del soberano.
- VII. Crítica de esas teorías.—Peligros del entusiasmo.—Comparación de Carlyle y de Macaulay..... 245

CAPÍTULO V

La filosofía.—Stuart Mill.

- Págs.
- I. La filosofía en Inglaterra.—Organización de la ciencia positiva.—Carencia de ideas generales.
- II. Por qué falta la metafísica.—Autoridad de la religión.
- III. Indicios y explosiones del pensamiento libre.—La exégesis nueva.—Stuart Mill.—Sus obras.—Indole de su espíritu.—A qué familia de filósofos pertenece.—Valor de las especulaciones superiores en la filosofía humana..... 265

§ I.—LA EXPERIENCIA.

- I. Objeto de la lógica.—En qué se distingue de la psicología y de la metafísica.
- II. Lo que es un juicio.—Lo que conocemos del mundo exterior y del mundo interior.—Todo el trabajo de la ciencia consiste en añadir ó enlazar un hecho á otro hecho.
- III.—La lógica tiene dos piedras angulares: la teoría de la definición y la teoría de la demostración.
- IV. Teoría de la definición.—Importancia de esta teoría.—Refutación de la teoría antigua.—No hay definiciones de las cosas, sino definiciones de los nombres.
- V. Teoría de la demostración.—Refutación de la teoría ordinaria.—Cuál es la parte demostrativa de un razonamiento.
- VI. Teoría de los axiomas.—Refutación de la teoría ordinaria.—Los axiomas no son más que experiencias de cierta clase.
- VII. Teoría de la inducción.—La causa de un hecho no es más que su antecedente invariable.—Sólo la experiencia prueba la estabilidad de las leyes de la naturaleza.—En qué consiste una ley.—Por qué métodos se descubren las leyes.—El método de las

- Págs.
- concordancias, el método de las diferencias, el método de los residuos y el método de las variaciones concomitantes.
- VIII. Ejemplo y aplicaciones.—Teoría del rocío....
- IX. El método de deducción.—Su dominio.—Sus procedimientos.
- X. Comparación del método de inducción y del método de deducción.—Empleo antiguo del primero.—Empleo moderno del segundo.—Ciencias que reclaman el primero.—Ciencias que reclaman el segundo.—Carácter positivo de la obra de Mill.—Sus predecesores.
- XI. Límites de nuestra ciencia.—No es seguro que todos los hechos se verifiquen según leyes.—El azar en la naturaleza..... 270

§ 2.—LA ABSTRACCIÓN

- I. Concordancia de esta doctrina y del espíritu inglés.—Mezcla del espíritu positivo y del espíritu religioso.—Qué facultad abre el mundo de las causas.
- II. No hay sustancias ni fuerzas, sino sólo hechos y leyes.—Naturaleza de la abstracción.—Papel de la abstracción en la ciencia.
- III. Teoría de la definición.—La definición es la exposición de los elementos generadores.
- IV. Teoría de la demostración.—La parte demostrativa del raciocinio es una ley abstracta.
- V. Teoría de los axiomas.—Los axiomas son relaciones de términos abstractos.—Se reducen al axioma de identidad.
- VI. Teoría de la inducción.—Sus procedimientos son eliminaciones ó abstracciones.
- VII. Las dos grandes operaciones de la inteligencia: la experiencia y la abstracción.—Las dos grandes apariencias de las cosas: los hechos sensibles y las leyes abstractas.—Por qué debemos pasar de los primeros á las segundas.—Sentido y alcance del axioma de las causas.
- VIII. Es posible conocer los elementos primeros.—Error de la metafísica alemana.—No ha tenido en

- Págs.
- cuenta el azar y las perturbaciones locales.—Lo que podría saber una hormiga filósofa.—Idea y límites de una metafísica.—Posición de la metafísica en las tres naciones pensadoras.
- IX. Una mañana en Oxford..... 309

CAPÍTULO VI

La poesía.—Tennyson.

§ 1.—SU TALENTO Y SU OBRA

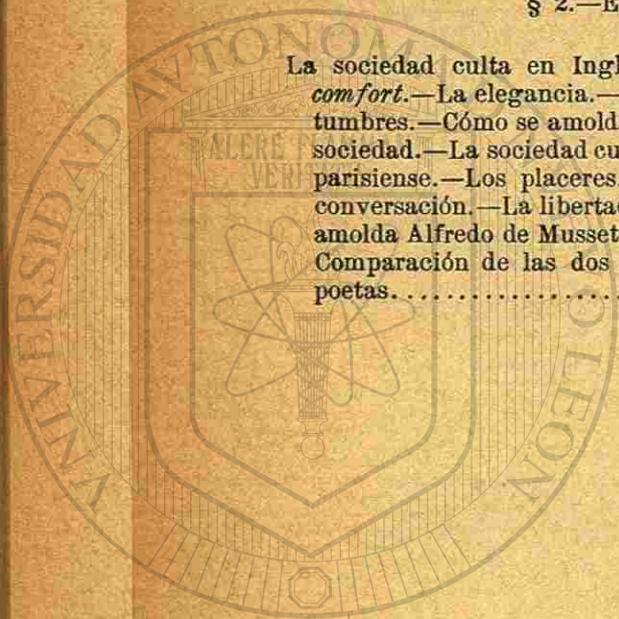
- Cómo se opone á los poetas precedentes.—Cómo los continúa.
- I. Primer período.—Sus retratos de mujeres.—Delicadeza y refinamientos de su sentimiento y de su estilo.—Variedad de sus sentimientos y de sus asuntos.—Su curiosidad literaria y su *dilettantismo*.—*El Cisne moribundo*.—*La Tierra de los Lotos*.
- II. Segundo período.—Su popularidad, su suerte y su vida.—Sensibilidad y virginidad permanentes del temperamento poético.—Su armonía con la naturaleza.—*Locksley Hall*.—Cambio de asunto y de estilo.—Explosión violenta y acento personal.—*Maud*.
- III. Vuelta de Tennyson á su primer estilo.—*In Memoriam*.—Elegancia, frialdad y longitud de este poema.—Es menester que estén en armonía el asunto y el talento.—Qué asuntos cuadran al artista *dilettante*.
- IV. *La Princesa*.—Comparación entre este poema y *Como V. quiera*.—El mundo fantástico y pintoresco.—Cómo reproduce Tennyson los ensueños y el estilo del Renacimiento.
- V. Cómo reproduce Tennyson la ingenuidad y la sencillez de la antigua epopeya.—*Los idilios del rey*.—Por qué ha renovado la epopeya de la Tabla Redonda.—Pureza y elevación de sus modelos y de su poesía.—*El Aire*.—*La Muerte de Arturo*.—Falta

	Página.
de pasión personal y absorbente.—Flexibilidad de su espíritu.—Su arte para metamorfosear, embellecer y depurar.....	334

§ 2.—EL PÚBLICO

La sociedad culta en Inglaterra.—El campo.—El <i>comfort</i> .—La elegancia.—La educación.—Las costumbres.—Cómo se amolda Tennyson á semejante sociedad.—La sociedad culta en Francia.—La vida parisiense.—Los placeres.—Las apariencias.—La conversación.—La libertad del espíritu.—Cómo se amolda Alfredo de Musset á semejante sociedad.—Comparación de las dos sociedades y de los dos poetas.....	358
--	-----

28557

820.9
T134h

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



